

UNA VOZ
ESCONDIDA
PARINOUSH
SANIEE



narrativa
salamandra

Contenido

Portada

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[Créditos](#)

Parinoush Saniee

UNA VOZ
ESCONDIDA



*A las personas que más quiero:
Nilufar y Kamiar.*

*Doy las gracias a mi querida amiga
Ajtari Etemadi*

En el nombre de Dios

1

—Oye, Shahab, ¿éste eres tú?

—Sí.

—¡Qué jovencito! ¿Y el que te abraza con tanta fuerza quién es?

He mirado bien la foto. ¿Quién era? Sí, en serio, ¿quién era? Me ha dado un vuelco el corazón y se me ha secado la lengua. He mirado a mi alrededor en busca de una vía de escape. La casa estaba llena. La mitad de los invitados ya había llegado. ¿De dónde habría

sacado mi madre a toda esta gente? ¿De verdad era tan importante hacerse mayor? No tenía la impresión de haber cambiado tanto. Los chicos hablaban entre sí, riendo, y daban vueltas por la casa. Yo no sabía cómo se comporta un anfitrión. Cuando algunos amigos han entrado y se han acercado, he aprovechado para salir corriendo escaleras arriba. He cerrado la puerta tras de mí y me he apoyado en ella. Jadeaba, aunque no estaba cansado.

Dentro de mí, una voz familiar ha dicho: «¿Se puede saber qué diablos ha pasado ahora?»

—No lo sé —he contestado, sin querer, en voz alta.

Las voces de los chicos me resonaban en los oídos. No era ésa la paz que buscaba. He abierto la puerta de la terraza, he salido despacio y he intentado cerrarla del todo. Un viento gélido me ha acariciado la frente, que estaba ardiendo. He respirado hondo. Al ver la escalerilla prohibida que lleva a la azotea he sentido una punzada en la espalda, el mismo dolor que me entraba siempre que miraba esos peldaños, no sabía por qué. Algo estaba ocurriendo en mi mente turbada. He subido por la escalerilla. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez? ¿Un día, cien años? Los recuerdos se mezclaban, confusos, y volvían a mi mente a una velocidad

estremecedora. Cuando me he sentado en la pequeña tarima del centro de la azotea, he vuelto a ser aquel niño de cinco años, tonto y atemorizado.

El día que descubrí que era tonto me volví especialmente sensible a esa palabra. Cuando me llamaban «tonto» me ponía furioso, chillaba, rompía algo o pegaba a alguien, y siempre montaba una buena. Sin embargo, en el momento en que acepté la realidad, mi estado de ánimo cambió: al oír aquel epíteto ya no me enfadaba; en vez de eso —como si algo me obstruyera la garganta, como si alguien me aferrara el corazón, como si el sol dejara de brillar y el mundo se

quedara en blanco y negro—, buscaba de inmediato un rincón en el que esconderme, con las rodillas pegadas al pecho y la cabeza baja, deseando hacerme aún más pequeño para que nadie me viera. Jugar no me interesaba, no recordaba siquiera lo que era sonreír. No había nada que me hiciera feliz. Aquella sensación me duraba mucho, a veces hasta dos días. ¿Sabéis lo que son dos días para un crío de cuatro años? Quizá lo mismo que uno o dos meses para un adulto.

Cuando reaccionaba con violencia salía mejor parado, por mucho que me castigaran, me riñeran, me pegaran y me pusiera a llorar. Al menos todo pasaba

deprisa. No se alargaba más de dos horas.

Al principio me imaginaba que ser tonto era algo bonito, y hasta me gustaba que me lo llamaran, porque lo decían con alegría.

Mi primo Josrow fue el primero en descubrir que era tonto y el primero en endilgarme esa coletilla. Cuando me veía, decía: «Pero ¡qué maravilla, mira que eres tonto! Ven aquí, anda, ven. Ponte a hacer el pino, que te doy un caramelo. ¡Muy bien, así se hace!»

Lo obedecía siempre. Y él reía satisfecho y me premiaba, azuzándome. Por ser tonto, además, le caía muy bien a

su hermana, Fereshteh. Me llamaba «mi tontuelo» y me abrazaba. ¡Cómo me gustaba su perfume...! Ella también se entretenía con todo lo que hacía yo: se reía y me compraba chocolate y helados, que me volvían loco, aunque lo que más ilusión me hacía era verla contenta. Cuando me llamaban «tonto» se reían, y yo creía que era una palabra bonita. No sabía que la gente pudiera reírse por otro motivo que no fuera estar contento. En fin, ¿qué iba a hacer, si era tonto?

Antes de descubrir la amarga verdad, los días eran más plácidos. El cielo, más limpio. Podía pasarme horas dando vueltas por el pequeño jardín de casa y

dedicarme a observar la tierra, las hojas y las lombrices que asomaban después de la lluvia, y descubrir algo nuevo a cada instante. El arbolito del jardín era un amigo atento que siempre florecía cuando volvíamos del viaje de Fin de Año. Sabía que florecía de felicidad, porque aquello pasaba una sola vez y justo a nuestro regreso. Al cabo de unos días, se le caían las flores y cambiaba de aspecto para luego regalarnos exquisitas cerezas rojas. Todos creían que era natural que salieran frutos, pero yo sabía que lo hacía para darme la bienvenida a mí, que lo quería más que los demás.

A veces me ponía a jugar con los

haces de luz que se filtraban por la cortina. Me quedaba embelesado con las motas de polvo que se arremolinaban en ellos.

De noche, las estrellas tenían un resplandor extraño, pero la luna... La luna era otra cosa. No estaba sujeta a ninguna regla, a ningún mandamiento. Se comportaba como los niños caprichosos. Su tarea era iluminar el cielo nocturno, pero si no le apetecía ni siquiera se dejaba ver. Al contrario, despuntaba furtivamente en mitad del cielo cuando menos lo esperabas. A veces, por la mañana, la veía al lado del sol. Empalidecía para que nadie la descubriera. Reía con picardía. Algunos

días asomaba la cabeza para espiarnos, pero cuando se portaba bien nadie se le resistía. Con su vestido bien puesto, la cara lavada, el pelo arreglado, refinada y resplandeciente, se presentaba al anochecer y sorprendía a todo el mundo. Le dedicaban elogios, olvidando sus diabluras. Fuera como fuera, resultaba una compañera de juegos sin igual. Estaba siempre dispuesta a perseguirme, a dar vueltas al *hoz*, el estanque del centro del patio, y a detenerse en el preciso instante en el que me detenía yo, sin equivocarse ni una sola vez, sin adelantarme ni un centímetro. Por eso me daba la impresión de que nos unía un hilo invisible, de que era amiga mía

porque me seguía sólo a mí. Me tumbaba en el *tajt*, el banco del jardín, y la observaba. La gente iba y venía, pero ella no seguía a nadie, se quedaba conmigo. De hecho, era yo mismo. Nadie podía obligarla a hacer nada. Yo era la luna y Arash, el sol, que iba y venía puntual y nunca hacía nada mal.

En aquellos días en los que aún no sabía que era tonto, estaba en paz con el mundo. Desde entonces, nunca he vuelto a alcanzar un nivel parecido de serenidad.

El día en que comprendí que, en realidad, ser tonto no era nada bueno fue un día terrible. Sucedió de camino a

casa de mi tío, que quedaba a pocas manzanas de la nuestra. Josrow jugaba en la calle con sus amigos. No era como nuestro Arash, que siempre estaba leyendo. Era un granuja.

—¡Aprende de Arash! —le decía mi tío—. Tiene un año menos que tú y vais a la misma clase. Siempre es el primero. Tú, en cambio, suspendes todos los años. ¿Sabes cómo acabará la cosa? Él será médico, y tú, taxista. ¡Recuerda estas palabras!

Fataneh Janum, la madre de Josrow, mortificada por los comentarios desagradables de su marido, replicaba:

—¡Os equivocáis! Mi niño les da mil vueltas a todos los demás.

Y yo me quedaba mirando a mi primo para ver si se ponía a dar vueltas a alguien, pero eso nunca pasaba.

—Además, ¿cómo que tiene un año menos? —añadía mi tía—. Son ellos los que mandaron al niño al colegio antes de tiempo, el mío está en el curso que le toca. Si dices que van a la misma clase sin explicar que Arash va un año adelantado, la gente creerá que mi hijo ha repetido.

—¡Ya verás, amor mío, como acabará repitiendo!

—¡Qué desgracia! Con un padre como tú, no sería raro que nos saliera un don nadie. ¡Mientras ellos llevan a su hijo en palmitas, tú no dejas ni respirar a este

angelito mío!

Fataneh Janum era así. Cuando no estaba mi madre, decía:

—Ese adefesio se cree alguien porque ha ido a la universidad. Hoy en día, todo el que no vale para nada va a la universidad. Para mí, se da demasiados aires. ¡La próxima vez que la vea le daré una buena lección! Menos mal que este otro es un alelado que te mira como si fuera sordomudo. ¡Si no, no habría forma de que dejara de presumir de sus hijitos!

Decía esas cosas delante de mí porque, en fin, ya se sabía que yo era tonto: daba por hecho que, como no

soltaba ni una palabra, sería incapaz de contarle a mi madre lo que decía de ella. Luego, cuando la veía, Fataneh se olvidaba de todo, incluidas las lecciones que pretendía darle.

—Tú has estudiado. Tú sí que lo has entendido todo de la vida, no como yo —aseguraba, muy ceremoniosa.

—Uy, pero ¿qué dices? —replicaba mi madre, sin añadir nada más por el bochorno.

Me daba rabia que Fataneh Janum olvidara con tanta rapidez todo lo que había dicho. Si hubiera podido decir algo, ya me habría encargado yo de recordarle cuatro cosas.

En cualquier caso, aquel fatídico día, nada más verme, Josrow me llamó:

—¡Eh, Shahab *el Tonto*, ven, ven aquí!

Me apresuré a acercarme y me detuve a su lado. Se arrodilló y, apoyando las manos en mis hombros, dijo:

—Muy bien, ahora quiero que demuestres a mis amigos que eres un tonto de primera. Luego te compro un helado enorme, ¿de acuerdo? Pon la cabeza en el suelo en ese rincón y haz el pino.

El suelo estaba sucio, polvoriento. No me gustaba el polvo. Miré a mi alrededor para buscar otro sitio o algún objeto más limpio donde apoyar la

cabeza.

—¿A qué esperas? Siempre has sido un tonto de primera, date prisa. Pon la cabeza en el suelo. Hazlo por mí... —me apremió Josrow.

Tenía que hacerlo por él. Feliz, apoyé la cabeza en el suelo y los pies en la pared. Se pusieron todos muy contentos y se rieron.

—Ahora, rueda por el suelo hasta quedarte todo blanco —ordenó a continuación.

El suelo estaba realmente sucio, y siempre que volvía lleno de polvo, mi madre me abroncaba.

—¡Venga, adelante! Chicos, dadle palmas.

Todos lo obedecieron. No me quedaba elección. Tenían muchas ganas de que lo hiciera, así que me tumbé en el suelo. Los chicos daban palmas y, entre risas, gritaban:

—¡Vamos, tonto, vamos, rueda, rueda!

Cuanto más vueltas daba, más felices reían. Sabía que mi madre me montaría una buena, pero me daba igual, porque valía la pena ver la alegría de Josrow y sus amigos.

—Entonces, ¿hace todo lo que le dices? —preguntó Faraj, el gordinflón.

—¡Pues claro, es mi tonto de primera!

Faraj miró a su alrededor y dijo:

—Pues ordénale que beba de la acequia.

—¿Qué dices? Seguro que de ahí no bebe. Será tonto, pero esa agua no se la bebe —replicó Farhad.

—Josrow dice que hace todo lo que le manda...

—¡Pues claro! Si se lo digo, lo hace —contestó mi primo, alardeando.

—Y yo me juego lo que quieras a que no bebe agua de la acequia. ¿Qué me dices, Josrow? ¿Apostamos?

—¿Qué quieres apostar?

—Este puñal de nácar. Y, si no se la bebe, tú me das tu bici.

—¿Que te doy qué? Pero ¡qué puñal ni qué bici! Aquí el idiota es él, no yo.

—Bueno, pues entonces me la prestas una semana. ¿De acuerdo?

—¡No! Un día.

—Muy bien, trato hecho.

Josrow se acercó a mí y me pasó el brazo por los hombros.

—Shahab Jun, ahora quiero que demuestres lo obediente que eres —me dijo—. Ven... Bebe un poco de agua del *jub*. Luego nos vamos a comer un buen bocadillo y después un helado. ¿De acuerdo?

No, no quería... El agua de la acequia estaba negra y llena de gusanos, y olía mal.

Le di la espalda.

—Shahab Jun, no me avergüences delante de mis amigos. ¿Es que no me quieres?

—No, ése no bebe. Ya te he dicho que, por muy tonto que sea, sabe que no le conviene.

—Claro que va a beber. Le he dicho que beba y lo hará. Ven, hombre, no te portes como un mocoso malcriado. Sólo un sorbito...

Me daban miedo los gusanos que había en el agua. Me zafé de él para salir corriendo hacia casa, pero no logré dar ni dos pasos antes de que me agarrara del cuello de la camisa.

—Eh, ¿qué haces? ¿Adónde te crees que vas? No puedes marcharte hasta que no te bebas esa agua.

Me puse a llorar, me entraron ganas de vomitar. Empujándome por la nuca,

mi primo me acercó la cabeza a la acequia.

—Venga, chicos, animadlo, dad palmas. ¡Ya veréis como acaba bebiendo!

Pero en esa ocasión ninguno de ellos lo obedeció, como si se hubieran dado cuenta del asco que sentía. Josrow trató de meterme la cabeza en el agua. Se me mojó la punta de la nariz con aquel cieno apestoso. Creí que me iba a ahogar. Y, de repente, un milagro. Su mano me soltó y pude levantar la cabeza. Oí la voz de Arash, que gritaba:

—¡Suéltalo, idiota!

Caí de lado. No había bebido nada, pero me había ensuciado la cara. Me

entraron arcadas y vomité allí mismo.

—Idiota, más que idiota, ¿no ves que es pequeño? Si hubiera bebido de esa agua habría muerto. ¿Es que te has vuelto loco?

—No, el que está loco es tu hermano. Es tan estúpido que hace lo que sea a cambio de un helado. Era él quien estaba dispuesto a beber agua de la acequia por un bocadillo. No es verdad, ¿chicos?

—Es verdad. Tu hermano está loco. No deberíais dejarlo salir solo a la calle —contestó Faraj.

—Cierra el pico. Tú sí que estás loco.

—No, los locos sois vosotros. Si no

estuvieras chalado, no estudiarías tanto.

Furioso, Arash me cogió de la mano y me llevó a casa.

2

Estaba dando de comer a Shadi cuando oí que se abría la puerta. No presté mucha atención hasta que Shahab, completamente embadurnado de barro y lleno de polvo, se me puso delante. Iba cogido de la mano de Arash.

—¡Que Dios me fulmine! Pero ¡¿cómo te has puesto así?! —grité de repente—. Todos los días tengo que decirte que no te ensucies la ropa.

Arash me contó lo que había pasado

en la calle con la voz entrecortada por la rabia. Con cada palabra, notaba que se me subía un poco más la sangre a la cabeza. Empecé a temblar. Cogí a Shadi en brazos y a Shahab de la mano y, sin preocuparme de cómo iba vestida, salí hacia casa de Husein y Fataneh. Una vez delante de la puerta, le solté la mano al niño y llamé al timbre con todas mis fuerzas. No quité el dedo hasta que respondieron. En cuanto oí que abrían, volví a coger a Shahab. Crucé el patio, abrí la puerta de entrada y me encontré cara a cara con Fataneh, que había acudido muy inquieta. Husein Aga, Shahin, Fereshteh y Josrow estaban sentados delante del televisor; la

bandeja del té, encima de la mesa. Como siempre, Fereshteh acudió corriendo a mi encuentro para quitarme a Shadi de los brazos. No le presté la más mínima atención, porque mis ojos no veían más que a Josrow. El corazón me latía cada vez más deprisa, como nunca antes de aquel día.

—¿¿Qué le has hecho a mi niño?! — chillé—. Tan grande y corpulento como eres, ¿y tienes que tomarla con él? ¿No se te ha ocurrido que se habría puesto enfermo si hubiera bebido el agua de la acequia? ¿Por qué lo provocas?

—Pero ¿qué tengo que ver yo, tía Mariam? —contestó Josrow como un corderito—. Ése es capaz de lo que sea

por un helado o un trozo de chocolate. Como es tonto, en la calle los niños le toman el pelo, y yo procuro que nadie le pegue.

—¿Qué has dicho? ¿Tonto? ¿No te da vergüenza llamar así a mi hijo? No es tonto, ni muchísimo menos.

—No te pongas así, Mariam Janum —intervino Husein Aga con tranquilidad—. ¿Por qué te alteras? Es bien sabido que hay niños menos inteligentes que otros: algunos son como Arash, muy espabilados y muy hábiles, y otros son como él, menos inteligentes.

—Eso es falso. No es menos inteligente, para nada. Por mucho que lo penséis.

—Dios mío, ¿por qué no quieres aceptar la realidad? —preguntó Fataneh con desdén—. Un crío que a esa edad aún no habla tiene que ser retrasado, es de cajón.

—No. No hablar no tiene nada que ver con ser retrasado. El médico nos ha dicho que hay algunos niños que empiezan a hablar más tarde, y no porque sean poco inteligentes.

—Pero ¿qué dices? Hasta ahora nadie ha visto a ningún niño inteligente de cuatro años que no supiera hablar. Gracias a Dios, mi Josrow habla desde que empezó a gatear.

—¡Ésa sí que es buena! —repliqué, furibunda—. Puede que hable desde que

estaba dentro de tu barriga, pero inteligente, desde luego, no es. No hay ninguna relación entre la inteligencia y el hecho de hablar antes o después.

Fataneh frunció los labios y soltó:

—Pero ¡bueno! Husein Aga, ¿tú has oído lo que está diciendo de mi niño por culpa de ese hijo tonto que le ha tocado en suerte?

Husein Aga se levantó y se acercó a mí. Tratando de mantener la calma, me dijo:

—Contrólate, cuñada mía. Antes de enfadarte, piensa detenidamente en el estado de este niño.

—A este niño no le pasa nada. Sois vosotros los que tenéis que pensar

detenidamente en vuestro hijo — contesté, alzando la voz con cada palabra.

—¿Por qué dices esas cosas, Mariam Janum? —terció Shahin—. Mi hermano no ha dicho nada malo. Lo dice por vosotros: es mejor que llevéis al niño a un médico. En nuestra familia, todos los críos son inteligentes. No hay ningún precedente parecido.

—También en la nuestra son todos inteligentes. No os preocupéis, que no tiene ningún problema. —Arranqué a Shadi de los brazos de Fereshteh y le dije a Shahab, que me miraba perplejo —: A partir de ahora, si alguien te llama «tonto», le das una bofetada.

¿Entendido?

No podía quedarme allí más tiempo. Saqué a Shahab a rastras sin despedirme y volvimos a casa.

Sabía que a los parientes de mi marido, que siempre me habían visto tranquila y reservada, les había sorprendido mi comportamiento y que, en cuanto corriera la noticia de aquella visita, adornada a placer, estallaría una bomba.

Al llegar a casa, aquella rabia rebelde se transformó en cansancio y profundo desaliento. Era incapaz de abrir la boca, como si hubiera agotado todas las palabras de una sentada. Metí a Shahab en el baño, lo lavé de la

cabeza a los pies y le puse ropa limpia. No me quitaba los ojos de encima. Yo no entendía muy bien qué intentaba decirme con la mirada. Me daba cuenta de que también a él lo había sorprendido mi comportamiento, pero no sabía cómo me juzgaba. A pesar del silencio exterior, dentro de mi cabeza yo seguía discutiendo sin descanso.

Cuando llegó Naser, mi rabia latente despertó de nuevo. Hecha una furia, le conté las ofensas que había recibido nuestro hijo. Como siempre, mi marido me miró sin decir palabra.

—A ver, ¿tú qué crees que debería hacer? —preguntó luego entre dientes—. Puede que tengan razón ellos.

Me quedé mirándolo asombrada unos instantes, y entonces exploté como un petardo:

—¿Quieres decir que tú también crees que este niño es retrasado?

—Si no es retrasado, entonces ¿por qué no habla? ¿Acaso el médico no nos ha dicho que no le pasa nada en el oído y que no tiene problemas físicos? Por fuerza tiene que tratarse de una deficiencia mental.

—No digas cosas como ésas sin pensarlas. Mi hijo no es deficiente ni muchísimo menos, que lo sé yo. A mí me habla con los ojos.

—Haz el favor, Mariam. Tú eres su madre y no quieres aceptar la realidad.

Arash continuó el discurso de su padre:

—¡Es verdad, mamá! Si no fuera idiota, no haría todo lo que le dicen.

—Pero si es un crío, aún no entiende qué está bien y qué está mal. Tú, que eres su hermano mayor, deberías cuidar de él.

—¿Y yo qué tengo que ver? A mí me da vergüenza ir con él por la calle. Todo el mundo me dice: «Tu hermano es tonto.» No quiero un hermano como él.

—¡Calla! No deberías permitir que la gente dijera esas cosas, y, en lugar de eso, ¿qué haces? ¿Las repites tú también?

—El chico tiene razón, Mariam. Trata

de aceptar la realidad.

—No quiero. Dejadme en paz. Mi hijo no es idiota y punto. ¡Dejad ya esa dichosa realidad! —grité, y me puse a llorar desconsoladamente.

3

Hacía poco que había comprendido qué quería decir ser tonto. Llevaba mucho tiempo siendo blanco de humillaciones sin saberlo. Con amargura, poco a poco sentí que crecía en mí una rabia profunda. Empecé a detestar tanto esa palabra que con sólo oírla se me subía la sangre a la cabeza. Se me ponía la cara morada. Algo hervía en mi interior: estallaba sin darme cuenta y, como la mayoría de las veces no podía hacerle

nada a quien me insultaba, me daba por romper cosas, partirlas por la mitad, hacerlas añicos. No dependía de mí. No tenía más remedio que desfogarme de una forma u otra, sacar ese sentimiento nocivo; si no, habría acabado conmigo.

Cuando mi madre, indignada y resentida, se lo contó todo al padre de Arash, escuché sus palabras atentamente, escondido en un rincón, mientras dentro de mí crecía un odio violento. Esperaba con ansia su reacción: quería que fuera a casa de mi tío a vengarme, que abanderase mi defensa aún más que mi madre y que aplastara a la familia de su hermano. Pero allí se quedó, impasible,

dándoles la razón.

Sufría por las lágrimas de mi madre y por las palabras del padre de Arash y de mi hermano. Tenía que hacer algo. Mis ojos se posaron en la tentadora puerta abierta del cuarto de Arash, y allí me metí sin hacer ruido. Sabía que no debía tocar sus cosas. Me lo habían prohibido desde que tenía uso de razón. La lámpara del escritorio estaba encendida. Había libros, cuadernos y papeles grandes y pequeños esparcidos por todas partes. Su pluma nueva estaba al lado de las láminas en las que llevaba dos días trabajando. Cogí el frasco de tinta negra que había comprado junto con la pluma, y las palabras de Arash

resonaron en mi cabeza: «A mí me da vergüenza ir con él por la calle. Todo el mundo me dice: “Tu hermano es tonto.”» Vertí con cuidado la tinta por los papeles, las láminas y los libros. No me tranquilicé hasta que tiré al suelo el frasquito vacío. Como si se hubiera apagado un fuego en mi interior, impasible, salí del cuarto y subí la escalera.

Al oír el grito de Arash, mis padres acudieron a su habitación. Asomé la cabeza por la puerta para oír mejor sus voces. Entre lágrimas, mi hermano decía:

—La lámina está destrozada. Tenía

que entregarla mañana. ¿Y ahora qué digo en el colegio? Le había dedicado tanto esfuerzo...

—Pero ¿cómo ha llegado la tinta hasta ahí? —preguntó el padre de Arash.

—Por su propio pie no, desde luego. Está claro que ha sido Shahab.

—¿Por qué tienes que decir esas estupideces? ¿Hasta ahora ha tocado alguna vez tus cosas sin permiso? ¡Encima endósale la etiqueta de vándalo! Habrá sido el viento, ¿no?

—Tiene razón mamá. No creo que Shahab sea capaz de hacer algo así. Nunca se ha atrevido... Aunque no puede haber sido el viento. Las ventanas están cerradas.

Aquél fue mi primer acto vandálico. La venganza tenía un sabor dulce. Aunque estaba alterado, cuando acabó todo me tumbé en la gran cama de Arash, que chirriaba con el más mínimo movimiento y que yo había heredado hacía poco. Ya no importaba que aquella cama no me gustara nada y que prefiriese la mía, la de las barandillas, la que le habían dado a Shadi, o que me hiciera ilusión que me compraran una nueva con canapé, como a Arash. Además, no me enfadé ni tuve celos cuando Shadi se portó como una mocosa malcriada, igual que todas las noches, y se metió en la cama de mamá y se durmió abrazada a ella.

Cuando mamá entró en mi cuarto para ponerme el pijama y recordarme que me lavara los dientes, me hice el dormido. Sorprendida, apagó la luz y salió. Ni siquiera la oscuridad me asustó, como si la amarga experiencia de aquel día me hubiera hecho crecer. No lo recuerdo bien, pero me parece que fue aquella noche cuando descubrí la presencia de Asi y Babi, que desde siempre habían estado escondidos en un rincón. Les conté todas las cosas malas que habían pasado aquel día y me consolaron elogiándome por lo que acababa de hacer.

—Has hecho justicia —me dijo Asi mientras Babi me daba un beso.

Nos reímos un poco debajo de la sábana y luego Así añadió:

—Y mañana pagaremos a su padre con la misma moneda, porque también dice que somos idiotas.

Pasamos revista a las cosas que más le gustaban para decidir qué hacer.

Al final, un tanto temeroso, Babi propuso:

—El coche...

Aquella noche me dormí más tarde de lo habitual. Por la mañana, en cuanto oí el ruido del coche del padre de Arash, abrí los ojos como platos y me abalancé hacia la ventana.

—Maldita sea... ¡Qué rabia, nos hemos dormido! —exclamó Así.

Pero Babi estaba contento y soltó un suspiro de alivio. Durante todo el día, el corazón me latió más deprisa que nunca. Estaba inquieto por el plan que habíamos maquinado la noche anterior.

—¿Qué te pasa hoy? —preguntó mi madre varias veces—. ¿Qué haces ahí embobado? ¡Espabila!

Al llegar el padre de Arash, salí al patio. No podía renunciar a mi venganza. Era como si mi propia existencia dependiera de ello. Una brisa fresca hizo que me entraran escalofríos. Estaba oscuro. Iluminadas por la luz procedente de la ventana de la habitación, vi las tijeras de jardinería de

mi madre; eran unas tijeras grandes que tenía prohibido tocar, algo que hasta aquel momento nunca me había atrevido a hacer. Me acerqué poco a poco al coche. Me senté e intenté clavar las tijeras en un neumático, pero no lo conseguí.

—Puede que el de delante esté más blando —propuso Asi.

Lo probé también, pero no había nada que hacer.

—¡Déjalo ya! ¡Vámonos! —exclamó Babi.

—No. Dibuja algo en la carrocería —dijo Asi.

Haciendo presión con la punta de las tijeras, tracé unas líneas.

—Este dedito compró un huevito, éste lo coció, éste lo peló, éste le echó sal...
—recitaba Babi para mí.

De repente, se encendió la luz del patio.

—¿Qué haces aquí, Shahab? Te estaba buscando. Entra, que vas a coger frío — dijo mi madre, sorprendida.

Me pilló tan de improviso que se me cayeron las tijeras de la mano e hicieron un ruido siniestro. Detrás de mi madre, en el umbral, asomó la cabeza del padre de Arash.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, furioso como siempre—. ¿Qué has hecho, desgraciado?

Se puso las sandalias a la velocidad

del rayo y salió a la carrera. Me agarró la mano. Me eché a temblar. Noté la lengua áspera como un trozo de madera seca. Mi madre siguió a toda prisa al padre de Arash, que ya había recogido las tijeras del suelo y había visto las rayaduras del coche. Lo miré a la cara. La tenía morada. Sabía que le tenía cariño a su coche, pero no hasta ese punto. Levantó el brazo. Mi madre se colocó entre nosotros y liberó la mano con la que me aferraba el padre de Arash.

—¿Qué haces? Ten mucho cuidado con esas tijeras, no vayas a desfigurarme al niño. Suéltalas —ordenó, al tiempo que se las quitaba con la otra mano.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Repite ahora que mi hijo no está loco!

Entonces oí la voz de Arash, que había salido en algún momento sin que yo me hubiera dado cuenta:

—¿Lo has visto, mamá? Y ayer tiró la tinta encima de mi lámina.

—¿Y qué? Si hace esas cosas tendrá un motivo. Algo le habréis dicho. Lo habréis incordiado.

—Pero ¿qué dices? ¡Si acabo de volver! Ni siquiera había visto hoy a este crío —replicó el padre de Arash.

—¿Y ayer qué se supone que le hice yo para que provocara aquel desastre? —preguntó mi hermano, furioso—. Si hasta me peleé por su culpa. Si se

hubiera tragado aquel lodo, habría muerto. Y en vez de darme las gracias se dedicó a destruir mi trabajo.

Me eché a reír. ¡Qué idiota que era Arash, no tenía ni dos dedos de frente! Él había sido el primero que, nada más entrar en casa, había dicho que se avergonzaba de mí. Por eso le había volcado el frasquito de tinta...

El padre de Arash pasó la mano por la carrocería rayada y su furia fue en aumento. Se volvió hacia mí, yo trataba de esconderme detrás de mamá, pero me aferró la mano con un movimiento rápido.

—Ahora te vas a enterar de lo que es bueno —me dijo, con la voz temblorosa

por la rabia—. Así no volverás a hacer estupideces como ésta.

Y con aquellas manazas tuyas me golpeó dos veces. Tenía tanto miedo que ni siquiera sentí dolor.

—¡No le pegues! Si ha hecho algo así tendrá sus motivos, ¿no?

—¡Qué motivos ni qué niño muerto! ¡El único motivo es que este crío no es normal! Ahora mismo lo encierro en su cuarto. ¡Y se va a la cama sin cenar, así aprenderá!

Y tú no te entrometas. Ya está bien, que lo tienes muy malcriado.

Me senté en la cama. Así y Babi guardaban silencio. Me puse a escuchar

lo que pasaba fuera. Oía las voces de los cuatro. Al principio hablaban de si era tonto, pero luego Shadi dijo algo y el padre de Arash se echó a reír. Cenaron juntos. Mi hermano le contó cosas del colegio. Qué suerte tenían, ellos sí que eran una familia. Se habían olvidado de mí. Me sentí desplazado, rechazado, y comprendí que no era uno de ellos. Notaba un peso en el corazón.

—No me quieren. No soy su hijo —le dije a Asi.

Babi, que no podía soportar estar triste mucho rato, espetó:

—Tu madre te quiere, desde luego. Te compra cosas, te da de comer y a veces hasta te da besos. Piensa que esta noche,

si no hubiera sido por ella, ése te habría matado a tijeretazos.

—Ya lo sé, pero los otros no, los otros no me quieren. Sobre todo Arash y su padre. Y yo a ellos tampoco. Esperad y veréis, ¡se la haré pagar!

Aquella noche, mientras todos dormían, mi madre me trajo un poco de pan y un trozo de tortilla de verduras. Se sentó a mi lado en la cama y, mirándome exhausta y preocupada, me preguntó:

—Tesoro mío, ¿qué te ha pasado? Nunca habías hecho algo así.

Metí la cabeza debajo de las sábanas. ¿Cómo era posible que no entendiera que me veía obligado a hacer aquellas cosas?

A partir de aquella noche cambié por completo. Cada vez que se reían de mí, pensaba en cómo vengarme, sobre todo cuando se trataba de la familia de mi tío y de Josrow. Mi madre rompió relaciones con ellos, pero entonces, dos o tres semanas después, un viernes por la tarde llamaron a la puerta la abuela y Fereshteh. Mamá, que estaba regando el jardín, se quedó de piedra. No sabía qué hacer. Aunque todavía estaba enfadada, no quería faltarles al respeto, sobre todo a su suegra, y tampoco habría tenido valor para hacerlo.

El padre de Arash les abrió muy contento y, con todas las ceremonias, las invitó a pasar. La abuela, sin embargo,

contestó:

—No, hijo mío, nos quedamos aquí. En el patio se está mejor.

Se sentó en el *tajt* que había en un rincón, en el que mamá había colocado una alfombra, y dejó caer el chador por los hombros. Fereshteh entró en casa y, rebosante de felicidad, fue en busca de Shadi para cogerla en brazos y darle un beso. Ella se le acercó corriendo. ¡Dios mío, qué rabia me daban las atenciones que dedicaba a mi hermana! Luego se puso a hablar con Arash, sin dignarse siquiera a mirarme.

Solo y triste, subí la escalera. No tenía ganas de quedarme en mi cuarto. Me fijé en la puerta de la terraza, que

estaba abierta porque aquellos días, sorprendentemente, hacía mucho calor. Superé los obstáculos que había colocado mi madre para evitar que Shadi accediera a la terraza y llegué a la barandilla. Desde allí los veía y los oía a todos con claridad. Me eché en el suelo para que no me vieran y me quedé observándolos. Mi madre sacó zumo, fruta y platitos, por ese orden. Cuando llevó los vasos, la abuela le dijo:

—Siéntate, hija. No te estás quieta. ¡No te molestes más!

Mi madre se escabulló y entró en casa.

—¡No entienden nada! No lo hace para ser buena anfitriona. Lo que pasa es

que no quiere sentarse con ellos, por eso va y viene sin parar un momento — aseguró Asi.

En el momento en que mi madre se acercó con la bandeja del té, la abuela aprovechó para decir:

—He oído que los niños han tenido una trifulca y que vosotros también os habéis enfadado y ya no vais a su casa.

—No, mamá, ¿cómo se te ocurre? — contestó el padre de Arash—. Lo que pasa es que estoy tan ocupado que no tengo tiempo de hacer visitas ni de devolverlas. Algunos días ni siquiera veo a los niños.

—Ay, hijo mío, ¿por qué trabajas y te cansas tanto? Si fuerais más frugales y

ahorradores, no haría falta tanto trabajo. Tengo miedo, Dios no lo quiera, de que te suceda una desgracia.

—No, mamá, no es cuestión de ahorrar o no ahorrar. ¿Sabes cuántos gastos suponen tres hijos? Desde que Mariam dejó el trabajo al nacer Shadi, en casa entra un sueldo menos.

—Uy, ¿y qué quieres hacer con el sueldo de una mujer? Se va todo en sus caprichos, en el transporte, en la canguro y en la asistenta. Sea como sea, tenéis que olvidaros de todo, sois hermanos y no debéis guardaros rencor. Si Husein dijo algo, fue por vuestro bien. No era nada malo. Sólo insinuó que deberíais llevar al niño al médico.

Mi madre hizo un esfuerzo e intentó mantener un tono de voz tranquilo y ser educada:

—Ya hemos llevado a Shahab al médico varias veces, y siempre nos ha dicho que no le pasa nada. Hay niños que empiezan a hablar tarde por mil motivos distintos.

—Entonces ese médico no tiene ni idea. Llévalo a uno de verdad. ¿Cómo es posible que a un niño que ha llegado a esa edad y aún no ha dicho una sola palabra no le pase nada? Si os dais prisa, tal vez aún pueda hacerse algo.

—No, Janum, no os inquietéis, al niño no le pasa nada. Tú tranquila, que nosotros también nos preocupamos por

su bienestar.

—Hija mía, estás escondiendo la cabeza en la arena. ¿Tú no crees que quizá tenga algún retraso?

—No, al contrario, es muy inteligente.

—¡Dios mío, lo que hay que oír!
¡Nosotros nunca habíamos visto una cosa así hasta ahora! No sé vosotros.

—Pues sí, yo he visto a muchos críos que empiezan a hablar tarde y no tienen el más mínimo problema.

—Pero ¿qué historias son ésas, hija mía? Tienes que aceptar la realidad. Dicen que hay colegios especiales para los niños retrasados. Cuanto antes vaya, mejor para él.

—¡Este niño no es retrasado! —

contestó mi madre, alzando la voz, y con rabia recogió los vasos del té y entró en casa.

Yo sabía que se había ido a la cocina a llorar. Sentí un profundo odio hacia mi abuela; un odio que a partir de ese momento me acompaña siempre. Me entraron ganas de golpearla. Miré a mi alrededor, pero no vi nada en la terraza.

—Tenemos que hacérselo pagar — afirmó Asi.

La abuela, convencida de que tenía razón, añadió poco después:

—¿Lo ves, hijo mío? ¿Ves cómo responde tu mujer a nuestras atenciones? Te habría ido mejor si hubieras elegido a una con cerebro. No se sabe de dónde

demonios vienen. ¿Qué raza es ésa? ¿Ese niño a quién ha salido? Si te hubieras casado con tu prima, al menos hubiéramos sabido quién era. Tu tío te habría echado una mano. No te habrías visto obligado a dejarte la piel trabajando de esa forma. Pero no, ¡perdiste la cabeza! Es que no entiendo por qué tuviste que enamorarte de una mujer como ésa, de piel oscura. Te embrujaron, ya lo decía yo, pero ¿quién me escuchó?

—Basta, mamá, Mariam no te ha faltado al respeto. No hay mujer más razonable que ella.

—Claro, ya lo he visto. ¡He visto cómo me ha contestado!

—No ha dicho nada. Sólo que ya lo hemos llevado al médico y que nos ha confirmado que no le pasa nada.

—No, cariño, ésa nos detesta. Si Fataneh Jun nos invita con gusto a su casa los siete días de la semana, en la tuya no nos atrevemos a poner un pie ni siquiera una vez al mes.

Mi madre, que acababa de salir al patio con la bandeja del té, al oír esas palabras estalló:

—¡Es usted la que no está a gusto en nuestra casa, porque aquí tiene siempre la puerta abierta! Pero, desde luego, prefiere la de ella, y hace bien: con la hija de su hermana tiene mucho que decirse.

Y, para no llorar delante de ella, entró corriendo en casa.

Volví a mirar a mi alrededor. Así estaba muy enfadado y Babi parecía muy disgustado. Me fijé entonces en un ladrillo que habían puesto delante de la puerta para evitar que se cerrara. Retrocedí sin hacer ruido. Me levanté y, procurando que no me vieran, lo cogí. Pesaba. Lo levanté como pude con las dos manos y lo acerqué a la barandilla. Lo dejé en el suelo y me tumbé. Con cuidado, lo pasé por debajo de los barrotes y lo empujé hasta el borde de la terraza. Se quedó en vilo, a medio caer, pero yo lo aguantaba firmemente con la mano.

—Miento, ¿verdad? ¡Venga, dime que no es cierto! —susurró la abuela—. Si hubieras elegido como esposa a tu prima, no te habría pasado ninguna de estas desgracias, no te habrías alejado tanto de nosotros, no te habría tocado en suerte ese niño enfermo ni te habrías visto obligado a trabajar como un poseso.

—Basta, mamá. No tenía ninguna intención de trabajar de aprendiz en la tienda del tío. ¿Han pasado once años y aún no te rindes?

—No puedo evitarlo, hijo mío. Cuando veo la desgracia que ha caído sobre ti, enloquezco de dolor.

—¡No soy desgraciado, mamá! Estoy

muy satisfecho con mi vida. Por mí no sufras.

—Pobrecito... ¿Y la desgracia de ese niño retrasado? ¿Con eso qué vas a hacer?

—¡Tírale el ladrillo a la cabeza, venga, apunta bien! —me azuzó Asi.

—¿Cómo muere la gente? —preguntó Babi, aterrorizado.

—Como en las películas. Sienten dolor y luego se duermen. Al menos así se callan. Y tú también deberías cerrar el pico ahora, no es momento de tener miedo. ¡Ya verás qué satisfacción!

Empujé un poco más el ladrillo.

—¡No lo hagas!

—¡Quita la mano!

El ladrillo pesaba cada vez más y mis manitas ya no podían retenerlo. Me aparté. Babi, asustado, cerró los ojos.

El ladrillo cayó dando vueltas por los aires en dirección a la melena gris teñida de jena de mi abuela.

4

Con el impacto del ladrillo y el grito de la abuela se montó un buen alboroto. Eché a correr como alma que lleva el diablo. Bajé la escalera y, antes de entrar en el baño, me topé con mi madre, que salía de la cocina. No podía detenerme. Entré como un rayo. Me puse de puntillas y apoyé la cabeza en la puerta para cerrarla con llave. El corazón me latía tan fuerte que las pulsaciones me resonaban en los oídos

como martillazos. Me costaba respirar. Me quedé inmóvil hasta que, poco a poco, conseguí distinguir las voces de fuera. Alguien dijo que llevaran agua, y mi madre volvió corriendo a la cocina. Oí también el ruido de los pasos del padre de Arash, que la seguían.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, un trozo de piedra enorme ha caído del cielo y le ha dado en la cabeza.

—¿Y quién ha sido?

—¡No quiera Dios que el loco de tu hijo haya hecho otra de las tuyas! Esta vez lo mato de verdad. Date prisa, llévalas el agua. ¿Dónde has puesto el alcohol?

Detrás de la puerta del baño, yo me estremecía de miedo.

—Hemos hecho algo horrible —susurró Babi—. Cuando se den cuenta de que hemos sido nosotros, nos la cargaremos. El padre de Arash nos matará.

—No hemos sido nosotros, se ha caído solo —añadió Asi en voz baja, temblando—. ¿No es verdad, Shahab? Se ha deslizado y se ha caído solo.

No sabía qué hacer. Estaba preocupado y aterrorizado. Volví a concentrarme en las voces de fuera. Todos seguían corriendo. Conseguí distinguir el ruido de los pasos de Arash y de Shadi. No entendía por qué mis

padres habían vuelto a la cocina.

—Pon más azúcar.

—Gracias a Dios que no ha sido nada. Sólo tiene la cara y el hombro un poco magullados.

—¿Un poco?! Si tiene la cara destrozada y una contusión en el hombro. Se retuerce de dolor.

—Por suerte, no le ha dado en la cabeza. A saber lo que podría haber pasado.

—Dios mío, como agarre a ese crío lo hago pedazos.

Todo mi cuerpo se transformó en un corazón palpitante, y un sudor frío me recorrió la espalda.

—¿Qué crío?

—No te hagas la inocente, sabes muy bien que ha sido el loco de tu hijo.

—Basta, déjalo ya, no digas más tonterías. El niño estaba aquí conmigo. Lo he acompañado al baño yo misma. ¡Ay, pobrecito, me había olvidado de él! Lleva ahí dentro dos horas.

Estupefacto, sin poder creer lo que oía, me llevé la mano a la boca para contener el grito de alegría que luchaba por salir.

—¡Mamá miente de maravilla! — exclamó Asi.

El padre de Arash, exasperado, contestó:

—No me vengas con embustes. Si no ha sido él, entonces ¿quién? No puede

haberse caído solo.

—¡Y yo qué sé! En esta casa no tenemos ladrillos, y ya has visto los fragmentos. Era un ladrillo. Puede que se haya desprendido de la azotea. ¿Cómo quieres que haya sido ese pobre niño si estaba en el baño? Tú mismo dices que es un inútil.

Se oyó entonces la voz del tío Husein.

—¿Y ése de dónde sale? —preguntó Babi.

El tío entró corriendo en la cocina.

—Naser, ¿dónde estás? ¿Tienes un calmante? Le duele mucho.

—No, vamos a llevarla al ambulatorio. Si le hace falta, ya se lo darán allí.

—¿Habéis descubierto quién ha sido?
¿Habéis encontrado a Shahab?

Mi madre intervino bruscamente:

—¿Qué tiene que ver Shahab con todo esto?

—Bueno, es el único que puede haber hecho algo así. Es cosa de locos.

—No culpéis al niño sin motivo. Estaba conmigo. ¿Es que pensáis hacerlo responsable de todo sólo porque no puede hablar y defenderse?

—Y, entonces, ¿cómo ha caído ese ladrillo?

—Los ladrillos de la azotea están medio sueltos y de vez en cuando se cae alguno. Y también puede haberlo tirado alguien desde casa del vecino o desde la

calle.

Me reí con ganas. Me tranquilicé y empecé a respirar con normalidad. Tenía una cómplice.

—¿Has visto lo astuta y mentirosa que es mamá? ¡Dios mío, cómo la quiero! —dijo Babi.

—¡Papá, tío, venid, corred, le duele mucho! ¡Hay que llevarla ahora mismo al ambulatorio! —chilló Fereshteh desde el patio.

—Dale el agua con azúcar y vámonos. Y entonces salieron todos como una bandada de pájaros alborotados.

Cuando papá sacó el coche, se hizo el silencio. Solté un suspiro de alivio, pero las piernas apenas me sostenían. Desde

la posición en la que estaba, apoyado contra la puerta, me dejé caer al suelo.

—Qué maravilla tener una madre que miente. Por eso la quiero tanto —les dije a mis amigos.

En casa no se oía una mosca. De repente me asaltó el pánico de siempre. Tenía miedo de que se hubieran ido todos y me hubieran dejado solo. Y el temor a quedarme solo podía sobrecogerme más que el miedo a que me pegaran. Siempre había temido que un día u otro se marcharan y me abandonaran.

Cuando alguien giró ligeramente el pomo de la puerta, dejé escapar un suspiro profundo. Gracias a Dios, no

estaba solo.

—Abre la puerta. Se han ido —dijo mi madre con voz reposada.

Qué cansada parecía. Después de tanta tensión, yo también estaba agotadísimo. No me daba miedo que me castigara. Giré la llave con dificultad. Con la cara pálida, mi madre se acuclilló a mi lado. Nada más verme rompió a llorar. Sentí pena, pero no sabía si por ella o por mí. Me cogió de la mano y me acercó hacia ella. Me quedé quieto. Bajé la cabeza. En su voz había tristeza.

—Pero ¿qué lío has montado? Si le hubieras dado en la cabeza, habría muerto y te habrían metido en la cárcel.

Te habrían encerrado en una habitación a ti solo. Tienes que entender que esas cosas son muy peligrosas. ¿Cómo puede ser que no lo comprendas?

Cómo la quería. Me eché en sus brazos y me puse a llorar a lágrima viva. Ojalá hubiera podido decirle: «Si alguien volviera a decir algo malo de ti, volvería a hacer esas cosas peligrosas. Te quiero mucho, ¿no sabes lo feliz que soy de tener una madre mentirosa como tú!»

5

En mi casa, aparte de mí, todos eran inteligentes. Arash era mucho mayor que yo. Mamá decía que yo había nacido cuando él acababa de empezar el colegio. Era un buen chico, el orgullo de la familia. Desde pequeño, su fisonomía no había cambiado: no era muy alto, estaba delgado y tenía los ojos y el pelo negros y la piel blanca. Aún no le había salido del todo el bigote; si no, sería idéntico a su padre. Era serio como él,

de pocas palabras y seguro de sí mismo. Siempre parecía triste. Cuando éramos niños no me hacía ningún caso. Se pasaba el día leyendo o escribiendo. Su padre lo miraba henchido de orgullo. A mí, en cambio, me reservaba sólo caras de pocos amigos. No podía evitarlo: se irritaba nada más verme.

Shadi es mi hermana. Es dos años menor que yo, pero desde que tengo memoria habla perfectamente. Era como si hubiera nacido sabiendo, mientras que yo... La niña abría la boca y decía todo lo que quería. Me daba una rabia... No tenía miedo, no le temblaba la voz, no se avergonzaba. Cuando hablaba ella, mamá se quedaba extasiada y le decía:

«¡Cosita mía!» Sí, Shadi era su vida tanto como yo su dolor. «El dolor por este niño acabará matándome.»

Es triste saber que eres motivo de dolor para tu familia. A veces me entraban ganas de hacer daño a Shadi, pero antes de que la tocara se ponía a chillar y llegaba mi madre corriendo. Sin embargo, por mucho que mi hermana me molestara no conseguía decir una sola palabra.

Lo único bueno del nacimiento de Shadi fue que durante unos años mi madre no fue a trabajar y que Akram Janum dejó de venir a casa. Antes de que llegara la niña, todas las mañanas mis padres y mi hermano se vestían y se

iban, y me dejaban llorando en manos de Akram Janum. Se comportaban como si fueran a volver enseguida, pero no sabían lo largas que se me hacían aquellas jornadas. Siempre creía que se habían ido para no volver, que me habían abandonado con Akram Janum. Cuando regresaban todos, se me hinchaba tanto el corazón que llenaba toda la casa.

Mi madre le tenía cariño a Akram Janum. Decía que era buena mujer, y puede que fuera verdad. La ayudaba en casa: barría todo el tiempo y me lavaba varias veces al día. La pobre estaba obsesionada con la limpieza y yo, aún más pobre que ella, tenía que estar

siempre impecable, como si fueran a presentarme a un concurso. Akram Janum no sabía jugar a nada. Yo tenía que comer o dormir, o quedarme en la cama con las barandillas subidas. Si me manchaba la ropa, hacía ademán de arañarse las mejillas y, con aquel acento suyo, gritaba:

—¡Que Dios me fulmine!

Y, mientras nos miraba a mí y a la mancha, yo me sentía una auténtica porquería y me invadía el miedo.

Siempre cantaba canciones tristes. Cuando estaba de buen humor hablaba conmigo, pero en un idioma que sólo conocía ella. Llamaba a las cosas con nombres distintos de los que yo estaba

aprendiendo justo entonces, y me confundía. Cuando tendía la ropa hablaba con la mujer del vecino en esa misma lengua. A veces traía a su hija, y entonces el idioma dominante en casa era el suyo. En cuanto llegaba mi madre, volvía al nuestro. Con su hija, siempre utilizaban otras palabras, y yo no entendía por qué algo que durante todo el día era *su* de repente se convertía en «agua».

Al nacer Shadi, todo cambió: mi madre ya no se iba a trabajar, aunque pasaba la mayor parte del tiempo con la niña. Luego aparecía Arash y mamá hacía los deberes con él, así que tampoco me prestaba demasiada

atención. Claro que eso en el fondo me alegraba. La verdad es que ya no sentía aquel dolor de la separación. Me bastaba el simple hecho de saber que estaba allí y que podía acudir a ella siempre que quisiera. Aún puedo ver ante mí su rostro joven y hermoso, con aquella piel morena, y sus grandes ojos color miel y su melena negra y abundante, que a menudo se recogía en un moño. Aunque lo que más me gustaba de ella eran sus dientes blancos y su risa placentera.

La persona más importante de nuestra casa era el padre de Arash, que todos los días se marchaba haciendo ruido. Yo intentaba no levantarme de la cama antes

de que saliera. Cuando volvía, ya era de noche. No sé dónde trabajaba, pero siempre lo veía cansado y malhumorado. Cuando llegaba, su largo bigote me parecía más caído que por la mañana. Dormitaba delante del televisor hasta la hora de la cena. Luego comía en silencio y, después, con el periódico bajo el brazo, nos daba las buenas noches. Se arrastraba escaleras arriba y se metía en su dormitorio, que por aquel entonces estaba justo delante del mío y del de Shadi, aunque ahora está en la planta baja. Siempre se quejaba de que no conseguía pegar ojo.

En cuanto el padre de Arash ponía un pie en casa, mi madre empezaba a

hablar:

—¿Qué tal? ¿Qué has hecho hoy?

—Nada, trabajar y trabajar sin más, como siempre —respondía él de mala gana, sin una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿No te encuentras bien?

—¿Qué preguntas haces! Estoy cansado, nada más.

Mi madre sufría, aunque no decía nada. Yo lo notaba. No sé si se quedaba en silencio por amor propio o por vergüenza, pero lo cierto es que no insistía.

Sólo Arash tenía derecho a apartarlo del sueño y el descanso. Le pedía ayuda para hacer los deberes y, cuanto más difícil era la pregunta, más contento se

ponía su padre.

—¡Muy bien! ¿Has visto lo listo que es mi hijo? —decía en esos casos, dirigiéndose a mi madre.

A veces me señalaba y añadía con sarcasmo:

—¿Te acuerdas de cuántos poemas se sabía Arash a su edad?

No me cabía duda de cuál era su intención: con aquellas palabras, con las que hacía referencia al hecho de que yo era tonto y mudo, pretendía hacer daño a mi madre. A continuación discutían sobre mi problema y, de vez en cuando, se empeñaban en hacerme hablar a la fuerza. Tantas atenciones me asustaban. Me incomodaban. Se me disparaba el

corazón. Quería salir pitando y esconderme en un cuarto a oscuras. Me hacía un ovillo en un rincón. Y todo el mundo me criticaba.

Babi estaba muy abatido por no ser tan listo como Arash y porque papá no lo quisiera. Así decía, furioso:

—¡Da rabia, pero no importa! Que se vayan todos al diablo. ¿De qué sirve ese inútil? Cómo me gustaría darles una lección a todos. No quiero a ninguno de ellos.

—Pues yo a mamá sí... —replicaba Babi.

Cada vez que intentaban hacerme hablar, el odio de Así hacia el padre de Arash aumentaba y a mí se me

paralizaba aún más la lengua. Me daba cuenta de que era idiota de verdad y de que nunca sería capaz de decir una sola palabra.

Sólo Asi y Babi me entendían y me querían tal como era. Su presencia era una bendición. No sabía si eran niñas o niños —¿acaso eso importaba?—, pero sí tenía claro que eran en todo momento justo lo que necesitaba. Con ellos podía pasarme las horas muertas hablando y jugando.

6

Había trascurrido un mes del atentado contra la abuela, pero no por eso ella había dejado de quejarse. Se acordaba de sus dolores sobre todo cuando veía a mis padres.

—No consigo mover el brazo —decía—. Lo tengo completamente paralizado.

Así no se lo creía y, con malicia, me decía al oído:

—Miente. La he visto con mis propios ojos hacer las abluciones con

las dos manos.

Yo tenía sentimientos encontrados con respecto a lo que había hecho. A pesar del violento pánico que me había invadido después de soltar el ladrillo y de que tenía claras las consecuencias de aquel acto, si he de ser sincero, no sentía ningún remordimiento y, como un juez imparcial convencido de haber emitido una condena justa contra un delincuente, tenía la conciencia tranquila. En el fondo, estaba seguro de que también el padre de Arash sabía la verdad. La idea no me desagradaba, pero durante varios días preferí que no me viera.

La abuela guardaba cama en casa del

tío Husein, y mi madre y Fataneh Janum hacían turnos para atenderla. En consecuencia, el contacto entre las dos familias, lo quisieran o no, se había vuelto más frecuente.

En cuanto se le presentaba la oportunidad, Fataneh Janum preguntaba:

—Mariam Jun, ¿se sabe ya de dónde salió ese ladrillo? ¿Quién lo tiró?

—Seguro que fue alguien de la calle —contestaba mi madre, toda inocencia—. Nosotros no tenemos ladrillos en casa.

Pasé aquellos días disfrutando de la más absoluta tranquilidad. Era como si la venganza me hubiera calmado para una

temporada. Mi madre mentía por mí, y yo hacía todo lo posible por portarme bien quedándome a su lado, como ella quería. Sin embargo, Josrow estaba siempre esperando a que me quedara solo para pasar junto a mí y susurrarme:

—¿Qué tal, tonto?

Cuando lo oía, se me subía la sangre a la cabeza. Quería abalanzarme sobre él, pero me contenía. Sólo en una ocasión le escupí en la cara.

—¡Mamá, ¿tú has visto lo que ha hecho este loco?! —gritó, como un gallina.

Fataneh Janum lanzó una mirada elocuente a mi madre, negando con la cabeza.

—Josrow Jan, es culpa tuya. ¿Por qué lo provocas? —contestó mi madre, enfadada—. Seguro que te has metido con él. El pobre no puede hablar, es normal que se defienda así.

—No te acerques a él, que te echarán la culpa a ti —recomendó Fataneh Janum a su hijo.

Un buen día, mi madre y Fataneh decidieron bañar a la abuela.

—Quédate aquí hasta que vuelva —me ordenó mamá—. No vayas a ningún lado.

Me senté detrás de la puerta del baño. Shadi estaba, como siempre, en el cuarto de Fereshteh, contándole cosas. Fereshteh reía con ganas. Me puse triste.

—¡Está claro que Shadi, con tanto parloteo, la ha conquistado! —comentó Babi—. Fereshteh no nos quiere: nunca nos ha cogido en brazos y no le hace gracia que entremos en su cuarto. Sólo tiene ojos para Shadi.

Aquella situación me hacía sufrir. No aguantaba más.

—Pero ¡¿cuánto tiempo tardan en bañarla?! —exclamó Asi.

De repente me di cuenta de que Josrow, que estaba en el piso de arriba, me llamaba en voz baja:

—¡Sube, Shahab! Ven, que quiero enseñarte algo.

Sabía que era una trampa, pero me pudo la curiosidad. Subí despacio. Su

casa era idéntica a la nuestra. En toda la calle las habían construido con la misma distribución: el cuarto de estar, el comedor y un dormitorio en la planta baja, y tres habitaciones más y la salida a la terraza en el primer piso. El cuarto de Josrow estaba, como siempre, desordenado. Había cartulinas y papeles tirados por todas partes, y encima de la mesa vi un bote de pegamento. Parecía que quería hacerse una cometa. Entré con cautela. Josrow cerró la puerta a mi espalda.

—Siéntate en la cama —ordenó.

Luego abrió el cajón del escritorio y sacó cerillas y cigarrillos. Y como quien muestra un tesoro escondido, dijo

orgullosos:

—¿Sabes qué es esto? ¡Cigarrillos! Están muy buenos, cuando sea mayor seré fumador. Aunque ya lo hago bastante bien. ¡Mira!

Observé la llama amarilla y azul de la cerilla. Josrow se puso el cigarrillo en los labios y lo encendió. Un humo blanco invadió el cuarto y esparció por todas partes el olor de Ammu Jan, mi tío, antes de salir por la ventana abierta.

—No sabes el placer que da — aseguró con los ojos cerrados—. Venga, prueba tú también. Está buenísimo.

Me di la vuelta y con la mano aparté a Josrow, que se me había puesto delante.

—¡Va, no seas cobardica! No se

enterará nadie. Dale una calada. Así, mira... No tengas miedo. Si fuera malo, yo no lo haría.

Observé las espirales de humo que ascendían. Aquel gesto heroico me dejó embelesado. Josrow me puso el cigarrillo en los labios.

—Ahora chupa fuerte, como si bebieras con una pajita.

Aspiré con todas mis fuerzas. En un instante, el humo me invadió todo el cuerpo hasta quemarme la cabeza. Era denso y apestoso, y sentí que impregnaba todas mis células. Me quedé sin respiración. Empecé a toser y, al poco rato, me puse blanco como el papel. Era como si se me salieran los

ojos de las órbitas. Me daba la impresión de que iban a estallarme las tripas. Vomité todo lo que tenía en el estómago y me desplomé, desfallecido, en un rincón.

—¡Largo de aquí, asqueroso! ¡Me has puesto perdida la habitación! —gritó mi primo, y bajó la escalera chillando.

Mi madre salió del baño sudada y asustada. Detrás de ella, Fataneh Janum intentaba ver qué estaba ocurriendo.

—¡Mamá, ese imbécil ha ido a vomitar a mi cuarto! Lo ha ensuciado todo —dijo Josrow con desprecio.

Fataneh Janum puso una mueca de asco.

—Sabes que no es normal, no puede

controlarse. ¿Por qué lo has metido en tu habitación? —preguntó.

—Pero si nunca devuelve sin motivo. Seguro que se ha puesto malo —replicó mi madre, y al verme allí, al lado de la escalera, pálido y débil, se me acercó, me puso la mano en la frente y preguntó —: ¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Por qué has vomitado?

Le gustaba hablar de aquella manera delante de la gente, como si pudiera contestarle.

Fataneh Janum ayudó a la abuela a salir del baño y a sentarse en el sillón. Igual que mi madre, llevaba la ropa arrugada y empapada.

—Pero ¿por qué anda de esa forma?

El ladrillo no le dio en las piernas, ¿verdad? ¡Qué retorcida es! —exclamó Asi.

Fataneh Janum se metió en la cocina y volvió con una fregona, un cubo con agua y una bayeta. Seguía apretando los labios, con aquella mueca de asco, como si también a ella le hubieran entrado arcadas.

—Dame, Fataneh Jun, ya lo limpio yo —dijo mi madre.

Fataneh, que no esperaba otra cosa, se lo entregó todo al instante.

Me agarré a la falda de mi madre y subí la escalera con ella. No tenía intención de seguir soportando ni un segundo más las miradas cargadas de

reproche de la abuela y los demás. Mamá cerró la puerta y se puso a limpiar la alfombra. Fruncía el ceño. Parecía cansada y abatida.

—¿Has visto? La hemos hecho llorar otra vez —dijo Babi.

Me entraron ganas de golpear a Josrow. Miré a mi alrededor: el pegamento seguía encima de la mesa. Me subí de rodillas a la silla, cogí uno de los pinceles que había en el bote y esparcí el pegamento por toda la superficie de la mesa y lo que había encima de ella. Mi madre estaba tan enfrascada y abatida que no se dio cuenta de nada. En un momento dado, levantó la cabeza y me vio encandilado.

—¿Qué haces ahí pasmado? Siéntate —me dijo, distraída.

Bajé la cabeza, cogí el bote y lo escondí detrás de mí. Retrocedí un poco y me senté en la cama. Metí el pegamento debajo de la sábana, me tumbé y lo derramé por todas partes. Luego puse la ropa que estaba tirada por encima y la unté de pegamento.

—Levanta, cariño, vámonos —dijo mi madre cuando acabó de limpiar—. ¡Por hoy ya está bien!

Sin rechistar, me cogí al dobladillo de su falda y bajamos la escalera.

Volvimos a casa muy pronto. Mamá se metió en el baño directamente, y yo corrí a mi cuarto y le di con la puerta en

las narices a Shadi, que me había seguido. Cogí de la mano a Asi y a Babi y dimos tantas vueltas por la habitación que nos mareamos... Pero ¡qué felices estábamos!

Al día siguiente, Fataneh Janum, hecha una furia, le contó a mi madre con pelos y señales el asunto del pegamento: las sábanas manchadas, la ropa que había tenido que tirar a la basura...

—Pero ¿cómo ha llegado un bote de pegamento a la cama? —preguntó mi madre haciéndose la inocente.

Parecía que estuvieran ambas esperando esa pregunta, porque se pusieron a hablar a la vez, aunque la que levantaba más la voz era Fataneh Janum:

—¡Exacto! Como no llegó hasta allí él solito, habría que ver quién entró ayer en el cuarto de Josrow y lo puso todo perdido.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó mi madre, molesta—. La que subió a limpiar fui yo, así que debí de hacerlo yo, ¿no?

—No, ¿qué dices? No quería dar a entender que hubieras sido tú, sino que quizá fue alguno de los niños que estaban contigo, en un momento en que los perdieras de vista.

—¿Te refieres a Shahab? No, imposible. Lo tuve controlado todo el rato. No lo dejé solo ni un segundo. No pudo ser él, estoy segura.

Se volvió hacia mí. Poco a poco, la duda fue ensombreciendo su mirada. Movi6 la cabeza de un lado a otro, como si quisiera alejar la sospecha que asomaba por su mente.

7

Por aquel entonces me costaba entender a Shahab. Con lo tranquilo que había sido siempre, de repente se había vuelto retorcido e imprevisible. Hacía cosas raras.

No sabía si debía castigarlo, si de verdad era retrasado, si habíamos cometido errores en su educación. Y, sin embargo, había dedicado toda mi vida a la familia, me había dejado la piel de la mañana a la noche como una sirvienta.

¿Qué le faltaba a aquel niño? Por otro lado, ¿por qué no eran así Arash y Shadi? El mayor se portaba bien y siempre era el primero de la clase. Aparte de algún que otro capricho, nunca nos había dado problemas. Shadi era tierna como un pan recién hecho, avispada y parlanchina. Suerte que había nacido; si no, me habría vuelto loca con Shahab y aquella vida tan monótona.

Llegó un momento en que tampoco soportaba a Naser. Y a veces pensaba que él tampoco nos soportaba a nosotros. Me esforzaba por recordar los sentimientos que nos habían llevado a casarnos, aquel período lleno de

estúpidas esperanzas, aquellos días en los que me imaginaba que con la licenciatura en Químicas iba a conquistar el mundo, aquellos días en los que la ansiedad por los exámenes se confundía con la del enamoramiento y, por la mañana, cuando salía de la residencia, no sabía por cuál de las dos cosas se me aceleraba el corazón. ¿Qué había sido de aquellos sentimientos? ¡Qué lejos quedaban aquellos tiempos! Rebuscaba en mi corazón como si fuera un baúl abandonado para hallar un pedazo de tela vieja que, una vez encontrado, no lograba reconocer por lo polvoriento y descolorido que estaba. No quería ni siquiera tocarlo. ¿Era

aquello lo que yo, la única hija de Ahmad Ali Jan, la de las mil pretensiones, esperaba de la vida? Yo, que quería demostrar que no tenía nada que envidiar a los hombres; yo, asqueada por la vida de mi madre, que tenía que servir sin descanso a un marido y a cinco hijos varones que no dejaban de gritar; yo, que había estudiado más que ninguno de mis hermanos, que en la oficina rendía más que los demás, algo que todo el mundo me reconocía... ¿Cómo había acabado por convertirme en una vulgar ama de casa? No, no era ése el papel que me había reservado. ¿Por quién y por qué se habían esfumado mis sueños? ¿Aquel

amor descolorido se merecía todo mi sacrificio? A veces tenía la impresión de estar a años luz de distancia de Naser. Él, siempre cansado y deprimido, ya ni me veía. Al agudizarse los problemas de Shahab, nuestra relación se había enfriado aún más, como si la culpa de que el niño no hablara fuese mía.

8

Había aprendido a vengarme de la gente que me llamaba «tonto» o «retrasado», lo que me servía para apaciguar los ánimos, jugar otra vez con Asi y Babi, dar vueltas por la habitación y reír juntos. Me castigaban, sí, pero me daba igual. Desde que el padre de Arash me había atizado por haberle cortado la americana y los pantalones, y luego me había encerrado en mi cuarto durante todo un día, ya no me daba miedo ningún

castigo. Nada podía ser peor.

¡Ojalá hubiera sido capaz de insultar! Todos los niños dicen tacos. Cómo me habría gustado que aquellas palabras mágicas salieran de mi boca, pero por desgracia...

En aquel momento no entendía exactamente por qué me apetecía tanto insultar, pero en cierto sentido me daba cuenta de que era una de las mejores formas de vengarse. Para mandar a alguien a donde se merece, no hay que tener fuerza física, ser mayor o más corpulento; basta con hablar, abrir la boca y decir cualquier cosa que lo ponga nervioso. Esas palabras son poderosas por sí solas. Si las dices bien

y en el momento oportuno, pueden herir de muerte y ya no hay necesidad de recurrir a actos vandálicos. Es casi como si los insultos se hubieran inventado para los pequeños y débiles como yo.

Entre todas las palabras, sabía distinguir las que eran feas. Las oía con total claridad y las memorizaba. Entendía el significado de algunas, como *pedarsag*, o sea, «hijo de perra». En una ocasión, el padre de Arash se enfadó con él, no sé por qué motivo, y se volvió hacia mi madre para gritar:

—¡Dile a ese *pedarsag* que no volveré a tolerar sus caprichos!

El hecho de que se hubiera peleado

con Arash ya era bastante extraño de por sí, pero aquella palabra, «*pedarsag*», aún resultaba más rara.

—¿Has visto que el padre de Arash también dice tacos? —preguntó Asi, una vez en nuestro cuarto.

—Sí, ha dicho *pedarsag*, es decir, que los padres de Arash son unos perros —contestó Babi.

—Pues, como el padre de Arash es él, ¡es un perro! —tercié yo.

Dios mío, cómo nos reímos aquel día. Nos pusimos a dar vueltas por la habitación repitiendo sin parar *pedarsag, pedarsag, pedarsag...*

Sin embargo, desconocía el significado de otras expresiones, y no

entendía por qué se molestaba tanto la gente al oírlas. Como aquel día en que uno de los chicos le gritó a Josrow:

—*Madar-gahve!*

Se puso tan furioso que se lanzó sobre el otro y se dieron una paliza soberana. Yo, que aún no conocía ese insulto tan fuerte contra la madre de alguien, me quedé pensando un buen rato qué tenía de malo llamar a alguien «madre-café». Debía de haber algún error, una madre no podía ser como un café. ¿Por qué precisamente un café?

—Lo de «café» también es un color. Seguro que su madre viste de color café —dijo Babi.

—¿Y qué? ¿Qué tiene eso de malo?

Muchas mujeres llevan abrigos de color café —contestó Asi.

—¡No le gustará ese color!

—Ni a mí. Yo preferiría que mamá llevara un abrigo rosa, pero no me pondría de esa forma si fuera de color café —intervine yo.

Nos quedamos un tanto confusos durante un rato, hasta que Asi dijo:

—A lo mejor se refería al café de beber.

Cuando quería criticar a la abuela y a la tía Shahin, Fataneh Janum venía a casa. Entonces mamá hacía café. Se lo tomaban juntas, pero a nosotros no nos daba. Decía que a los niños no les sentaba bien. Luego miraban un poco las

tazas vacías y se ponían a cuchichear.

—Dentro de dos semanas o de dos meses pasará algo que te hará muy feliz —le dijo una vez Fataneh Janum a mi madre.

—¿En serio? ¡Sin duda, mi Shahab empezará a hablar! —exclamó mi madre, emocionada.

No sabía por qué siempre tenía que salir el tema de si yo hablaba o no hablaba. Fataneh Janum soltó una carcajada y dijo con malicia:

—No creo. Se trata de algo material, de dinero... Recibirás algo.

A mi madre se le pasó el entusiasmo.

—Sí, el café es malo —aseguró Asi—. Miran los posos y dicen cosas que

no tienen sentido. Las madres no deberían tomar café. El padre de Arash nunca bebe, y el tío Husein tampoco... Y luego no sueltan esas cosas. Debe de ser algo feo y típico de las madres. Por eso a nosotros nunca nos dan.

—Tenemos que hacer algo para que mamá no vuelva a tomar café —propuso Babi.

Al cabo de unos días, estaba jugando con mis amigos en mi cuarto cuando nos llegó un olor. Me asomé desde lo alto de la escalera: mi madre y Fataneh Janum se habían sentado a beber el dichoso café. En aquel mismo instante, entró Josrow y el corazón me dio un vuelco.

—Ahora, cuando vea a su madre y a

la nuestra beber café, ¿qué hará? — preguntó Asi.

Bajé a toda velocidad y me detuve a su lado. Con decisión y energía, como un adulto cuando castiga a un niño, tiré al suelo todo lo que había encima de la mesa. Las tazas se rompieron y a Fataneh Janum le cayó café encima.

—¿Qué bicho te ha picado? — preguntó, después de pegar un chillido.

Mi madre miró con asombro todo lo que había caído al suelo y luego gritó con rabia:

—¿¿Qué te pasa?! ¿¿Por qué has hecho eso?! ¿¿Acaso te has vuelto loco?!

—¿¿Acaso?! —repitió Fataneh Janum con una risita de desdén—. Pues claro

que está loco. ¿A ti te parece que los niños que están bien de la cabeza hacen este tipo de cosas?

Miré a Josrow. Esperaba que les dijera algo, pero en lugar de eso se tronchaba de risa, sujetándose la barriga con las manos.

—¡Yo siempre he dicho que estaba chalado, pero me contestabais que no era verdad! —exclamó por fin—. ¿Lo veis ahora?

Me quedé de piedra. ¿Por qué no se había enfadado? ¿No había sido él quien había pegado de aquella forma al chico que lo había llamado «madre-café»?

En aquel momento mamá me dio dos sonoros cogotazos. Me cogió de las

orejas, me llevó al piso de arriba y me encerró en mi cuarto. Me dijo que hasta la noche no podría salir de allí. Estaba tan confuso que ni siquiera me sentó mal. La verdad es que me apetecía estar solo.

—¿Ves como lo malo no es el café?
—soltó Asi en cuanto se fue mi madre.

—Entonces, ¿por qué se ha convertido en un insulto? —preguntó Babi.

—No lo sé —contesté yo.

—¡Ah, ya lo he entendido! Todo lo que se dice después de «madre» pasa a ser un insulto. Lo malo no es el café, pero si dices «madre-café» sí que es ofensivo —sentenció Asi.

—De ese modo, si decimos «Tienes una madre-té», ¿también es un insulto?

—Pues sí, y bastante gordo. Porque es una persona y no puede ser un té.

—¡Qué gracia! Los adultos son de lo más idiota. ¡Qué cosas inventan!

Nos reímos los tres con ganas. Así empezó a asociar «madre» con todo lo que había en la habitación y nos moríamos de risa. «Madre-silla», «madre-mesa»...

—No, tiene que ser algo de comer: «madre-arroz con judías verdes», «madre-estofado»...

Soltábamos tales carcajadas que no nos dimos cuenta de que mi madre entraba en la habitación. Me miró

aterrorizada y preguntó:

—Que Dios me fulmine. ¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Por qué te reías de esa forma? ¡No te habrás dado un golpe en la cabeza!

Detrás de ella, asomó la cabeza de Fataneh Janum. Hice un esfuerzo para contener la risa. Me tapé la mano con la boca y me quedé en silencio, pero el muy granuja de Asi me dijo al oído:

—«Madre-berenjena.»

Y no pude aguantar más.

—¡Dios mío, no te rías así, Shahab, me das miedo! —me suplicó mamá, mirándome aterrada—. Fataneh, ¿has visto qué desgracia me ha caído en suerte? Es culpa mía, no tendría que

haberle pegado, no tendría que haberlo encerrado en su cuarto. Debe de ser por eso, sí, sin duda es por eso.

Aquel día, mi madre no dejó de vigilarme desde lejos, y yo hice un esfuerzo para que no se me escapara la risa y no asustarla.

—Estos adultos son completamente imbéciles —afirmó Asi—. Pero ¿cómo puede ser que le den miedo las carcajadas de un hijo?

Cuando, ya por la noche, llegó el padre de Arash, mi madre, preocupada, le contó la que había armado. Le dijo que me había pegado y que me había mandado a mi cuarto, pero que en lugar de molestarme y llorar me había pasado

un buen rato riendo.

—Tengo que buscar un especialista. El problema empeora con cada día que pasa —respondió el padre de Arash, negando con la cabeza.

—¿Lo dices en serio? —preguntó mi madre, con voz entrecortada—. ¿Crees que tiene un problema psíquico?

—¿Te parece que esa actitud puede significar otra cosa?

—Quizá esté contento por algo. ¡Ay, si pudiera decir lo que le pasa por la cabeza...!

—Mamá parece tonta —aseguró entonces Babi—. ¡Si hubiéramos podido hablar, habríamos preguntado enseguida el significado de «madre-café» y no

habríamos roto sin motivo toda la vajilla buena!

Al final me resigné y dejé de preguntarme lo que querían decir las palabras feas, incluso las que no tenían nada que ver con las madres. Como, de todos modos, era tonto y no entendía de esas cosas, tampoco hacía falta que conociera el significado de los insultos. Bastaba con que fueran muy fuertes, y eso se deducía al ver cuánto se enfadaba el que lo recibía. Al cabo de unas semanas, por ejemplo, cuando fui con mi madre a la carnicería, había un hombre muy exaltado contándole una historia al señor Sadeg.

—¡Menudo malnacido! ¡Como lo pille...! —decía.

Comprendí de inmediato que aquella palabra era un insulto. Mis oídos se habían vuelto sensibles. Miré a mi madre, que tenía la cara como un tomate y no veía el momento de salir de la tienda.

—¡Debería darte vergüenza, que hay una señora y un niño delante! —exclamó el señor Sadeg, y se disculpó con mi madre.

Me di cuenta de que aquella palabra no era fea, sino feísima. La repetí para mis adentros hasta que llegamos a casa. ¡Cuánta fuerza tenía aquella palabrita! ¡Y qué musical era! Salía de la boca

repiqueteando, pequeña y redonda como una canica.

—¿Y qué quiere decir? —preguntó Babi.

—Nada. Pero es feísima, igual que «madre-café». Las mujeres no tienen que oírla. ¿No lo sabes? Los nombres de los animales, como «perro», «burro» o «asno», no son tan malos, pero las palabras que no tienen significado son terribles. Si las dices, todas las mujeres se van corriendo y los hombres se enfadan tanto que acaban matándose entre sí.

Aquel día, Así, Babi y yo nos pasamos un buen rato dando vueltas por la habitación y repitiendo aquella

palabra melodiosa, que para mí era
como una canica brillante rosa y azul.

9

Aquel verano se produjo un milagro y dejé de ser el centro de atención, cosa que me estaba volviendo loco. Los preparativos para la boda relámpago de la tía Shahin dejaron todo lo demás en un segundo plano. Todos estaban felices. No se hablaba de otra cosa más que de aquella boda: mi madre, Fataneh Janum, mi abuela y mi tía se pasaban las horas muertas hablando del vestido de novia, de la cena y de todo eso. Fataneh Janum,

que cosía muy bien, y mi madre, que sabía poner lentejuelas, se dedicaban a hacer el vestido en un cuarto lleno de encajes y raso. Trozos de tela blanca como la nieve, suaves y transparentes, que en las manos mágicas de mi madre y Fataneh Janum se transformaban en un vestido de ensueño, cuyas imágenes había visto en libros de cuentos y en algún dibujo animado. Me encantaba el candor y la belleza de aquellos tejidos, y, sin embargo, cuando me enteré de que estaban haciendo un vestido idéntico al de la novia para mi hermana Shadi, se acabó la magia.

—¡Qué suerte tiene! —exclamó Babi—. Todo el mundo la adora porque

habla. Con nosotros, en cambio, se portan mal.

Teníamos que salir hacia casa de mi tío, adonde íbamos a diario por la historia de los vestidos. Quedaban dos días para la boda, y aquello me había sentado fatal.

—Este niño debe de haber cogido la gripe —dijo mi madre, mientras me ponía la mano, fría, en la frente—. Tiene fiebre, le conviene descansar. No puedo dejarlo solo.

—Pero ¿te parece el momento?! Hoy es el *hanabandun*, hoy tiñen con jena las manos y los pies de la novia. Seguro que te necesitan —le recordó el padre de Arash, como siempre de mal humor—.

Mi madre acaba de decir que el vestido de novia no está terminado. Le preocupa que no esté listo para pasado mañana. Si hoy no vas, te retirarán el saludo.

—Ya lo sé. Y pienso ir. Pero es que... Si Arash no fuera al colegio, sólo por hoy, no me vería obligada a llevarme a Shahab. Lo dejaría en casa descansando.

—¡Eso no es posible! Arash no puede quedarse atrás por culpa del crío. No es tu niñera. Shadi puede quedarse tranquilamente con Fereshteh, que juega encantada con ella. Llévatelo. Lo colocas en cualquier parte.

Siempre decía «éste» o «el crío», como si no tuviera nombre. ¡Cuánto me molestaba que se refiriera a mí de

aquella forma!

Mi madre me colocó en una butaca de la entrada, se zambulló en el trabajo y me olvidó por completo. El tiempo parecía haberse detenido. No aguantaba más. Me senté delante del televisor y me dormí. Luego me desperté y por fin llegó la hora de comer. Después, cuando estaban todas en la cocina, concentradas, recogiendo y lavando los platos, yo lo que quería era estar con mi madre, pero me echó de allí diciendo:

—Venga, hijo mío, no te pegues a mis faldas. Ve a descansar. Yo ahora voy.

Estaba cansado, sin fuerzas. Sabía que iban a volver al cuarto de costura.

Abrí la puerta: el vestido estaba justo en el centro. Me senté muy cerca. Cogí el dobladillo y me lo llevé a la cara. Qué suave y qué fresco era, igual que mi colcha, sin la cual no podía dormir. La falda era tan ancha que podía sentarme encima. Me coloqué justo en el centro y me enrosqué en los pies el resto de la tela. Tenía fiebre, y una agradable frescura se propagó por todo mi cuerpo. Los párpados empezaban a pesarme. Hundí la cabeza en los grandes pliegues de la falda y me sumí en un sueño profundo.

Me desperté con un sobresalto, asustado por los gritos de la tía Shahin. Estaban todas encima de mí mirándome

con tal rabia y repulsión que me entraron escalofríos. En aquel momento, cualquiera de ellas habría podido estrangularme. Al poco rato, todas sus miradas glaciales se dirigieron hacia mi madre, que se había detenido en el umbral. Me di cuenta de que estaba temblando.

—¿Has visto lo que ha hecho? — preguntó la abuela con su vozarrón—. La falda está toda sucia y aplastada. ¡Mira qué pisotones!

Mi tía se puso a llorar y Fataneh Janum aprovechó para meter baza:

—¡Ya sabía yo que acabaría haciendo una de las suyas!

Mi madre observaba la escena con la

cara del todo desencajada. Estaba muy pálida. Se acercó, cogió el vestido, lo miró bien de arriba abajo y dijo:

—Ya lo arreglo yo. Quedará igual que antes, lo prometo.

—No es necesario. Me da miedo que lo empeores. Nos encargamos nosotras.

—No, no os da tiempo. Tenías que iros a la peluquería, ¿no? Además, esta noche tenéis visitas. Yo me lo llevo y acabo todo el trabajo. Os lo devolveré en perfectas condiciones. Quedaos tranquilas, que no es nada: lavaré las manchas a mano y lo plancharé bien. No os preocupéis.

Mi madre y yo volvimos a casa con el vestido envuelto en nailon. Shadi se

había quedado a dormir la siesta con Fereshteh.

Triste y en silencio, mamá lavó las manchas. Empecé a coger manía a aquel vestido, a la tía Shahin y a su boda.

—¿Por qué son tan imbéciles? — preguntó Asi—. Nosotros no queríamos estropear el vestido. No le hemos hecho nada. Nos hemos quedado dormidos encima, ya está.

Mi madre lo colgó de la puerta y se sentó delante. Empezó a coser lentejuelas en el ribete de la falda. Tenía una expresión tensa. Sonó el teléfono. Se levantó con cansancio y fue a contestar.

—No sufráis, lo he arreglado. No queda ningún rastro. ¡No, por el amor de

Dios, no digáis esas cosas! De verdad, no lo ha hecho adrede. Tenía sueño y se ha quedado dormido.

En el otro extremo del hilo dijeron algo que provocó el llanto silencioso de mi madre. Sentí que me hervía la sangre de rabia... ¡Cuánto la hacían llorar! El sufrimiento de mi madre, que cada día se volvía más vulnerable y más sensible, acrecentaba mi furia. Miré a mi alrededor. En el suelo, al lado del vestido, vi unas grandes tijeras de sastre. Las abrí con esfuerzo, utilizando las dos manos, metí en medio el dobladillo de la falda y luego cerré las hojas. Abriendo y cerrando más y más veces las tijeras, conseguí hacer un

agujero en la tela.

—Ahora sí que tendrán motivo para enfadarse —dijo Asi.

—Pero ¿qué va a ponerse la tía Shahin? —preguntó Babi, contrariado.

—Así aprenderán a no hacer llorar a mamá de esa manera.

10

En cuanto vi el agujero en la falda del vestido, solté un grito instintivo. A Shahab se le cayeron las tijeras al suelo. Me puse a temblar de pies a cabeza, como si estuviera conectada a un cable eléctrico. Me llevé las manos a la boca para no seguir chillando. Faltó poco para que se me salieran los ojos de las órbitas.

—Dios mío... ¿Qué desastre es éste? ¡Eres un desgraciado, hijo mío! —dije

con dificultad mientras me precipitaba sobre él.

Con toda la energía que tenía en las piernecillas, Shahab salió corriendo hacia la escalera. Subió y se encerró en su cuarto. Trató de echar la llave, pero yo sabía que no lo conseguiría. Lo seguí a toda velocidad. Las piernas me temblaban sin control y apenas podía sostenerme en pie. Me detuve a media escalera, conseguí mantener el equilibrio agarrándome al pasamanos y lo llamé a gritos:

—¡Baja, desgraciado! ¿Qué voy a hacer contigo? No estarás contento hasta que acabes conmigo, ¿eh?

Cuando dejé de vocear, sentí que se

apagaba en un instante toda la energía nacida de la rabia y se me hizo un nudo en la garganta. Me senté en un escalón, me llevé las manos a los ojos y me eché a llorar desconsoladamente. No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado, pero me recuperé al notar que la delicada manita de Shahab se posaba en mi cabeza. Sabía que no soportaba verme llorar, pero no que estuviera dispuesto a recibir su merecido sólo para evitar verme así. ¿Qué podía hacer con aquel niño? Lo miré. Sus ojitos color miel estaban llenos de lágrimas. Sentí una punzada en el corazón al ver su expresión de angustia. Sufría tanto como yo. Se notaba. Lo estreché entre

mis brazos y, sollozando, le pregunté:

—¿Por qué? ¿Por qué das tantos problemas? Eras un niño tan bueno y tan tranquilo... ¿Por qué te has vuelto así?

Él agachó la cabeza.

—Ya sé que te portas así por rabia, pero todo esto acabará perjudicándonos. ¡No sabes el daño que me has hecho con esto! ¿Creías que sólo se enfadaría la tía Shahin? Cuando haces una trastada, me atormentas a mí más que a nadie. ¿Es que no me quieres? ¿Eh? ¿Acaso no me quieres?

Rompió a llorar y hubo profusión de lágrimas. Se acurrucó aún más entre mis brazos.

—Entonces, si me quieres, no hagas

esas cosas. Si alguien se mete contigo, ven a decírmelo. Yo le ajustaré las cuentas. Tú no hagas nada.

Me miró sorprendido y me di cuenta de que había cometido un error.

—No, no hace falta que me lo digas. Yo ya sé quién te molesta. Lo más importante es que Dios lo ve y lo oye todo. ¡Ya les ajustará las cuentas él! Pero tú tienes que controlarte... Es lo que más te cuesta, pero tienes que dejarlo en mis manos y en las de Dios. ¿De acuerdo? ¿Me lo prometes? Si me quieres un poquitín, no hagas trastadas. Si no, me moriré. Cuando he visto el vestido, casi me ha dado un infarto. ¿Quieres que me muera? ¿Quieres

quedarte sin tu mamá?

Apretó la cabeza contra mi hombro. Luego abrió poco a poco los brazos con los que se me aferraba al cuello.

—Entonces, ¿me lo prometes? ¡¿Sí?!
—dije, mirándolo a los ojos. Y asintió
—. ¿Seguro? Si alguien se mete contigo, ven corriendo a mí. ¿De acuerdo, amor mío?

Bajó la cabeza otra vez. Estábamos los dos más serenos.

Me levanté y me acerqué al vestido. Con terror en los ojos, observé la falda rasgada. No había elección: tenía que separarla del corpiño y quitar el trozo donde había dado el tijeretazo. Me metí

en la cocina, me serví un té y me senté para recuperar fuerzas. Al cabo de unos minutos me puse en pie de un brinco. «¿Dónde está Shahab? ¡No vaya a hacer otra de las suyas!», me dije. Presa del pánico, corrí a la habitación. Cuando lo vi tratando de pegar con sus propias manitas y cinta adhesiva el trozo de tela cercenado, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No, cariño, con eso no se puede arreglar. Tú no te preocupes. Ya sé yo qué debo hacer para que nadie se dé cuenta —le dije sosegadamente.

Descolgué la percha de la puerta y cogí el vestido. Empecé a descoser la falda. Shahab, sentado a mi lado,

observaba mis movimientos con una mezcla de curiosidad y preocupación. Extendí la falda en el suelo para que se alisaran los pliegues. Por suerte, el agujero quedaba cerca de la costura y podía recortarlo con las tijeras. Le lancé un largo pedazo de tela a Shahab y le dije:

—Ten, para ti, pero procura que no lo vea nadie. ¡Por favor!

Él, sin embargo, lo arrebuja con desprecio y lo tiró a la papelera. Saqué la máquina de coser y me puse a reconstruir la falda y a rehacer los pliegues.

En cuanto oyó que se abría la verja y entraba el coche, Shahab corrió a la

ventana.

—Vete a dormir a tu cuarto —le pedí con dulzura.

Fui a recibirlos a toda prisa mientras entraban Naser y Arash. Traté de actuar con desenvoltura, pero, como una tonta, comenté:

—¡Hoy habéis vuelto pronto!

—Pero ¿no me habías dicho que saliera antes del trabajo para recoger a Arash e ir al *hanabandun*?

—Sí, claro. Creía que te habías olvidado.

—¿Y ahora qué haces? ¿Aún no está terminado ese vestido?

—Sí... pero se ha ensuciado un poco. Me lo he traído para lavarlo y ha

quedado peor. Ahora acabo de recortar ese pedazo. La falda tiene tantos pliegues que no se notará lo más mínimo. ¡Y a ti, por favor, que no se te escape nada!

—¡Desde luego, tienes la cabeza en las nubes! Haces una trastada tras otra, como tu hijo.

—¿Qué trastada? Son cosas que pasan. Estaba preocupada por el niño.

—¿Y eso? ¿Hay alguna novedad?

—¡No, qué va a haber! Bueno, el crío no se encuentra muy bien, me preocupa. Se ha pasado el día durmiendo.

—¡Mejor, así no ha hecho otra de las tuyas! En fin, haz lo que tengas que hacer con calma. Pero ¿no quieres venir

al *hanabandun*?

—La verdad es que no, id vosotros. Tengo que acabar este vestido antes de que alguien sospeche algo.

—Pero ¿cómo? ¿Y a ellos qué les digo? Mujer, ¿cómo no vas a ir precisamente esta noche, cuando te necesitan?

—No les hago ninguna falta. La mejor ayuda que puedo prestarles es acabar esto. Esta mañana hemos hecho todo lo que había que hacer. Está todo listo para la recepción. Van a ir también Akram Janum y su hija. Ve tú y luego tráete a Shadi, que se ha quedado con Fereshteh. Diles que el niño está malo y que yo no puedo ir. Total, mejor si no están los

críos por en medio. Lo preferirán. Si luego ves que es imprescindible y que insisten, cuando estén a punto de servir la cena me llamas y vamos en un momento.

Arash apareció al poco rato con Shadi.

—Fereshteh ha insistido mucho para que la lleve otra vez esta noche —aseguró—. Dice que ha estado ensayando para bailar delante de los invitados.

La lavé, la cambié de ropa y le recogí el pelo con dos cintitas rosas. La puse en brazos de Naser y los acompañé hasta la entrada. Al volverme, vi que Shahab se había quedado mirando la

puerta con melancolía.

Cuando por fin acabé de coser la falda al vestido ya se había hecho de noche. Y aún quedaba mucho trabajo. Había que acabar de colocar las lentejuelas. Estaba agotada. Ya no veía. Estaba tan concentrada que me olvidé por completo de la presencia de Shahab. Sólo me acordé de él cuando me puso delante dos caramelos y una botella de agua. Me trajo hasta un vaso. Estaba claro que quería ser útil de alguna forma. Me dio pena.

—¿Quieres ayudarme? —le pregunté.

Asintió. Bebí un sorbo de agua y, con toda la tristeza y el cansancio que

llevaba acumulados, le susurré, no sé si para mí misma o para él:

—La mayor ayuda que me puedes prestar es hablar conmigo. Sólo una palabra, una sola. Di: «mamá»...

Me enjuagué dos lágrimas que me habían resbalado con rapidez por las mejillas y me puse a trabajar otra vez. Al cabo de sólo unos segundos, una voz tierna dijo lentamente:

—Mamá...

Se me aceleró el corazón. Lo miré, incrédula.

—¿¿Qué has dicho?! ¿Has sido tú? — pregunté. Le puse las manos en los hombros y, entre más lágrimas, supliqué —: ¡Repítelo, otra vez!

Entonces sonó el teléfono y me sobresalté. Cuando descolgué todavía lloraba de felicidad.

—Naser, ¿a que no sabes lo que ha pasado? ¡Hace un instante, Shahab ha dicho «mamá»! Te lo juro, en serio. ¡No sabes qué voz tan bonita tiene! Así, de repente, sin previo aviso ha dicho: «mamá»... Sí, ahora voy, muy bien. Diles que esperen, que quiero echar una mano para servir la cena. Sí, el vestido casi está acabado. Mañana se lo doy. Nos arreglamos y vamos para allá.

Me di una ducha rapidísima y me vestí. Me recogí el pelo mojado en la nuca y me puse un carmín rojo claro en los labios. Shahab me miraba con una

sonrisa dulce. Siempre pasaba lo mismo: cuando yo estaba contenta, él cambiaba de humor, como si nuestras almas estuvieran unidas por un hilo. Estaba tan feliz que hablaba a toda pastilla:

—¡Dios mío, te doy las gracias! Lo sabía, siempre he sabido que no le pasaba nada. Ahora iré con la cabeza bien alta delante de todo el mundo y nadie podrá seguir haciendo comentarios despectivos.

Cogí a Shahab de la mano y, orgullosa, me lo llevé a casa de Husein Aga.

11

La cara de sufrimiento y cansancio de mi madre me provocó tanto dolor que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para aliviar su pena. Aquel impulso incontenible me hizo olvidar el miedo a hablar. Abrí la boca y, con toda la naturalidad del mundo, dije:

—¡Mamá!

Una voz desconocida me resonó en los oídos con un eco extraño. ¿De verdad era la mía? Disfruté de la alegría

de mi madre. Estaba mucho más guapa cuando era feliz. Sin embargo, toda aquella emoción y aquel extraño comportamiento me asustaron. De camino a casa de mi tío, Así preguntó:

—¿Por qué le ha contado al padre de Arash que hemos hablado? Esperemos que no se lo diga también a los demás.

Tenía miedo. Quería dar media vuelta. Solté la mano de mi madre, que me miró eufórica y volvió a cogérmela.

—¡Vamos, cariño! ¡Vamos, orgullo de mamá! —exclamó.

Cuando entramos se hizo el silencio. La misma gente que antes me ignoraba por completo de repente no me quitaba los

ojos de encima. Se me disparó el corazón. Aquello pilló desprevenida también a mi madre. Fataneh Janum se nos acercó corriendo con mala intención, como siempre. Se agachó para ponerse a mi altura y, entre risas, dijo:

—¡Cómo me alegro de verte, guapísimo! He oído que ya hablas. Di «Fataneh Jun», que te oiga yo. ¡Vamos!

Me escondí detrás de mi madre: con tanto maquillaje, de cerca daba mucho miedo.

—¡Venga, vamos, dílo! —insistía.

Noté que me ruborizaba.

—Déjalo, mujer, que lo molestas —intervino mi madre, cogiéndome de la mano.

—¿Cómo?! Pero ¿no habías dicho que hablaba?! A ver, quiero oír cómo me llama.

—Así lo asustáis.

—Pero ¿qué le hemos hecho?
¡Menudo cuento!

Josrow me miraba con gesto de burla. El padre de Arash se acercó a mí.

—Ahora que has dicho «mamá», di también «papá» y nos das una alegría a todos.

Se quedaron mirándome, expectantes. Me costaba respirar. El corazón cada vez me latía más deprisa. Mamá, mi único refugio y esperanza, me había traicionado. Había revelado a todo el mundo un secreto que tenía que quedar

entre nosotros. Aparté de golpe la mano que me tenía cogida y salí huyendo a la carrera hacia casa, jurándome que no volvería a sentir pena por ella y que no repetiría aquel error.

Con el paso de los días, dejaron por fin de hablar sin parar de lo sucedido. No tardaron en convencerse todos, mi madre incluida, de que le había parecido que decía «mamá» por el enorme deseo de oír aquella palabra de mis labios. Poco a poco me dejaron en paz y volví a sumirme en mi reconfortante mutismo.

12

El primer mes de verano pasó entre la boda y las demás recepciones.

Debido a las muchas clases a las que asistía, Arash no tenía tiempo para tantas actividades sociales. Tampoco me parecía que le apeteciera demasiado asistir a ellas. Prefería quedarse en casa leyendo, viendo la televisión, dibujando o haciendo manualidades. Para mí que, en cierto modo, también estaba cansado de todas aquellas obligaciones

familiares.

A menudo venía a casa su amigo Saman, que era como él y llevaba unas gafas enormes que enmarcaban unos ojillos diminutos. Se pasaban el día de palique... ¡Soltaban cada palabreja...! Y, para demostrar sus teorías, desmontaban la radio, el aspirador y otras cosas... Sin embargo, ¡en esos casos nadie hablaba de actos vandálicos!

—Mi hijo está practicando. ¡Con lo listo que es, ya veréis como será inventor! —alardeaba el padre de Arash.

Durante aquellos días, mamá aprovechó la presencia de Arash en casa para ir a

las recepciones y dejarme con él. De esa forma, podía participar en las celebraciones sin preocuparse por mí; se llevaba únicamente a Shadi, la parlanchina. A menudo, Arash me dejaba solo. Como su padre, no me consideraba digno ni de atenciones ni de palabras. En cierto sentido, todo el mundo me evitaba, me dejaba de lado. Cuando se preparaban para las celebraciones, en casa había un frenesí generalizado y yo los seguía a todos de una habitación a otra. Por lo general, mi madre se probaba muchos vestidos antes de elegir el que acababa llevando. Me habría gustado que aquello durase horas, para no quedarme nunca en compañía de

aquel silencio que se abatía sobre la casa como una pesadilla cuando se marchaban.

—Estaba rica, ¿eh? —me decía mamá después de darme un beso, refiriéndose a la cena de primera que nos preparaba siempre que salía para no sentirse culpable por dejarnos allí—. Cuando nos hayamos ido, ponte a hacer un dibujo bien bonito y luego acuéstate.

Sin embargo, cuando me quedaba en aquella casa silenciosa no tenía ganas de hacer nada y no conseguía dibujar más que garabatos furiosos y sin sentido. Cada día que pasaba me sentía más unido a mis amigos imaginarios.

—¡Olvídate de ellos, que se vayan al

diablo! —recomendaba Asi.

Babi, en cambio, sufría mucho.

13

Un caluroso día de verano, a media tarde, sucedió algo extraordinario. Fereshteh se presentó en casa. Llevaba en la cabeza un *rusari* de un color precioso. Me quedé mirándola embelesado.

—Pero ¿qué se ha hecho? Está mucho más guapa —aseguró Asi.

En lugar de abalanzarse sobre Shadi, como en todas sus visitas anteriores, cuando entró, vino a buscarme a mí. Salí

de detrás de la puerta. Me abrazó. ¡Cómo me gustaba estar entre sus brazos! Respiré profundamente para empapar me del perfume de su cuerpo y luego escuché feliz las palabras que salieron de su boca.

—¿Vamos juntos al parque? Mariam Jun, quiero llevarme a Shahab a dar un paseo. ¿Puede venir? —preguntó, dirigiéndose primero a mí y luego a mi madre.

—¿A Shahab? —se sorprendió ella—. ¿Y ahora qué te ha cogido con Shahab?

—¿Por qué? ¿Qué tiene de raro? Lo quiero mucho. ¿No te acuerdas de que antes siempre jugábamos juntos? Vamos

a dar una vueltecita por el parque y volvemos enseguida.

—No, hija mía, me da miedo que pase algo, no me atrevo. Si quieres llevarte a Shadi, adelante, pero Shahab... No, estoy más tranquila si se queda conmigo.

—Te juro que iré con cuidado. No pasará nada. ¿Sabes qué? He pensado mucho en lo que le ocurre a Shahab. No le damos la atención que se merece. Yo misma, desde que esa granujilla de Shadi empezó a hablar y se puso tan graciosa, lo he olvidado por completo. Por su forma de mirarme he comprendido que se había enfadado conmigo. Quiero hacer que me perdone. Te lo ruego, déjame venir de vez en

cuando para llevarlo a dar un paseo.

Mi madre seguía observándola, perpleja, mientras que yo no cabía en mí de alegría ante la perspectiva de salir a dar una vuelta con Fereshteh. ¿Qué milagro era aquél, que me había regalado tanta felicidad? Tiré de la mano de mamá y con la mirada le transmití toda mi emoción. No le hacía mucha gracia la idea, pero aquellos ojillos ansiosos la hicieron vacilar.

—No sé, me da miedo que te dé problemas y me haga pasar vergüenza otra vez —contestó, indecisa.

—No te preocupes, no se portará mal. ¿A que no, Shahab? —preguntó, y yo enseguida negué con la cabeza—. ¡Pues,

venga, corre a ponerte bien guapo y vámonos a dar ese paseo tú y yo!

Emocionadísimo, me metí corriendo en el baño para lavarme las manos, la cara y sobre todo las rodillas. Mamá vino enseguida a ayudarme. Me puse los pantalones cortos azules y la camisa de cuadros azules y blancos que aún olía a nuevo. Dejé que mi madre me peinara con esmero y me hiciera la raya con agua para colocar mi largo flequillo a un lado.

—¡Qué maravilla! ¡Qué guapetón! — exclamó Fereshteh—. ¿Me equivoco, Mariam Jun, o Shahab es aún más guapo que Shadi?

La cogí de la mano y salí de casa

contento. Al oír la voz quejumbrosa de Shadi, que chillaba a nuestras espaldas, sentí, ¿cómo lo diría?, cierta satisfacción.

—Pobrecita, le gustaría mucho acompañarnos —comentó Babi.

—¡No, no nos la llevamos! Si no hace nada ha salido a dar un paseo con mamá... —replicó Asi.

—No puede decirse que lo que hacemos con mamá sea dar un paseo. Tiene que ir a la compra y nos lleva con ella, nada más. Mamá dice que es un paseo, pero no es verdad. ¿Se cree que somos idiotas?

Aquel paseo fue muy distinto de los que daba con mi madre todos los días.

Era como si me hubiera escapado de una jaula. Me sentía ligero. Me volví hacia Fereshteh para ver si estaba igual de feliz que yo. Me habría gustado darle las gracias con los ojos, pero no me miraba. Parecía preocupada. Me agarraba la mano con fuerza, pero me daba la sensación de que se había olvidado de mí por completo. Le pegué un tirón para que me prestara atención.

—¿Sabes una cosa, Shahab Jun? —me dijo con desgana—. Si te portas bien y me haces caso, a la vuelta te compro un helado enorme. ¿Te parece?

Vacilé. Era como si me planteara un intercambio, como solía hacer Josrow. ¿Acaso Fereshteh también quería

burlarse de mí? Cruzamos la calle y entramos en el parque. Sin decirme una sola palabra, me llevó hacia la zona de juegos. Parecía aún más preocupada que antes. Miraba a su alrededor. Me di cuenta de que buscaba algo o a alguien. Al cabo de un rato, pasó a nuestro lado un chico que dijo algo en voz baja. En los labios de mi prima apareció una sonrisa.

—Venga, Shahab Jun, vete a jugar. Yo me siento aquí, en este banco, y te miro.

Me soltó la mano. Me dirigí a la zona de juegos, pero no dejé de mirar hacia donde estaba ella. Fereshteh se sentó en el banco al lado de aquel chico. Daba la impresión de que se conocían. Empecé a

comprender el motivo de aquellas repentinas muestras de cariño hacia mí. Me subí al columpio sin ganas. Me paré un momento al lado de los demás juegos, y probé otro. Ni siquiera me miraban. Estaba harto, ya no sabía qué hacer. Indeciso y algo avergonzado, me acerqué a ellos.

—Eh, ¿qué pasa, Shahab Jun? ¿Ya no quieres jugar? —me preguntó mi prima.

Negué con la cabeza y decidí sentarme a su lado.

—¿Y ahora irá contándoselo a todo el mundo? —dijo él.

—No, tú tranquilo. Si no habla —explicó Fereshteh, y le susurró algo al oído.

Bajé la cabeza. Sabía que hablaban de que era tonto y mudo.

Más que triste estaba furioso.

Ya casi era de noche cuando se despidió de él. Durante el trayecto de regreso, Fereshteh iba de buen humor: me hablaba, reía y hasta me dio un beso. Luego me compró un helado estupendo.

A partir de entonces, nuestros paseos se convirtieron en una cita diaria. Mi madre estaba contenta y no dejaba de dar las gracias a Fereshteh. A mí me gustaba salir, jugar en el parque y comer helados, pero no sentía ninguna gratitud, ningún reconocimiento. Todas las tardes, con la excusa de llevarme a dar una

vuelta, Fereshteh podía salir de casa y ver a aquel larguirucho con melena que resultó llamarse Ramin. Cuando aparecía algún guardia, hacía ver que jugaba conmigo, como si fuera la única razón por la que estaba en el parque. Aquella relación era en realidad un intercambio que resultaba ventajoso tanto para ella como para mí. A pesar de todo, los dos estábamos satisfechos y no teníamos ninguna intención de romper aquel equilibrio.

Una mañana, al volver de la compra, Fataneh Janum pasó por casa.

—Pero ¿es cierto que Fereshteh se lleva a Shahab al parque todos los días?
—interrogó a mi madre.

—¡Claro! Llega puntual como un reloj y lo lleva de paseo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, tenía mis sospechas. Por lo visto, ¡es verdad que mi hija tiene una paciencia extraordinaria!

—Para ser sincera, a mí tampoco me hacía mucha gracia que salieran juntos, pero ella insistió tanto...

—Mi hija es un pedazo de pan. ¡Dice que lo hace para ayudarlo!

Me tapé la boca con la mano para que no se me escapara la risa.

—¡Está claro que Fataneh Jun es de lo más tontaina! Se cree que su hija nos lleva al parque para hacernos un favor —saltó Asi.

Ramin no me caía bien, pero no tenía elección. Los observaba con recelo desde detrás de los árboles. Se cogían de la mano furtivamente, y cuando estaban seguros de que no los veía nadie, apoyaban la cabeza el uno en el otro. Yo me reía a carcajadas. No entendía cómo podían hacer esas cosas con el miedo que tenían a que los vieran. Cuando llegaban los guardias, se quedaban blancos como el papel: Fereshteh corría hacia mí y Ramin se iba en dirección contraria.

Pronto aprendí a reconocer a los agentes, llevaran la ropa que llevaran, y nada más verlos me lanzaba hacia Fereshteh.

Un día estaban tan ensimismados en su charla que no se percataron de su presencia. Traté de pegar un grito, pero, como me pasaba siempre que sentía una gran emoción, la voz se me quedó atrapada en la garganta. Eché a correr hacia ellos. Cogí a mi prima de la mano y tiré de ella con todas mis fuerzas.

—¡Eh! Pero ¿qué haces?! —exclamó, sorprendida.

Señalé a los guardias que se acercaban. Nada más verlos, Ramin pegó un brinco y se fue corriendo en dirección contraria. Fereshteh y yo nos escondimos a toda prisa detrás de los árboles. Ella se echó un chal negro por encima de la cabeza y debajo se colocó

bien el *rusari*. Los agentes, que corrían mucho más deprisa que Ramin, lo alcanzaron. Uno lo agarró del cogote y el otro le dio una patada en la pierna. El chico cayó al suelo. Nosotros observábamos la escena de lejos. Incluso yo sentí el dolor en la nuca y en las extremidades. Entonces se lo llevaron del parque junto con otras personas. Delante de la entrada había dos furgonetas: una reservada a los chicos y otra llena de chicas que suplicaban y lloraban. A Ramin lo metieron dentro de la primera dándole otro golpe en la nuca. No quería que Fereshteh fuera testigo de su humillación, así que me la llevé de allí.

La furgoneta arrancó y pasó por delante de nosotros. Ramin miró a Fereshteh por la ventanilla. Tenía sangre alrededor de los labios. ¡Qué pena me dio! Durante todo el camino, mi prima no hizo otra cosa que enjugarse las lágrimas. En aquella ocasión no me compró el helado, pero me dio igual.

—¿Has visto lo especial que es Ramin? —me dijo con voz entrecortada—. Se ha entregado para que no nos cogieran a nosotros. Como lo han perseguido a él, nos han perdido de vista. ¿Y ahora qué le harán? Si lo azotan, lo matarán...

Y se echó a llorar otra vez.

14

Durante unos días no tuvimos noticias de Fereshteh.

—¿Por qué ya no viene tu prima a buscarte? ¿Le has hecho algo? — preguntaba mi madre.

Yo me encogía de hombros.

Una tarde, después de comer, reapareció.

—Cariño, ya creía que no te apetecía ir al parque con Shahab —le dijo mamá—. De todos modos, teniendo en cuenta

que dentro de poco empieza el colegio, que anochece antes y que además hace más fresco, no me parece mal. Quizá es mejor que no te sigas molestando.

Así se echó a reír.

—Si para ella no es una molestia en absoluto —dijo—, lo que le pasa es que se muere de ganas de ver a ese chico. En cuanto aparezca, le sonreirá de oreja a oreja y volverá a ser feliz.

Me arreglé en un abrir y cerrar de ojos. Tenía mucha curiosidad por ver a Ramin después de que le hubieran pegado.

Llegamos al parque casi a la carrera. Cuando nos reunimos con Ramin estuve a punto de morirme de risa. Me tapé la

boca con la mano. Así y Babi se carcajaban con estrépito en mis oídos.

—¡Ay, Dios mío, cómo lo han dejado! ¿Por qué se ha rapado? —preguntó Babi.

Tenía una expresión más madura. Bajó la mirada, avergonzado. Fereshteh se olvidó de enviarme a jugar. Corrió hasta él y exclamó:

—¡Amor mío, ¿qué te han hecho en la cabeza?!

—No me mires, estoy feísimo. Me da miedo resultarte repulsivo.

—¿Por eso no querías quedar? Sigues siendo tan guapo como siempre. No te imaginas lo preocupada que estaba.

Apreté la mano contra la boca para

evitar que me oyeran reír. Así y Babi se revolcaban por el suelo, tronchándose. Me escondí detrás del banco.

—No podemos seguir así —aseguró Ramin—. Tengo una condena de cuarenta azotes en suspenso.

—¿Eso qué quiere decir?

—Papá suplicó tanto que aceptaron no azotarme, pero si vuelven a cogermé, da igual lo que haya hecho, me caerán los cuarenta azotes sí o sí.

—¡Que Dios me fulmine!

—Durante estos días no sabes cuántas veces he dado gracias a Dios de que consiguieras escapar.

—Tienes razón, pero ¿ahora cómo conseguiremos vernos? Si no te veo, me

moriré. Lo he pasado terriblemente mal.

—Yo también, pero ahora el parque es peligroso. Tenemos que encontrarnos en un sitio más seguro.

—¿Dónde?

—Hay que buscar un piso. Mi amigo Esmail tiene uno y me ha dicho que me deja las llaves encantado. Allí podremos vernos sin problemas.

—¿Qué? ¿Un chico tan joven tiene un piso?

—No tiene nuestra edad, es mayor. Es muy generoso y, además, somos muy amigos. Es el dueño del pequeño supermercado que hay al principio de mi calle. El piso está justo encima.

—No, me da miedo, no me parece

bien.

—¿Y te parece bien que nos detengan por la calle, en los parques, en los restaurantes, y que nos azoten y pisoteen nuestra dignidad? ¿Qué otra cosa podemos hacer? —Ramin se levantó de golpe y añadió—: Ya vienen... ¡Mañana a la misma hora en la tienda!

Y se alejó a toda prisa.

Fereshteh y yo nos quedamos sentados en el banco un rato. No me apetecía jugar.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó por fin, mirándome.

Me encogí de hombros.

Estuve dos días sin noticias suyas. Me

imaginé que había pasado página definitivamente de la historia del parque y que no volvería a venir a buscarme. Sin embargo, al tercer día, antes de comer, llamaron al timbre. Era ella. Me quedé mirándola sorprendido mientras mi madre le decía:

—¿Has cambiado el horario, Fereshteh Jun? ¿No ibais al parque por la tarde?

—Sí, Mariam Jun, pero a esa hora hay demasiada gente y Shahab no puede jugar a gusto. He pensado que era mejor ir por la mañana.

Al salir de casa me dijo que me diera prisa, porque se nos había hecho tarde.

Pero no fuimos hacia el parque.

Después de cruzar a toda prisa varias calles anchas, cansados y empapados en sudor, llegamos a una tiendecita de comida a la que llamaban «supermercado». Siguiendo las indicaciones de un señor, nos dirigimos a la parte de atrás. Había dos taburetes y una mesita pegados a la pared. Fereshteh me dijo que me sentara en uno de los dos, y ella se apoyó en el otro y se puso a mirar a su alrededor. Poco después, llegó Ramin.

—¡Parece un palo de escoba! — comentó Asi, y nos reímos con muchas ganas.

Al ver que me reía, me miraron los dos, atónitos. Luego ella le guiñó un ojo

a él y se tocó la sien con un dedo. Yo sabía lo que quería decir aquel gesto. Noté que me ponía rojo y bajé la cabeza.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fereshteh a Ramin.

—Si aparecen, se nos llevan seguro, porque no sabremos dónde meternos: bloquearían la puerta y Esmail se metería en un buen lío. Ven, vamos al piso de arriba.

—Pero eso no se hace... En casa de alguien, tú y yo solos... ¿Qué pensará Esmail, para empezar?

—Nada. Sabe que nos queremos y que no tenemos elección, porque en la calle, en los parques o en los restaurantes no podemos vernos —

respondió él, y señalándome, añadió—: Además, ¿de qué tienes miedo, con un guardaespaldas como éste?

Aunque el gesto de Fereshteh me había sentado mal, al oír aquellas palabras sentí cierto orgullo y me tranquilicé un poco.

En aquel mismo momento se acercó un señor con mala pinta, de unos treinta años, con un bigote grande y el pelo rizado. Me puso un helado en la mano y dijo:

—¡Venga, subid, que si no me complicáis la vida! Si vienen y os encuentran aquí, estoy acabado.

Ramin señaló una puerta.

—¿Ves esa escalera de ahí detrás, al

lado del servicio? —preguntó—. Primero voy yo. Tú sígueme dentro de unos minutos.

—Muy bien, subiremos cuando Shahab se haya acabado el helado —dijo Fereshteh con la voz temblorosa.

—No, tardaríais demasiado. Shahab se queda aquí. Para cuando se acabe el helado ya habremos vuelto.

—Ni hablar. Sin Shahab no voy a ninguna parte.

—¡Pues muy bien! Que suba con el helado. ¡Estoy harto!

Ramin se marchó. Empecé a comerme el helado, pero sin mucho entusiasmo. El señor del pelo rizado nos miraba. Hizo un gesto a Fereshteh para que subiera,

pero ella dudaba. Al final se levantó.

—Vamos, Shahab Jun, andando.

Me cogió de la mano y salimos del supermercado. Aquel señor tan extraño pegó un grito, pero Fereshteh no le hizo caso. Cuando llegamos al final de la calle, oí la voz de Ramin, que nos seguía a la carrera. Traté de andar más deprisa, pero mi prima había reducido el paso. Ramin nos alcanzó, resoplando.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has marchado?

—No puedo, ese Esmail no me gusta nada. ¡Cómo me mira! Me incomoda.

—Pero ¿qué te ha hecho? ¡Mujer, si nos ha dado permiso para estar en su casa! ¿No será que no te fías de mí?

—No, de ti me fío, pero ese sitio no me gusta.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Sabes de otro lugar adonde ir? ¿No será que quieres dejarme, que no quieres volver a verme?

—No, ¿cómo se te ocurre? No soporto estar lejos de ti.

—A mí me pasa lo mismo. Si no te veo me vuelvo loco. En la calle no puede ser, no tenemos elección. He de contarte un montón de cosas. ¿No quieres saber cómo fue todo? Por teléfono nos controlan. ¿Cuánto tiempo hace que no hablamos como es debido? Venga, inténtalo una vez. Si estás incómoda, no volvemos.

Fereshteh me apretó la mano y, con paso incierto, volvimos al supermercado. Entonces fuimos directos a la parte de atrás. En la escalera no había luz y olía mal. Me tape la nariz. Al llegar arriba, entramos por una puerta oscura en una habitación amplia y sucia, muy desordenada. Los muebles estaban cubiertos de ropa y de trastos de todo tipo. En un gran sofá vi una almohada, una manta y unas sábanas arrugadas. Encima de la mesa había platos sucios apilados y unos grandes ceniceros. Toda la habitación olía a tabaco. De la pared colgaban un esqueleto de plástico muy feo y algunos cuadros ennegrecidos e incomprensibles, y encima del televisor

destacaba un jarrón con flores marchitas. No me gustaba nada aquel lugar. ¡Cómo echaba de menos, en aquel momento, mi casa, limpia y luminosa! Fereshteh tenía el rostro desencajado.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué está todo tan sucio? —preguntó con voz angustiada.

—Es un piso de soltero, ¿cómo querías que estuviera? No tiene a nadie. Y está tan ocupado que no le da tiempo de limpiar.

En ese momento me fijé en que Ramin llevaba en la mano mi helado, que ya casi se había derretido. Me lo puso delante y encendió el televisor.

—Ven, guapo, siéntate. Mira la tele y

cómete el helado.

Me senté y ellos se quedaron en el sofá, detrás de mí. Al principio hablaron del comité de barrio de la policía religiosa, del tribunal, de sus miedos y de todas esas cosas, luego bajaron la voz y ya no entendí lo que decían. Cuando dejé de oírlos, me di la vuelta. Fereshteh se había quitado el abrigo y el *rusari*, y había apoyado la cabeza plácidamente sobre el hombro de Ramin. Estaban cogidos de la mano y él le olía el pelo, extasiado. En aquel instante, deseé con todas mis fuerzas estar en el parque.

Al día siguiente se repitió el programa. En aquella ocasión, Ramin

puso una película, subió el volumen y dijo:

—¡Shahab Jun, no sabes lo buena que es! ¡Te la recomiendo!

Me quedé mirándolo con recelo. Me senté delante del televisor, pero estaba más pendiente de lo que decían a mi espalda. En un momento dado dejé de oír sus voces. Me di la vuelta y, Dios mío, instintivamente me tapé la boca con la mano. Aparté los ojos, pero no podía pensar más que en lo que había visto. No entendí por qué, pero Fereshteh se levantó de repente del sofá. Yo también pegué un brinco, la cogí de la mano y la arrastré hacia la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha entrado?

—dijo Ramin con voz quejumbrosa—. Lo siento, te juro que no tenía ninguna intención... No sabes lo mucho que te quiero. Te necesito.

—Sí que lo sé. Por eso no quería que nos viéramos aquí.

—No, créeme, te juro que no se repetirá.

—No, Ramin Jun, es mejor que quedemos en el parque. Tengo que irme. Adiós. Nos vemos mañana en el parque.

Me sentí feliz y orgulloso de aquella reacción de Fereshteh. Tiré de ella y la hice bajar por la escalera. Se dejó llevar. Una vez fuera, aspiré con fuerza el aire fresco.

Al día siguiente fuimos al parque como en los viejos tiempos. Mi prima me llevó a la zona de juegos, atenta a todo, asustada. Ramin nos observaba a distancia, desde los árboles. Con un gesto, le indicó que no lo mirase. Ella no sabía qué hacer. A mí no me apetecía en absoluto jugar. Bajé del columpio y le cogí la mano. Accedió a volver a casa sin rechistar.

Fereshteh parecía más triste y más sola con cada día que pasaba, hasta que, una mañana en que los guardias seguro que tenían algo mejor que hacer, Ramin y ella pudieron sentarse en un banco del parque y hablar con tranquilidad. Les

brillaban los ojos, y yo también me alegré. Cuando estaban juntos en el parque, me invadía una agradable placidez. En el camino de regreso a casa, Fereshteh me confesó su felicidad y yo la escuché con atención. Sabía que no esperaba respuestas, que sólo quería hablar y que alguien la escuchara. Me sentí orgulloso de mí mismo: habría sido capaz de cualquier cosa con tal de que no volvieran a aquel cuchitril asqueroso.

Al día siguiente, la paz en el parque reinó de nuevo. Como un centinela, me dedicaba a controlar todo lo que ocurría en torno al banco en el que se habían sentado Fereshteh y Ramin. Cuando unos chicos espantados pasaron corriendo a

mi lado, advertí el peligro y, como los detectives de las películas, me escondí detrás de un árbol. Ví cómo llegaban los agentes de la calle, que se dispersaron en todas direcciones. Corrí con toda mi energía y me reuní con Fereshteh. Al verme cara de terror, ambos se sobresaltaron.

—¿Están aquí? —preguntó Ramin.

De pronto, se levantó y salió corriendo, pero, en cuanto llegó a la altura de los árboles, un guardia que por lo visto había estado apostado allí todo el rato lo interceptó y lo agarró por la nuca. Al mismo tiempo, otro apareció detrás de Fereshteh y le ordenó con rabia:

—¡Andando!

Estaban pálidos de miedo. Creo que yo también me quedé más o menos del mismo color. Fereshteh, temblando como una hoja, imploraba:

—¡Se lo ruego, Aga, no hemos hecho nada!

—¡Andando!

Nos dirigimos los tres con paso inseguro hacia la entrada del parque. Ramin tenía los labios amoratados.

—A ellos déjenlos. Es culpa mía. Dejen que se vayan —pidió con una voz desgarradora.

—Cierra el pico, vais a venir todos con nosotros.

Para hacerlo avanzar, el agente le

pegó un golpe en la espalda. Ramin perdió el equilibrio y cayó hacia delante. Se levantó tratando de mantener un poco de dignidad. Fereshteh lloraba y yo volví la cabeza para no ser testigo de aquella humillación. También me sentía humillado. Una vez fuera, entregaron a Fereshteh a dos mujeres que estaban delante del furgón reservado a las chicas. Con la esperanza de que comprendieran la situación, la pobre se puso a llorar y a suplicar, pero parecían más severas y despiadadas que los hombres. La hicieron subir a empujones. Yo estaba a punto de desmayarme de miedo. Empecé a chillar sin despegarme de ella. El jefe de los agentes, un

hombre de mediana edad, se acercó a nosotros, y mi prima le rogó entre lágrimas:

—Se lo imploro, Aga, no he hecho nada. Este niño es mudo, no puede hablar. Lo he llevado a dar un paseo y por poco le pegan un tiro. Se lo ruego, deje que me lo lleve a casa.

—¡Vuelve al furgón! —ordenó una de las dos mujeres, y, dirigiéndose al jefe, añadió—: Miente. Yo los conozco. No le haga caso.

Grité aún más fuerte. Ni yo mismo comprendía cómo podían salir de mi garganta gritos como aquéllos. Los guardias me miraban vacilantes. Fereshteh bajó del furgón de un salto y

exclamó:

—¡Dios mío, va a desmayarse! ¡Está teniendo un ataque!

El jefe dio un paso adelante.

—Cógelo y llévatelo de aquí.

—No, Qorban, sólo es un numerito. ¿No ve que el hiyab que lleva no cumple la norma? Yo me encargo de que ese niño se calle. ¿Me permite...?

—Haga el favor de dejarlo, Zahra Janum. —Y, volviéndose hacia mi prima, añadió—: Muy bien, tú puedes irte con el crío, pero no vuelvas a aparecer por aquí o te las verás conmigo...

Fereshteh me cogió de la mano al momento. Salimos de allí a toda prisa,

llorando.

—Vamos primero a mi casa, mamá no está —me dijo poco antes de llegar—. Te lavas las manos y la cara, y luego te llevo con tu madre.

Sacó la llave y abrió con calma. No había nadie. Fuimos a su cuarto. Se tiró encima de la cama y empezó a llorar desconsolada. Yo me senté en el suelo, con la cabeza apoyada en la pared. Estaba tan cansado que no tenía fuerzas ni para moverme. Al cabo de unos minutos nos tranquilizamos los dos. Fereshteh se sentó en la cama.

—Todo esto va a acabar conmigo... —me dijo—. ¿Has visto cómo le han pegado? Y eso no es nada. Imagínate los

azotes que le darán. Dios mío... No lo aguantará, morirá en sus manos.

Y empezó a sollozar otra vez.

Me acerqué. ¡Qué pena me daba! Le acaricié el pelo y me abrazó.

—¿Qué hacemos? ¿No crees que es mejor que se lo diga a su madre para que vayan a buscarlo?

Alargó el brazo para descolgar el teléfono de la mesita. Se lo llevó a la cama y marcó el número.

—Señora, la policía ha detenido a su hijo Ramin en el parque y se lo ha llevado al comité. Vayan a ayudarlo — anunció con voz impostada, y acto seguido colgó.

Los paseos hasta el parque se suspendieron durante una temporada. Fereshteh se mostraba angustiada y nerviosa, y en casa siempre estaba en pie de guerra. Llegaba de mal humor y cualquier excusa era buena para que rompiera a llorar.

Fataneh Janum estaba desesperada. Un día le dijo a mi madre:

—¡No sé qué mosca le ha picado! Está muy arisca. Se ha vuelto intratable. ¿A ti te ha dicho algo?

—No, qué va. Sólo que Josrow le amarga la vida y que ya no lo soporta más, y que por eso viene y se mete en el cuarto de Shahab.

—¡Miente! No digo que su hermano

no la incordie, pero, pobrecito, no tanto como afirma ella.

Sin embargo, al cabo de diez días vino a buscarme toda sonriente. Llevaba un *rusari* precioso y un poco de maquillaje.

—Vamos, Shahab Jun, que hace mucho que no salimos a dar un paseo.

—¿Y ahora qué? —preguntó mi madre, mirándola perpleja—. ¿Otra vez al parque?

—Me he dicho que dentro de poco empiezan las clases y que luego ya no podré llevar a Shahab a dar ni una vueltecita. Tenemos que aprovechar los pocos días que quedan.

Se me ocurrieron mil preguntas. ¿Qué

había pasado? ¿Había vuelto Ramin? ¿Por qué no tenían miedo? ¿Querían ir otra vez al parque? Si volvía a ver a esos guardias, no iba a saber qué hacer. En cuanto cerró la puerta de la calle y estuvimos los dos solos, me detuve y le tiré del brazo, mirándola fijamente, lleno de dudas.

—¿Qué pasa? Vamos. ¿Tienes miedo? No, no sufras. No vamos al parque, sino al supermercado. Vemos a Ramin y volvemos. Nada más.

Dije que no con la cabeza, disgustado e indignado.

—¿Qué quieres que haga? No tenemos otro sitio donde vernos. No hay alternativa. Me estoy volviendo loca. Lo

echo tanto de menos que voy a perder la razón. ¿Tú no?

Moviendo la cabeza y apretando los labios, le respondí que no. Ella soltó una carcajada y me dijo:

—Claro, ¡tú no estás enamorado de él! ¡No sabes ni qué es eso del amor! Es un chico especial, ¿sabes? Él también piensa en mí todo el tiempo. La ansiedad me estaba matando. ¿Sabes cuántos azotes le dieron? Dios mío, no puedo ni pensar en ello... Fue todo culpa mía. Hoy es el primer día que puede salir de casa y hasta que no lo vea no me quedaré tranquila. Los médicos le han dicho que es posible que, por culpa de los azotes, se le hayan quedado los

riñones dañados. Si yo no hubiera montado aquel número y hubiera seguido yendo al piso de Esmail, todo esto no habría pasado.

—¡Qué desgracia tan grande! — exclamó Asi—. A partir de ahora nos tocará ir siempre allí.

Aquel día Fereshteh y Ramin se alegraron muchísimo de reencontrarse. Él le enseñó con orgullo las heridas mientras ella lo miraba con compasión.

—¿Te duele mucho? —preguntó.

Ramin le contó todas las penalidades que había sufrido como si fuera un héroe, y Fereshteh se quedó embelesada.

Poco a poco, verse en aquella habitación sucia se convirtió en una costumbre para Fereshteh y su novio, pero yo no podía más. No soportaba a Esmail, que con cualquier pretexto se empeñaba en cogerme del brazo y sentarme en sus rodillas. Además me incomodaba que mi prima y Ramin estuvieran todo el rato pegados el uno al otro.

—Shahab Jun, ve a buscarnos algo de beber —me pidió Ramin un día.

No me gustaba bajar solo. Esmail me daba miedo. Hice ver que no lo había oído y volví la cabeza indignado. Ramin me cogió del brazo.

—Ve, anda. Y cómprate también un

buen helado —insistió—. A mí aún me duelen las heridas. ¡Ve a buscar algo de beber, tú que eres tan espabilado! Me muero de sed.

Miré a Fereshteh, que se quedó en silencio. No entendía su mirada.

Bajé con el miedo en el cuerpo. Señalé las bebidas, y Esmail, con una sonrisa detestable, me acercó una botella y un vaso. Cuando ya había dado dos pasos, me di cuenta de que me seguía. Me asusté tanto que se me cayó la botella de la mano. Eché a correr hacia el piso de arriba. En la oscuridad de la escalera, su fea cara era aún más espantosa. Estaba a punto de atraparme cuando el timbre de la puerta anunció la

llegada de un cliente. Esmail se detuvo y volvió al supermercado. Yo acabé de subir los escalones con las piernas temblorosas. Giré el pomo, pero me di cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave. Le pegué una patada. Estaba al borde de sufrir un ataque de cólera. Me senté delante de la puerta y me puse a llorar.

—¡Qué mala suerte tenemos! — exclamó Babi—. No podemos hablar y todo el mundo se aprovecha de ello. Nadie nos hace caso.

Yo, sobre todo, estaba enfadado con Fereshteh; no sólo había permitido que Ramin me echara, sino que además no me dejaba entrar. Al cabo de unos

minutos abrió la puerta. Se estaba peleando con Ramin y llevaba el abrigo y el *rusari* en la mano. Iba toda despeinada. Se colocó el pañuelo por la escalera y, al llegar al supermercado, se puso el abrigo. Yo salí antes que ella. Sollocé durante todo el camino y ni siquiera los gestos cariñosos de mi prima consiguieron calmarme. Ya no me fiaba de Fereshteh. Había roto con ella. No estaba dispuesto a dar más paseos. A partir de aquel día, cuando venía a buscarme me escondía, y una vez que trató de llevarme a la fuerza me puse a chillar. Me agarré al pasamanos de la escalera y rompí a llorar. Mi madre, turbada, acudió en mi ayuda.

Fereshteh se marchó y aquella agradable distracción veraniega llegó a su fin. Sin embargo, durante aquel período aprendí muchas cosas, demasiadas para mi edad, cosas que ocupaban mis pensamientos y que no conseguía entender del todo. A veces, avergonzado, lo hablaba con Asi y Babi. Un día incluso intenté imitar a Fereshteh y Ramin con Shadi, pero... me dieron ganas de vomitar.

—¡Qué asco! —le dije a Asi—. Tiene la boca llena de saliva.

15

Empezaron las clases y la vida recuperó la normalidad. Fereshteh no volvió a venir a casa a buscar a Shahab. No sé qué pasó entre ellos ni por qué el niño dejó de querer verla. Se volvió cada vez más cerrado, más pensativo, hasta el punto de que, desde hacía un tiempo, ya no daba vueltas por la habitación ni jugaba a aquellos juegos extraños. Había dejado de enseñarme sus dibujos y, cuando por casualidad los vi, no fui

capaz de interpretarlos: eran simples garabatos incoherentes. En una ocasión, me encontré con una de aquellas hojas en la mano, y me la arrebató y la rasgó con violencia. Entonces me di cuenta de que era algo que no tendría que haber visto.

Sin embargo, lo que más me preocupaba era la relación que tenía con su padre. Naser era un hombre honrado, trabajador, el puntal de la familia, pero le faltaba algo, algo que tendría que haber aprendido de niño y que no le habían enseñado. No sabía expresar su amor, sus sentimientos. Para él, las demostraciones de afecto eran bobadas. Le daba vergüenza hablar de lo que

sentía. Básicamente, todo lo que no tuviera que ver con la razón para él no tenía ningún valor, era superfluo. Quería que las cosas fueran siempre perfectas y no perdonaba el más mínimo error, sobre todo por mi parte o por la de sus hijos. Arash hacía todo lo posible para satisfacer sus deseos, hasta el punto de que acabó convirtiéndose en un perfeccionista casi obsesivo. Se zambullía en el estudio y en las lecciones de cualquier tipo. Naser hablaba de él con orgullo. Todo el mundo lo animaba, y el chico estudiaba cada vez más. Desde que se había convencido de que Shahab tenía problemas intelectuales, Naser había

empezado a hacer comparaciones continuas entre los dos, como si tener un hijo que fuera un genio pudiera compensar la desgracia de tener otro retrasado y eso aliviara su orgullo herido.

¿Cómo podía un hombre así aceptar la peculiaridad de Shahab? No sólo no llegó a crearse una relación afectiva decente entre ellos, sino que día tras día la distancia fue ampliándose. Y yo me encontraba en medio. Confundida y preocupada, ideaba estratagemas estúpidas que con frecuencia se revelaban inútiles. En una ocasión, por ejemplo, le di un plato de fruta a Shahab y le dije:

—Shahab Jun, llévaselo a tu padre.

Su única respuesta fue dejarlo encima de la mesa con decisión.

—¿A qué viene eso, Shahab Jun? Papá acaba de volver del trabajo, está cansado. Llévale la fruta, siéntate a su lado y dale una alegría.

Me miró con gesto de protesta. Volví a ponerle el plato en la mano.

—Venga, hijo, no seas cabezota. Ve a llevárselo. ¿Es que no quieres a tu papá?

Apretó los labios y, hecho una furia, estrelló el plato en mitad de la cocina. Se hizo añicos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Naser.

Miré al niño, consternada. En un abrir y cerrar de ojos, salió corriendo a

refugiarse en su cuarto.

—Nada... Se me ha caído un plato.

16

Me ponía nerviosísimo cuando mamá repetía aquello de «tu padre», «tu padre».

—¡Qué tonta es tu madre! —decía Así —. Ése no es nuestro padre, sino el de Arash. ¿Cómo es posible que no lo comprenda, ella que sabe hablar y que es tan espabilada que intuye lo que queremos? ¿Es que no entiende que los hijos buenos, sanos, guapos e inteligentes son de los papás y que los

estúpidos, feos y enfermos, que no saben hablar, son de las mamás? Si prestara un poco más de atención, si escuchara las palabras del padre de Arash, lo comprendería... Pero siempre está distraída. Está abatida por nosotros y no se da cuenta de que el padre de Arash, cuando lo llama, siempre dice: «¡Ven, hijo mío!» Va por todas partes diciendo orgulloso: «¡Éste es mi hijo!» Cuando lo mira, sonrío de alegría con los ojos. A nosotros, en cambio, prefiere no vernos. No le gusta mostrarnos a los demás, hasta el punto de que siempre dice: «Janum, ven a recoger a tu hijo», que es un poco como decir: «Éste es hijo tuyo, no mío.» ¿Por qué mamá no lo entiende?

Nosotros a él tampoco le hacemos caso.
Con mamá nos basta.

No sé exactamente ni cuándo ni dónde se interrumpió la relación con mi padre. La primera escena que recuerdo está ligada al día en que trajeron a Shadi a casa. Él la llevaba en brazos, feliz. Le brillaban los ojos. Entonces yo aún tenía la costumbre de ir a recibirlo cuando llegaba. Me ponía delante de la puerta y levantaba las manos para que me cogiera. Estando en brazos de mi padre—el lugar más alto y más hermoso desde el que contemplar el mundo—, cumplía con placer la orden que me daba:

—¡Venga, dale un beso a papá!

Por aquella época aún no se había resignado a que no hablara y no creía que fuese retrasado. Sin embargo, aquel día en concreto, por mucho que alargara los brazos y lo rodeara, no me cogió. Ni me vio. Cuando por fin acostó a Shadi y le dio un beso, a mí, que también quería besarla para que él me hiciera caso, me apartó con un gesto. Me quedé a su lado, solo y desesperado. Shadi se puso a llorar y él volvió a cogerla, llamó a mi madre y justo en ese momento me pisó. Del daño que me hizo, pegué un grito, pero él se fue a buscar el biberón de la niña. Al volver, me miró de reojo y preguntó:

—¿Qué te pasa, por qué chillas sin motivo?

Ni si quiera se había dado cuenta de que me había pisado un pie.

—¿Por qué tiene este niño un pie morado? —preguntó mi madre al día siguiente.

—Pues no lo sé, se habrá dado un golpe por algún lado —contestó él, que había pedido unos días de permiso para echarle una mano.

La falta de atención de aquel período me hizo comprender que ya no había sitio para mí en su corazón. Nunca me acercaba a él, me daba miedo que volviera a pisarme. Después de que en varias ocasiones, al llegar del trabajo,

hiciera caso omiso de mis brazos levantados, me senté delante del espejo que tenían en la puerta del armario y me observé, pequeño y frágil. Allí tome la decisión de no volver a alegrarme porque regresara a casa, de no ir a recibirlo y de no darle besos nunca más.

Cuanto más tardaba en empezar a hablar, más se alejaba de mí. Era como si mi presencia fuera un insulto a su persona, a su orgullo, a su virilidad, y pusiera en tela de juicio su sentido de la perfección. Me miraba desconcertado sin entender por qué le había mandado Dios un hijo así. No volvió a dirigirme la palabra. Sin duda, su cerebro le decía que una persona razonable no habla con

quien no puede contestar.

No digo que lo hiciera adrede, pero inconscientemente estaba ofendido y se avergonzaba de mí; y yo, por muy pequeño que fuese, comprendía con total claridad cuál era la situación.

Recuerdo bien la primera vez que me llevaron a un especialista. La consulta estaba oscura y todo era marrón. En la pared habían colgado una foto espantosa que parecía una mariposa dibujada por un loco. Shadi tenía un año y medio y ya sabía decir muchas cosas. Cada palabra suya llegaba a mis oídos como una sonora bofetada. Cuando decía algo, las miradas de los presentes se

transformaban para mí en una pregunta y al mismo tiempo en una acusación: «¿Tú por qué no dices nada? ¡Ella es más pequeña, y mira cómo habla!»

Con el tiempo, hablar se convirtió en una angustia sin fin. Cada vez que tenía que sacar una palabra por la boca, se me aceleraba el corazón y me retumbaban los oídos, mientras que las voces de la gente que me rodeaba quedaban amortiguadas y resultaban incomprensibles. El día de la visita, el padre de Arash le dijo al médico:

—Doctor, ya casi tiene cuatro años, pero no dice ni una palabra. Con un año y medio, su hermana habla por los codos.

—¡Que Dios lo proteja! —exclamó mi madre sin pensar, dando varias palmadas en la mesa que tenía delante.

—El médico de cabecera dice que no le pasa nada y que empezará poquito a poco, pero para mí que ya es tarde. Quizá haya llegado el momento de tomar alguna medida.

—Además de no hablar, ¿tiene algún otro problema?

—Sí, doctor —contestó mi madre—, últimamente se hace sus necesidades encima, y eso que hacía tiempo que parecía haberlo superado.

La miré atónito. Me resultaba increíble que pudiera avergonzarme con tanta facilidad delante de un

desconocido. En realidad, sólo había pasado dos veces, y por culpa suya. Como no me hacía caso, yo tenía que aguantarme demasiado tiempo y luego pasaba lo que no tenía que pasar...

—Por lo general, los niños hacen esas cosas para llamar la atención. ¿Le demuestran suficiente interés y cariño?

—Hacemos todo lo que podemos por él, pero para mí que este niño tiene algún problema —aseguró el padre de Arash—. Es muy apático y muy frío, como si no tuviera sentimientos. Si me pasara varios años de viaje, no creo que se alegrase de volver a verme. Si lo abrazo, lo único que quiere es escabullirse. No permite que nadie le dé

besos y no responde a ningún gesto de afecto. Le compramos juguetes, pero no se alegra ni un segundo. Ni siquiera los mira.

—No, las cosas no son así. Cuando tú no estás, sí que juega con ellos —puntualizó mi madre—. Lo que pasa es que al principio no presta atención, como si no comprendiera la novedad. A veces me da la impresión de que lo hace por rencor.

—¿Rencor contra quién? ¡Un niño así no sabe de esas cosas! —replicó él.

—¿Tiene problemas físicos? ¿Empezó a andar cuando tocaba? ¿Oye bien? —preguntó el médico.

—No, no creo que tenga problemas

de ese tipo —contestó mi madre—. Shadi, que Dios la proteja, empezó a andar dos semanas antes de cumplir el año, y él con un año y tres meses. En cuanto al oído, la verdad es que no lo sé, pero el médico de cabecera le hizo unas pruebas y dijo que no le pasaba nada. Cuando le hablas te entiende, aunque alguna que otra vez, para ser sincera, mientras ve dibujos animados o está concentrado en algún juego, por mucho que lo llames, parece que no te oye. A veces inventa juegos raros. ¡Se pasa las horas muertas dando vueltas y mirando al cielo, da vueltas al *hoz*, se detiene bruscamente y luego sigue, como los locos! Me marea, y si le digo que se

esté quieto no me hace caso.

El médico se echó hacia delante y ordenó:

—Súbanlo a la camilla.

No me gustaban los médicos. Su comportamiento era imprevisible. Unas veces te daban chocolate y otras, sin ningún motivo, te clavaban una aguja, como unos sádicos. Luego decían que no dolía. Esas palabras me ponían aún más nervioso que la aguja en sí. Cuánto me habría gustado clavarles una jeringa en el cuerpo a ellos para que comprobaran si dolía o no. Mi médico de cabecera tenía un pelo blanco precioso, era simpático y bajito, pero aquel

especialista, con su bigote negro y espeso y su corpulencia, me recordaba a los malos de los dibujos animados. No era nada agradable, sobre todo porque hablaba de mis defectos y obligaba a mis padres a compararme con Shadi, de forma que, al final, acabaron encontrándonos más carencias a mí y más virtudes a ella.

El padre de Arash me levantó del suelo. No me hacía ninguna gracia que me subieran a la camilla. Bloqueé las rodillas para que no pudiera forzarme a sentarme. Al final me sentó a la fuerza y me lanzó una mirada autoritaria.

—¡Juzgue por sí mismo! —pidió—. No hay quien entienda por qué de golpe

y porrazo se pone como loco y se ofusca así.

El médico no dijo nada y se puso a mirarme los oídos, la garganta, el corazón y la barriga. El estetoscopio estaba helado y me entraron escalofríos. Me eché hacia atrás.

—¡Calma, hijo, calma! —Se quitó el estetoscopio y se me puso delante—. Oyes mi voz, ¿verdad?

Me quedé mirando aquel gran bigote negro. Por las ventanas de la nariz asomaban dos pelos blancos.

—Mira, parece que le salga un moco —dijo Babi.

Me eché a reír. El médico iba hablando solo y yo me concentré en

mirar aquel bigote ridículo, que subía y bajaba. Me convencí de que no eran dos pelos canosos, sino un moco que se le había quedado pegado.

Aparté la cara. El médico me llamó y, obligándome a volverme hacia él, ordenó:

—Ahora, hijo mío, mírame.

Y aparté de nuevo la cara, enfadado.

—¡Hay que ver...! —exclamo Babi—. ¿Por qué no se limpia la nariz? Me estoy poniendo malo.

—Ahora, hijo mío —insistió, tratando de obligarme otra vez a mirarlo—, da palmas, así... —E hizo chocar las manos con mucho ruido—. ¡Da palmas, vamos!

Lo miré con desdén.

—¡Menudo imbécil, ni que fuéramos bebés! —comentó Babi.

Me sentí insultado. Me crucé de brazos y de nuevo miré hacia otro lado. El médico se enfadó. Se oía a dos niños que lloraban y se peleaban en la salita de espera. La secretaria asomó la cabeza:

—Doctor, los pacientes se están alborotando —informó—. Hay muchos niños. ¿No podemos cumplir el horario de las visitas?

El médico le hizo un gesto para que saliera y volvió a concentrarse en mí. Me obligó a mirarlo otra vez y me dijo con autoridad:

—Muy bien, pequeño, ¿has entendido

lo que quiero que hagas? ¡Da palmas!
Vamos.

Volví a apartar la cara y apreté los brazos cruzados contra el pecho con más fuerza.

Estaba visiblemente nervioso. Me deshizo el estrecho nudo que había formado con los bracitos. Me puse rojo por el esfuerzo de intentar mantenerlos cruzados y por el mal humor que me provocó no conseguirlo. Tenía que defenderme. Acerqué la cabeza a la mano del médico, que me agarraba el brazo con fuerza, y le mordí el dorso con mis dienteitos puntiagudos.

—¡Ay! —exclamó el doctor, y me soltó.

Tenía que huir. Aunque la camilla estuviera alta, bajé de un salto y corrí hasta la otra punta de la consulta. Mis padres me miraban, desencajados. Papá se levantó para ir a agarrarme, pero el médico intervino:

—Déjelo, no tiene importancia. El problema de este niño no es sólo el habla. En mi opinión, tiene carencias cognitivas. Hay que someterlo a pruebas que sin duda resultarán costosas. Pregunten a mi secretaria. Cuando se decidan a hacerlas, llamen para pedir hora.

Luego, como si ya no nos soportara más, abrió la puerta para que nos marcháramos. Mi madre cogió a Shadi

en brazos a toda prisa —no le habría dado tiempo a llevarla de la mano— y salió. El padre de Arash se me acercó a grandes zancadas y me sacó de allí.

No me llevaron a hacerme las pruebas. Mi madre se mostró contraria desde un principio.

—¡Ese médico no tiene ni idea! —decía—. El único que sabe de lo que habla es el doctor Tabatabai. Dijo que al niño no le pasaba nada. Que tarde o temprano empezará a hablar.

El padre de Arash también cambió de idea al oír la suma desorbitada que habría tenido que desembolsar. A pesar de todo, se quedó convencido de que, si

no hablaba, era porque tenía problemas cognitivos y psicológicos. Pero no decía nada porque no habría soportado la reacción de dolor y de rabia de mi madre. En vez de eso, decidió poner en marcha un último intento de hacerme hablar, antes de emitir el juicio definitivo.

Aquello fue una tortura para mí. Cuando volvía del trabajo, destrozado, el padre de Arash me llamaba mientras se lavaba las manos y la cara. Se esforzaba por mantener la calma y ser tolerante, pero sus gestos dejaban claro que estaba hasta la coronilla de aquella ardua tarea. Con simulada paciencia, me sentaba a su

lado y pedía:

—Shahab Jun, di «agua», vamos, «agua»...

Yo apretaba los labios y clavaba la vista en el suelo.

—Abre la boca. Venga, di «a...», «a...» —insistía él, mientras el temblor de su voz iba en aumento debido a la rabia mal disimulada.

También mi miedo crecía, porque sabía que a continuación empezaba el enfrentamiento.

—No te pasa nada, abre la boca, di una sola palabra: «agua». Entiendes lo que digo, ¿no?

A esas alturas ya tenía la lengua completamente bloqueada y el corazón

me latía al doble de velocidad. Apretaba los labios, cada vez más asqueado ante la idea de hablar con aquel hombre. Al final, Shadi, estuviera donde estuviese, se soltaba de la mano de mamá y se nos acercaba, o quizá era mamá la que la soltaba para que fuera a rescatarme. Sonriente, sin ningún temor, se subía a los brazos del padre de Arash, al que se le iluminaba la cara. Cuando mi madre se acercaba para cogerla de nuevo, él contestaba:

—Déjala, si no molesta.

Y la estrechaba contra su pecho y la besaba en la cabeza. No me hacía ni pizca de gracia asistir a aquellas escenas. A partir de entonces, la lección

tomaba otro cariz.

—¡Di «agua»! —se empeñaba el padre de Arash, sin la indulgencia de antes.

—¡Agua! —gritaba entonces Shadi con orgullo.

Si en aquel momento no la hubiera tenido él en brazos, le habría dado un buen puñetazo.

—Saca esa voz, así me demuestras que tú también la tienes. A ver, ¿cómo hace el gato?

Con su dulce voz, Shadi decía:

—Miau, miau.

Y así seguía todo, con las proezas de la niña, hasta el punto de que él, embelesado, se olvidaba de mí.

Entonces aprovechaba para alejarme poquito a poco y esconderme en mi cuarto.

Pasado un tiempo, me dejó en paz y aquellas terribles lecciones llegaron a su fin.

17

Estábamos a finales de otoño. Un día, hacia las cuatro, Fereshteh apareció por casa. Estaba delgada y pálida. Eché a correr escaleras arriba, pero quería oír lo que decía, así que me senté al lado de la barandilla.

—Dile a Shahab que venga. Quiero llevarlo a dar un paseo —pidió a mi madre, que se quedó mirándola sorprendida.

—¿Y ahora qué bicho te ha picado,

Fereshteh Jun? ¿Te has acordado de pronto de los paseítos? ¿Cuando ya ha empezado el curso? Tienes mil cosas que hacer. Además, he oído que tus clases son muy difíciles. Y hace frío y oscurece pronto. En mi opinión, esos paseos no son aconsejables.

—No, Mariam Jun, nos relajaremos un poco en el parque. Llevo los libros. Mientras Shahab juega, yo estudio. En casa cada vez me cuesta más. Al aire libre se estudia mejor.

—Pero ¿has visto qué mentirosa es? ¡No vayas, por favor! —rogó Asi.

—No sé, la verdad, son cosas tuyas y de tus padres —le contestó mi madre a Fereshteh—. Y me imagino que a

Shahab no le apetecerá ir.

—¿Puedo ir a pedírselo yo?

Corrí a mi cuarto y me metí de un salto en la cama, debajo de las sábanas. Me hice el dormido.

Fereshteh entró y se sentó a mi lado.

—¡Levanta! —me dijo en voz baja—. Vaaamos... No hagas el tonto. ¿Te parece hora de dormir? Levanta, que nos vamos al parque —insistió, pero le di la espalda—. Te prometo que vamos sólo al parque. ¿Sabes qué? A Ramin le encantaría verte. Si hasta te ha comprado un coche de juguete precioso. Quiere regalártelo. ¡Levanta! Se hace tarde.

Su silencio repentino me picó la

curiosidad y asomé la cabeza. Con la cara pálida, Fereshteh miraba a mi madre, que estaba en la puerta. Ni mi prima ni yo sabíamos cuánto hacía que estaba ahí ni qué había oído.

—Se ha metido en la cama... él solo —balbuceó mi prima.

Con una desconfianza en la mirada que nunca le había visto, mi madre contestó:

—Déjalo, Fereshteh Jun, ya sabes lo terco que es. Si decide que no, es que no, hagas lo que hagas. Si te lo llevas a la fuerza, te complicará la vida. Si te has cansado de estar en casa, ponte a estudiar aquí en el patio.

—¡Qué tonta es mamá, ja, ja, ja! —

exclamó Asi.

Volvimos a esconder la cabeza debajo de las sábanas y nos echamos a reír.

Fereshteh se levantó, molesta. Puso la mano encima de la colcha, me tocó la espalda y dijo:

—Muy bien, déjame sola tú también. No se puede contar contigo...

Y se marchó.

Ya había oscurecido cuando sonó el timbre. Fue a abrir mi madre. En cuestión de segundos, apareció en el recibidor Josrow.

—Ah, pero... entonces, ¿habéis vuelto? ¿Dónde está Fereshteh? ¿Por qué no ha venido a casa? —preguntó al

verme, y siguió gritando—: ¡Fereshteh! ¡Fereshteh! ¿Dónde estás? Venga, sal, que si no viene papá.

Mi madre dio un paso adelante y preguntó:

—¿Qué sucede, Josrow Jun? ¿Buscas a Fereshteh?

—Hola... Sí, ¿por qué se ha quedado aquí? Dile que baje.

—Fereshteh no está aquí.

—¿Y cómo ha vuelto Shahab? ¿No estaba con ella?

—¡No! Ha venido a buscarlo por la tarde, pero el niño no ha querido salir. ¿Tu hermana todavía no ha vuelto?

—Entonces, ¿con quién ha ido de paseo?

—Habré ido sola, seguro. Quería ir al parque a estudiar.

Josrow se marchó de casa hecho una furia, sin despedirse siquiera. No habían pasado ni cinco minutos, cuando reapareció en el recibidor con Fataneh Janum.

—Mariam Jun, ¿dónde está Fereshteh?

—¡Yo no lo sé! Ha venido esta tarde a buscar a Shahab, pero como el niño no se encontraba bien no ha salido. Me he imaginado que habría vuelto a casa.

—No, no ha vuelto. Dios mío, si se entera su padre de que nos ha mentado...

—¡Tampoco es tan tarde! Llevaba un libro. Quería ir a estudiar.

—¿Con esta oscuridad y este frío?
¡Anda ya! —replicó Fataneh Janum,
furiosa—. Que no haga como Hasani,
que nunca va al colegio y cuando le da
por ir resulta que ya es viernes.

—Quizá haya ido a casa de alguna
amiga a estudiar.

—¿De quién?

—No lo sé, vosotros sois los que las
conocéis. Si tenéis sus teléfonos,
llamadlas para saber dónde está.

—¿Y se habría quedado hasta estas
horas?

—Los jóvenes, cuando se juntan,
pierden la noción del tiempo.

—Se habrá ido otra vez a casa de
Susan, la gordinflona —intervino

Josrow—. Su teléfono está en la agenda.
Vamos a llamarla.

—Vamos. Perdona por haberte molestado, Mariam Jun. No creo que sea conveniente que le digas nada de esto a su tío, ¿de acuerdo? No quiero que llegue a oídos de su padre. Está donde esté, la encontraremos.

—Cuando llegue a casa, avisadme.

—Muy bien.

En cuanto se marcharon, mamá me dijo:

—Menos mal que no has ido. ¿Por qué no has querido acompañarla? ¿Tú sabes dónde anda?

Me encogí de hombros.

Al cabo de una hora llegaron Arash, que no podía ni andar de lo cansado que estaba, y su padre. Mi madre salió corriendo a recibir a mi hermano y le cogió la bolsa.

—Ve a lavarte la cara y las manos. Mientras te cambias, preparo la cena. Estás agotado, ¿verdad?

Arash se quedó medio dormido en la mesa.

—Come y te acuestas, Arash Jun —le dijo mi madre.

—No puedo, tengo que estudiar. Mañana hay examen.

—No, cariño, vete a la cama. Con ese cansancio no puedes estudiar. Mañana te despierto pronto.

Arash tomó alguna cucharada más, se levantó con esfuerzo de la mesa y se fue a su cuarto.

—¿Por qué lo presionas tanto? En matemáticas va bien, ¿no? —preguntó mi madre al padre de Arash.

—¿¿Bien?! Sólo ha sacado un ocho y medio.

—Un ocho y medio no es una mala nota. Ahora las asignaturas son más difíciles. ¡Ya no está en primaria, no puede sacar siempre dieces!

—Claro que puede. Pasado mañana, mi hijo participa en las Olimpiadas de Matemáticas. Si no lo controlamos, no quedará el primero.

—¡Pues no ganará, no pasa nada! Su

salud es más importante. ¿Por qué te importa tanto que sea el primero de la clase?

—Es por su bien, por su futuro. Arash tiene que ser nuestro motivo de orgullo.

—Dices eso, «por su futuro», pero no es más que una excusa. Piensas en ti mismo, quieres darte aires, poder decir: «Mi hijo es el mejor de la clase.» Para ti no tiene ninguna importancia que el chico acabe hundiéndose por el peso de esa responsabilidad —protestó mi madre, crispada, y recogió los platos de la mesa para meterlos en el lavavajillas.

—¡Así se habla! A veces mamá es muy inteligente —dijo Asi.

Estaba lavándome los dientes cuando oí que llamaban al interfono. El padre de Arash, sorprendido, fue a abrir.

—Es mi hermano. ¿Qué querrá a estas horas? —le dijo a mi madre mientras abría la puerta.

Entraron el tío, Fataneh Janum y Josrow.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el padre de Arash—. Espero que hayas venido por algo bueno.

—¡Es mi ruina, hermano! Fereshteh ha desaparecido.

Mi madre se precipitó hacia la puerta y miró a Fataneh Janum, preocupada.

—¿No estaba en casa de esa amiga? ¿La habéis llamado?

—Sí, hemos llamado a todos los números de la agenda, pero nadie ha sabido decirnos nada.

—¿No ha dicho adónde iba? —preguntó el padre de Arash a mi tío—. ¿Ha salido sin pedir permiso? ¿Cuándo se ha ido?

—¡Y yo qué sé, pregúntaselo a su madre!

Fataneh Janum se echó a llorar.

—Ha venido aquí, como siempre, para llevarse a Shahab a dar una vuelta. Ay, pobrecita mía, es tan buena que quería hacer algo por este niño. Decía que iba a conseguir que hablara. Desde principios de verano hasta hoy, siempre ha encontrado tiempo que dedicarle,

para enseñarle cosas. Yo le decía: «¡Déjalo, hija mía, dedícate a estudiar! No sirve de nada. No pierdas el tiempo», pero ella me contestaba: «¡Pobrecito, alguien tiene que pensar en él! Quiero darle una alegría al tío Naser.» Y hoy, cuando ha venido a buscarlo, el crío no ha salido con ella. No sé dónde puede haberse metido...

—¿Qué dices? ¡¿Qué es esa historia de que venía todos los días a buscar a mi hijo?! Hace tres meses que Shahab ya no va a ninguna parte con Fereshteh — explicó mi madre, entre desconcertada y furiosa.

—Pero ¿cómo? ¿Quieres decir que Fereshteh ya no llevaba a Shahab al

parque? Si vino ella misma a pedirte lo.

—Eso fue en verano, Janum. Durante un mes, o un mes y medio, venía y se lo llevaba al parque, pero de un día para otro el niño se hartó y no quiso ir más. Desde entonces, tu hija no ha vuelto por aquí hasta esta tarde, cuando Shahab se ha negado otra vez a salir con ella.

Fataneh Janum, el tío Husein y Josrow se quedaron mirándola atónitos. El padre de Fereshteh se recuperó el primero. Su cólera iba en aumento. Se volvió hacia su esposa y preguntó:

—Entonces, ¿adónde ha ido todos estos días?

Fataneh Janum empezó a farfullar, blanca como el papel:

—Te juro que no lo sé. ¿No te equivocarás, Mariam? ¿No será que salían por el patio y tú no te enterabas?

—Pero ¿qué estás diciendo, Fataneh?

—Era evidente que mi madre estaba furiosa—. ¿Crees que mis hijos salen a la calle así como así y que entra la gente y se los lleva? Yo los llamo cada cinco minutos para saber qué hacen. ¿Cómo iba a desaparecer Shahab dos horas sin que me enterase? No, amiga mía, se iría sola. No se llevaba a mi hijo.

—¡Es todo culpa tuya! —gritó mi tío—. ¿Cómo la has educado?! ¡A cada cual peor! ¿Qué clase de madre eres? ¡Tu hija ha estado desapareciendo dos horas todos los días y tú ni te has

enterado!

—¿Por qué la tomas conmigo, Ammu Jan? ¿Acaso es sólo hija mía? Tú tampoco le prestabas mucha atención. Mi pobre hija quería ayudar a tu sobrino. ¡Yo le decía que no se molestara!

—Janum, ¿todavía no has entendido que era una excusa?

Entonces se interpuso el padre de Arash:

—Ahora no es el momento. Lo importante es encontrar a Fereshteh.

—He llamado a casa de todas sus amigas, pero no estaba con ellas.

—¿Y a la familia? ¿A mamá, a Shahin?

—No, si se enteran será una tragedia —aseguró Fataneh Janum—. Vosotros no digáis nada, por el amor de Dios. ¡Mariam Jun, tú lo entiendes, que no se entere nadie!

—No te preocupes, yo nunca veo a nadie, no soy de las que se tiran una hora al teléfono para pasar informe a su suegra y a su cuñada.

Fataneh Janum se molestó.

—Se me ocurre que podría haberse ido de casa porque se ha enfadado con alguien —dijo el padre de Arash—. ¿Habéis discutido? ¿Antes de salir estaba tranquila?

—No, no ha habido ninguna discusión. Yo sólo le he dicho que se

olvidara de ese niño, porque si pudiera curarse ya lo habría hecho. Pero ni siquiera me ha contestado. También es verdad que hace ya un tiempo que está muy arisca. Se muestra introvertida y ha adelgazado. Algo la preocupa. Yo creía que estaba así por el niño.

Mi madre hizo una mueca de desprecio.

—¿Qué os parece si llamamos a mamá? —propuso mi tío—. No hace falta decirle lo que ha pasado. Si hubiera algo raro, nos lo diría ella misma. Lo averiguaremos, sin duda, por su tono de voz.

—Yo he hablado con ella un buen rato esta tarde —confesó Fataneh Janum—.

¿Qué iba a decirle ahora? Sospecharía. Es mejor que la llame Mariam Jun.

—¿Yo? Si la llamo yo sospechará seguro, porque sólo lo hago para cosas serias, no por cualquier bobada.

—¿Quieres que la llame yo para preguntarle cómo está y que luego indague un poco? —preguntó el padre de Arash.

—Sí, Naser Jun, llama tú. Si mamá sabe algo, a ti seguro que te lo dice —contestó mi tío.

El padre de Arash descolgó el teléfono y habló tanto con la abuela como con la tía Shahin, mientras que Fataneh Janum llamó a casa de sus hermanas, pero no sacaron nada en

limpio.

Mi tía rompió a llorar. Mi tío iba de un lado a otro frenéticamente. Yo estaba aturdido. Así y Babi tampoco hablaban.

—Hay que informar a la policía — dijo el padre de Arash.

—¡No, Dios mío! —exclamó Fataneh Janum.

De pronto, mi madre pegó un brinco, como si hubiera encontrado la solución al problema, y exclamó:

—¡Ya está! Se la han llevado.

—¿Quiénes se la han llevado?

—¡Los del comité! Los cogen a todos, tarde o temprano. No os preocupéis, no es grave. De un tiempo a esta parte, detienen por sistema a todos los chicos a

los que ven en el parque.

—¿Por qué?

—Por muchos motivos. El más banal es que no van vestidos de forma adecuada.

—Claro, es muy probable que después de pasar por aquí se haya ido al parque. Y allí, todos lo hemos visto alguna vez, cada dos por tres meten a los chicos en furgones y se los llevan al comité —dijo el padre de Arash.

—¡Maldita, me va a oír! A saber con qué pintas ha salido a la calle.

Para calmar las aguas, mi madre aseguró:

—Ni siquiera hace falta que lleven nada especial. Al final siempre

encuentran algo por lo que reprenderlos.

—Bueno, ¿y luego qué pasa?

—Nada, la cosa se soluciona. Ahora vamos a recorrer los comités, a ver si la encontramos.

—¡Yo la mato!

—Cálmate, hermano, que vamos a ir a buscarla.

—No te pongas así, Husein Aga — pidió mi madre—. Créeme, hoy en día hay poca gente que tenga hijos jóvenes que no hayan acabado en el comité. Cuando trabajaba, todos los días había algún compañero que contaba que habían detenido a alguno de sus hijos. Cada uno tenía su propia historia. Se ha convertido en un problema común. No te

sulfures. Es más, nos conviene rezar para que esté allí. Hay sitios peores.

Todos miraron a mamá aterrorizados, como si cada uno por su cuenta se imaginara un lugar más espantoso que aquél.

Mandaron a Josrow a casa, por si Fereshteh volvía o llamaba, para que pudiera informar a todo el mundo. El padre de Arash y mi tío cogieron el coche y se fueron a hacer la ronda por los comités. Para no enloquecer de soledad y preocupación, Fataneh Janum se quedó a compartir su desesperación con mi madre. Cogieron a Shadi del sofá —nadie se había dado cuenta de que se

había quedado dormida allí— y la subieron a su cuarto. Yo las seguí corriendo y me metí en la cama. Mi madre acostó a la niña y luego se sentó a mi lado. Me quitó los calcetines, me acarició la cara y el pelo y me dio un besito en la mejilla. ¡Cómo me gustaba!

18

Hacia las doce de la noche me despertaron el ruido de la puerta y unas voces. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había dormido. Me acerqué a la escalera: mamá y Fataneh Janum bombardeaban a preguntas al padre de Arash y a mi tío.

—¿Qué ha pasado? ¿La habéis encontrado?

Me quedé arriba, a oscuras, y apoyé la cabeza contra la barandilla. El padre

de Arash ayudó a mi tío, que iba encorvado, a sentarse en un sillón.

—¿Y ahora qué le ha pasado? — preguntó Fataneh Janum con desesperación.

—Le ha dado otro tirón en la espalda. De la niña no sabemos nada.

—¿Qué? ¿Queréis decir que no estaba allí? ¿Adónde más habéis ido? — exclamó mi madre, asustada.

—A todas partes, hemos estado en todos los comités. Hemos preguntado también en los hospitales de la zona. Al final nos hemos visto obligados a ir a la policía a presentar una denuncia. No tenemos ninguna pista. Mañana por la mañana nos toca ir a ver al forense.

Fataneh Janum pegó un grito y se desplomó sobre otro sillón.

—¿Cómo se te ocurre decir algo así delante de esta pobrecilla?

Parecía que aquella noche tan difícil no quería terminar. A mi tío le pusieron una manta en el suelo, para que durmiera en una superficie dura. Tumbado boca arriba, miraba el techo con los ojos como platos. Los demás estaban todos sentados. Fataneh Janum lloraba sin cesar. Me levanté y volví a mi cuarto.

Por la mañana, muy pronto, salté de la cama de un brinco, empapado en sudor y aterrado por la pesadilla que había tenido. Shadi seguía dormida. No se oía

a nadie en la casa. Salí de mi cuarto y abrí la puerta del de mis padres. Su cama estaba intacta. Dios mío, ¿y si se habían marchado? Bajé con cautela. Cuando vi al padre de Arash dormido en el sofá, me tranquilicé. Fui a buscar a mi madre a la cocina, pero no estaba. Por la puerta entornada de la habitación de Arash se escapaba la luz tenue de una lámpara. Eché un vistazo. Mi hermano estaba sentado delante de la mesa, estudiando. Mi madre se había acostado en su cama. Entré sin hacer ruido y me acerqué. Al verme se sobresaltó.

—Pero ¿cómo te has despertado tan pronto? Si aún no son las seis y media. Anoche te acostaste tarde.

Me eché y me pegué a ella. A su lado me sentía seguro. Arash se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Estaba despierto cuando llegaron los tíos?

—Sí, pero no sé cuándo se fue a dormir.

—La verdad es que tanta compasión por Shahab no tenía sentido —comentó entonces mi hermano.

—Yo siempre he sospechado que había algo raro.

—Entonces, ¿por qué le dabas permiso para llevarse al niño?

—Es que Fereshteh es distinta a todos los demás —contestó mamá—. Es una chica cariñosa. Cuando Shahab era

pequeño, lo quería mucho.

—Sí, pero cuando nació Shadi se olvidó de él. ¿Y ahora qué va a pasar? ¿La encontrarán?

—Eso sólo lo sabe Dios. Pase lo que pase, a saber en qué estado aparece. Únicamente nos queda rezar. ¡Pobre Fataneh, que Dios la ayude!

—Pero ¿papá piensa acompañarme hoy? —continuó Arash.

—No, hijo mío, por el amor de Dios, déjalo tranquilo. Que descanse un poco. Se ha pasado toda la noche en vela. A las ocho le toca salir otra vez con tu tío y va a tener un día muy duro. ¡Ojalá todo acabe bien!

—Bueno, pues iré solo. Luego, por la

tarde, tengo inglés. No hace falta que vaya a buscarme. Esta noche volveré por mi cuenta.

—No, hoy no es necesario que vayas a inglés. Me da miedo que vuelvas solo de noche.

—No soy una chica, no me van a violar.

—¡Por una vez que no vayas a inglés no se acabará el mundo! —insistió mamá.

—Tengo miedo de que papá me pregunte por qué no he ido.

—Tu padre está de acuerdo conmigo. ¡Vuelve pronto a casa! Puede que necesitemos tu ayuda.

En el desayuno no conseguí probar bocado. Estaba aturdido. El corazón me latía con fuerza. Babi no dejaba de repetirme:

—Tendrías que haberla acompañado.

Vagaba por mi cuarto y por el patio como un autómatas. ¿Qué le habría pasado a Fereshteh? ¿Le habría hecho daño Ramin? ¿Qué hacían en aquella habitación? ¡Ojalá nunca hubiéramos pisado aquel piso asqueroso! ¿Por qué la policía no les dejaba estar en el parque? Allí se portaban bien, no hacían nada malo. Sólo hablaban.

Después de que se fueran el padre de Arash y mi tío, llegó Fataneh Janum. No paraba de llorar. Mi madre la

consolaba, pero estaba claro que ni ella se creía lo que le decía. Llevó una bandeja a la sala de estar y sentó a Shadi delante de ella para darle el desayuno.

—Nadie puede enterarse de lo que nos ha pasado —dijo Fataneh—. ¡Qué deshonra! ¡Qué desdicha tan tremenda! ¡Qué he hecho mal para merecerme esta desgracia?

Mamá trataba de calmarla con palabras de consuelo. Se comportaban como amigas, algo que nunca había pasado. Ninguna de las dos trataba de imponerse a la otra. No se pinchaban, sino que estaban las dos profundamente apenadas y lloraban. Por primera vez,

Fataneh Janum me dio pena. Shadi dejó el desayuno y se puso a jugar. Mi madre hablaba con mi tía y ni se daba cuenta de que aún tenía una cucharada en la mano.

—¿O sea que durante todo este tiempo ha mentado cuando decía que iba al parque? —preguntó Fataneh—. ¿Cuánto hacía que Shahab no salía con ella?

—Bastante. Una vez, en verano, era el mes de Shahrivar, cuando volvieron me di cuenta de que el niño había llorado mucho. Al día siguiente Fereshteh se presentó, pero él no quiso ni verla. Desde entonces no ha habido manera de hacerlo salir con ella. Fereshteh le prometía comprarle golosinas, helados o

juguetes, pero todo era inútil. Entonces fue cuando me pareció extraño que Fereshteh insistiera tanto.

—¿Qué crees que pasó aquel día?

—Se lo pregunté, pero me dijo: «Shahab estaba montado en el columpio, y yo, sentada allí al lado. En un momento dado, me encontré con unos compañeros de clase y me fui al quiosco a comprar algo de comer. En ese rato, él dejó de jugar, me buscó y, al no verme, se asustó. Creyó que lo había abandonado, que me había ido. Y ahora, si lo veo por la calle, ni siquiera me saluda.»

—¿Tú crees que fue eso?

—Sinceramente, no lo sé. Es cierto

que a Shahab siempre le ha dado miedo quedarse solo. Cuando me iba a trabajar, lloraba tanto que siempre parecía que era el primer día que lo dejaba. Creo que vive aterrado pensando que lo abandonaremos. Por la calle se me pega tanto que cualquiera diría que estoy a punto de soltarlo y salir huyendo. Pero ese resentimiento prolongado hacia Fereshteh y ese rechazo a ir con ella, en mi opinión, tienen otro origen.

—Ay, si este niño hablara, si no fuera así...

Mi madre se puso tensa y preguntó:

—Así ¿cómo?

—¡Perdona, perdona, Mariam Jun! Te lo ruego, no te enfades. No sé lo que me

digo. No consigo centrarme. No te ofendas, mujer. Ahora eres mi único apoyo. Me refería a que sería maravilloso que pudiera hablar. Sabe muchas cosas y podría ayudarnos.

—¡Espera! Sigue dándole tú el desayuno a Shadi, que yo voy a hablar con él.

Llevaba todo ese rato sentado en la escalera, escuchando su conversación.

—¿Qué hacemos? —dijo Asi—. ¿Se lo decimos? ¿Las llevamos al supermercado?

—No, ¿tú estás loco? —replicó Babi—. ¿Te acuerdas de lo aterrorizada que estaba Fereshteh sólo de pensar que alguien supiera adónde iba? ¿Y si se lo

cuentan al tío Husein? Ella misma decía que si su padre se enterara la mataría.

—¿Y qué pasa con ese gigante de Esmail? —continuó Asi—. ¿Si nos coge del brazo otra vez y nos sigue, qué hacemos? ¡Maldito sea, cómo lo odio!

Mi madre se levantó y se dirigió a la escalera. Yo subí como una flecha los últimos escalones y corrí hacia mi cuarto. Cerré la puerta y me metí en la cama, que estaba deshecha, pues mamá no la había podido arreglar como de costumbre. Entró, levantó las sábanas con delicadeza y dijo:

—Shahab Jun, cariño, levántate. Sé que no estás dormido.

Me senté con la cabeza gacha, sin

mirarla. Mi madre me puso dos dedos debajo de la barbilla y levanté la cabeza poco a poco. Me miró a los ojos.

—¿Has entendido lo que ha pasado, Shahab Jun? Creo que han secuestrado a Fereshteh. Tenemos que encontrarla. ¿Quieres ayudarnos?

—¿Tenemos que ayudarla nosotros? ¡Nosotros?! —preguntó Asi—. ¿Precisamente nosotros, que somos tontos y no sabemos hablar?

—Mira, Shahab Jun, ahora voy a hacerte unas preguntas —siguió mi madre—. Tú sólo tienes que escuchar. Si te parece, cada vez que diga algo que sea cierto tú contestas que sí con la cabeza, ¿quieres? ¿Fereshteh te llevaba

solamente al parque? —Interpretó el movimiento casi imperceptible de mi cabeza como una respuesta negativa—. Y, además de al parque, ¿adónde ibais? —Apreté los labios y aparté la cara—. Perdona, he planteado mal la pregunta... ¿Sabes dónde está ese otro sitio en el que estuvisteis? —Parpadeé sin querer, y mi madre insistió—: ¿Quieres llevarme? —El terror debió de reflejarse en mis ojos, porque me preguntó—: ¿Tienes miedo? —Negué con la cabeza—. No sufras, yo estoy aquí a tu lado. No permitiré que nadie te haga daño. ¿Podemos decírselo también a papá? —Mi terror aumentó. Alejé con fuerza la mano de mamá y liberé la

cabeza de sus dedos—. Bueno, bueno, no se lo contaremos a nadie. Solos tú y yo, te lo prometo. ¿De acuerdo? Vamos, llévame. Tú también quieres encontrarla, ¿verdad? Será maravilloso poder liberarla. Todo el mundo se pondrá contento y comprenderá lo espabilado que eres.

Para mí no tenía ninguna importancia que nadie que no fuera mi madre me considerase espabilado. Me cambió de prisa la camisa usada y bajamos juntos. Fataneh Janum miraba fijamente la escalera con un vaso de leche en la mano, del que Shadi trataba de beber sin que ella le prestara atención y lo inclinara. Mi madre se puso el abrigo y

anunció:

—Fataneh Jun, Shadi se queda contigo. Shahab y yo salimos un momento y enseguida volvemos.

—¿Sabe dónde está?

—Vamos a ver.

—Os acompaño. Si me quedo aquí me volveré loca.

—No, no puede ser. Además, ¿qué hacemos con Shadi? Y tal vez Fereshteh aparezca en cualquier momento, tiene que haber alguien en casa. No tardo nada.

—¿Se puede una fiar de lo que dice ese niño?

—¿No quieres fiarte? ¡Muy bien, pues no voy! Total, tampoco es seguro que

esté en el mismo sitio al que fue con Shahab hace unos meses.

—¡No, no! ¡Lo siento, me he equivocado! ¡Ve, por el amor de Dios! A lo mejor descubres algo. Marchaos.

19

Me puse por completo en manos de Shahab, que me guiaba orgulloso. Estaba feliz de que alguien se lo tomara en serio, lo cual parecía pesar más que el miedo. Después de cruzar varias calles, noté que le temblaba la mano y que sus pasos eran más inciertos.

—¿Qué pasa, hijo mío? ¿Hemos llegado? ¿Tienes miedo? Tranquilo, yo estoy aquí contigo. Tú sólo tienes que señalarme la casa.

Con mano temblorosa, indicó un edificio.

—¿Cuál? ¿Esa casa roja? —Él negó con la cabeza, avanzó un poco y señaló el rótulo de un supermercado—. ¿Ese supermercado? —Asintió—. Shahab Jun, ¿con quién viniste aquí? ¿Estabais solos Fereshteh y tú? —Volvió a negar con un gesto—. Bueno, entonces había alguien más. ¿Quién era? Si lo vieras, ¿lo reconocerías? Son cosas muy importantes. —Asintió—. ¡Muy bien, cariño! ¿Quién es el imbécil que dice que eres tonto?

Nos dirigimos hacia el supermercado, pero entonces me soltó la mano.

—¿Qué pasa, hijo? Tenemos que ir a

ver si saben algo. Si te da miedo, quédate aquí y voy yo.

Después de que me alejara unos pasos, echó a correr hasta alcanzarme para volver a cogirme la mano con fuerza. Me detuve delante de la puerta. Estaba cerrada. Miré a mi alrededor y me dije que debía de ser un supermercado muy raro si no estaba abierto a aquella hora de la mañana.

—¿Estás seguro de que es aquí? —
Asintió muy decidido—. Muy bien, pero ahora nos toca esperar a que llegue alguien. —Dijo que no con la cabeza—. Aunque quizá sea mejor que nos vayamos y volvamos luego.

Shahab estaba inquieto. Movía la

cabeza muy deprisa, pero me costaba entender lo que quería decir. Vacilé un poco, lo cogí de la mano y dimos media vuelta para regresar a casa. Sin embargo, él se soltó de nuevo y echó a correr hacia el supermercado. Sus puños diminutos empezaron a aporrear la puerta. Volví yo también. No sabía qué hacer.

—¿Qué te pasa? —pregunté—. ¿No ves que está cerrado? No hay nadie, ¿por qué llamas?

Sin prestarme atención, se lanzó contra la puerta para darle más puñetazos y también patadas.

—¿Crees que hay alguien?

Feliz de que por fin lo hubiera

entendido, asintió.

Decidí hacerle caso, y con la llave que llevaba en la mano golpeé el cristal y la reja negra que cubría la puerta y el escaparate. Traté de distinguir algo en el interior a través de los estores blancos, que parecía que hubieran bajado a conciencia.

—Janum, ¿no ve que está cerrado? —dijo un hombre que pasaba por allí—. Vaya a hacer la compra a otro lado.

Me volví y seguí dando golpes. Al cabo de unos instantes, una vecina se asomó a la ventana.

—¡Será difícil que les abra alguien! —exclamó disgustada—. Janum, ¿es que no ven que está cerrado? ¿Por qué arman

tanto jaleo?

—Tengo una urgencia que arreglar con ellos.

—Pues no se levantan hasta la hora de comer.

—Pero ¿viven ahí dentro?

—Yo creo que sí.

—Lo siento, pero tengo que despertarlos.

—¿Se ha dejado algo?

Contenta con la excusa que me había puesto en bandeja, contesté:

—Sí, en el bolso que me olvidé aquí ayer llevaba la vida entera.

Con una sonrisa casi imperceptible, Shahab me miró con admiración.

La señora negó con la cabeza, cerró

la ventana y desapareció. Yo volví a abalanzarme sobre la puerta con el llavero. Nadie respondía y me desanimé. Shahab cogió una piedra blanca de un parterre y se puso a aporrear los barrotes.

—Es inútil, vámonos —le dije—. Volveremos dentro de una hora.

Entonces él arrojó con rabia la piedra, que pasó entre los barrotes de hierro y rompió un cristal que seguramente ya estaba rajado. Me quedé paralizada del susto y palidecí. Shahab se escondió detrás de mí. Apenas habían pasado unos segundos cuando un hombre desaliñado y aturdido surgió de la oscuridad. La luz del sol lo cegaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es todo este follón? —preguntó con voz ronca.

Dos transeúntes se detuvieron para ver si nos peleábamos. Recuperé la compostura. El hombre empezó a buscar entre sus llaves la que correspondía a la verja. Al final abrió y me gritó:

—¿Has visto la que has montado, estúpida?! ¡Todo esto me lo pagas! ¡¿Creías que ibas a irte de rositas?!

Y con un movimiento rápido me agarró la muñeca. Me zarandeó con rabia mientras yo, con voz trémula, chillaba:

—¡Debería darte vergüenza!

—Vas a pagarme ese cristal. ¿Te creías que podías hacer lo que te diera

la gana?

—De acuerdo, te pagaré ese cristal, pero antes tienes que contestarme a una pregunta. ¿Ayer por la tarde vino una chica que se llama Fereshteh?

Aquel tiparraco tan desagradable se quedó allí plantado, guardó silencio un momento y luego dijo:

—Aquí entran y salen decenas de personas. ¡Yo qué voy a saber cómo se llaman!

—Pero ella es distinta. Este niño dice que la conoces bien.

El hombre bajó la vista y, por primera vez, se fijó en Shahab, que asomaba la cabeza por detrás de mi falda. Se quedó de piedra. Miró a su alrededor y,

dirigiéndose a la gente que se había congregado junto a nosotros, dijo de mala manera:

—¿Qué hacéis ahí como pasmarotes? Que esto no es el cine. —Y con voz más sosegada añadió—: El niño se equivoca. ¡Además, no puede haber dicho nada porque no habla!

Me recuperé justo a tiempo para contestar:

—¡Qué curioso que lo conozcas tan bien! Pero te equivocas: no habla con gente como tú, pero conmigo, que soy su madre, y con la policía habla a las mil maravillas.

Al oír la palabra «policía» se alteró aún más. Nos dejó libre el paso y

respondió:

—Si vas a decir esas cosas, entra. Explícate mejor.

Vacilé, pero acabé por entrar. Tenía miedo, aunque intentaba mostrarme impasible.

—Yo contigo no tengo nada que tratar. Dime dónde está Fereshteh y ya está.

—¿Y yo qué sé? ¿Acaso crees que toda la gente que desaparece viene a verme a mí?

—Pero Fereshteh ha venido por aquí.

—Por aquí pasa mucha gente, ¡yo no puedo saber quién es éste o aquél o el de más allá! Tú misma ya ves que no hay nadie. ¡Mira todo lo que quieras!

Eché un vistazo: una almohada y una

manta en un catre pegado a la pared indicaban que había dormido allí. Fui hasta el fondo, pero no había ningún sitio donde pudieran esconder a alguien. Me detuve, dudosa: ¿qué podía hacer? Shahab me soltó la mano y echó a correr hacia la parte de atrás de la tienda. El tiparraco salió tras él y yo los seguí. Aquella zona estaba casi a oscuras. No veía nada, pero en un momento dado me di cuenta de que el individuo estaba quieto en mitad de una escalera y que Shahab se revolvía debajo de él.

—¡Suelta al niño, sucio asqueroso! — chillé.

Lo empujó hacia mí. Lo cogí antes de que cayera al suelo y, con la voz ronca

por la rabia, le grité:

—¡Ve a buscar a Fereshteh ahora mismo o, si no, informo al comité!

—¿Y por qué no lo has hecho ya? Yo creo que no piensas acudir a ellos.

Me convencí de que mi sobrina estaba, sin duda, allí. Sus palabras parecían una propuesta de intercambio.

—No, no quiero deshonar a la muchacha —respondí con más serenidad—. Aún no he dicho nada a sus padres. Si la dejas marchar, me la llevaré y diré que la he encontrado en casa de una amiga. No mencionaré tu nombre, así su honor no quedará en entredicho. Pero si no aparece ahora mismo, traigo aquí a los del comité y a la policía. Te darán

tal lección que te arrepentirás toda la vida. Dile que salga. Si se viene conmigo, todo irá como la seda. Pero si es demasiado tarde, que Dios te ayude, porque su padre y su tío acabarán contigo.

Se quedó en silencio, sopesando mis palabras. Al cabo de unos segundos, levantó la cabeza.

—¡Muy bien! —dijo—. Pero si le sueltas mi nombre o el de la tienda a alguien, ¡me las pagarás!

—Basta de peros, ve a buscarla antes de que llegue alguien.

Subió y entró en una habitación del piso de arriba.

—¡Venga, vestíos y largo de aquí! ¡No

quiero volver a veros, maldita sea! —lo oí decir.

Fereshteh, despeinada, pálida, flaca, aturdida y asustada, se detuvo en el umbral. A su espalda asomó un chico de dieciocho o diecinueve años. ¡Qué frágiles e indefensos parecían!

—Dios mío, Fereshteh, ¿qué haces aquí?

—¿Has venido sola?

—Sí, tranquila. ¡Vámonos, que todo el mundo anda buscándote! ¿A qué viene todo esto?

—No, no quiero volver, tengo miedo.

—No tengas miedo, iremos primero a mi casa. No le contaré a nadie dónde estabas. Les diré que te enfadaste con tu

madre, que no querías hablar con ella y que te fuiste a casa de una amiga, pero que luego te has arrepentido y me has llamado, así que he venido a recogerte y te he llevado a mi casa.

Fereshteh apartó la mano con delicadeza de la del chico y bajó los escalones, vacilando. La ayudé a ponerse el abrigo que llevaba colgado del brazo y le anudé el *rusari*. Lloró en silencio durante todo el camino. Shahab le cogió la mano con orgullo y la llevó a casa.

20

Al llegar Fereshteh, el revuelo organizado la noche anterior dio un giro. Su madre le pegó un sonoro tortazo y luego se desmayó. Mi prima lloraba sin parar. Mamá echó agua en la cara a Fataneh Janum, que al volver en sí rompió a llorar y me abrazó por primera vez. Me dio un beso y exclamó:

—¡Que dios te bendiga, cariño! ¿Has visto? ¡El destino ha querido que fueras tú mi salvador!

Mi madre le dijo a Fereshteh que fuera a asearse y le contó lo sucedido a Fataneh, que la escuchaba cada vez más desesperada.

—Queridísima Mariam Jun, que nunca llegue a enterarse su padre —dijo por fin—. ¡La mataría!

—No te preocupes por eso, estate tranquila. Diremos que se enfadó contigo y que se fue a casa de una amiga y se quedó allí. Se le hizo de noche y le dio miedo volver. Quería haceros enfadar, pero hoy, por fin, cuando se le ha pasado la rabieta, ha llamado y ha dicho dónde estaba. Hemos ido a recogerla y aquí está.

Las mentiras de mamá eran

irrebatibles. Me sentí orgulloso de ella.

—¡Qué madre tan valiente tenemos!
—dijo Asi—. Pero ¿por qué delante de papá y de la abuela no consigue hablar así y se echa a llorar?

—¿Y los hombres? ¿Dónde estarán ahora? —preguntó mi tía—. Me preocupa Husein. Se ha quedado completamente clavado y le duele mucho la espalda.

—Enseguida llamarán, seguro. A Naser le he pedido que llamara antes de las doce.

Fereshteh regresó, pálida y con el pelo empapado, y se sentó delante de mi madre y la suya.

—Pero ¿qué has hecho? —dijo

Fataneh Janum—. ¿No se te ha ocurrido pensar un poco? ¿No se te ha pasado por la cabeza la deshonra que nos ibas a provocar?

Fereshteh lloraba. Mi madre, que se había puesto detrás de ella, hizo un gesto a Fataneh para que no hablara. Luego dijo en voz alta:

—No tienes muy buena cara, Fereshteh. ¿Quieres echarte un poco?

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó ella, llorando.

—¿Qué quieres que pase? —replicó Fataneh, furiosa—. Has acabado conmigo. Cuando llegue tu padre, ¿qué le digo?

—Pobre de mí, sólo me queda

suicidarme.

—Pero ¿qué dices? Nadie se enterará de lo que ha pasado —intervino mamá—. Discutiste con tu madre, tuviste una pataleta y te fuiste a casa de tu amiga sin avisar a nadie, pero luego te has arrepentido y has llamado.

—Me da miedo volver a casa.

—Tiene razón, Fataneh Jun, deberías dejar que se quedase aquí con nosotros unos días. Ya volverá cuando se hayan calmado las aguas y a su padre se le haya pasado el enfado.

—Sí, quizá sea la mejor solución.

Entonces sonó el teléfono. Mi madre se abalanzó sobre el aparato y la oí decir con alegría:

—¡Claro que tenemos noticias! ¡Y son buenas! Sí, te lo juro, está aquí mismo, delante de mí... Sí, gracias a Dios, está bien... Estaba en casa de una amiga, me ha llamado hace un rato, y Shahab y yo hemos ido a buscarla... ¿Cómo iba a llamarte si no sabía dónde estabas? — En ese momento, el tono de voz de mi madre cambió—: Hola, Husein Aga, ¿qué me dices? ¿Estáis contentos? No... ¿A qué viene eso? Tenéis que alegraros de que esté sana y salva...

Por lo visto, la llamada se interrumpió bruscamente. Mi madre colgó el auricular, y Fataneh Janum le preguntó, preocupada:

—¿Qué ha dicho?

—Está furioso... Y con razón, pero no importa. Ahora ya ha acabado todo y hay que mantener a la chica alejada de él durante un tiempo. Fereshteh Jun, sube y échate a descansar en la cama de Shahab. No aparezcas por aquí.

Fereshteh me miró. Me levanté lleno de orgullo, la cogí de la mano y la acompañé hasta mi cuarto. Se tumbó en la cama. Empecé a taparla con la colcha, pero me aseguró que no le hacía falta. Estaba llorando y me senté a su lado. Se me había pasado el enfado. Le acaricié el pelo con cariño.

—Estoy acabada. Soy mala. Papá tiene motivos para querer matarme.

Yo moví la cabeza con rabia para

negarlo y le besé la mejilla empapada de lágrimas. Se incorporó y me abrazó con fuerza.

—Querido Shahab, eres el único con el que puedo contar, el único al que tengo cerca y el único que lo sabe todo. Estoy segura de que lo has entendido y eres testigo de que yo no quería ir. Me resistí todo lo que pude.

Cuando oímos el ruido del portón, el del coche que entraba en el patio, el de la puerta de casa al abrirse con violencia y, sobre todo, el del grito que soltó mi tío, Fereshteh y yo nos echamos a temblar.

—¿Dónde está esa golfa?!

—Cálmate, Husein, haz el favor. Ven a sentarte y bébete un vaso de agua — suplicó Fataneh Janum.

—No, no pienso calmarme hasta haberle dado una lección a esa desgraciada. La señorita se escapa de casa, ¿eh? A saber en qué rincón dejado de la mano de Dios habrá acabado. ¿Qué hago yo con una hija que no viene a dormir a casa?

—Cálmate, hermano mío, piensa en tu salud, tienes que descansar. Como no te cuides esa espalda, te quedarás clavado para siempre.

—¿¿Qué descansar ni qué nada?! Yo nunca puedo descansar. Me dejo la piel de la mañana a la noche por estos

desagradecidos. ¿Y has visto cómo me lo pagan?

—Husein Aga, no ha pasado nada que se merezca esa reacción —aseguró mi madre—. Siéntate y te lo cuento. ¿Por qué te sulfuras así?

Entonces, también Josrow levantó la voz, mientras Asi se preguntaba de dónde había salido.

—¿¿Cómo que no ha pasado nada?! —gritó—. ¡No sabemos adónde ha ido esa desvergonzada ni con quién ha pasado la noche!

—¡Tú cierra el pico, Josrow! —replicó Fataneh Janum con tono autoritario.

—¿¿Cómo que cierre el pico?! ¡Soy

su hermano!

—¿Y qué? Si tan buen hermano fueras, no la habrías atormentado hasta el punto de hacerla huir a casa de su amiga —replicó mi madre.

—¿Y yo qué tengo que ver? ¿A qué viene eso? ¿Qué he hecho?

—¡Lo sabes perfectamente! ¡No me vengas con disimulos! Husein Aga, te lo ruego, siéntate y bébete el agua. Vamos, Naser, ayúdalo a sentarse.

Mientras tanto, Fereshteh, que temblaba como una hoja, me abrazaba con tanta fuerza que casi me ahogaba. Cuando las voces de la planta baja se calmaron, los brazos de mi prima se relajaron y logré liberarme.

Se echó otra vez. Yo bajé con cautela, me puse al lado de mi madre y me cogí del dobladillo de su falda. Me bastaba tocar algo suyo para sentirme seguro.

—Husein Aga, estos chicos están en una edad delicada y hace falta mucha paciencia —decía mi madre con voz templada—. Cualquiera cosa de lo más banal les sienta como un rayo y tienen reacciones infantiles e incontroladas, pero luego se arrepienten. Fereshteh es muy sensible. No sé qué se dirían su madre y ella que fuera tan tremendo, pero Josrow también la pinchó y discutieron. Por eso se fue a casa de su amiga; luego se ha arrepentido y ha vuelto. Nada más.

—¿Nada más? No tienes ni idea de lo que he sufrido yo durante estos dos días. En el depósito he tenido que mirar a la cara a todos los cadáveres, casi me da un infarto. Las he visto de todos los colores y me ha pasado de todo por la cabeza. ¿Y ahora vienes tú y me dices que «nada más»?

—Es una cría, no sabía lo que se hacía. Tienes razón, Husein, pero ya verás que Fereshteh no volverá a hacer algo así. Y, gracias a Dios, no ha pasado nada. Tranquilízate, ahora tienes que pensar en ponerte bien.

Fataneh Janum dio de beber al tío Husein y, entre lágrimas, le dijo:

—Lo que dices es cierto, pero

Mariam también tiene razón cuando dice que los chicos están en una edad delicada. No es culpa suya. Sólo Dios sabe lo mucho que se ha arrepentido Fereshteh, lo que ha llorado y se ha disculpado.

—¿Y dónde demonios estaba?

—En casa de una amiga.

—¿Qué amiga? Ayer las llamasteis a todas, ¿no?

Entonces intervino Josrow, furioso:

—Están mintiendo, Baba Jun. ¿Una amiga? ¡Venga ya! Fui yo el que las llamó a todas ayer. Si es verdad, ¿cómo se llama esa amiga? Que me den la dirección, que voy a preguntar.

Se me cortó la respiración. ¿Y si el

tío Husein le hacía caso y lo mandaba a casa de la amiga de Fereshteh?

—¡Vergüenza debería darte! — replicó mi madre, con voz temblorosa —. ¿Acaso conoces a todos los amigos y compañeros de colegio de Fereshteh? He sido yo la que ha ido a esa casa. Son buena gente, ¿sabes? Hasta he hablado con la madre.

Husein Aga, cansado pero aún nervioso, preguntó:

—Si tan buena gente son, ¿por qué no nos dijeron nada?

—La madre no sabía que no estabais al corriente. Creía que Fereshteh tenía permiso para pasar la noche con ellos —afirmó mi madre.

—Es mentira, confía en mí —dijo Josrow—. ¿De dónde sale esa amiga? ¿Por qué no la había visto nadie hasta ahora?

—En realidad, Shahab ya los conocía. Había ido a su casa alguna vez con Fereshteh. Se acordaba bien de dónde vivían y me ha llevado hasta allí. De no haber sido por él, no la habría encontrado.

Todas las miradas se volvieron hacia mí.

—¿Qué? ¿Ése? ¡¿Ese tonto de ahí?! —dijo Josrow con desdén—. ¿Lo ves? Ya he dicho yo que todo esto es una sarta de embustes. Sí, claro, el cerebro de ése llega a tanto. Si es verdad lo que

dices, llévame. ¡Venga, vamos!

Se me acercó. Me cogió del brazo y tiró de mí hacia la puerta. Mi madre y Fataneh Janum contemplaban la escena paralizadas por el pánico.

—¡Va, vamos, tonto! ¡No te suelto hasta que me enseñes esa dichosa casa!

Tuve un arrebato de rabia tremendo. Todos los atropellos a los que me había sometido Josrow me pasaron por delante de los ojos como un rayo. Con un odio y una fuerza impensables para mi cuerpecillo, me solté de un tirón de la mano de Josrow y grité:

—¡Malnacido, madre-café!

Eran los peores insultos que conocía y

se los dirigía mentalmente a la gente mala. Sin embargo, por el silencio repentino que se hizo en la habitación comprendí que no los había dicho para mí mismo, sino que habían llegado a mi lengua y todos los habían oído. Josrow tuvo un momento de vacilación. Me quedé del todo inmóvil unos instantes y luego, para escabullirme de las miradas atónitas de mi familia, salí corriendo escaleras arriba. Necesitaba un rincón tranquilo donde reflexionar sobre lo que acababa de suceder. A mi espalda, sentí el grito de satisfacción de mi madre, que fue la primera en recuperarse del estupor.

—Ha hablado... ¿Lo habéis oído? ¡Ha

hablado!

—Sí, pero... ¿qué palabras son ésas?
—contestó mi tío con una media sonrisa en los labios.

Luego se echó a reír de una forma estrepitosa.

Sus carcajadas contagiaron poco a poco a los demás, primero con discreción, luego con mayor estrépito. Me quedé mirándolos pasmado desde lo alto de la escalera. Mi tío se reía tanto que se le saltaron las lágrimas. Mientras se las enjugaba, comentó:

—¡Naser Jun, si tu hijo va a hablar así, es mejor que siga sin decir nada, que calladito está más guapo!

—¿Y dónde ha aprendido eso? —

preguntó el padre de Arash, todavía sorprendido.

—Donde lo aprenden todos los niños.

Me dirigí a mi cuarto, pero allí estaba Fereshteh durmiendo y no habría podido quedarme a solas con mis amigos. Abrí la puerta de la terraza y permanecí allí, quieto en un rincón. Desde lo alto vi cómo se marchaba la familia de mi tío: él, del brazo de su mujer, ya no estaba furioso; Fataneh Janum seguía dando las gracias, y Josrow parecía enfadado.

Se fueron y el patio quedó en silencio. Subí la escalerilla que conectaba la terraza con la azotea y me senté en la tarima que había allí en medio. Estaba agotado.

—Los has insultado —afirmó Asi.

—¡Sí! ¿Ellos también lo han oído? Quiero decir: ¿la voz ha salido de mi boca?

—¡Claro! ¿Has visto cómo se han quedado? Todos callados. Ha sido como si le hubieras dado una torta a Josrow.

—Eran unas palabrotas muy feas, ¿verdad? —preguntó Babi.

—Sí, el papá de Arash ha preguntado dónde las habíamos aprendido.

Me sentía ligero: me había quitado un peso de encima. Había dado el primer paso. El sol invernal era templado, agradable. Todo me parecía hermoso. Me levanté y me acerqué a la cornisa. Vi el patio de los vecinos que vivían

detrás, que era grande y estaba repleto de árboles. Sólo los dos cuyas copas llegaban casi hasta nuestra azotea estaban verdes; los demás no tenían hojas. Nunca había visto árboles desde arriba. Las ramas altas eran más recientes y más frescas. Entre las hojas puntiagudas se movía algo. ¡Era el nido de un pájaro! Me quedé embelesado. Oí una voz, pero estaba tan prendado de la belleza de aquellas criaturas pequeñas y vivaces que no me di cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. Me asomé todo lo que pude a la barandilla para acercarme más y verlos mejor. De repente, noté una punzada y un dolor extraño en la espalda y alguien me

levantó. Me agitaba entre los brazos del padre de Arash. No entendía qué había pasado. Estaba aturdido. Sentí más golpes en la espalda. No sé si eran violentos o si su llegada súbita e inexplicable fue lo que los hizo tan dolorosos, pero aún hoy, cuando veo la escalerilla que lleva a la azotea, vuelvo a sentirlos. Me dejó en el suelo. Miré su cara furiosa. No había ningún motivo para enfadarse tanto. Agitó un dedo delante de mi cara y dijo:

—¿Quién te ha dado permiso para venir aquí arriba? ¿No os tengo dicho que no puede subir nadie por la escalerilla de la azotea?

Mi madre, que se había quedado en el

último peldaño, dijo:

—Gracias a Dios que lo has cogido a tiempo.

—Sí, se había descolgado hasta la cintura. ¡Dios ha tenido piedad de nosotros! —exclamó él antes de volverse de nuevo hacia mí—. Si subes aquí otra vez, te pegaré una tunda que se te quitarán las ganas. Y, además, te mereces un bofetón por esas palabras que has dicho —aseguró mientras me daba ligeramente en la boca con el dorso de la mano—. A partir de ahora sólo puedes decir palabras bonitas, ¿entendido?

—¡Eh, deja al niño! No es el momento —intervino mi madre, que me

cogió de la mano y me hizo bajar con mucha prudencia—. Naser, esta escalera es peligrosa. Tienes que hacer algo.

Me invadió una gran confusión. El asombro había dejado paso al resentimiento. El dolor por aquellos golpes, por el hecho de que fueran innecesarios, iba en aumento. Una vez abajo, me fui corriendo al baño y me encerré.

—¡Qué idiota es! —afirmó Asi—. Nos hemos visto obligados a subir a la azotea para poder hablar entre nosotros porque en nuestro cuarto está Fereshteh durmiendo.

—Sí, pero dicen que la azotea es peligrosa...

—¡Qué va a ser peligrosa! Lo que pasa es que ellos no saben subir por la escalerilla y por eso dicen esas tonterías. Y, encima, ¿por qué nos ha pegado en la boca?

—Ha dicho que era por esas palabras feas.

—¡Qué estupidez! ¿Desde cuándo se pega a la gente por decir palabrotas? Él se pasa el día diciendo «mamón» y «cabrón». Los niños siempre dicen palabrotas. Además, cuando Shadi dice «amón» y «abrón» todo el mundo se ríe. Sólo se enfada el que recibe el insulto. Y nosotros no se lo hemos dicho a él, sino a Josrow. ¿Por qué se ha enfadado tanto? ¿Quiere tanto a Josrow que se

pone de su parte? ¿Por qué no nos defiende a nosotros cuando él nos llama «tontos»? A partir de ahora sólo podemos decir palabras bonitas, pero ¿a quién le apetece hablar? Y menos con él... Acordaos bien: con él nunca hay que hablar.

21

Las palabrotas de Shahab provocaron un cambio en la atmósfera de la casa. Fataneh aprovechó la ocasión para coger del brazo a su marido y marcharse con rapidez.

—Nosotros nos vamos a casa, que Husein tiene que hacer reposo.

—¿Y Fereshteh dónde está? ¿Por qué no viene? —preguntó Josrow.

—Eso a ti no te importa —contestó secamente Fataneh Janum—. Va a

quedarse unos días con Mariam Jun. Va a estudiar con ella.

—¡Sí, claro, a estudiar! ¡Seguro!

—No, mira, no hace falta que estudie. Me basta con que esté alejada de ti durante unos días, hasta que se le calmen los nervios. Te juro que, si pudiera, yo también huiría de ti.

Se marcharon, y fue como si la casa se quedara vacía. Naser, vencido por el cansancio, se dejó caer en el sillón.

—Desde luego, hemos tenido mucha suerte de que las cosas hayan acabado bien. Si no la hubiéramos encontrado, sólo Dios sabe lo que se nos habría venido encima. Ni te imaginas la de

cosas que se nos han pasado por la cabeza a Husein y a mí desde ayer por la noche hasta ahora. Pero ¿de verdad ha sido como lo has contado?

Lo miré dudosa. ¿Hasta qué punto podía arriesgarme? Mi abuela decía: «El hombre, cuanto menos sepa, mejor. No hace falta contárselo todo.»

—Sí, ha sido así —le contesté sin inmutarme.

—Y, ahora, ¿dónde está Fereshteh?

—En la habitación de Shahab, durmiendo. Yo creo que no se encuentra bien.

—¿Tiene gripe?

—No, está pálida y deprimida. Se ha encerrado en sí misma. Una chica como

ella, tan vivaracha y tan revoltosa, ahora de pronto se pone a llorar sin motivo aparente.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Y yo qué sé, ese hermano suyo la atosiga mucho.

—Eso no es ninguna novedad.

—Y, además, su madre no la comprende. Deja que se quede aquí unos días, a ver si saco algo en limpio. Voy a ver cómo se encuentra. ¿Tú no quieres subir?

—Con lo mal que se ha portado, ¿ahora tengo que ir a verla? Por poco acaba con mi pobre hermano. No, no le quiero dar esa satisfacción, es mejor que no vaya. ¡Díselo a Shahab!

—Muy bien. ¿Has visto cómo ha hablado mi niño? Pasó lo mismo la otra vez: dijo «mamá».

—¿Y entonces? ¿Eso qué significa, que sabe hablar?

—Sólo cuando quiere, por lo visto.

—Qué raro... Un niño que no habla, que no abre la boca más que para decir palabrotas. ¿Qué le pasa? ¿Cuándo puede expresarse? ¿Por qué no lo hace siempre? ¿Qué problema tiene? Es un niño difícil, eso está claro. Hay que llevarlo a un psicólogo.

—Ahora que ha empezado, ya no tendrá problemas. Poquito a poco, dirá de todo. Pero ¡qué divertido ha estado mi tesoro, qué alegría tan grande me ha

dado!

—Ve con cuidado, porque si nos reímos de sus palabrotas lo animamos, y luego ya no podremos meterlo en vereda... Nos dejará en evidencia. A partir de ahora ya hay que tratarlo con firmeza. Si habla, no corras a abrazarlo y a colmarlo de alabanzas. Tiene que comprender que sólo nos gustan las palabras bonitas.

—Pero me cuesta mucho, me han dado ganas de comérmelo de besos.

—Ha sido muy divertido, y encima lo ha soltado con ese tono tan serio... Pero tenemos que contenernos. Por cierto, ¿dónde se ha metido ahora?

—Ha salido corriendo hacia el piso

de arriba. Voy a buscarlo, así hablamos con él.

Según Fereshteh, Shahab no había entrado en su cuarto. Lo buscamos de una punta a otra de la casa, miramos debajo de las camas, en todas las habitaciones, en el baño. Naser empezó a preocuparse.

—No puede haber salido a la calle. Esperemos que no se haya ido a la azotea.

Subimos al primer piso preocupados. La puerta de la terraza estaba abierta.

—¡Dios mío, que no esté en la azotea!
Nos miramos asustados. La escalerilla y la azotea, en la que sólo

había una baranda baja, eran peligrosísimas. Subimos tratando de mantener la calma, pero cuando lo vi asomado de aquella manera se me cortó la respiración.

Me llevé una mano al corazón y me quedé allí, paralizada, en mitad de la escalerilla. Naser se le acercó con calma, sin hacer ruido. No sé qué había llamado la atención del niño para hacerle alargar la mano de esa forma, pero ya había despegado los pies del suelo cuando su padre lo cogió al vuelo. Lo regañó y le prohibió volver a subir nunca más por aquella escalerilla.

22

Durante aquellos días, la preocupación era tal que mis palabrotas, mi capacidad o incapacidad de hablar y yo pasamos a un segundo plano. El problema más importante era el llanto imparable de Fereshteh y las confidencias que hacía a mi madre cuando se encerraban con llave en el dormitorio. Por la mañana, después de que se marcharan Arash y su padre, llegaba Fataneh Janum. Mi prima se pasaba horas hablando con mamá sin

dejar de llorar. Yo me acercaba a escuchar, pero, por mucho que me esforzara, no conseguía entender cuál era el tema de conversación. Alguna que otra vez, mi madre salía sola del cuarto, pero una mañana, en cuanto el padre de Arash se fue, se puso en marcha con la preocupación reflejada en la cara, se vistió, nos dejó a Shadi y a mí con Fataneh Janum y salió de casa con Fereshteh, que temblaba como una hoja. Estaba claro que tenían algo importante que hacer. Fataneh Janum no se preocupaba por nosotros. Iba de un lado a otro sin parar, se restregaba las manos y rezaba en voz baja. Su inquietud invadió toda la casa y me provocó

ansiedad. ¿Qué había pasado? ¿Adónde habían ido mi madre y Fereshteh? ¿Qué escondían? ¿Por qué mamá nunca le contaba nada de aquellos trajines a papá? Así y Babi habían vuelto a callarse.

Llegó la hora de comer y mi madre y Fereshteh aún no habían vuelto. Fataneh Janum no se estaba quieta, pero no nos dio el almuerzo. Shadi cogió un trozo de pan del desayuno que se había quedado encima de la mesa y se puso a mordisquearlo con dificultad. Yo no tenía hambre.

Por fin terminaron aquellas horas terribles y mamá entró en casa cogiendo

del brazo a Fereshteh, que estaba blanca como el papel, demacrada, y temblaba y se movía con dificultad. Las lágrimas de Fataneh Janum al verla fueron copiosas. Mi madre, con un tono autoritario inusual en ella, le dijo:

—¡Basta, Fataneh, te lo pido por favor! Estoy viviendo un suplicio desde esta mañana. ¿Te das cuenta de lo que me has obligado a hacer?

Con gran esfuerzo, Fataneh y mi madre consiguieron subir a mi prima hasta mi habitación y la acostaron en mi cama, que ya le había cedido desde hacía bastante tiempo. Fataneh Janum le llevó una sopa y le dio unas pocas cucharadas. Entré en el dormitorio de mi

madre, que se había echado. La miré: ¡qué cansada estaba! Al cabo de unos minutos se levantó con esfuerzo y se cambió. Al ver cómo la contemplaba preocupado, me sonrió con melancolía y me acarició la cabeza.

—¿Os habéis portado bien? —me preguntó sin mucho entusiasmo.

Me acerqué y me agarré a sus piernas con fuerza. Entonces se sentó en la cama y me abrazó.

—No sé qué has comprendido, pero estoy segura de que tú también te has preocupado, mi queridísimo cómplice —me dijo con la voz rota de la emoción—. ¡Ha sido un día muy difícil!

Luego me dio un beso y me dejó. Se

asomó por la puerta de mi cuarto para echar una ojeada a Fereshteh, y bajamos juntos. Fataneh Janum estaba limpiando la mesa de la cocina.

—Querida Mariam, voy a estar siempre en deuda contigo —aseguró—. Si no te hubiera tenido a ti, ¿qué habría hecho? Pero ¿por qué habéis tardado tanto? Él dijo que sería cuestión de una hora.

—¡Qué va a ser cuestión de una hora! ¡Si supieras las complicaciones que ha habido...! El feto ya era muy grande, y el médico no tenía los medios necesarios. No había anestesia y la hemorragia ha sido abundante. Habría podido morir. Al final, Dios ha tenido piedad de nosotras.

¡Cómo me he arrepentido de haber aceptado hacer una cosa así! Si no hubiera sido por el Señor, habría pasado algo terrible y la responsable habría sido yo. Si Naser llegara a enterarse...

—Demos gracias infinitas a Dios de que haya ido bien. Sé que lo has pasado mal, pero si no hubieras estado tú, yo no habría conseguido hacer nada. Me habría desmayado. ¿Ahora cuál es la situación?

—La hemorragia se ha cortado, pero Fereshteh está muy débil. Hay que estar muy pendiente de ella.

Comprendí que habían vivido una experiencia traumática y que Fereshteh estaba herida, pero no conseguía

establecer el nexo entre su estado, el feto que ya era muy grande y el resto de la historia.

Fereshteh se quedó diez días más en nuestra casa para reponerse. En aquel período, sobre todo por las tardes, mis padres se iban a casa de mi tío. Yo me quedaba con mi prima, que poquito a poco empezó a hablar otra vez. Fataneh Janum le había llevado los libros del colegio, pero no estudiaba. Los abría y se quedaba mirándolos como si estuviera atontada. Al final, un jueves por la tarde, recogió sus cosas y fuimos todos juntos a casa de mi tío. Él le dio un beso. Ella lloró un poco y pidió

perdón. Fataneh Janum no podía quedarse quieta de lo contenta que estaba y nos ofrecía comida y bebida todo el rato.

Poco después, llegaron también la abuela, la tía Shahin con su marido, la madre de Fataneh Janum y Farideh Janum, su hermana mayor. Cuando aparecieron, nadie volvió a mencionar la historia de Fereshteh. Era un secreto entre nuestra familia y la de mi tío; un secreto del que cada uno conocía sólo una parte.

La abuela se quejaba continuamente de que hacía un mes que no nos veía a ninguno.

—¿Dónde os habíais metido?

Cada uno se sacó una excusa de la manga para no decir la verdad. En la cocina, mi madre y Fataneh Janum tomaban té y cuchicheaban. La abuela las miraba sorprendida. Fataneh pasó por mi lado y me dio un beso. Mi tío, cada vez que me veía, me sonreía de oreja a oreja. Hasta me llamó dos veces y me metió un trozo de chocolate en la boca. Fereshteh me ofreció el plato de los dulces e, inclinándose, me dio un beso al lado de la oreja. Cuando le acercó el plato a la tía Shahin, ésta le preguntó:

—¿Qué ha pasado? Estáis todos empeñados en mimarlo. Tú no lo consientas tanto, que luego te hará otra

de las suyas.

—¡No, tía Shahin, no sabes lo especial que es este niño!

La tía cogió un pastelito y, cuando Fereshteh ya se había alejado, se acercó a la abuela.

—¿Qué pasa aquí? —le susurró—. Parece que estén todos a partir un piñón.

Con las comisuras de los labios hacia abajo y la cabeza inclinada, la abuela respondió:

—A Dios gracias. Si tus dos hermanos se llevan bien, yo estoy más tranquila. Déjalos que estén a gusto. Nosotras no somos celosas.

Arash estaba sentado al lado de su

padre, mirando la partida de backgammon que disputaba con nuestro tío. Josrow lo llamó varias veces, pero Arash le contestó con la cabeza que no, que no quería acompañarlo a su habitación.

—¡Vete al diablo! ¡Vamos, chicos! — dijo entonces mi primo.

Babak y Bahram, los hijos de la tía Farideh, lo siguieron. A media escalera, Bahram se dio la vuelta y, dirigiéndose a mí, que estaba sentado en el primer peldaño, dijo:

—Ven tú también. Josrow quiere enseñarnos algo muy especial.

Vacilé. No me fiaba de mi primo en absoluto, pero me aburría como una

ostra. Shadi bailaba al son de una melodía que tocaba el tío y todos reían y aplaudían. Mi madre estaba ayudando a Fataneh Janum en la cocina. Arash se había sentado junto a su padre, que, antes de mover ficha, le consultaba la jugada. Los observaba con envidia. Cómo me habría gustado que me llamaran y me invitaran a sentarme a su lado. Las atenciones y el cariño de toda la gente del mundo no tenían ningún valor frente a su indiferencia y su pasividad. Bajé la cabeza y empecé a subir la escalera con parsimonia.

Josrow cerró la puerta de su cuarto con llave. Como la vez anterior, sacó del

cajón el tabaco y las cerillas. Los hermanos lo miraron confundidos.

—Pero ¡si todavía eres un niño! ¡No puedes fumar! —exclamó Bahram.

—¿Yo? ¡¿Un niño?! Qué va, si tengo tres años más que tú. Hace mucho que fumo. Ése de ahí lo sabe —y me señaló —, pero los críos no pueden. Él dio una calada una vez y vomitó. Me dejó la habitación hecha un asco.

Lo miraron con admiración. Josrow se llevó el cigarrillo a los labios con solemnidad y dándose aires de hombre maduro. Como quien no quiere la cosa, lo encendió con una cerilla. Luego abrió la ventana. La mosquitera estaba cerrada y el humo salía a través de la malla

metálica. Los dos chicos, embelesados por su heroico valor, no dejaban de mirarlo. Se oyeron voces al otro lado de la puerta. Alguien giró el pomo.

—¿Estáis ahí, chicos? —preguntó Fereshteh—. Os he llamado, ¿por qué no habéis contestado? La cena está lista, ya podéis bajar. ¿Y por qué habéis cerrado la puerta? ¡Venga, va, abrid!

Josrow, presa del pánico, tiró el cigarrillo dentro del armario.

—¡Ya vamos! —contestó. Acto seguido giró la llave en la cerradura y, dirigiéndose a los hermanos, dijo—: ¡Venga, venga, a cenar!

Con todas las chucherías que había

comido, no me apetecía cenar. Cogí el plato y me fui a buscar a mi madre a la cocina. Estaban todas las mujeres en torno a Fataneh Janum, que contaba la historia de mis palabrotas, adornándola con muchos detalles, pero sin mencionar los motivos reales. Mi madre sonreía, mientras la tía y la abuela atendían desconcertadas. Me sentí morir. ¿Iban a pegarme, igual que el padre de Arash? ¿O quizá pretendían que repitiera aquellos insultos? El comportamiento de los adultos nunca era previsible. Te sacudían por decir palabras feas y luego contaban lo que habías hecho bromeando y riendo. Me fui corriendo al piso de arriba. De debajo de la puerta

del cuarto de Josrow salía un humo denso.

—Vaya... ¡Está fumando otra vez! — exclamó Babi.

Abrí la puerta de la habitación de Fereshteh. No había nadie. Entré sin preocuparme. Por la tarde, mientras recogía sus cosas, ella misma me había dicho:

—Gracias por prestarme tu cuarto. Cuando quieras, puedes quedarte en el mío.

Me tumbé en la cama. Así y Babi se sentaron a mi lado.

—Tú también deberías aprender a fumar, así le darías una lección a Josrow —propuso Asi.

—¡No, huele fatal y hace vomitar! —
contestó Babi.

Un revuelo espantoso e incomprensible me hizo saltar de un brinco de la cama. Oía a todo el mundo correr y chillar. Salí del cuarto. El aire estaba cargado de humo, hasta el punto de que apenas podía ver la escalera. Me puse a toser.

—¡Es Shahab! —gritó alguien desde la planta baja—. ¡Se ha quedado arriba!

No sé quién subió corriendo, me cogió en brazos y me llevó abajo.

—¡Salid todos al patio, estar aquí es peligroso! —gritó el tío.

Me sacaron a rastras junto a todos los demás. Fataneh Janum se daba golpes en

la cabeza.

—¡Es mi ruina! —decía entre lágrimas.

Su marido, el de Farideh Janum y los chicos iban y venían con baldes de agua y con la manguera. Al cabo de unos minutos se oyeron las sirenas de los bomberos. ¡Qué impresión! Llegaron camiones rojos, como los de las películas, con mangueras muy largas y las sirenas encendidas. Nunca había visto de cerca un espectáculo semejante. Dominaron el fuego, pero no se conformaron con eso y esparcieron espuma blanca por todas partes. Los muebles de la casa flotaban en el agua acumulada. Unos bomberos lanzaron al

patio la alfombra y las camas del cuarto de Josrow. El humo todavía era más alto que ellos. Contemplé extasiado aquellos hechos extraordinarios. Cómo disfruté. Me acerqué con cautela al camión que había entrado en el patio. ¡Cuántas cosas extrañas e interesantes tenía! Lo toqué. Mi tío se había sentado cerca del parterre, con la cabeza entre las manos. El padre de Arash estaba a su lado, de pie. Uno de los bomberos, que sin duda era el jefe, se detuvo delante de él y le preguntó por las posibles causas del incendio. Todo el mundo se congregó a su alrededor para escuchar la conversación.

—Creo que el fuego se ha iniciado en

un armario ropero del piso de arriba.
¿Los niños estaban jugando con fuego?

—La verdad —dijo Fataneh Janum, dando un paso adelante— es que en ese momento los niños estaban todos aquí, en la planta baja, con nosotros.

De repente se hizo el silencio. La abuela explicitó lo que todo el mundo parecía estar pensando:

—Todos menos Shahab. Era el único que estaba arriba.

Las cabezas se volvieron hacia mí y las miradas se clavaron en mi cara. El padre de Arash se quedó petrificado. Mi madre palideció.

—Pero si no sabe ni siquiera cómo se enciende una cerilla... —balbuceó—.

Por cierto, ¿las cerillas dónde estaban?

Josrow, que se había escondido, salió entonces de las sombras para decir:

—En mi cuarto. Antes de cenar, cuando estábamos arriba, se las he enseñado. ¿No es verdad, chicos? — Bahram y Babak lo miraron sin decir nada—. ¿No es cierto que os las he enseñado y luego las he guardado en el cajón del escritorio? ¿Me equivoco, Babak?

—No, es verdad. Ha vuelto a dejarlas en el cajón.

—¿Y ése no estaba allí delante mirando?

—Bueno, sí... Pero...

—Pues bien, luego, cuando hemos

bajado a cenar, él ha vuelto a subir. Habrá cogido las cerillas, las habrá encendido y le habrá pegado fuego a todo.

Se impuso el silencio. Estaba tan desconcertado que no entendía exactamente lo que pasaba. Las caras de pocos amigos de los presentes me dieron miedo. Con la esperanza de conseguir apoyo, miré a mi madre, pero era presa del pánico y temblaba más que yo. El padre de Arash se había quedado blanco como el papel, pero de rabia. La abuela fue la primera en recuperarse. En sus palabras había un rencor profundo:

—¿Lo ves, Naser?! Aquella vez dijiste que no había sido él y que el

ladrillo que me cayó encima venía de la calle. ¿Y ahora qué dices? Con todos estos testigos... No escondas la cabeza en la arena: este niño es peligroso. ¡Haced algo antes de que mate a alguien!

Mi madre rompió a llorar y se marchó corriendo del patio de mi tío. El padre de Arash se me acercó. Sentía las piernas paralizadas. No tenía energía para huir. Se agachó delante de mí, me agarró los brazos y, sacudiéndolos con toda la fuerza de un hombre, me gritó:

—¿Has sido tú, bastardo?! ¿Has sido tú?!

Me zarandeaba entre sus manos y me sentía más pequeño e indefenso que nunca.

—¡Venga, dilo, canalla, que sabes hablar, dilo! ¿Qué coño has hecho?

La bofetada que me dio me dejó aturdido. Noté el sabor salado de la sangre en el labio. Me estaba muriendo de miedo cuando Fereshteh se abalanzó sobre mí y me abrazó.

—Te lo ruego, tío, basta ya —pidió—. ¿Qué sentido tiene todo esto? Si es un niño.

Le di la mano a Arash, que sin decir palabra me llevó a casa.

23

Fueron días tristes en los que nadie me dirigía la palabra. No estaba enfadado, pero me sentía tremendamente solo y desesperado. Me costaba entender que alguien pudiera mentir con tanta tranquilidad. Era cierto que mi madre también decía mentiras, pero las suyas buscaban hacer el bien, no eran destructivas. Empecé a entender entonces el significado de la palabra «mentira», y de tanto comprender y tanto

madurar se me bloqueó la lengua por completo, hasta el punto de que dejé de hablar incluso con Asi y Babi. Era como si hubieran abandonado mi mente para siempre.

Mis padres discutían muy a menudo. Al día siguiente del incendio, de buena mañana, el padre de Arash llevó a casa del tío Husein a una cuadrilla de carpinteros y albañiles, y le dijo que él correría con los gastos.

—Con eso reconoces que la culpa de lo sucedido es de Shahab —lo recriminó mi madre, enfadada.

—Y si no, ¿de quién es? —replicó él—. Todos son testigos. Si hasta trató de matar a mi pobre madre.

—Este niño, si no lo molestan ni lo hacen enfadar, no hace daño a nadie.

—No digas sandeces. Anoche el crío era el centro de atención. Fereshteh lo cubría de besos, mi hermano le metía el chocolate en la boca, Fataneh Janum no dejaba de elogiarlo y mira cómo se lo agradeció. Habría preferido morir antes que sufrir esta tortura, este bochorno. Ese crío no atiende a razones. Actúa sin motivación y, además, aunque se comportara así sólo cuando alguien se mete con él, no dejaría de ser peligroso. ¿Sabes qué es lo que más me preocupa? ¿Y si mañana Shadi fastidia al señorito, que es como tú lo tratas? ¿Qué pasará? ¿Quieres seguir de brazos cruzados y

cerrar los ojos frente a la realidad, hasta que un día llegues y te encuentres el cadáver de la niña? ¿Es eso lo que quieres?

Aquellas palabras no sólo la hicieron estremecer a ella, sino también a mí. La fragilidad de mi madre se había agudizado con la consciencia de mis problemas, con el resentimiento y la falta de atención del padre de Arash y con las discusiones cotidianas entre los dos. En los últimos tiempos me había imaginado, estúpidamente, que aquella fragilidad había desaparecido para siempre, pero en lugar de eso volvió a manifestarse y alcanzó su apogeo. No

quedaba rastro de la mujer que había liberado a Fereshteh por sí sola y se había enfrentado a todos los demás. Ya no me respaldaba como yo esperaba. Era como si también ella, en el fondo, hubiera aceptado mi culpabilidad y me creyera capaz de matar a mi hermana. Con ella me derrumbaba yo también. Ya no me cabía duda de que estaba loco y me ponía a temblar ante la idea de poder matar a Shadi un día. ¡Si ellos lo decían, estaba claro que era capaz! Ese convencimiento se convirtió en una especie de hormigueo que me entraba en las manos y me incitaba a pelear. Para evitar aquella sensación, apretaba la una contra la otra y las escondía detrás de la

cabeza o en los bolsillos.

Un día, el padre de Arash volvió antes de lo habitual. Mi madre me vistió en silencio, abatida. Cogió a Shadi de la mano y subimos al coche. La niña, con aquella voz estridente, no dejaba de recitar versos. Sus poemas y su cháchara me ponían histérico.

—Lo hace para chincharte —dijo Babi.

Hice un esfuerzo para no levantar el brazo de forma involuntaria y darle una bofetada, pero la tentación era cada vez más fuerte. Cuando su voz se levantó por encima de las de mis padres, perdí el control y le di un manotazo en la cabeza.

Chilló. Mi madre se volvió y, rezongando, la cogió del brazo y se la llevó delante. El padre de Arash lanzó a mi madre una mirada elocuente y movió la cabeza de un lado a otro.

—Pero ¿qué hemos hecho? —dijo Asi—. No ha sido culpa nuestra. Se nos ha ido la mano.

El padre de Arash, que iba al volante, preguntó entonces:

—¿Y ahora por qué no dices nada? ¿Es que tiene algo de malo llevar al crío al médico? Es nuestro deber. Hay que ser realista: el año que viene le toca empezar al colegio. ¿Adónde lo mandamos? Si conseguimos comprender de verdad cuál es el problema,

podremos ayudarlo mejor. Si identifican el grado y el tipo de deficiencia mental, se podrá hacer algo por él. Dicen que en el extranjero hay escuelas especiales donde los niños así pasan día y noche.

—¿Cómo que los niños «así»? Yo sigo sin creer que el incendio fuera cosa suya. Todo el mundo le endosa las culpas porque no puede hablar.

—¿Cuándo vas a decidirte a aceptar la realidad?! Este crío tiene problemas. Si te lo dijera el médico, ¿quedaría zanjada la cuestión?

—Pero ¿por qué nadie quiere entender a este niño? A veces pienso que no lo quieres en absoluto. ¿Alguna vez le has dado un abrazo?

—¿Te parece que tengo tiempo para esas cosas? He encajado mil compromisos para liberarme una hora y acompañarte al médico. ¿Ahora por qué mezclas las cosas? Siempre quieres hacerme quedar como el culpable. El retraso de este crío es congénito, ¿lo entiendes?

—Pues yo creo que si hace esas cosas es por culpa nuestra. Quizá le prestamos poca atención.

—Estás loca. ¿Ahora vas a sentirte culpable? Nos hemos portado igual con nuestros tres hijos. Entonces, ¿por qué los otros no han salido así? ¡Y no sólo eso, sino que son mejores que los demás niños! ¡Pobre de mí, que trabajo día y

noche por ellos! ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—No haces nada más que trabajar. Nosotros también te necesitamos. Antes no era así: te gustaba estar con la familia. Ahora, en cambio, nos rehúyes. Me da la impresión de que estás más contento fuera de casa. No te gusta ver al niño porque te avergüenzas de él.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? No hables por mí. Yo sólo pretendo afrontar la situación de forma racional y no emotiva. Pienso constantemente en lo que podemos hacer en concreto por este niño enfermo. El tratamiento de las enfermedades mentales es más largo y más delicado que el de las físicas. Por

eso nos hacen falta más dinero y medios para curarlo. Un compañero de trabajo me ha dicho que estos psicólogos cobran miles de tomanes por visita. ¿Tú por qué crees que he aceptado un tercer trabajo? ¿Porque me sobraba el tiempo? ¿Crees que no me apetece volver a casa por la tarde y descansar como todo el mundo? No, cariño, estoy ahorrando para curar a este niño incluso en el caso de que sea necesario mandarlo al extranjero.

—¿Al extranjero? ¡Ni que tuviera una enfermedad incurable!

—Mariam, mujer, ¿por qué eres así? Estoy dispuesto a hacer todo lo posible para que el día de mañana tengamos la conciencia tranquila. Allí hay colegios

especiales para estos niños.

—¿Por qué? ¿Qué tiene? ¿La lepra, cáncer?

—Exacto, el problema de las enfermedades mentales es ése, que en apariencia no hay nada raro. ¿Tú crees que las personas que cometen crímenes y matan a sangre fría, sin remordimiento, están sanas? No, cariño, su enfermedad es peor que la lepra o el cáncer. Si los hubieran tratado a tiempo, quizá no habrían llegado a eso.

—Pero ¿tú te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Ahora encima comparas a mi hijo con un asesino!

—Sé realista, ya lo ha intentado dos veces. Como padres, somos los

responsables. No tenemos que esperar a que pase algo irreparable.

—¡Basta, no quiero oírte! —gritó mamá, y empezó a sollozar.

—¡Mira qué bien! Contigo no se puede hablar de nada. No quieres saber cómo están las cosas. ¡Si alguien dijera que el crío tiene párpados encima de los ojos, te lo comerías vivo! Ahora deja que el médico nos los explique todo.

—¡No, no quiero llevarlo a ningún médico!

—¡Sé razonable, te lo ruego! ¿Crees que no le pasa nada? ¿El año que viene qué quieres hacer con el colegio? Estando así las cosas, no lo aceptarán en ningún lado. ¿No debemos pedir ayuda a

un especialista?

La consulta del doctor estaba hasta los topes. Mis padres esperaban el uno al lado del otro, y a mí me habían sentado en una silla, delante de ellos. El corazón me latía deprisa. Los niños que había en la sala de espera eran todos raros. Uno era mayor, pero iba todavía en cochecito. Tenía los brazos y las piernas retorcidos. Otro, gordo y pálido, tenía los ojos entreabiertos e inexpresivos clavados en mí, y su madre le limpiaba la baba todo el rato. En mi interior creció el miedo a experimentar más sentimientos negativos.

—Este médico seguro que se da cuenta de que somos estúpidos y

retrasados —afirmó Asi—. Luego nos mandarán lejos, a un colegio especial, donde viviremos con estos niños, y no volveremos a ver jamás a mamá.

Al pensar en estar lejos de mi madre me entristecí, por mucho que me hubiera traicionado y hubiera dado por cierto que el incendio había sido cosa mía: sí, lo había acabado aceptando, porque si no habría plantado cara y, como la vez anterior, se habría inventado una mentira, me habría salvado. Estaba muy enfadado con ella.

—No nos quieren, pretenden mandarnos lejos —dijo Babi.

Estaba convencido de que tarde o temprano acabarían haciéndolo y luego

se quedarían tranquilos. El padre de Arash no volvería a pasar vergüenza por tener un hijo como yo. Volverían a ser felices como en los viejos tiempos. Hablarían y dejarían de discutir.

—Todo este plan lo ha ideado el padre de Arash para librarse de nosotros —aseguró Asi.

—Si este médico confirma lo que ha dicho el padre de Arash, ya no podremos hacer nada —contestó Babi—. Nos mandarán al extranjero.

Mi madre se levantó y cogió a Shadi de la mano para ir al baño.

—Shahab Jun, ¿tú tienes que ir? —me preguntó con dulzura.

Me encogí de hombros. Me lo

preguntaba cien veces al día. Se fue. El padre de Arash leía el periódico. Me levanté sin hacer ruido y salí de la consulta.

24

En la calle me encontré una gran confusión. Todos eran mucho más grandes y altos que yo. Para verles la cara tenía que echar la cabeza hacia atrás más de lo que podía. Era como darse contra un muro. Sin saber siquiera adónde iba, cogí la misma dirección que la mayoría de la gente. Hacía frío y estaba nublado. Los conductores no acababan de decidir si encender las luces o esperar todavía un poco. Andaba

pegado a los escaparates de las tiendas, pero las cosas bonitas que exponían no me interesaban. Sentía un peso en el corazón y se me hizo un nudo en la garganta. Yo, que siempre había tenido terror a quedarme solo y a perderme, de repente había abandonado a todo el mundo por voluntad propia. Llamé a Asi y a Babi, desesperado.

—¿Ahora adónde quieres ir? Te vas a perder, da la vuelta —pidió Babi, aterrorizado—. A pesar de todo, no hay sitio mejor que nuestra casa.

—No, éstos no quieren llevarnos a casa, quieren mandarnos lejos, muy lejos —rebatía Asi, aunque también a él le temblaba la voz—. Tú no te

preocupes, que yo estoy contigo.

De vez en cuando, la gente me miraba y me decía algo. Entonces yo me alejaba a toda prisa, para que no se dieran cuenta de que no podía hablar. Pasé por un gran cruce y giré por una calle en la que, en comparación con la otra, las luces eran más tenues: había menos gente y menos tiendas. Ya casi se había hecho de noche y mi miedo iba en aumento. Me dolían los pies. Me tragué el nudo de la garganta, pero automáticamente se me saltaron las lágrimas. ¡Qué solo me sentía! ¡Si al menos alguien me hubiera reconocido y me hubiera llevado consigo! Me moría de hambre y de frío. Me detuve al lado

de una pared. Me sentía impotente, solo, abandonado: todo el mundo estaba en mi contra. Nadie me quería. Hasta mi madre, mi último refugio, había tirado la toalla y pretendía mandarme lejos. Estaba tan absorto que no vi de dónde salía aquella señora. Me acarició el pelo con su mano enguantada.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué lloras? —me preguntó con amabilidad, y se agachó delante de mí—. ¿Cómo te llamas, pequeño? ¿Qué pasa? ¿Te has perdido? ¿Dónde está tu mamá?

Empecé a sollozar. Señalé la dirección de la que venía. La señora amable me cogió de la mano y echó a andar hacia allí.

—Mira bien, cariño. Ahora presta atención. ¿Ves a tu mamá?

Cuando aún no habíamos avanzado mucho, la señora se cansó. Se agachó otra vez, a mi lado.

—Mira, cariño, tienes que decirme tu nombre y tu apellido. ¿Sabes la dirección de tu casa?

La miré sin parpadear.

—Ha comprendido que somos tontos y no sabemos hablar —apuntó Babi.

Cansada, la señora añadió:

—No sé qué hacer. Tú no hablas y yo tengo prisa. ¿Quieres quedarte aquí y así te encontrarán?

Y entonces me soltó la mano y se marchó. Me sentía como un náufrago que

ve alejarse la única lancha de salvamento. El miedo se apoderó de mí. Perseguí a la señora. Le agarré la falda y la miré con ojos de súplica, llenos de lágrimas. Volvió a doblar las rodillas y me dijo:

—Mira, si quieres que te ayude a encontrar a tu mamá, tengo que saber tu nombre y tu dirección. Hace falta que me digas cómo te llamas.

La contemplaba llorando. Suspiró. No insistió más, pero me cogió de la mano y se dirigió hacia un grupo de personas reunidas alrededor de un policía. En medio de aquella muchedumbre, no oí lo que le decía. El policía se me acercó y me preguntó mi nombre, el de mi padre y

mi dirección.

—Creo que es sordomudo —apuntó ella.

—¡Menudo problema! Lo único que puede hacer, señora, es llevarlo a la comisaría.

—Pero, señor agente, ¡tengo mil cosas que hacer! Llevo una hora vagando por las calles con este niño. Tengo invitados a cenar y se me ha hecho tardísimo. Estarán todos preocupados.

—¿Y yo qué quiere que haga? Ahora estoy de servicio y tengo que ocuparme de estos señores, no puede dejarme al niño aquí, con este frío.

—No puedo ir a la comisaría. Este

niño se me ha pegado, no me suelta. ¿Allí tienen forma de atenderlo y cuidarlo?

—¡No tan bien como usted, eso seguro!

El policía se puso a hablar con la gente que había formado un círculo en torno a él. La señora pareció sumirse en sus pensamientos. Al cabo de unos minutos se abrió paso entre la gente para acercarse de nuevo al policía.

—¡Señor agente, señor agente! —lo llamó con insistencia, hasta que por fin consiguió que le hiciera caso—. Este niño está cansado y tiene hambre, conmigo se siente seguro. No puedo dejarlo en la comisaría ni en ningún otro

sitio. No estaría bien. Si usted me da permiso, me lo llevo a casa: le doy mi dirección, mi teléfono y la matrícula del coche. Si aparecen sus padres, pueden ir a buscarlo a nuestra casa.

El policía accedió con una inclinación de cabeza y volvió a desaparecer entre el gentío. La señora me llevó hacia su coche, que estaba aparcado en la callejuela de delante, y me hizo pasar al asiento de atrás. Ella se sentó al volante. Sacó un bolígrafo del bolso y escribió varias cosas en un papel.

—Quédate aquí hasta que vuelva. Voy a llevarle mis datos al señor agente — me dijo.

Me daba miedo que me dejara allí y se marchara. Quería bajar del coche para seguirla, pero ella había echado el seguro y el calor, en aquellas circunstancias, venció al miedo, así que me quedé sentadito en el coche y esperé. Estaba tan aturdido y atontado que, en cuanto arrancó, me sumí en un sueño profundo.

25

Cuando salí del baño, la silla de Shahab estaba vacía. Eché un vistazo intentando no perder los nervios.

—¿Dónde está el niño? ¿Lo has mandado a algún lado? —pregunté a Naser.

—¿Cómo? ¿No estaba contigo?

—No, se ha quedado sentado ahí. ¿No has visto adónde ha ido?

—No.

Primero impacientados y luego

preocupados, buscamos por todos los rincones de la consulta. Al final, salimos corriendo a la calle y miramos en las tiendas y en los edificios vecinos. Preguntamos a los transeúntes por un niño de cinco años con un abrigo azul marino y un gorro de punto rojo y azul. Pero no había ni rastro de él. Me puse a dar vueltas, alterada y asustada.

Naser, nervioso y molesto, se metió en el coche y gritó:

—¡Ven, sube, vamos a peinar la zona!
Subí llorando.

—Se habrá asustado por algo. ¿Qué le has hecho?

—¿Yo? ¿Qué voy a hacerle? Pero si está loco: no necesita un motivo para

hacer estas cosas.

—No es cierto. Está angustiado, me he dado cuenta, y el pobre niño no sabe hablar, sufre, y tú eres tan insensible que no puedes ni hacerle una caricia.

Recorrimos todo el barrio a pie y en coche hasta que oscureció. Naser se retorció los largos bigotes y yo no conseguía contener las lágrimas. Shadi, que había entendido la situación, se había hecho un ovillo en un rincón del asiento trasero, como si también estuviera atemorizada.

—¿No lo habrán secuestrado? ¿Cómo puede haberse ido tan lejos ese niño, que tiene miedo hasta de salir a la calle

al lado de casa? ¿Y adónde habrá ido? Dios mío, si ya se hace de noche. Pobrecito, tendrá hambre y sed. ¿Qué le habrá pasado?

No nos quedaba más remedio que pedir ayuda a la policía. Una vez en la comisaría, rellenamos formularios y dimos la descripción de Shahab, y ellos hicieron unas llamadas. El jefe de la policía, un capitán afable, nos dijo con efusión:

—No se preocupen, seguro que lo encontramos. Váyanse a casa. En cuanto tengamos noticias se las haré saber.

Al oír que se abría la puerta, Arash salió corriendo a recibirnos.

—Mamá, ¿qué ha pasado? ¿Por qué

habéis tardado tanto?

Subí al primer piso llorando. Naser, pálido y nervioso, dejó en el sofá a Shadi, que se había quedado dormida por el camino, y con la voz rota explicó:

—Shahab se ha perdido.

—¿Cómo que se ha perdido? ¿No estaba con vosotros?

—Sí, estaba sentado en la sala de espera de la consulta. Tu madre ha ido al baño y yo estaba leyendo el periódico. Creía que había ido al baño con ella, pero luego nos hemos dado cuenta de que había salido y ahora sólo Dios sabe dónde se ha metido.

—¡Bueno, pues vamos a buscarlo!

—¿Qué te crees que hemos estado

haciendo hasta ahora? Incluso hemos ido a la comisaría. Nos han dicho que regresáramos a casa y que ya nos llamarían si había novedades.

Entonces bajé, desencajada.

—Pero yo no puedo quedarme así, a esperar mano sobre mano. Voy a buscarlo —anuncié, temblando de la cabeza a los pies.

—¡Voy contigo! —contestó Arash al instante—. Pobre Shahab, que ni siquiera puede hablar. Si lo encuentran, ¿cómo van a saber quién es?

—Cálmate un poco, Mariam. ¿Adónde quieres ir? Hemos estado en todos los sitios que se nos han ocurrido. Tómame un tranquilizante. Yo voy a ver

si hay noticias en la comisaría.

Al oír el timbre del teléfono nos quedamos todos paralizados. Naser fue el primero en reaccionar y descolgó de golpe. Yo, con una mezcla de terror y esperanza, me tapé la boca y apreté la mano con fuerza para no chillar.

—¿Es la comisaría? —balbuceé.

—No... —contestó Naser—. Hola, Dadash... No, acabo de llegar... Bueno, Shahab ha desaparecido, estábamos buscándolo.

Al cabo de cinco minutos, toda la familia de Husein Aga se había presentado en la puerta de casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron todos a una.

—¿Qué quieres que te diga, Dadash...? Esto es mi ruina —dijo Naser, y por primera vez aquella tarde se le formaron lágrimas en los ojos.

Apoyé la cabeza en el hombro de Husein y noté que se estremecía. Fataneh Janum se sentó a mi lado y me acercó la cabeza a su hombro.

—Aparecerá. Lo presiento —aseguró.

Fereshteh se había quedado junto a la puerta y nos miraba preocupada, a punto de llorar. Josrow, incrédulo, preguntó a Arash:

—Pero ¿de verdad ha desaparecido?

—Explicádnoslo bien —pidió Husein Aga—. ¿Cuándo lo habéis perdido de vista? ¿A qué hora?

Naser contó brevemente lo sucedido.

Yo me veía incapaz de resignarme a ser una madre de luto por la muerte de su querido hijo.

—Pobre ángel mío, lo hemos torturado tanto que lo ha dejado todo y se ha marchado —afirmé—. No daba un paso sin mí, pero ahora se ha escapado. ¡Piensa en lo mucho que tiene que haberse enfadado con nosotros para atreverse a hacer una cosa así! Qué insensibles hemos sido con él. No exagero, Fataneh, si digo que hace un año que su padre no le da un abrazo ni un beso.

—¡No es culpa mía! —replicó Naser, crispado—. Es el niño el que nunca

quiere abrazarme, como si para él fuera un desconocido. No, incluso con los desconocidos se porta mejor. A veces me mira de una forma que deja muy clara su aversión, otras se comporta como si no existiera.

—¡Cómo lo hemos descuidado, qué mal lo hemos tratado! ¿Crees que no se ha dado cuenta? Ese niño inocente se sentía como una espina en el costado de sus padres. Su abuela nunca pierde la oportunidad de decir que es retrasado, que está loco, que es tonto y cien cosas por el estilo, y su padre no abre la boca. Dios mío, ¡Shahab lo oía y lo entendía todo! Hoy, porque Naser ha insistido, hemos querido llevarlo al médico, y a él

los médicos no le hacen ninguna gracia. Desde el día del incendio ya no jugaba. Estaba tan alicaído que me costaba mirarlo. No dejaba de pensar en él y nada me hacía feliz. Me parecía increíble que mi hijo pudiera estar tan triste durante tanto tiempo... Mi niño, indefenso, ¿dónde estará ahora, con este frío? Si se queda en la calle hasta mañana, se congelará. ¿Y si lo han secuestrado? Dicen que secuestran a niños para vender los riñones.

Fereshteh se puso a llorar entrecortadamente.

—¡Dios nos libre de una cosa así! — exclamó Fataneh Janum—. ¿Qué palabras son ésas, Mariam Jun? ¡Sé

cómo te sientes, pero debes ponerte en manos del Señor!

—Tengo que salir a buscarlo, no puedo quedarme así.

—¿Ahora? Son las once de la noche, ya hemos estado en todas partes.

—¿Y si se ha caído por la calle y está tirado en cualquier lado?

—Tiene razón, vamos a salir, es mejor que quedarse aquí de brazos cruzados —intervino Husein.

—Pero ¡pueden llamar de la comisaría!

—Los chicos se quedan. Los llamaremos cada media hora.

26

Cuando me desperté por la mañana y me encontré en una habitación que no conocía, me asusté mucho. Me cubrí la cabeza con las sábanas. Al recordar lo que había pasado la tarde anterior, sentí una profunda melancolía que, sin embargo, no era nada en comparación con el miedo que me daba aquel lugar extraño. Asomé la cabeza para curiosoear. Miré con atención lo que me rodeaba, de las paredes a la puerta

pasando por los muebles. El cuarto era grande y luminoso. En un lado había un armario, la puerta del baño y una librería de madera blanca. En el otro, un gran escritorio con cajones y con un calendario de mesa entre un bloc de notas y un cubilete de piel marrón lleno de bolígrafos y lápices. Las cortinas y la colcha, de color rosa y violeta, resplandecían con la luz que entraba por la ventana de encima de la cama. Me gustaba aquella habitación en la que no faltaba de nada, pero parecía que nadie dormía allí desde hacía tiempo.

Me senté en la cama. Echaba de menos a mi madre. Era la primera vez que me

despertaba y no la tenía a mi lado. Se me hizo un nudo en la garganta. Oía una voz procedente del exterior. Me puse de rodillas y por la ventana observé el gran patio de aquella casa. ¡Cuántos árboles había! Luego mi mirada se detuvo en las muñecas colocadas delante del espejo. ¡Qué bonitas eran! Me levanté y me acerqué para coger una. Estaba embelesado con su mirada vidriosa, con sus luminosos ojos azules, cuando se abrió la puerta y entró la mujer del día anterior. Me asusté y solté la muñeca enseguida, dejándola en su sitio. Me lancé sobre la cama y me escondí debajo de las sábanas. La señora amable y sonriente se sentó a mi lado. Me

acarició por encima de la colcha.

—¿Estás despierto? Muy bien, cariño. Ayer estabas tan cansado que ni siquiera cenaste. Ahora levántate, aséate un poco y vamos a desayunar.

Aún no tenía el valor necesario para salir de debajo de las sábanas. La señora las apartó con delicadeza y, con una sonrisa en los labios, añadió:

—Levántate, cariño mío, no tengas miedo.

Me quedé mirando su cara sonriente y sus ojos bondadosos. No era mucho mayor de lo que me había parecido el día anterior: tenía el pelo casi rubio y resplandeciente, como el de la muñeca, que mientras tanto se había caído al

suelo. En los labios llevaba un poco de carmín. ¡Se había puesto carmín! Eso era algo que mi madre hacía raras veces. Llevaba también un vestido floreado, largo y ancho, que me hizo pensar en un prado. No, aquella señora no me daba miedo. Me levanté de la cama, le di la mano y fuimos al baño.

—Muy bien, cariño. ¿Te las arreglas tú solo o quieres que te ayude?

Dije que no con la cabeza y entré. Una vez bien cerrada la puerta, Babi exclamó:

—¡No sabe que ya somos mayores y podemos hacer nuestras cosas solos!

Sentado a la mesa había un señor bastante mayor que leía el periódico.

Me sorprendí al verlo, porque no esperaba que hubiera nadie más en la casa. Instintivamente, me escondí detrás de la señora.

—Hola, ya estamos aquí —anunció ella con voz alegre.

El señor apartó el periódico y contestó:

—¡Qué maravilla, qué chiquillo tan guapo te has buscado! ¿Te encuentras bien, hijo mío? ¿Cómo te llamas?

Él también era simpático. Me bastaba una mirada para reconocer la simpatía.

—Éstos todavía no se han enterado de que somos tontos y no sabemos hablar. Por eso nos quieren —aseguró Así.

Entonces intervino la señora:

—Creo que no puede hablar, no lo agobies. Vamos a llamarlo «Principito», ¿qué te parece? —Y se rió en voz alta —. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Te gusta?

—«Principito», como en aquel libro... —dijo Babi, y en las comisuras de los labios se me formó una sonrisa.

—Muy bien, le gusta. Este encanto de niño conoce *El principito* y le gusta que lo llamemos así. Bueno, ahora siéntate a desayunar.

La señora hablaba sin parar mientras me daba la comida.

—¿Te acuerdas de los berrinches que cogía Nastaran a la hora de comer? —preguntó el señor, riendo.

—Sí, en cambio con Babak, por

suerte, no hacía falta insistir.

—No, te equivocas. A la edad del Principito, él también cogía sus berrinches. Empezó a comer bien cuando creció un poco más.

—¿Recuerdas cuando les decíamos que las cucharadas eran trenes y me pasaba una hora haciendo «chucu, chucu, chu» hasta que abrían la boca y los vagones entraban en el túnel?

—Sí, házselo a este niño tan guapo.

—No, este principito es una joya y come solito.

Después de desayunar, la señora empezó a recoger la mesa. El señor dejó el periódico y se levantó. Entrelazó los

dedos y estiró los brazos hacia el techo todo lo que pudo.

—¿Hay que hacer algún recado, Sudabeh?

—Sí, ve a por leche y helados.

—¿Helados en invierno?

—A los niños les gustan.

—Ah, claro. Entonces, voy a comprarlos con él.

—Sí, perfecto, como cuando ibas con Babak.

—Qué buenos recuerdos... En fin, Principito, vámonos ya. Ponte el abrigo y vamos a hacer la compra. ¿Te apetece acompañarme?

Asentí con timidez y fui a por el abrigo, que se había quedado en el

dormitorio.

Cuando volví, el señor estaba en la puerta de la cocina hablando con la señora.

—¿A ti no te parece raro que los padres no hayan dado señales de vida? —preguntó.

—No, ¿por qué? Tampoco es que haya pasado mucho tiempo.

—¡Pobrecito, es un niño encantador! ¿Tú crees que no habla con nosotros o no habla y punto?

—Yo creo que no habla. Si hubiera podido, ayer, con todo el miedo, el frío y el cansancio que llevaba encima, al final habría dicho algo para que lo llevásemos a su casa.

—A lo mejor se ha asustado tanto que se ha bloqueado, porque está claro que nos oye, lo entiende todo y reacciona a los estímulos.

—No lo sé, pero, sea lo que sea, está preocupado por algo. Tiene unos ojos más tristes...

—Es normal. Yo, si me hubiera perdido, también tendría miedo y estaría triste.

—No, hay algo más.

El señor se dio la vuelta y, al verme, se rió.

—Hola, Principito, ¿estás listo? Mira qué gorro y qué abrigo tan bonitos lleva. ¡Y yo sin afeitarse! Lo haremos a la vuelta, ¿te parece?

Me cogió de la mano y me sentí protegido. Cuando habíamos andado un poco, me preguntó:

—¿Quieres ir al parque a jugar?

Y sin esperar una respuesta, entró y me llevó a la zona de juegos. Me subió al columpio y me dio un suave empujón. Luego se sentó en el banco de delante y, con una sonrisa melancólica, se quedó allí sin quitarme los ojos de encima. Me sentí en la obligación de hacer algo para darle una alegría: corrí hacia el tobogán y, como un relámpago, subí hasta lo alto. Quería que viera que era espabilado y veloz. No sé por qué era importante para mí causarle buena impresión. Desde allí arriba lo saludé con la mano y él sonrió

y levantó también la suya. Sin miedo, me deslicé hacia abajo más deprisa que los demás niños. El señor aplaudió.

—Ahora vamos a hacerle la compra a Sudabeh Janum —me dijo cuando salimos del parque.

—Mira qué bien, Aga-ye Karimi —saludó el tendero—. ¿Ahora tienen un niño?

—¿Qué pasa? ¿No me pega?

—Claro que sí, siempre que sea su nieto. Es su nieto, ¿verdad?

—¡Ojalá, que Dios te oiga! Si tuviera un nieto como este principito no me quejaría.

—¿¿Como nosotros?! —se sorprendió

Así—. ¿Quiere tener un niño como nosotros? ¡Pues sí que es estúpido! ¿No se da cuenta de que somos retrasados?

El señor se agachó, me cogió en brazos y me puso delante del mostrador.

—Principito, elige una golosina o un bombón. ¿Cuál quieres? —preguntó.

No estaba acostumbrado a tanta atención y tanta dulzura. Bajé la cabeza mientras me daba un beso en la mejilla.

—No seas vergonzoso. Di, vamos, ¿cuál quieres? Tengo que bajarte porque pesas bastante, gracias a Dios, y me duele la espalda.

«¡No quiero que le duela nada!», pensé, y al instante intenté soltarme de su abrazo. Me dejó en el suelo,

sorprendido.

—¿Qué bicho te ha picado? ¿No quieres que te coja en brazos? —Y movió un poco la cabeza—. No quieres que me duela la espalda, ¿eh?

Con un gesto le contesté que no, feliz. Me miró aún con más dulzura que antes y me acarició la cabeza.

—¡Qué niño tan cariñoso! Bueno, pues entonces ocúpate tú, Aga Javad, de elegir una de esas chucherías, y no te olvides de la leche y del helado.

Aga Javad metió la leche y lo demás en la bolsa y dijo:

—Al final no me ha contado quién es el niño, Aga-ye Karimi. ¿De dónde ha salido?

Aga-ye Karimi le explicó la historia bajando la voz. Me di cuenta de que hablaba de mí y me puse muy contento de que no lo hiciera en voz alta. Nada que ver con el padre de Arash, que lo soltaba todo en voz alta, incluidas las cosas malas. Se creía que, como no sabía hablar, tampoco oía. No sé por qué, al ver a aquel hombre, que ahora sabía que se llamaba Aga-ye Karimi, no pude evitar compararlo con el padre de Arash. ¡Y eso que no tenían absolutamente nada que ver! Quizá fue por el simple deseo de que el padre de Arash me prestara tanta atención como Aga-ye Karimi. Durante todo el camino de vuelta me habló y me enseñó muchas

cosas.

Cuando llegamos a casa, Sudabeh Janum salió a recibirnos, cogió la bolsa de la compra y la llevó a la cocina.

—Te he preparado pasta para almorzar —me dijo sonriente mientras me quitaba el abrigo, y dirigiéndose a Aga-ye Karimi preguntó—: ¿Te acuerdas de que era el plato preferido de los chicos? Tú puedes acabarte el *baghali polo* de anoche.

—¿No puedo comer pasta yo también...? ¿Hay novedades?

—No.

Comimos alegres y sonrientes. Sudabeh Janum me metió en la boca varias cucharadas del tren imaginario

acompañándolas del ruidito de la locomotora, como a veces hacía mi madre para dar de comer a Shadi.

Al acabar, Sudabeh Janum lavó los platos y, mientras tanto, Aga-ye Karimi se sentó en el *tajt* que había al lado para contarme cosas de sus hijos. Cómo me gustaba aquella voz cálida. Luego, cuando terminó, Sudabeh me llevó al cuarto rosa y me acostó.

—Éste es el dormitorio de mi Nastaran —explicó—. No me gusta cambiar sus cosas de sitio porque, cuando vuelve a Irán, le gusta ver su cuarto tal como lo dejó. Desde niña siempre le han encantado los libros. Espera, voy a buscar algo para ti.

Sacó uno delgado y me lo dio. Tenía unas fotos preciosas que nunca había visto. Los libros de mamá eran un poco repetitivos y no me apetecía mucho que me los leyera. Sudabeh Janum me leyó aquella historia y, cuando terminó, cerré los ojos y me hice el dormido. No quería que aquella señora tan buena, que, mientras leía, ya se había adormilado varias veces, se molestara más por mí. Además, tenía ganas de estar solo. Salió del cuarto, y entonces abrí los ojos.

—¿Dónde estará ahora mamá? ¿Nos echará de menos? —preguntó Babi, y se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Y el padre de Arash qué estará haciendo?

Seguro que se alegra de que hayamos desaparecido. ¿Nos estarán buscando? Shadi dormirá en nuestra cama, claro.

Hundí la cara en la almohada y me puse a llorar.

Al día siguiente fui a la comisaría con Naser y Husein Aga. Acababan de cambiar de turno. Volvimos a contar una vez más lo que había sucedido, y el agente de guardia nos mandó a casa con la promesa de que nos informaría en cuanto hubiera noticias.

Me dejé caer en el sofá, sin fuerzas, y oí las voces de los chicos, que salían del cuarto de Arash.

—Mamá tiene razón, deben de

haberle hecho daño —decía mi hijo—. Si lo hubiera encontrado una persona honesta, lo habría llevado a la policía. Seguro que lo han secuestrado.

Fereshteh se puso a sollozar ruidosamente.

—Pobrecito, era un niño muy bueno —gimoteaba—. De no ser por él, nunca me habríais encontrado. Yo quería huir. Estaré en deuda con él toda la vida.

—¡No digas idioteces! Te habría encontrado yo. ¡Ahora ese tonto de remate se ha convertido en Superman! —replicó Josrow, entre enfadado y sarcástico.

—¡No es tonto! —le gritó Arash a la cara—. Fuiste tú el que empezó a

llamarlo así. Si lo pasa mal es culpa tuya.

—¿Y yo qué tengo que ver con que lo pase mal? ¡En tu casa todo el mundo lo pasa mal! Tu madre siempre está angustiada, habla poco y ríe aún menos. Tu padre nunca está con vosotros, y cuando llega se le ve siempre cansado y de mal humor, y tú te pasas el día encerrado en este cuarto estudiando. Si hasta yo me deprimó cuando vengo a veros. En nuestra casa discutimos, nos gritamos, mi padre hasta nos da alguna torta de vez en cuando, pero por lo menos habla con nosotros y bromea.

A las doce ya se había reunido toda la

familia en casa. Yo ya no tenía energía ni para hablar. Fataneh, que hacía las veces de anfitriona, iba contando a los recién llegados lo que había pasado, embelleciendo los detalles. Fereshteh estaba recluida en el cuarto de Shahab. Y la abuela no se sabía si estaba más preocupada por su nieto o por su hijo.

—¡Lo que está sufriendo este hijo mío! —decía sin cesar—. Que Dios me dé muerte, cómo ha envejecido mi Naser.

Nada más entrar, Farideh Janum me dio un abrazo y trató de tranquilizarme diciendo que encontrarían al niño.

Me pusieron una inyección para calmarme los nervios. Temiendo que

llegaran noticias y no me informaran, me negué a subir al piso de arriba. Entonces me obligaron a echarme en el cuarto de Arash, desde donde oía las voces de los demás.

—A ver, ¿cómo ha podido desaparecer? —preguntó Shahin—. ¡Si no se atrevía siquiera a ir por la calle sin su madre!

—Yo creo que lo han secuestrado —comentó Farideh Janum, como si estuviera revelando un secreto.

La abuela, con sentimientos enfrentados en lo relativo a Shahab, contestó:

—¡No, Dios no lo quiera! Pero ¿quién iba a querer a un niño mudo y retrasado?

—Desde que prendió fuego a nuestra casa estuvo muy apenado —aseguró Fataneh—. ¡Sus padres querían llevarlo al médico y el niño se escapó!

Entonces Bahram se rebeló contra Josrow:

—¡Diles que no fue él! Es pecado, tienes que decirlo.

Me incorporé para aguzar el oído.

—¿Y tú cómo sabes que no fue él? Nosotros no estábamos en el cuarto. Él volvió, cogió las cerillas y provocó el fuego.

—No, lo sabes perfectamente. El jefe de los bomberos dijo que todo había empezado en el armario, y que poco a poco la ropa se había ido quemando y

haciendo que crecieran las llamas.

Llegados a ese punto, Naser, Husein Aga y Arash, que estaban sentados en torno a la mesa del comedor, se callaron para escuchar. Yo salí del dormitorio. Naser se levantó y se acercó a Bahram.

—Bahram Jun, cuenta como es debido lo que sabes. ¿Qué sucedió aquella tarde?

—Nada, tío Naser. Está desvariando. Dice tonterías —interrumpió Josrow, cada vez más inquieto—. Se cree que así conseguirá que encuentren a Shahab.

—Tal vez con eso no lo encontremos, pero al menos sabremos lo que pasó. Y entenderemos por qué estaba tan dolido. El pobrecito no puede hablar. Vosotros

que podéis tenéis que contarlo. Es un deber de todo hombre como Dios manda.

Se quedaron todos en silencio. La voz decidida de Bahram me resonó en los oídos:

—Sí, yo quería decirlo desde el principio. Primero me dio pena Shahab, pero luego pensé que no se enfadaría y que todo se olvidaría. Y lo dejé pasar. No quería montar un lío para nada y molestar a la tía Fataneh. Pero hoy, cuando me he enterado de que Shahab había desaparecido, he entendido que se enfadó porque le hicimos cargar con las culpas y que por eso se ha escapado. Como no puede hablar para decir que no

fue él...

—Explícanos bien qué pasó aquella tarde.

Estaban todos con la vista clavada en Bahram. Josrow aprovechó para salir de la habitación sin que nadie lo viera.

—Antes de cenar subimos todos al cuarto de Josrow, que encendió un cigarrillo. Pero sólo en broma, no para fumárselo. Luego, de repente, Fereshteh llamó a la puerta. Pregunto por qué habíamos cerrado con llave y nos pidió que abriéramos de inmediato. Josrow se asustó y tiró el cigarrillo en el armario, y luego bajamos todos corriendo. Dábamos por hecho que se habría apagado, pero al cabo de media hora

empezó el fuego.

—Y yo pegué a ese niño inocente delante de todo el mundo... —se lamentó Naser, con el rostro encendido de rabia.

Volvió a sentarse a la mesa, con la cabeza entre las manos. Empezaron a temblarle los hombros. Los demás se quedaron atónitos. Yo me sentí como una madre a cuyo hijo declaran inocente después de la ejecución.

28

Por la tarde, Sudabeh Janum hizo coger a Aga-ye Karimi una escalera de mano para bajar todas las maletas viejas del altillo. Las inspeccionó una a una hasta que encontró lo que buscaba.

—Ah, aquí están, ya sabía yo que no las había tirado. ¿Te acuerdas, Karimi, de esta camisa y esta chaqueta que le trajimos a Babak de Inglaterra? ¡Qué bien le quedaban!

—¡Sí, cuántos recuerdos! Crecieron

demasiado rápido. Parece que fue ayer cuando le pusimos esta ropa y lo llevamos a aquella fiesta en casa de tu hermana.

Yo me quedé quieto en un rincón, viendo cómo hablaban de sus hijos con nostalgia.

—Pero, si los querían, ¿por qué se fueron? —preguntó Asi.

—Porque no sabían que sus papás los querían tantísimo —contestó Babi.

Aga-ye Karimi me llevó al baño. Llenó la bañera de agua caliente y nos metimos en ella. Me habló de sus hijos. Era como si marido y mujer no tuvieran otra cosa de que hablar. Jugamos un poco con el

agua haciendo volar las burbujas de jabón y nos reímos con ganas. Sudabeh Janum estaba detrás de la puerta, preparada con la toalla.

Me secó y me miró atentamente de arriba abajo y luego le dijo a él en voz baja, sin saber lo sensibles que son mis oídos:

—En el cuerpo no tiene cardenales ni cicatrices.

Me puso rompa limpia. Era muy bonita y olía un poco a naftalina. Me peinó y se apartó unos pasos para admirarme.

—¡Desde luego, eres un niño guapísimo! —exclamó—. La ropa te queda que ni pintada. ¡Aga-ye Karimi,

ven a ver lo bien que le sienta!

—Sí, que Dios lo proteja.

Después me llevaron a una fiesta. Fui el tema de conversación de la noche. Todos me miraban con curiosidad, me sonreían amistosamente y de vez en cuando me acariciaban el pelo. Pasé una vergüenza tremenda. No conseguía levantar la cabeza. Me chupé tanto el labio que me hice una herida. Los demás niños, que eran mayores que yo, me rodearon.

—Chicos, este niño tan guapo es nuestro principito —me presentó Sudabeh Janum—. ¡Ve a jugar con los demás, vamos, jovencito! Nazanin Jun,

te lo confío a ti, llévalo a tu cuarto y jugad juntos, ¿quieres?

Miré a Nazanin. ¡Cómo se parecía a Fereshteh! Alargó el brazo y le di la mano. Nos fuimos a su cuarto.

A la hora de cenar, una de las mujeres dijo:

—¡Qué padres tan raros hay por ahí! ¿Cómo es posible que no lo busquen? ¿No han acudido a la policía? ¡Si nos hubiera pasado a nosotros, nos habríamos plantado allí hasta que nos dieran alguna noticia!

Sudabeh Janum le hizo un gesto para que no dijera esas cosas delante de mí. Me dio un beso y, sosteniendo el plato de la cena que me había preparado, me

llevó a un rincón de la habitación y me sentó en un sillón. Me dio la comida en la boca, pero se me había pasado el apetito. Una angustia profunda, mezclada con una sensación de humillación, me turbaba.

En el camino de regreso me quedé dormido en el coche y no me enteré cuando llegamos a casa. Por la mañana me desperté antes que los demás y el cuarto ya no se me hizo extraño como el día anterior, pero añoraba el mío y la voz de mi madre. Hundí la cara en la almohada y me puse a llorar.

Durante el desayuno, Sudabeh Janum dijo en voz baja:

—Este niño no está bien, echa de menos a su madre. Antes ha estado llorando y se me ha encogido el alma. ¿Tú no crees que es mejor que lo llevemos a la policía?

—¿Cómo dijiste que se llamaba el agente?

—Shokuhi.

—Voy a buscar el número de la comisaría. Llamo y a ver qué tenemos que hacer.

Después de varios intentos, Aga-ye Karimi consiguió hablar con la policía. Yo seguía con ansiedad sus palabras y sus gestos. El corazón empezó a latirme como loco.

—Buenos días, Aga, me gustaría

hablar con el agente Shokuhi... ¿No está? ¿Cómo puedo localizarlo? ¡¿Mañana?! No, Aga, sería demasiado tarde, es urgente. ¿Quién es su superior? ¿Puedo hablar con él? Pero, a ver, ¿acaso me está diciendo que la comisaría cierra los viernes? Muy bien, llamo dentro de una hora.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Sudabeh Janum, tan ansiosa como yo.

—Nada, lo que has oído. ¡Si no trabajan y no contestan cuando deberían, imagínate hoy que es festivo! ¡No pretenderás que estén operativos un viernes! Para empezar, tu agente hoy no va a ir.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Nada, ya hemos hecho todo lo que debíamos. Hemos encontrado a un niño, hemos informado a la policía, hemos dado nuestro número de teléfono y nuestra dirección para que los padres, si aparecen, vengan a buscarlo. ¿Qué más podemos hacer? ¿Por qué estás tan preocupada? Los que tienen que preocuparse son ellos. En la vida he visto padres así. Nosotros, mientras tanto, nos lo estamos pasando pipa. ¿No te habrás cansado del Principito, por casualidad?

—No, ¿cómo se te ocurre? Lo adoro. Si dentro de dos días vienen a buscarlo, me costará hacerme a la idea.

—Ahora prepárate, tenemos que ir a

recoger a Mahmud y a su familia.

—Pero ¿qué pasa si llaman y no estamos? ¿Por qué no vamos directamente a la comisaría?

—¿A la comisaría? ¡Eso sí que no! Yo no voy, puedes estar segura. ¿Te acuerdas de la tragedia que nos cayó encima la vez que llevamos al hospital a aquel individuo que había tenido un accidente? Me metieron en el calabozo hasta que se aclaró que sólo lo había ayudado y no había provocado el accidente. Dios tuvo piedad y lo mantuvo con vida, así pudo contar lo que había pasado; si no, me habrían ajusticiado sin motivo. En aquel momento juré que no volvería a poner un

pie en una comisaría.

—¡No seas cuentista! La cosa no fue así.

—¿Cómo que no fue así? ¿Acaso te has olvidado de que...?

—Vamos a dejarlo. ¿Ahora qué hacemos con este niño?

—Nada, quedamos a la espera de noticias.

—Pero es que hace dos días que esperamos. ¿No será que han llamado cuando no estábamos en casa?

—Si hubieran llamado, habrían dejado un mensaje. Dejamos el contestador automático puesto justo para eso, y no hay mensajes. No somos nosotros los que tenemos que

perseguirlos, deja que se encarguen ellos de buscar a su hijo. Vamos, arréglate, no te entretengas más.

—¿Adónde quieres ir con tanta prisa?

—¿No quedamos ayer en ir con Mahmud y su familia de excursión a Darake y comer allí? ¿Quieres llamar a Mahnaz para que se apunten también? Anoche sus hijos hicieron buenas migas con el Principito.

Aquel luminoso día de invierno, paseamos al aire libre, jugamos y reímos. Yo comí el doble de lo habitual y me olvidé por completo de Asi y de Babi, como si no los necesitara. Sin embargo, cuando se hizo de noche y Sudabeh Janum apagó la luz y cerró la

puerta, me sentí profundamente apenado y lloré en silencio. ¿Por qué no venían a buscarme?

A la mañana siguiente me pareció que sin mi madre no podía ni siquiera respirar. También echaba de menos a Shadi y a Arash. Ya no podía aguantar más y rompí a llorar con todas mis fuerzas. Sudabeh Janum entró en el cuarto y me abrazó. Me llevó a su dormitorio. Aga-ye Karimi estaba despierto, pero seguía remoloneando en la cama.

—¡Levanta! Este niño está destrozado, desesperado, hay que encontrar a sus padres cuanto antes —

dijo Sudabeh Janum en tono de reproche —. Hoy es sábado y ya trabaja todo el mundo.

—¡Espera al menos a que se haga de día! ¿Qué te pasa, hijo mío? No te desesperes. Muy bien, voy, voy sólo por ti. Pero en este mundo las cosas parecen pasar al revés: ¡en vez de que vengan ellos aquí, tenemos que ir nosotros a buscarlos!

Después de desayunar, Aga-ye Karimi se vistió y me dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes, los encontraremos aunque estén en la luna —me dijo, y dirigiéndose a Sudabeh Janum añadió —: Pero ¡si me meto en un lío, me vas a oír!

—Bah, ¿en qué lío te vas a meter? No tengas miedo, que nadie va a hacerte nada. ¡Ya verás como todo el mundo te dará las gracias!

—No me apetece nada acudir a la policía. No sé cómo hablar con ellos. Podrías ser su padre, pero pretenden que les digas: «Sí, señor.» Al final siempre encuentran una excusa para acusarte de algo. ¡Ya verás!

—No hagas tanto dramón para nada. En realidad son muy amables y muy educados. Vete, vete.

29

Pasaron dos días y cada vez que había cambio de turno íbamos a la comisaría. Contábamos la historia, dábamos indicaciones y los agentes leían los informes. Repetíamos nuestra dirección y nuestro teléfono y volvíamos a casa. Con cada hora que pasaba, mi preocupación aumentaba, incluso cuando estaba en la comisaría. Notaba que me venía abajo.

El viernes por la tarde, el jefe de

policía le había dicho a Husein Aga:

—Con el paso de los días vamos descartando que se haya perdido. Lo más probable es que lo hayan secuestrado. Por lo general, cualquier persona que se encuentra a un niño, si no tiene malas intenciones, lo lleva de inmediato a la policía y, aunque surjan problemas de cualquier tipo para hacerlo en ese preciso instante, en cualquier caso lo lleva a la comisaría más cercana al día siguiente. No quiera Dios que este niño haya caído en manos de personas enfermas que le hayan hecho daño. Ya saben que los niños que no hablan o tienen un ligero retraso corren más peligro. No sólo a los

perturbados, sino también a las personas que aparentemente no tienen ningún problema se les pasan por la cabeza ideas raras al verlos, porque saben que no podrán acusarlos. Dan rienda suelta a sus inmundas intenciones sin temer que haya represalias.

Aquel día no compartieron conmigo las palabras del agente, pero Naser se quedó conmocionado. Noche y día vivíamos una pesadilla. Ya no me quedaban lágrimas y con frecuencia, trastornada por imágenes espantosas, me quedaba mirando al vacío. Arash daba de comer a la pobrecita Shadi, a la que teníamos desatendida. La casa estaba manga por hombro. Fataneh venía a

limpiar un poco y nos traía la comida que les sobraba. Naser no tenía ganas de hacer nada. Ni siquiera se afeitaba.

Aquella noche se quedó hasta muy tarde hojeando el álbum familiar en busca de una foto en la que Shahab estuviera reconocible.

—Es increíble que tengamos tan pocas fotos del crío —le dijo a Arash—. Son todas tuyas o de Shadi.

El sábado por la mañana, a primera hora, se fue a las redacciones de los periódicos para informar de la desaparición de Shahab y ofrecer todos los detalles necesarios.

30

Cuando Aga-ye Karimi explicó por qué había acudido a la comisaría, un montón de agentes lo rodearon y lo acosaron a preguntas. Al final, el jefe de policía lo hizo pasar a su despacho y le preguntó, emocionado:

—¿Ha encontrado a Shahab Mojtari? ¿Lo he oído bien? Haga el favor de repetirme su declaración.

—Aga, en realidad no sé cómo se llama, porque el niño no habla, pero

responde a la descripción que tienen ustedes.

—Perdone, Aga, pero ¿hasta ahora dónde se habían metido? ¿No han pensado en lo que estaría pasando esa pobre familia? ¡Es increíble la de gente irresponsable que uno se encuentra por ahí! Tendrán que dar explicaciones.

Aga-ye Karimi se puso pálido y, temblando de rabia, replicó:

—¡Ya lo sabía, ya sabía yo que no tenía que venir! ¡Ahora será culpa nuestra! Lo encontramos pelado de frío, acudimos a un policía y, por indicación suya, nos lo llevamos a casa. El niño no quería despegarse de mi mujer. Le dejamos nuestros datos personales, el

número de teléfono, la dirección. Durante tres días lo hemos tratado mejor de lo que lo tratan en su casa, le apuesto lo que quiera, y hemos estado a la espera de que ustedes se pusieran en contacto con nosotros. Incluso les llamamos y nadie supo darnos una respuesta. ¡Ahora venimos nosotros a buscar a esos padres desvergonzados como si fuéramos policías y, en lugar de agradecerémoslo como es debido, acabamos siendo acusados injustamente!

—¿Cuándo informaron al agente?

—En el preciso momento en que mi mujer encontró al niño. Se dirigió de inmediato al policía, que tomó nota de nuestra dirección y nuestro teléfono.

Acordaron que, en cuanto los padres se presentaran en comisaría, ustedes nos llamarían y vendríamos a traérselo.

—¿Quién les dio esas indicaciones?

—El agente Shokuhi, en la calle Jarim Jan. Fue el miércoles, a las nueve de la noche.

—¿Qué...? ¿El capitán Shokuhi? Hace días que está enfermo y no viene a trabajar.

—¿Desde cuándo está enfermo? Quizá desde el miércoles mismo, porque mi mujer está segura de que se llama así.

—¿Qué raro...! Quédense aquí, voy a hablar con él y ahora vuelvo.

Al cabo de unos minutos, el jefe de policía regresó y se disculpó con

amabilidad.

—No sabe en qué estado se halla la familia —dijo—. Su madre, pobrecilla, temía no encontrarlo con vida. Vaya a buscar al niño. Ya me encargo yo de darles la noticia y de hacerlos venir.

Todos tenían una excusa creíble. Por lo visto, también el capitán Shokuhi, que aquella noche de lluvia y de tanto trabajo, en la que parecía que todo el mundo estaba impaciente por declararse la guerra, había estado ocupado hasta tarde, pese al dolor de cabeza y de garganta que sufría. Al llegar a la comisaría no le quedaban ni fuerzas ni aliento. Había soltado en el cajón de su

mesa todos sus papeles revueltos y, furioso, había dicho a Afsar, el agente de guardia:

—¡No puedo más! ¿Se supone que esto es un trabajo? Hay que plantar cara a la gente en las peores condiciones, hay que ser testigo de desgracias y sólo nos llaman en caso de reyertas, estafas, asesinatos, crímenes y homicidios. ¡Eso sí, a nadie se le ocurrirá hacer saber a un policía que está contento y disfruta de la vida gracias a su servicio!

Al llegar a su casa se había acostado de inmediato y durante toda la noche, debido a la fiebre alta, había soñado con homicidios y crímenes de todo tipo. Al día siguiente, su mujer había informado

al señor coronel de que el agente Shokuhi estaba enfermo y durante un par de días no podría acudir al trabajo.

31

Mi madre, Arash con Shadi de la mano, Fereshteh y Fataneh Janum, Josrow e incluso Ammu Jan esperaban muy excitados delante de la puerta de la comisaría, pero por mucho que miré no vi ni rastro del padre de Arash. Aún no se había parado el coche de los señores Karimi cuando mamá abrió la puerta y se lanzó a cogerme en brazos. Enterré la cabeza en su pecho y me eché a llorar. Su perfume me infundía tranquilidad. No

me acordé de los demás hasta unos minutos después. Me alegré de verlos y dejé que me besaran uno por uno, incluido Josrow.

—¡No vuelvas a hacerlo, eh, te lo pido por favor! —dijo Fereshteh en tono de súplica—. Nos lo has hecho pasar fatal. Tu padre y tu madre se morían de sufrimiento.

—¿Papá? Pero ¿si ni siquiera ha venido! —exclamó Asi.

Después de dejarse llevar por la emoción inicial, todos se fijaron en los señores Karimi, que nos miraban con lágrimas en los ojos. Mi madre fue a su encuentro y cogió a Sudabeh Janum de la mano.

—Gracias a Dios que lo encontraron —dijo mi madre—. ¡Ni se imaginan lo que hemos pasado! Hasta ahora no me había separado de él ni un solo día. He sufrido lo indecible.

Aga-ye Karimi miró a su alrededor y preguntó:

—¿Y su padre dónde está?

—En la comisaría, presentando una reclamación. Durante estos días ha acabado con los nervios destrozados, no es el mismo.

—¿Está poniendo una reclamación porque nos han encontrado? —preguntó Babi.

Sudabeh Janum se dirigió a mi madre:
—¡Hagan buenas acciones!

—¡Desde luego! —exclamó ella, estrechándome con fuerza contra el pecho—. He hecho tantos votos que no sé por dónde empezar.

El padre de Arash salió de la comisaría nervioso y con cara de enfadado. Nada más verme, se relajó un poco.

—¡Aquí está tu hijo!

Quiso abrazarme, pero yo me aferré a mi madre. Las manos que había alargado hacia mí le cayeron a los costados y se contentó con darme un beso en la coronilla. También le dio las gracias a Aga-ye Karimi.

—Felicidades, porque Shahab Jun está realmente bien educado: se

comporta como un auténtico principito —afirmó la señora Karimi—. Les digo una cosa: le hemos cogido mucho cariño y, si nos lo permiten, nos gustaría ir a verlo alguna que otra vez. Lo echaremos de menos.

—Claro, claro. Será un placer.

Aga-ye Karimi extendió los brazos y yo, que estaba al lado de mi madre, me precipité hacia él.

—¿Has visto que he mantenido mi promesa y los he encontrado? ¿Ahora ya estás contento? —me dijo entonces al oído, y le apreté los brazos en torno al cuello—. ¿Qué te parece si de vez en cuando voy a tu casa y salimos a dar un paseo? —Contesté que sí con la cabeza

y él me dio un beso en la mejilla y me dejó en el suelo—. Entonces, hasta pronto, Principito.

Después de las despedidas, cada uno se fue hacia su coche, y yo, agarrado a mamá, me volví para decir adiós con la mano a los señores Karimi. Estaban tristes. A Sudabeh Janum incluso le resbalaba una lágrima por la mejilla.

—Pobrecitos, ahora tendrán que volver a esa casa vacía —se lamentó Babi—. Nos querían mucho, seguro que nos echarán tanto de menos como a sus hijos.

Me quedé muy desanimado. Me solté de la mano de mi madre y eché a correr hacia ellos. Le di un beso a Aga-ye

Karimi, que se había agachado, y volví a toda prisa junto a mamá. El padre de Arash, sorprendido por ese comportamiento insólito, me miró de una forma extraña, como si le hubiera dado un guantazo.

32

En casa todo volvió muy rápido a la normalidad. Mi hermano estaba ocupado con el colegio y sus muchísimas clases. Para ponerse al día en el trabajo, el padre de Arash volvía más tarde por la noche. Shadi seguía mostrándose tan alegre y parlanchina como siempre. Mi madre estaba atareada con las interminables labores de la casa, que, al acercarse las fiestas de Fin de Año, parecían aún más interminables. Y, sin

embargo, todos se comportaban de un modo distinto conmigo. En sus ojos parecía haber una pregunta: ¿qué me había ocurrido en los días que había pasado lejos? ¿Volvería a escaparme? De una u otra forma, todo el mundo me trataba con cierto cuidado y se relacionaba conmigo con más tacto. Traté de no hacer caso, como si no me diera cuenta de nada, pero también algo había cambiado en mí. En los días que había pasado lejos de mi familia se me habían abierto de par en par las puertas de otro mundo. Mentalmente, no dejaba de comparar nuestra casa con la de los Karimi, que me parecía más luminosa y cálida. Además, ellos bromeaban a

todas horas, cuando se miraban, sonreían con los ojos llenos de ternura. Aunque siempre acabaran hablando de sus hijos y pareciese que estaban a punto de llorar, eran más alegres y más animados que nosotros. Cuando hacía las tareas del hogar, Sudabeh Jun cantaba, y en su cara se veía que disfrutaba. Mi madre, en cambio, siempre fruncía el ceño cuando le tocaba realizarlas. Estaba claro que desempeñaba las labores domésticas a regañadientes. En aquellos días pensé en más de una ocasión que si el señor Karimi hubiera sido mi padre, habría sido más atento con mi madre, quien a su vez habría sido más feliz. Nos habría

querido más, sin duda, y yo ya habría empezado a hablar.

Los días pasaron sin novedad. Nadie mencionaba ya que me tocaba ir al colegio. A veces venían los señores Karimi y me llevaban a dar un paseo. Con ellos estaba tranquilo. Sabía que me querían tal como era. No esperaban nada en particular de mí. Al volver, me quedaba pensando durante un rato en aquellas horas despreocupadas. Aquellos paseos, sin embargo, no duraron mucho. El padre de Arash se mostraba frío con ellos y dejaba claro que no le hacía gracia la relación que tenían conmigo. Yo los echaba de

menos, y en la intención del padre de Arash de poner fin a aquella amistad veía una confirmación más de su hostilidad hacia mí.

Un día de finales de año, la señora Karimi telefoneó para decirle a mi madre que quería hacerme una visita con su marido. El padre de Arash discutió un poco con ella y le echó en cara que no hubiera encontrado una excusa para impedirlo. Cuando llegaron, los recibió con frialdad. Para compensar, yo abrí los brazos feliz y me lancé hacia el señor Karimi para darle un beso en la mejilla mostrando un entusiasmo exagerado. El padre de Arash nos miró

con hostilidad y yo abracé aún más fuerte al señor Karimi. Él se molestó todavía más y eso me produjo una gran satisfacción. Me trajeron un robot muy grande que andaba solo y me sentí muy orgulloso. Por primera vez, era el centro de todas las atenciones. Yo y sólo yo. Abracé y acaricié al robot.

—Destroza todo lo que le compramos. Esto no lo rompas, haz el favor, ¿eh? —soltó el padre de Arash con maldad.

—¡Qué estúpido! —exclamó Asi—. ¡Este robot nos gusta mucho, claro que no vamos a romperlo! Lo que destrozamos son los juguetes que elige él. Los rompemos para que se enfade,

pero estoy seguro de que éste lo trataremos con cuidado, porque los señores Karimi nos quieren mucho.

Estaba tan contento que no comprendí que habían venido a despedirse de mí porque se marchaban al extranjero a ver a sus hijos. Era muy probable que no volviera a verlos.

33

La celebración del Eid, el Fin de Año, era un acontecimiento espléndido que coincidía con el principio de la primavera. Cuanto más se acercaba esa fecha, más alegre parecía mi madre: reía más y estaba menos impaciente. Con su buen humor, la casa adquiría un color distinto. Eran días más luminosos en los que los problemas se desvanecían, nosotros nos peleábamos menos y en nuestro interior brotaba una emoción

escondida. Mi madre reunía los ahorros que había diseminado aquí y allá en distintos tarros. Iba al banco y contaba continuamente el dinero que tenía. Además de los trajes de la fiesta, compraba regalos que luego guardaba con cuidado en una maleta para que no se aplastaran ni se rompieran. Algunos los escondía con discreción en el fondo, para que el padre de Arash no pudiera verlos ni siquiera cuando preparásemos el equipaje. Y es que aquel acontecimiento tan esperado coincidía con las vacaciones. El día en que el padre de Arash volvía a casa con los billetes de tren, mi madre lanzaba un grito de alegría. Nosotros dábamos

vueltas a su alrededor, saltábamos como grillos y todos empezábamos a reírnos a carcajadas. Una vez fijada la fecha exacta del viaje, comenzaba la cuenta atrás y nos sentíamos en otro planeta. La vida palpitaba más deprisa y las actividades tenían un ritmo más acelerado. Cuando íbamos a la estación, yo estaba emocionadísimo. Aquella larga serpiente de hierro era para mí el culmen de la belleza y de la majestuosidad. Aquel entorno tenía un ruido, un olor y un humo particulares y fantásticos. Yo analizaba hasta el último detalle. Me agachaba para mirar el tren por debajo, y al ver los raíles engrasados con aceite y el balasto me

entraba vértigo y me aterrizzaba la idea de caerme allí en medio. Me habría gustado acariciarlo, ser todo uno con aquel inmenso animal y viajar en su vientre rumbo a mundos lejanos, cálidos y acogedores. La emoción alcanzaba su punto culminante cuando el tren anunciaba su salida con un silbido y empezaba a moverse. Entonces me pegaba al cristal para ver desfilaz el paisaje. Todo me parecía interesante. Después de una hora haciendo todos los esfuerzos para llegar a tiempo a la estación y colocar el equipaje, el padre de Arash empezaba por fin a relajarse y dejaba que un ligero buen humor reemplazara la tensión. Se dejaba caer

en el cómodo asiento del compartimento y, con una sonrisa imperceptible, decía a mi madre:

—Bueno, ¿qué has traído de comer?

Era uno de los raros momentos en los que se ponía parlanchín. Hablaba con Arash de las estaciones de todo el trayecto, de cómo funcionaba el tren, de cuántos túneles había, de cómo los habían construido, etcétera, temas que siempre me interesaban mucho. Yo les prestaba mucha atención y, sin mirarlos, escuchaba y memorizaba todo lo que decían, pero sin que se dieran cuenta de que me parecía interesante. Es más, fingía que estaba ocupado con otra cosa. No podía olvidar bajo ningún concepto

las razones de la guerra personal que le había declarado al padre de Arash.

En el sur, como siempre, hacía calor y se estaba bien. Allí todo el mundo era muy cariñoso. Para caer bien y que te quisieran, no hacía falta hablar, no hacía falta ser un niño inteligente y sin defectos. Bastaba con ser su nieto para que abrieran los brazos y te estrujaran, para que te presentaran con orgullo a los demás. Las miradas eran amables y las bocas rebosaban palabras cariñosas que nunca me cansaba de oír. Allí la abuela se llamaba Bibi y, a diferencia de la otra, aquélla —que era espontánea y sincera— sí abrazaba a los niños. Se dirigía a nosotros sin escatimar palabras

de afecto y una sonrisa en los labios. Luego distribuía todo lo que nos había ido guardando a lo largo del año. A escondidas del padre de Arash, que estaba convencido de que eran malas para la barriga, comíamos azufaias grandes y jugosas. Jugábamos a la sombra de los árboles envueltos en el perfume de las naranjas amargas. A nuestro alrededor había gente en todo momento. Venían de otras ciudades y siempre estaban dispuestos a contribuir a nuestra felicidad. En esos días, parecía que la tierra vivía una fiesta sin fin: todo el mundo estaba de vacaciones y se respiraba un alegre aire primaveral. Mi madre hablaba por los codos, de

cualquier tema, como si hubiera reservado todas las palabras del año recién terminado para sacarlas a la luz entonces. Ni siquiera el padre de Arash, por lo general tan silencioso y serio, podía quedarse indiferente ante una acogida tan efusiva como aquélla. Hablaba con mis tíos y se reía de sus chistes. Allí me sentía ligero y nada incómodo por no saber hablar. Ellos me entendían. Mi incapacidad para hablar era allí tan irrelevante que cuando pensaba en ella no me agobiaba ni me entraba miedo, porque sabía que nadie se metería conmigo. Cuchicheaba conmigo mismo. Pero aquel año, como siempre, el tiempo pasó deprisa y las

vacaciones terminaron sin que estuviera preparado para expresarme. Era hora de volver a nuestra vida muda y triste.

Los primeros días después del regreso, la casa parecía más oscura. Mi madre suspiraba y al escuchar las canciones típicas de su tierra, se recogía cada vez más en su caparazón. No quería acostumbrarse a la lejanía de su ciudad natal. Además, el padre de Arash, que era el motivo por el que vivía allí, no ayudaba. El sentido del humor, la alegría y la cháchara de mamá se habían quedado en casa de sus padres. En la capital no la esperaba más que la soledad, la nostalgia y la falta de

diálogo.

El padre de Arash volvió a trabajar sin descanso. En casa, los intercambios de frías palabras no estimulaban en absoluto las ganas de hablar. Me preguntaba por qué al padre de Arash y a su familia no les habían enseñado palabras amables. Si hubiera hablado más con mi madre y nos hubiera dirigido palabras como «cariño», «amor mío» y «te quiero», ella no habría estado tan abatida e incluso yo, quizá, habría empezado a hablar.

—En realidad, es capaz de decir esas cosas —opinaba Asi—. Antes se las decía a mamá. Por eso se casó con él. ¡Lo que pasa es que ahora ya no quiere

decírlas!

—¿Y por qué? —preguntó Babi, sorprendido.

—Por culpa nuestra, porque mamá ha tenido un hijo como nosotros.

Arash volvió a sus libros y a sus estudios. Pobrecito, no le quedaba otra que ser el primero de la clase. Estaba condenado a ser un genio para compensar la vergüenza que sentía su padre por tener un hijo retrasado. La infancia de Arash había quedado aplastada por ese peso, que amenazaba con sofocar a continuación su adolescencia y su juventud. También él se olvidaba poco a poco de lo que era reír y charlar alegremente. La única que

seguía siendo la misma era Shadi: hacía todo lo que le apetecía, y nadie esperaba nada de ella. Podía jugar, reír y ser una niña feliz.

En aquella casa, yo no tenía ninguna necesidad de hablar. Todas las ganas de expresarme que se habían manifestado en las dos semanas que habíamos pasado en el sur se apagaban de la forma más miserable.

34

A mitad de la primavera, una llamada telefónica provocó el caos en nuestra vida. Mi madre soltó un grito de loca y se puso a llorar. Fataneh y Fereshteh vinieron a casa y le hicieron beber agua con azúcar. Papá volvió al mediodía.

—¡Mi padre, mi padre está enfermo!
¡Tengo que ir! —decía mamá entre lágrimas.

—¡Muy bien, pero ahora deja de comportarte así delante de los niños! —

contestó papá, cogiéndola de la mano—. Fereshteh Jan, ¿puedes llevártelos a tu casa?

Corrí a aferrarme a las piernas de mi madre, pero no me hizo caso. Él me agarró de la mano y me confió a Fereshteh, que después de acariciarme salió de casa haciendo mil falsas promesas. Fataneh Janum cogió a Shadi en brazos y nos fuimos todos a casa de mi tío.

En casa de Ammu Jan todos cuchicheaban. Yo estaba en un rincón apartado y escuchaba con atención lo que decían, muy alerta a cualquier posible indicio de lo que ocurría.

—¿Estáis seguros? Mariam Jun ha dicho sólo que estaba enfermo.

—Porque es lo que le han contado, pero cuando han llamado a Naser Aga al trabajo le han dicho que estaba acabado.

—Pobre Mariam Jun, ahora irá hasta allí convencida de que queda alguna esperanza y descubrirá que no hay nada que hacer. ¡Quería tanto a su padre...!

—¿Lo has entendido? El abuelo está acabado —dijo Asi.

Me vino a la mente el rostro amable de Aga Jun. Cuando estábamos en su casa, nos llevaba a comer helados todos los días.

—¿Sabes lo que significa «acabado»? Quiere decir que está muerto —explicó

Babi.

Pero me parecía más claro que estuviera «acabado» que «muerto»: una cosa que estaba acabada podía volver a empezar de cero. Me perdía en mis pensamientos.

—¡Ahora tu madre quiere ir hasta allí y volveremos a coger el tren! —exclamó Asi.

El deseo de ir a la tierra de los buenos sentimientos restó protagonismo a la tristeza de que el abuelo estuviera muerto o acabado. Además, no sabía exactamente qué significaba eso. Y tampoco entendía por qué me habían mandado a casa de mi tío.

—¿Te acuerdas de los bombones que

mamá escondió en la nevera para llevárselos a los primos? —preguntó Babi.

Me dirigí a la puerta de la calle, la abrí y eché a andar hacia casa. Al pensar en la palabra «muerte» me entraba una ansiedad extraña.

—¿Te acuerdas de que mamá dijo que la muerte era como un largo sueño? ¿Cuánto crees que dura? —preguntó Babi.

—Muchísimo. No es como el sueño normal, porque hay que ir a dormir a unos sitios especiales —dijo Asi.

—¿Por ejemplo?

—Pienso en sitios como el hospital.

—¿Podremos ir a verlo?

—No lo sé.

Al llegar a casa nos encontramos el portón de la calle cerrado con llave. No llegaba al timbre, así que di golpes con el puño. Mi madre siempre reconocía mi forma de llamar y salía a abrirme al momento, pero aquella vez no hubo manera. Pegué una patada y luego me tiré al suelo para mirar el patio por la rendija. No vi las ruedas del coche del padre de Arash. ¿Dónde se habían metido? Por la mañana, normalmente, mi madre no iba a ningún lado sin mí. Se me hizo un nudo en la garganta. Entonces di otra patada al portón, llorando de rabia. Fereshteh, que había salido de su casa con precipitación, con el abrigo sin

abrochar y el *rusari* sin atar, corrió hacia mí y me abrazó.

—Shahab Jun, ¿por qué has salido sin permiso? Ven, vámonos —me dijo, cogiéndome de la mano—. En tu casa no hay nadie. Mamá y papá han tenido que irse a un sitio, pero volverán. Ven, cariño, vamos. ¿Te apetece ir a la feria? Te llevaré después de comer. ¿Te acuerdas de que el año pasado subiste a los caballitos y te lo pasaste de fábula? Cuando volvamos, tu padre ya habrá regresado, y te prometo que esta noche te llevaré con él.

Me tranquilicé. Realmente, no podía hacer nada. Dejé que Fereshteh me llevase a casa de Ammu Jan.

Shadi no estaba nada preocupada y se dedicaba a jugar con Fataneh Janum, pero yo no podía dejar de pensar en la tontería que había hecho mi madre: ¿acaso no quería ir enseguida a ver a Aga Jun?

—¿Dónde se habrá metido? Si aún tiene que hacer las maletas y preparar nuestra ropa.

—A lo mejor ha ido a comprar un «premio» —dijo Babi.

Un mes antes del Eid, mi madre compraba cosas para los niños del sur, a las que llamaba con un nombre extraño. Yo me las imaginaba como «premios» y, en contra de lo habitual, no protestaba por aquellos regalos, no tenía celos,

sino que la ayudaba a repartirlos con entusiasmo.

Aquella tarde, Ammu Jan nos llevó a la feria. Subimos a muchas atracciones, pero yo tenía la cabeza en otro lado. Me atormentaba una especie de presentimiento. Cuando volvimos a casa de mi tío, Shadi se había dormido en brazos de Fataneh Janum, que le quitó los zapatos y la acostó en la cama de matrimonio. Me quedé estupefacto. Fereshteh me cogió de la mano y me dijo:

—Ven, vamos a tu casa. Tu papá ya habrá vuelto.

Me solté de su mano y fui corriendo a

despertar a Shadi, pero Fataneh Janum me riñó:

—No... ¡Estate quieto, que la despiertas!

Fereshteh, que había entendido lo que me pasaba por la cabeza, me dijo:

—No te preocupes, Shahab Jun.

Hice un gesto de negación y traté otra vez de acercarme a Shadi, pero Fereshteh me apartó de ella.

—Tu hermanita se queda a dormir —explicó—. Tu madre nos ha dado permiso. Hasta que vuelva, Shadi se quedará con nosotras.

La miré aterrado. ¿Qué quería decir con eso de «hasta que vuelva»? Pero ¿cómo? ¿A Shadi no la llevábamos a ver

a Aga Jan? ¿Por qué le hacía mamá una cosa tan fea? Estaba confundido. Eché a correr hacia casa. Ammu Jan y Fereshteh me siguieron. Llamé a la puerta y mi hermano salió enseguida a abrirnos. El coche estaba en el patio y el padre de Arash vino a mi encuentro. Le pasé por debajo de los brazos y entré en casa a la carrera. Miré en el salón, en la cocina y en el cuarto de Arash, en la planta baja, y luego subí al primer piso como una flecha. La puerta de la habitación de mamá estaba abierta y la luz, encendida. Vi que había ropa tirada encima de la cama y que el armario estaba abierto de par en par, pero de ella no había ni rastro. ¿Qué quería decir eso? Miré en

los baños, pero tampoco estaba allí. El terror se apoderó de mí. ¿Se había ido? «¿Es posible que mi madre se haya marchado sin mí?», me pregunté. Volví al patio. El padre de Arash, mi tío, Fereshteh y mi hermano estaban sentados en el *tajt*.

—Hemos tenido mucha suerte. No quedaban billetes —explicaba el padre de Arash—. Todos los vuelos estaban llenos, pero de repente he visto a Hesam Hazrati. ¿Te acuerdas? El vecino de cuando vivíamos en Amiriyeh. ¡No sé qué hace en el aeropuerto, pero no hay duda de que nos lo ha enviado Dios! Es un santo: en cuanto se ha enterado de nuestra situación, ha ido a conseguirnos

un billete. Al final, Mariam ha salido dos horas antes de lo previsto. Le he dicho que me llamase en cuanto llegara. Estaba preocupadísima, sobre todo por Shahab. Le da miedo que no lo lleve bien.

No me lo creía, es decir, no me podía creer que se hubiera ido y me hubiera dejado con el padre de Arash. ¿Cómo era posible una cosa así?

Fereshteh se dio la vuelta y me dijo:

—Ven aquí, Shahab Jun, ven, guapo, que tu mamá volverá pronto. Ha tenido que irse, ¿sabes?, porque su papá está enfermo, pero cuando vuelva seguro que te traerá un montón de regalos.

Pegué un portazo con todas mis

fuerzas, salí corriendo escaleras arriba y me encerré en mi cuarto. ¡Me había engañado! Me había dejado con el padre de Arash y se había largado. ¿Es que no se acordaba de que ni siquiera había ido a buscarme cuando me había perdido y al final había sido Aga-ye Karimi el que había tenido que buscarlos a ellos? ¿O que, cuando me habían visto, todos se habían puesto contentos menos él, que se había ido a discutir con la policía? Me sentía solo y, sin quitarme ni los zapatos ni la ropa, me metí en la cama para que nadie me viera. El padre de Arash subió y abrió la puerta. Yo tenía la cara girada hacia la pared y cerré los ojos. Levantó las sábanas, se sentó en el borde de la

cama y me quitó los zapatos y los calcetines y los tiró al suelo. Si mi madre hubiera estado en su lugar, seguro que me habría dado un besito en la mejilla. ¡Cuánto me habría gustado un besito en aquel momento, aunque fuera del padre de Arash!

—Pero ¿cómo es que se ha acostado a estas horas? —preguntó entonces mi hermano, que también había entrado en el cuarto.

—Es un crío, ¿no? Por suerte, no ha entendido nada. Además, debe de estar cansado, se ha pasado el día por ahí, ha ido a la feria. Dice tu tío que ha comido bien.

—Pero es que no se ha desvestido ni

se ha lavado los dientes. Mamá nunca le ha permitido acostarse así.

—Déjalo, hijo mío, sólo por esta noche. Yo también me caigo de sueño. Mañana tengo mil cosas que hacer. Vete tú también a la cama, mañana tienes clase.

—Sí, pero ¿qué haremos con él?

—Bueno, cuando salgas lo dejas en casa del tío Husein.

Apagaron la luz, cerraron la puerta y se marcharon. Aparté la colcha de una patada. ¡Qué oscura estaba la habitación! El padre de Arash se había olvidado de encender la lamparita de noche.

—A él no le importa que nos dé

miedo la oscuridad, que nos salgan caries o que durmamos vestidos aunque podamos coger cualquier enfermedad — dijo Asi—. ¡Seguro que incluso le gustaría!

Echaba muchísimo de menos a mi madre. Aunque estaba enfadado con ella y no podía perdonarle que se hubiera marchado, la quería con todo mi ser y sabía que ella también. Sólo por eso era posible perdonarle esa crueldad. Intenté a enjugarme las lágrimas con la almohada, pero acabé hundiendo la cabeza en ella para que nadie me oyera llorar.

Al día siguiente empecé a vagar sin rumbo por casa de mi tío pensando

obsesivamente en mi madre. ¿Por qué no me había llevado con ella, con lo bien que me portaba? ¡Si ya no hacía trastadas! Por la tarde vino el padre de Arash a recogernos y nos llevó a casa. Nos hizo unos huevos fritos que estaban quemados por debajo y crudos por arriba. Ni los toqué.

—¿Por qué no comes, Shahab? Come, anda —insistió, y bajé la cabeza—. ¿Quieres algo más?

Lo miré maravillado. ¿De repente se había vuelto simpático?

—Venga, ¿qué te apetece? Dímelo, y yo te lo preparo. —Dejé caer los brazos—. Muy bien, de ahora en adelante, el que quiera algo tiene que pedírmelo y yo

se lo daré. A ver: Arash, ¿a ti qué te apetece?

—Pan.

—Dime, Shadi, ¿tú qué quieres?

—Agua.

—¿Y tú, Shahab? ¿Qué quieres?

Tienes que decírmelo; si no, no puedo dártelo. Te daré todo lo que quieras.

Se me pasaron mil cosas por la cabeza.

—Lo que quiere es que nos muramos de hambre —aseguró Asi—. Como si no supiera que no podemos hablar.

Furioso, me levanté y tiré la silla. Subí corriendo, y sólo detrás de la puerta cerrada de mi cuarto encontré un poco de calma.

A partir de aquel día hubo una guerra abierta entre los dos. Cuanto más se empeñaba él en hacerme hablar, más me oponía yo con terquedad.

—Dime, ¿qué quieres que te compre? Haré todo lo que te apetezca. Sólo tienes que decírmelo.

Renuncié a mis deseos. Estaba nervioso y no abría la boca.

—¡Mira, está dispuesto a comprarnos cualquier cosa! Pero como no hablamos no nos compra nada —dijo Asi.

A cada segundo que pasaba, hablar se volvía más importante y mi miedo y mi inquietud iban en aumento. Al cuarto día de la marcha de mi madre, el padre de Arash nos llevó a un restaurante de

comida rápida. Nos leyó la carta y luego dijo:

—A ver, id diciéndome. Arash, ¿tú qué quieres?

—Una hamburguesa.

—¿Y tú, Shadi?

—*Na hambulguesa.*

—Muy bien.

Conforme él preguntaba y mis hermanos respondían, a mí se me iba acelerando el corazón. Tenía un hambre de lobo y el delicioso olor de las hamburguesas me abría aún más el apetito.

—Bueno, Shahab Jun, ¿a ti qué te apetece?

Lo miré asombrado. No me podía

creer que me hubiera llevado hasta allí para ver comer a los demás sin darme nada de nada.

—Di, muchacho. Vamos, una sola palabra, «ham... bur... gue... sa», y yo te la pido. ¡No sabes lo buenas que están!

Volví la cabeza, furioso. El nudo de la garganta me cortaba la respiración. Al ver las ganas con las que comía la gente, se me hacía la boca agua.

—Di solamente «ham», así entiendo lo que quieres y voy a pedirlo — insistió.

Yo apreté los labios.

—Tiene razón, hazle una señal para que vea qué quieres. Si no, ¿cómo lo va a saber? ¡Mira qué buena pinta tienen!

¡Venga, que me muero de hambre! —
decía Babi.

Avergonzado y vacilante, señalé al niño sentado a la mesa de al lado. El padre de Arash trató de conservar la calma, pero le temblaba la voz:

—¡Ah, no, amigo mío, eso no vale! Tú tienes lengua y puedes hablar. Abre la boca y di algo. No vale hacer gestos.

—Pero, papá, ¿no lo has oído? —
intervino Arash—. Shahab acaba de decir «hamburguesa», lo ha dicho bajito, pero lo he oído. Pídele una a él también.

—Ni hablar. Tiene que decirlo bien alto para que yo lo oiga.

—Mira, Arash se preocupa por nosotros, pero a ése le traemos sin

cuidado —aseguró Así—. No vamos a decirle nada aunque nos muramos de hambre.

Aquellas palabras y aquellos gestos me sellaron aún más los labios. El padre de Arash, como un aficionado, se había metido en un callejón sin salida. No tenía el valor de dejarme pasar hambre, pero tampoco podía comerse sus palabras tan fácilmente. Con un humor de mil demonios, se levantó y fue a pedir la comida de todos. Vencido, me plantó la hamburguesa delante, diciendo:

—¡Así te atragantes!

Un nudo me bloqueó la garganta. Con lágrimas en los ojos, engullí el bocadillo haciendo un gran esfuerzo.

El viernes, el padre de Arash nos dio la gran noticia de que había quedado con algunos compañeros de trabajo para llevarnos al gran parque de la montaña. Fereshteh vino a buscar a Shadi para bañarla, vestirla y hacerle dos coletas encima de las orejas con lacitos amarillos. Mi hermano se lavó y se vistió solo. El padre de Arash se vio obligado a meterme en la ducha con él. Me lavó a toda prisa la cabeza y el cuerpo. Yo me acordé del baño de espuma con el señor Karimi. ¡Habíamos jugado y reído tanto! Los baños con mamá también eran agradables. Cuando me lavaba era como si me acariciara. Al final, me besaba debajo del cuello y me

decía:

—¡Qué maravilla! ¡El beso de la limpieza es un placer!

De repente me entró una nostalgia terrible de mi madre. ¡Cuánta falta me hacían sus manos dispuestas a acariciar y sus besos cariñosos!

El parque me pareció enorme y precioso. Las hojas, que apenas despuntaban, eran de un verde delicado. Había varios árboles de Judas. La luz amarilla e intangible del sol daba un calorcito muy agradable. Las violetas y los alhelíes inundaban de perfume el ambiente y yo, inmerso en aquellos colores, respiraba con placer el aire primaveral. Nos reunimos con los

amigos del padre de Arash, que estaban cerca de una fuente. Nos rodearon tres hombres, una mujer y cinco niños chillones de distintas edades. Aunque los hombres eran amigos del padre de Arash, lo trataban con mucho respeto. Cuando uno de ellos dijo «Sí, jefe», comprendí que en el trabajo era su superior.

—Éste es Arash, del que siempre os hablo —dijo entonces, lleno de orgullo—. Es el primero de la clase, a Dios gracias. Saca siempre dieces y pronto veréis su nombre entre los ganadores de las Olimpiadas de Matemáticas y Física. Y ésta es mi hija, Shadi, la parlanchina de la familia, que tiene tres años y

medio.

Yo me había apartado, a la espera de oír lo que fuera a decir de mí, pero entonces él miró a su alrededor con picardía.

—Y luego tenemos a Shahab — anunció, como quien presenta a un perro —. Está por ahí. —Seguro que sabía que estaba detrás de él, pero no se volvió a posta—. Bueno, Abedi, ¿y tus hijos?

No oí nada más. Me alejé de ellos. Una señora, la mujer de uno de los compañeros de trabajo del padre de Arash, se me acercó y me preguntó:

—¿Y por qué no ha venido tu mamá, cariño?

Me encogí de hombros y me

escabullí.

Todos echaron a andar. Arash se había hecho amigo al momento de dos chicos de su misma edad, pero se comportaba como si fuera el jefe. Shadi enseguida llamó la atención de la señora con sus discursitos. El padre de Arash estaba absorto hablando de cosas de trabajo con los demás. Se habían olvidado de mí y yo los seguía a unos metros de distancia. ¡Cómo me habría gustado que estuviera mi madre! Cuando ya llevábamos un rato de paseo me entraron ganas de ir al baño. Durante todo aquel tiempo, el padre de Arash no me había preguntado ni una sola vez si tenía ganas. Y por la mañana habíamos

salido con tanta prisa que no había podido ir. No sabía qué hacer: dentro de mí se movía algo que apretaba con fuerza y me provocaba unos violentos retortijones. Me aguanté y la presión disminuyó un poco pero, después de dar unos pasos más, volvió con más fuerza que antes y empecé a contorsionarme. No tenía elección: alcancé al padre de Arash, le cogí la mano y lo miré a la cara como hacía con mamá, que entendía al instante lo que me pasaba. Sin dejar de hablar, me lanzó una mirada de perplejidad. Le tiré del brazo, pero se soltó con rabia.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó—. ¿Qué bicho te ha picado? ¡Vete a

jugar como los demás!

Me llevé la mano a la barriga y lo miré con cara de súplica.

—A lo mejor tiene hambre —dijo uno de sus amigos.

Un chico regordete que había ido todo el rato al lado de su padre replicó entonces:

—Yo sí que tengo, hemos andado mucho.

—Voy a comprarles pasteles y algo de beber —resolvió el señor, y echó a correr hacia el quiosco.

Los retortijones eran ya tan fuertes que me ardían los ojos y me pitaban los oídos. Di patadas en el suelo sin quitarme las manos de la barriga, pero

el padre de Arash seguía hablando. Llegaron las bebidas y los trozos de pastel, y al primero al que le dieron uno fue a mí. ¡El dolor ya resultaba insoportable, no entendía por qué los mayores eran tan idiotas! Tiré el pastel al suelo. Se volvieron todos, pasmados. El padre de Arash me fulminó con la mirada, apretando los labios. Me agarró del brazo y, apretando, me dijo en voz baja, para que no lo oyeran los demás:

—¿Y ahora qué, hijo de perra? ¿Quieres avergonzarme delante de todo el mundo?

¡Cómo valoraba su reputación! ¡Cómo presumía delante de aquella gente sin motivo! Relajé los músculos un

momento. Un líquido caliente me empapó las piernas y acabó saliendo por una de las perneras. Al instante se esparció por toda la zona un olor asqueroso. Me pesaban los pantalones. Todos me miraron boquiabiertos. Al padre de Arash primero se le puso la cara amarilla, luego roja y al final violeta.

—Dios mío, pero ¡si se lo ha hecho encima! —exclamó la señora.

El padre de Arash se puso tan nervioso que no sabía qué hacer. Luego se recuperó, pero apenas pudo controlar la rabia. Me tiró del brazo con odio. La señora indicó la dirección del servicio. Detrás de nosotros dejábamos un

reguero maloliente y todos los que pasaban hacían muecas de disgusto, se tapaban la nariz y se miraban desconcertados.

El padre de Arash me echó agua por los pies con la manguera. No tenía intención de tocarme. Refunfuñaba para sí mismo y hasta me dio varios pescozones. Estaba a punto de estallar, mientras que yo sentía una extraña calma. Me había quedado frío de cuerpo y espíritu.

35

Mi triste viaje terminó y por primera vez volví a casa con ilusión. No había dejado de pensar ni un momento en los niños y en mi hogar y, pese al profundo dolor, no me veía capaz de interpretar el papel que se esperaba de la hija de un difunto: tenía que demostrar aflicción ante cada persona que entraba en casa, y esas manifestaciones no me permitían vivir mi luto interior. El único sitio en el que de verdad tenía ganas de estar era

mi casa.

Shadi y Arash me recibieron con alegría, mientras que Shahab salió huyendo hacia su cuarto, como siempre.

—¿Ves como este niño no hace nada normal? ¡Si supieras la que ha montado!
—dijo Naser.

Sabía que aquel comportamiento era una forma de protestar. Fui a buscarlo y lo saqué de detrás de la cama, donde se había escondido. Conocía al dedillo todas sus técnicas. Trató de hacerse el duro, pero cuando insistí en darle un beso toda su resistencia se vino abajo y se abandonó con vehemencia a mis abrazos.

Hice un esfuerzo para recuperar

cuanto antes la vida de siempre y desempeñé escrupulosamente las tareas cotidianas, pero el desánimo no me abandonaba. Llamaba todos los días a mi madre y a mis hermanos, y luego me pasaba un buen rato llorando. Shahab no me perdía de vista, mientras que Naser no mostraba el más mínimo interés por mis sentimientos: como trabajaba muchas horas, volvía a casa derrotado, quejándose de que lo estaba dando todo por su familia. Hablaba sin parar de lo que había soportado mientras yo no estaba, ya que, a pesar de todo el trabajo que tenía que despachar, le había tocado ocuparse de los niños. Yo no quería discutir y no le contestaba que era su

deber, pero no soportaba el peso de estar en deuda con él. Me estaba desmoronando. Naser nunca se cansaba de contar lo que había pasado en el parque y en cada una de esas ocasiones describía con más rabia la humillación repentina que había tenido que sufrir aquel día. La primera vez que oí la historia me quedé atónita.

—¡Es increíble! —exclamé—. ¿Cómo es posible que Shahab hiciera una cosa así?

—¿¿Que cómo es posible?! ¡Con una desfachatez absoluta se plantó allí delante de mis amigos y de todos los presentes, me miró y se cagó en los pantalones. ¡No sabes lo mal que lo

pasé!

—Seguro que estaba enfermo, mi niño, puede que comiera algo que le sentara mal. Tendría una intoxicación y no pudo aguantarse.

—¡Qué va, no le pasaba nada!

—Bueno, entonces seguro que por la mañana no había ido al baño. Ya sabes que le cuesta mucho. Has de tener paciencia. Para él es una especie de juego. A veces incluso se lleva juguetes para distraerse durante a espera.

—¡Cuando digo que está loco me contestas que no es cierto! ¿Y ahora qué? ¡¿Ahora resulta que ése es sitio para juegos?!

—¡Ay, tranquilízate! ¡Es un niño! No

lo confundas con un adulto. Les pasa a todos. Tus compañeros también tienen hijos, lo entenderán.

—No sabes lo que dices. En el trabajo ya no puedo levantar la cabeza. ¿A ti te parece que un jefe que le limpia la mierda de los pantalones a su hijo delante de sus subordinados sigue teniendo dignidad?

—¡Qué exagerado eres! ¿Y ahora qué quieres que haga? ¿Que lo mate?

—¡No, tú sigue mimándolo! Quiere acabar conmigo. Si supieras cómo me miró a los ojos, qué rencor tenía en la mirada, qué animadversión... ¡Un aire triunfante!

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué iba a

mirarte con animadversión y rencor? ¿Es que le habías hecho algo malo?

—No. Lo duchaba, le ponía ropa limpia y para desayunar le hacía huevos. Hasta fuimos al parque y me molesté en llevarlo a comer fuera. ¡Y ya ves cómo me lo pagó!

Al cabo de cuarenta días, cuando tuve que ausentarme de nuevo dos noches, cogí a Shahab y le expliqué los motivos y la duración del viaje. Lo entendió mejor de lo que esperaba y aceptó y compartió mi decisión.

36

En aquella ocasión mi madre no me engañó: me lo contó todo y, gracias a eso, su ausencia no se me hizo tan dura. Cuando volvió, acompañada de la abuela Bibi, salí corriendo a recibirla efusivamente, como los demás.

La presencia de Bibi era un acontecimiento excepcional. Siempre éramos nosotros los que íbamos a verlos, y no recordaba que ella hubiera venido nunca a nuestra casa. La ropa, su

rostro, el modelo de *rusari* que llevaba y su modo de hablar, que en su ciudad resultaban muy agradables y atractivos, en la capital llamaban la atención, y la propia Bibi era más consciente de ello que nadie. En cierto sentido, podía decirse que en Teherán perdía la confianza en sí misma. Aquella mujer fuerte que en el sur daba órdenes a diestra y siniestra se comportaba aquí como una persona reservada. Cuando mi abuela paterna —con su soberbia—, mis tías, Fataneh Janum y las demás vinieron a verla, se sintió aún más incómoda, sobre todo cuando su consuegra empezó a lanzarle indirectas sobre su *rusari*, su propio hijo y lo hogareño que era y los

gastos excesivos que suponen los huéspedes.

—Ojalá tuviera otro ladrillo para tirárselo a la cabeza —susurró Asi.

Por primera vez en su vida, el padre de Arash dijo lo que había que decir:

—Es un honor que la Janum haya venido. ¡No sabéis cómo nos mima cuando vamos a verla! Espero que se sienta como en casa.

—Gracias, hijo mío, pero en mi propia casa estoy más a gusto —contestó Bibi, bajando la cabeza—. He venido porque Mariam insistió. Mira que le dije que allí hay un médico y que iría a verlo, pero no quiso saber nada y se empeñó en que viniera a Teherán,

para visitar a un especialista al que dijo que me llevaría. Ahora, como parece que me han dado hora para el sábado, te rogaría que me compraras un billete de vuelta para el lunes.

—Pero ¿por qué?! Después de todo lo que me ha costado que vinieses, ¿llegas y te vas? —replicó mi madre, haciendo un esfuerzo por contenerse—. No pienso permitirlo. En primer lugar, estaba decidido que te quedarías con nosotros a pasar el verano. ¡En segundo lugar, cuando vayamos al médico, te mandará tantos análisis y tantas radiografías que va a hacer falta tiempo! ¿Qué es eso de que quieres volverte a casa? Me lo debes.

Así pues, Bibi fue nuestra invitada durante una temporada. Entre semana salía varias veces con mamá e iban al médico, para hacerse pruebas y cosas de ese tipo. El resto del tiempo, su presencia en nuestra vida era casi imperceptible. Se la veía apesadumbrada, sola y deprimida. No era la misma Bibi que conocía. En cuanto acababa de trabajar, mi madre se sentaba con ella: hablaban de Aga Jan y luego lloraban en silencio. Pero Bibí solía esconderse tan bien por los rincones de la casa que me olvidaba de que estaba allí, con nosotros.

Después del episodio del parque, la

hostilidad entre el padre de Arash y yo se hizo más que evidente. Nos cruzábamos con cautela, observándonos como enemigos que esperan un ataque de un momento a otro.

Un día, al volver del trabajo, anunció: —El director, Aga-ye Arbabi, acaba de regresar de La Meca y nos ha invitado a todos los trabajadores a comer en el jardín de su casa. Va a hacer *chelokebab*. —Y, dirigiéndose a mi madre, añadió—: Probablemente aprovechará la ocasión para nombrarme subdirector.

—¡Qué bueno está el *chelokebab*! —exclamó Asi.

Tragué saliva y me quedé esperando

el viernes con mucha emoción.

Durante tres días enteros, mi madre y yo dimos vueltas por la ciudad en busca de un regalo adecuado para Aga-ye Arbabi. Al final, a los dos nos gustó mucho una bandeja para postres muy bonita y cara. La estreché contra el pecho con orgullo y la llevé a casa. No veía la hora de que llegara el viernes, sobre todo porque una recepción en un jardín no era nada habitual, y también porque quería aprovechar la ocasión para demostrarle a mi madre que era buen chico y que no tenía la culpa de lo que había pasado en el parque, un asunto del que el padre de Arash había hablado mucho.

Aquel día tan esperado me desperté antes de lo habitual, muy contento. Me lavé y me puse los pantalones cortos y la camisa verde militar que me había comprado mi madre hacía poco. Me peiné y bajé. Los demás no habían ido a desayunar todavía. En la cocina sólo estaba Bibi, que me miró con sorpresa.

—¡Uy, uy, uy! —me dijo—. ¡Qué guapos nos hemos puesto! Hoy eres el primero de la clase: ya estás listo. —Yo le sonreí—. Y te veo muy feliz. Hoy es la recepción en el jardín y tienes motivos para estar contento.

Desayuné con apetito y luego llegó mi madre.

—¿Por qué te has molestado? —

preguntó al ver la mesa puesta—. No hacía ninguna falta. Hoy se nos han pegado las sábanas a todos y se nos ha hecho tarde.

Bibi me miró sonriente y dijo:

—Excepto a este angelito, que se ha levantado al alba, se ha arreglado, ha desayunado, ha ido al baño y ahí está, esperándoos. ¿Has visto qué guapo está?

Cuando llegaron el padre de Arash y Shadi, la cocina se llenó. Mi madre llamó a Arash y nos sirvió el té.

—Daos prisa, preparaos —ordenó el padre de Arash mientras comían—. He quedado con mis compañeros a las diez, a la entrada de la calle.

Fui a la sala de estar y me senté

delante del televisor. Haberme arreglado antes que nadie me daba una sensación de calma y de ventaja frente a los demás. Todos corrían de un lado a otro.

—Mamá, ¿dónde está la camisa azul?
—gritó Arash.

—Ponte otra, hombre.

—No, quiero ésa.

—La he puesto para lavar.

Poco a poco estuvieron todos listos: Shadi llevaba una blusa y unos pantalones blancos y rojos preciosos, y el pelo recogido en una cola de caballo. Mi hermano, al final, llegó refunfuñando. El padre de Arash sacó el coche del patio y luego volvió a recoger

la bolsa con el regalo. Corrí hacia el vehículo y me instalé al lado de la ventanilla. ¡Tenía derecho, me había arreglado antes que los demás!

—Lo siento, *madar* —dijo mi madre a Bibi delante de la puerta de la entrada—. Trataré de volver pronto. En la nevera hay de todo.

Bibi levantó la mano para despedirnos. Antes de sentarse al volante, el padre de Arash echó un vistazo al interior y se encendió como si le hubiera caído un rayo encima.

—¿Y tú adónde vas?! —protestó. Miró a mi madre con cara de pocos amigos y le dijo—: Mariam, ¿qué hace éste aquí? ¿No habíamos dicho que ibas

a mandarlo a casa de su tío?!

Lo miré incrédulo. Sabía que era mi enemigo, pero no hasta ese punto.

—¡Pobrecito! Déjalo que venga. ¿Qué te ha hecho?

—¿¿Cómo?! Te lo tengo dicho. Con esa gente tengo que mantener la compostura. No es como la otra vez, que estábamos sólo los compañeros. Hoy va toda la oficina. Es un día importante para mí. Si hace una guarrería de las tuyas, si me humilla otra vez, ¿qué hago? No podré volver a ir con la cabeza alta.

—Pero si ya está listo, no podemos dejarlo aquí. Yo lo vigilaré.

—No, Janum, te lo dije desde el

principio y acordamos que buscarías dónde dejarlo. Lo peor de todo es que no has tenido en cuenta hasta qué punto ha quedado comprometida mi reputación después de lo que pasó, y hoy aún sería peor, ¿sabes? Con él no me siento tranquilo. Me avergüenza constantemente, tengo que dar explicaciones de por qué es así, de por qué no habla, de por qué es estúpido... No me gusta que me miren con compasión, me encuentren un punto débil y se burlen de mí por este asunto.

—Pero ¿cómo que un punto débil? ¿Qué disparate estás diciendo?

—Ah, ¿no es un punto débil? Tú no lo sabes, pero hace un tiempo Kermani,

aquel compañero del despacho que ahora es miembro de la Asociación Islámica y tiene mucho poder, decía: «Los que no crean en Dios ni en el profeta tendrán hijos retrasados.» ¿Ahora quieres que, tal como están las cosas, me tilden también de descreído?

—¡Que se vaya al diablo! ¡Ese hombre está loco! Esas palabras sólo pueden ser fruto de una mente enferma y retrasada. ¿Por qué le haces caso, en lugar de cerrarle la boca con el propio peso de esa ridiculez?

—Mira, aunque no compartiera esas estupideces, los que mandan son ellos. La situación en el trabajo es delicadísima.

Todo mi entusiasmo se transformó en una desilusión punzante. Reuní el orgullo que me quedaba y bajé del coche. Una vez dentro de casa, el peso de aquel desprecio me resultó insoportable. Ellos se quedaron delante de la puerta discutiendo. Me fui a mi cuarto, me tumbé en la cama y me puse a mirar el techo. Muy en el fondo, aún tenía esperanzas. Aparecieron al cabo de unos minutos.

—¿Has visto como han acabado viniendo? Mamá no nos dejaría solos — dijo Babi.

Mi madre se sentó al lado de la cama y me acarició.

—¿Sabes qué, Shahab Jun? —empezó

— Para compensarte, mañana haremos algo aún mejor: te llevaré al parque y luego iremos a comer una pizza. Te lo prometo. Y la semana que viene iremos todos juntos de pícnic, también con Bibi. Lo has prometido, ¿verdad, Naser?

—Sí, la semana que viene vamos al parque con Bibi, te lo prometo. Además, Janum, quiero comprarle una bicicleta.

—¿En serio?! ¡Qué buen regalo!

—Claro que lo digo en serio, será una bici roja. Ahora pórtate bien y quédate con Bibi, que nosotros volvemos pronto.

Mi madre me dio un beso.

—No te enfades, hijo mío —me pidió —. Mañana te vas a comprar esa bicicleta con papá. Tienes que estar

contento. ¡Ojalá pudiera quedarme yo también! No me apetece nada ver a esa gente, y tú también te aburrirías si vinieras.

—Va, levanta, Janum. Vamos, que se ha hecho tarde.

Mi madre se levantó poco a poco, me miró apenada y salió de mi cuarto. No me había gustado su decisión. ¿Por qué no se había puesto de mi parte? ¡Qué débil y sumisa se había vuelto! El ruido del motor apagó en mi interior el último atisbo de esperanza. Corrí a la ventana, pero apenas tuve tiempo de ver el coche, que giró y se perdió de vista.

—¡No me han llevado con ellos!

Me parecía increíble. Me rechinaban

los dientes de rabia y con el dorso de la mano me sequé las lágrimas que me caían por las mejillas.

—¡Al diablo la bicicleta roja! — exclamó Asi.

Estaba volviéndome loco. Me fui a la habitación de mis padres y me la encontré cerrada con llave. Me puse a patear la puerta y a pegar puñetazos, pero fue inútil. Bibi subió cojeando y me llevó a la planta baja. No dejaba de hablar conmigo y de contarme historias, pero no le presté atención, porque estaba inmerso en tenebrosos pensamientos de venganza. ¿Qué podía hacer que fuese igual de cruel para sacar de mi corazón el veneno de las palabras

que había oído?

—¡Vamos a matarlos! Ya veréis —
dijo Asi.

—Pero ¿cómo? Nos falta fuerza. No
podemos hacer nada —contestó Babi,
llorando.

—¡Sí que podemos! Con Shadi no nos
costará. Si la matamos a ella, sufrirán
más. La subimos a la azotea y la tiramos
desde arriba.

—Pero si Shadi se ha ido con ellos.

—¡Podemos quemar la casa! No es
difícil: encendemos cerillas y las
tiramos dentro del armario, como
Josrow.

—Entonces a ellos no les pasaría
nada.

—Lo haremos cuando estén durmiendo, así se queman también. Sí, el fuego es muy buena idea.

Para cenar, Bibi recalentó las chuletas de la noche anterior y las sirvió con yogur, verduras y pan. Yo dudaba entre las dos posibilidades: unas veces los quemaba provocando un incendio y otras veía el cuerpo de Shadi destrozado después de tirarla desde la azotea. En esos momentos, mi hermana me parecía la muñequita preferida de mamá y papá, y si acababa con ella podría vengarme. Por eso, cuando me imaginaba su cadáver ensangrentado no sólo no me daba pena ni lástima, sino que mi única

preocupación era que la niña de sus ojos no quedara completamente deshecha.

—Si cae y no se rompe en mil pedazos, le cortamos la cabeza con un cuchillo —propuso Asi.

Suplicando, Bibi me metió en la boca un trozo de pan con chuleta. Me sorprendió lo seca e insípida que estaba. ¿Cómo me habían parecido tan buenas el día anterior? La imagen del precioso jardín y la sabrosa comida que iban a servir se me plantó delante de los ojos. Casi podía percibir el perfume tentador del kebab. Vi a Shadi saborear uno bien largo mientras se reía de mí. De la rabia, tiré al suelo el plato de las chuletas y escupí el pedazo seco y frío

que tenía en la boca. Bibi se levantó y se me acercó. Apreté el tenedor en el puño y me quedé a la expectativa: estaba dispuesto a matarla también a ella. En ese momento estaba poseído por tal psicosis destructiva que habría podido pegar fuego al mundo entero. Sin embargo, contrariamente a lo que esperaba, Bibi no me atacó. Se sentó en otra silla, delante de la mía, se tapó los ojos con un extremo del *rusari* y se puso a llorar.

—No sabes lo mucho que me disgusta que te hayas quedado así, solo y abandonado, habría preferido morir antes que ver cómo te han dejado aquí esos dos desalmados —confesó entre

sollozos—. Hagas lo que hagas, tendrás razón. Si estuviera en tu lugar, haría lo mismo.

Aquello me pilló desprevenido y la miré pasmado. Hasta aquel momento, nadie me había reconocido el derecho a enfadarme y ponerme violento. Se me relajaron las manos y el tenedor cayó al suelo. El ruido provocó que Bibi se descubriera los ojos, húmedos por el llanto. Me cogió la mano y tiró de mí. Seguía sollozando. Hundí la cabeza en su pecho, que olía a agua de rosas y a pasteles. Me abandoné a aquel cálido abrazo, mientras el nudo de la garganta me cortaba la respiración. Me eché a llorar. Bibi me acarició con cariño y

dejó que me desfogara un poco.

—Shahab Jun, tú eres un niño muy bueno, no tienes ningún defecto —me dijo entonces—. En mi opinión, eres más inteligente que ellos, que son idiotas y no entienden nada. Que no te quepa duda de que yo, en tu lugar, tampoco les hablaría. —Y empezó a llorar otra vez—. Ahora, si quieres, rompe algo, vamos. ¡Rompe lo que quieras, yo te ayudaré!

Me quedé boquiabierto. Entonces cogí un vaso de la mesa y lo tiré al suelo. Bibi también levantó el suyo y lo estampó contra el suelo. Me invadió una extraña euforia. Miré a mi alrededor, saqué un plato del aparador y también lo

lancé al suelo. Bibi hizo otro tanto con el suyo, en el que aún quedaba yogur y alguna chuleta. El yogur se desparramó por todas partes.

Me costaba creerlo. Me eché a reír.

—¿Sabes una cosa?! —dijo Bibi—. Todas estas cosas las utiliza tu madre. No tiene sentido romperlas. No me siento mejor. Quiero romper algo de tu padre.

Era como si alguien hablara por mí. Entusiasmado, dije que sí con la cabeza, cogí a Bibi de la mano y la llevé hacia la escalera. Subió sin quejarse, aunque le doliera la pierna. Me detuve delante de la puerta del dormitorio de mis padres.

—No hay forma de abrirla. Han cerrado con llave —respondió ella.

Señalé hacia la llave que sobresalía por encima del marco de la puerta. Salté varias veces para dejar claro que no llegaba. Bibi alargó la mano, aunque también fue inútil. Corrí a buscar mi sillita y la abuela se subió a ella con dificultad, pero tampoco consiguió alcanzar la llave. Al bajar, perdió el equilibrio y se cayó al suelo. ¡Qué susto! Me acerqué y la cogí de la mano. Me abrazó y se echó a reír.

—¡Mira qué líos montamos tú y yo, estamos mal de la cabeza!

Reímos abrazados el uno al otro. La rabia y el dolor se desvanecieron.

—Ésa es tu habitación, ¿no? Cómo me habría gustado dormir contigo, pero tu mamá ha preferido instalarme abajo, con Arash, porque me duele la pierna. ¿Me la enseñas? Aún no la he visto bien.

La ayudé a levantarse y la llevé a mi cuarto, donde lo miró todo con atención.

—¡Qué espacioso es! Me gustaría quedarme aquí, ¿me acoges? —preguntó, y asentí entusiasmado—. Venga, vamos abajo a buscar mis cosas.

Me acordé entonces de su pierna maltrecha y, preocupado, le señalé la rodilla.

—No pasa nada. Si me ayudas tú a bajar y a subir, ya verás como no me dolerá. ¿Me ayudarás?

Asentí varias veces. Bajamos juntos cojeando y, a pesar de las dificultades, conseguimos subir todo lo que necesitaba Bibi. Yo quería llevarle también la maleta, pero me dijo:

—Deja, deja, no me hace falta. Cuando necesite algo ya bajaré a por ello. ¿Ahora qué te apetece que hagamos? ¿Limpiamos la cocina y nos vamos a la cama o lo dejamos todo así?

Me puse a pensar. Se me habían pasado las ganas de cuestionarme las cosas. No entendía cómo había sucedido, pero ya no me importaba nada que tuviera que ver con ellos. Me encogí de hombros.

—No me apetece limpiarlo todo, pero

¿qué te parece si recogemos esos trozos de cristal para no pisarlos? —propuso Bibi—. Te ayudo, así acabamos antes y podemos acostarnos, ¿de acuerdo? Quiero contarte una historia estupenda.

Entre los dos, recogimos la cocina en un abrir y cerrar de ojos. Luego ayudé a Bibi a subir hasta mi cuarto. Extendió una manta en el suelo y puso nuestras almohadas una al lado de la otra. Yo apoyé la cabeza en su brazo. ¡Cómo me gustaba estar así! Shadi siempre se dormía en brazos de mamá. Desde que había llegado ella, en esos brazos ya no había sitio para mí. Hundí la cabeza en el pecho de Bibi y, acompañado por el dulce ritmo del cuento, me sumí en un

sueño apacible.

—Esa escalera no te conviene. Si en el cuarto de Arash no estás a gusto, él puede dormir arriba y así te quedas sola.

—¡No, mujer! Yo quiero dormir con el niño.

—Aparte de la escalera, si te hiciera falta algo, con él sería un problema, como no habla... —intervino Naser.

—Qué va. Lo que me preocupa no es la escalera —replicó mi madre, y le giró la cara.

Miré a Naser, pasmada. Cuando él se marchó, pregunté:

—¿Qué es lo que pasa, *madar*? Naser no lo ha dicho con mala intención, sino pensando en ti.

Negó con la cabeza, entristecida.

—¿Qué quieres que te diga, hija mía? No sabéis lo que os decís. Me preocupáis mucho. Parece que no os deis cuenta.

—¿De qué?

—De lo que os pasa. Al niño, a Arash, a vosotros mismos. ¿Qué vida es ésta? ¡Qué lastima, después de todo lo que has estudiado! No entiendo qué sentido tiene.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué ha

pasado? ¿Qué te ha molestado? —salté, contrariada.

—Todo. Hace tres semanas que estoy aquí y miro a mi alrededor y veo que en esta casa hay algo que no funciona. Parece que estéis todos enfrentados con todos. Cada uno se queda en un rincón sumido en sus asuntos, sin bromear, sin jugar. En todo este tiempo, nadie ha contado ningún chiste que hiciera reír a los demás. Y vosotros, ¿qué clase de matrimonio sois? ¡Si ni os habláis! Tú estás todo el día atareada con esta casa y siempre con el ceño fruncido y preocupada. No me atrevo ni a acercarme a ti. ¡Y luego esos pobres niños! ¿Qué es lo que te agobia?

—Nada. Lo que pasa es que no me gusta ocuparme de las labores del hogar. Me siento inútil. He estudiado mucho, pero al final he acabado siendo ama de casa, exactamente igual que las mujeres de hace un siglo.

—¿¿Y qué?! ¡Lo haces por tus hijos! ¿Ahora resulta que, porque tú has estudiado, tus hijos tienen que morir de hambre?

—¿Es que hasta ahora les ha faltado algo? Me deslomo de la mañana a la noche: cocino, lavo, me sacrifico y renuncio a todos mis deseos por ellos, ¿y tú que haces? ¿Me dices que soy una mala madre y que no te parece bien cómo vivo?

—Pues claro que no me parece bien. Lo que haces, siempre enfadada y enfurruñada, es veneno para tus hijos. Cumples con tu deber, no haces nada que se salga de ahí. Por el simple hecho de haber estudiado, ¿no te toca hacerles la comida a tus hijos ni tenerlo todo arreglado?

—Pero ¡si yo no he dicho que no tenga que hacerlo! Lo que pasa es que no quería dedicarme sólo a eso.

—¡Entonces, en cuanto tengas la ocasión, haz otras cosas! Mientras no puedas, al menos haz bien tu deber, os beneficiará tanto a ti como a tus hijos. Que no te quepa duda de que las cosas hechas con empuje y pasión cuestan

menos, son menos ingratas. Tu marido, por su parte, cuando llega a casa parece que haya excavado una montaña, como si fuera el único hombre del mundo que trabaja. No intercambia una palabra con nadie.

—¡Porque está cansado, *madar!* Trabaja en tres sitios distintos.

—No tiene sentido, si no puede, que no lo haga. Vosotros os buscáis excusas para todo. Los niños no están bien. Pensad un poco en ellos.

—La pena y la preocupación por estos niños nos mata, nos destruye.

—No busques excusas. A tus hijos no les pasa nada. Los problemas los tenéis vosotros. Unos padres ariscos tienen

hijos ariscos. Esos niños recogen lo que sembráis.

—¿Quieres decir que es culpa nuestra que Shahab sea así?

—¿«Así» cómo? Ese «así» no existe. ¡Si vuelvo a oír una sola vez que alguien dice que ese niño tiene un defecto o una enfermedad, le doy una bofetada con estas mismas manos!

Me quedé mirando asombrada a mi madre, que estaba delante de mí como una leona. Sin embargo, a diferencia de lo habitual, yo, que me molestaba por las cosas más nimias, no me sentí ofendida por sus palabras.

38

Bibi pasó a ser mi compañera de cuarto. Por primera vez estaba al lado de alguien que entendía mis frustraciones. A ella le daba igual que yo no hablara y en nuestra relación no había problemas. Estando juntos en nuestra habitación no nos faltaba nada. Cuando cerrábamos la puerta, en el aire vibraba una agradable sensación de tranquilidad. Bibi no me agobiaba para que dijera algo. Con ella no sentía ni miedo ni ansiedad, no había

que aprobar ningún examen. Una noche, cuando estaba tumbado entre sus brazos escuchando el maravilloso cuento que me leía, me dijo:

—¡Si te entra sueño, acabamos mañana!

Le contesté que no con la cabeza, pero Bibi insistió. Volví a negar con la cabeza, y entonces ella añadió:

—¿Sabes qué, cariño mío? En la oscuridad no veo lo que haces. O me das un golpecito en la mano o utilizas la voz. Por ejemplo, si quieres decir que sí haz como si carraspearas y di «ajá»... Si, en cambio, quieres decir que no, busca otro sonido, como el del claxon de un coche. ¿Qué? ¿Acabo el cuento o no?

Le di un golpecito en la mano y dije:
—Ajá...

Bibi siguió con la historia, en la que un niño hechizado por un mago que le había arrebatado la capacidad de hablar conseguía, a base de valor, romper el maleficio y salvar a todo el mundo. Me gustaba muchísimo. Me habría encantado que Bibi me contara siempre ese mismo cuento, pero fue como si de repente se le olvidara. Al día siguiente, antes de comer, me acurruqué entre sus brazos y le rodeé el cuello para que viera que estaba preparado para escucharlo una vez más. Entonces empezó, pero no con ése, sino con otra historia. Moví la cabeza de un lado a

otro en señal de protesta.

—¿Qué quieres que te cuente? No sé qué historia prefieres. Sólo con que dijeras una palabra te entendería. ¡Una sola palabra!

Y yo contesté tartamudeando:

—Ma... ma... g...

—¡Ah, el del mago que le ató la lengua a un niño!

—Ajá... —respondí feliz.

Bibi empezó a contar el cuento igual que siempre, como si no hubiera pasado nada. Por la noche me preguntó qué historia me apetecía escuchar y yo, más resuelto que antes, repliqué:

—Mago...

Al día siguiente la observé con

inquietud. Me escondí para oír, sin que me viera, qué le contaba a mi madre. Pero no le dijo nada. Me puse muy contento al ver que se mostraba tan discreta, y se desvaneció otro de mis miedos. Al mediodía me acomodé entre sus brazos otra vez y, aún más tranquilo y lanzado, pedí:

—Bibi... El mago.

Al ir disminuyendo mi miedo, fueron llegando cada vez más palabras hasta la lengua. Bibi se mantenía serena, no se entusiasmaba con lo que le decía. No estaba más contenta de lo habitual ni se burlaba de mí. Era como si el hecho de que hablara fuera de lo más normal,

como si nunca hubiera habido ningún problema con eso. Al cabo de un mes, Bibi y yo ya hablábamos tranquilamente, y aquello seguía siendo un dulce secreto entre los dos. No quería alardear con nadie de que su nieto hablaba, no pretendía demostrar nada ni exhibirme. Pero lo más importante era que no traicionaba mi confianza.

39

—Shahab ha cambiado mucho. Cuando está contigo es distinto, como si lograrais conectar.

—¿Qué pasa? ¿Tú no lo consigues?

—Es que es tan difícil que nadie sabe cómo comportarse con él.

—La única forma es quererlo, pero vosotros no le demostráis ni amor ni afecto.

—¿Cómo se te ocurre decir algo así, *madar*? ¡Si no pienso en otra cosa más

que en él! No sabes la lástima que me da: donde quiera que voy no lo pierdo de vista para que nadie lo moleste.

—Pero ¡si es un encanto! Tú tan sólo sabes preocuparte por él e irle detrás, pero en realidad no te alegras de su presencia. ¡Muestras aprensión, pero no amor! Hasta ahora nunca te he visto darle abrazos o besos como haces con Shadi.

—Shadi es un bebé, *madar*, no puedo olvidarme de ella. Además, si te acercas a Shahab se escabulle.

—Yo no digo que tengas que olvidarte de ella, sino que debes prestarle más atención a él. Trata de entender por qué se escabulle.

—Créeme, por él he ido muchas veces al médico y he leído muchos libros, pero todo ha sido inútil. Hagamos lo que hagamos, no sacamos nada en limpio.

—Los ancianos, aunque no habíamos estudiado tanto como vosotros, manteníamos una relación más sencilla con nuestros hijos. Tenían menos problemas, crecían de una forma más natural. ¿Sabes qué pasa? El que escribe su historia tirando de corazón no necesita libros ni cuadernos, y para leerla no hace falta haber estudiado.

—Tienes razón, *madar*, me atormento tanto que ya no me acuerdo de lo que es el amor.

—Eso es, exacto: sólo sabes inquietarte y atribuir a tu hijo carencias y debilidades. A fuerza de oírte, él mismo, pobrecillo, se ha convencido de que le pasa algo.

—¿Es que no es cierto?

—¡No, claro que no es cierto!

—¿No sufre un retraso?

—¡De ninguna manera! Shahab es muy inteligente.

—Se lo digo siempre a todo el mundo, pero yo misma no me lo creo. Hace demasiadas cosas raras, diabluras sin motivo, se mete con quien no le ha dicho nada, incluso ha llegado a hacer cosas peligrosas. No es justo por mi parte, pero a veces tengo la impresión

de que sería capaz incluso de matar. ¡Si hubiera tenido suficiente fuerza, a saber cómo habría acabado su padre en determinados momentos!

—Ese niño no hace las cosas sin una razón. El problema es que no entendéis el motivo de sus acciones. Sois vosotros los que tenéis un comportamiento anormal con él.

—¡Es que él es un niño anormal!

—¡Qué ridiculez! No tiene nada distinto de los demás.

—¿Cómo que no? Los niños de su edad ya han empezado la primaria, pero él, en su situación, no puede ir. No lo aceptarían en ningún lado. Este verano hemos visitado cien colegios... —

empecé a decir, pero me eché a llorar.

—¡Que se vayan al diablo! Tú lo que tienes que hacer es demostrarles que es como los demás. Matricúlalo en cuanto puedas.

40

Un día, en la intimidad de nuestro cuarto, Bibi me preguntó:

—¿Te gustaría ir al colegio?

—No, no me gusta —contesté con determinación.

—¿Por qué, cariño? El colegio es una maravilla.

—No, no quiero, me canso.

—¿Cómo que te cansas? Allí hay niños de tu edad. Aprendes a leer y a escribir. Puedes ir tú solo a la

biblioteca. El que no sepa leer y escribir de mayor no será nadie.

Me sumergí en mis pensamientos. Nada de lo que decía Bibi me parecía un buen motivo para ir al colegio. Para mí, los niños de mi edad eran unos desconocidos que por lo general me aterrizaraban. Saber leer libros uno solo no tenía ninguna gracia. Lo único interesante de los libros era que tenían dibujos, y eso lo podía mirar y apreciar cualquiera. Hacerme mayor y encontrar trabajo eran cosas que me quedaban muy lejos, a años luz. La única imagen que tenía de la gente mayor era la de la cara enfurruñada del padre de Arash cuando volvía del trabajo; lo único que hacía

era gruñir a mi madre y prohibirnos correr, jugar y hacer ruido. No, no me apetecía en absoluto crecer y volverme como él.

—Y... Y... Yo... Yo no qui... ¡No quiero ser alguien!

—Pero ¿qué dices? ¡Dios no te escuche! Cuando crezcas tendrás que casarte y, si no trabajas, ¿cómo darás de comer a tu mujer y a tus hijos?

¿Qué decía Bibi? ¿Mujer e hijos? «Yo nunca tendré mujer —pensé—. ¡No me gustan las chicas: son unas malcriadas, como Shadi!» El futuro que Bibi imaginaba para mí no era factible y no me ofrecía ningún atractivo.

—No, no pienso ir, me canso.

—¿Por qué repites eso de que te cansas? Todo el que trabaja al final acaba cansándose, pero por la noche te vas a la cama y el cansancio desaparece. No se puede estar sin hacer nada por miedo a cansarse.

—¡Sí que se puede!

—¿Es que Bibi no ve que en vacaciones el padre de Arash está de buen humor, y que hasta Arash está más simpático porque no se cansa? —preguntó Asi—. Cuando va al colegio, en cambio, siempre está destrozado porque tiene que hacer un montón de deberes. A veces se pone a llorar porque no puede con todo.

—Mira, cariño, el colegio en realidad

no es muy difícil ni muy cansado — aseguró Bibi—, sobre todo al principio, que es cuando los niños básicamente juegan y se divierten y no tienen casi deberes.

Empezó a hablarme del colegio a diario. No entendía por qué insistía tanto para engatusarme, pero la verdad es que, gracias a aquellas palabras, la idea de ir a clase se me hizo más familiar y más soportable, aunque no del todo.

41

Mi madre volvió a casa fuera de sí. Tiró el *rusari* en un rincón y con voz entrecortada dijo:

—¿Has visto, *madar*? Lo que yo te decía, que no lo aceptan. No están dispuestos a permitir que lo matriculemos bajo ningún concepto. Dicen que tiene que ir a un colegio especial.

—¡¿Qué?! Pero ¿tú qué has dicho de tu hijo?

—Nada, sólo que no habla.

—¿Dónde está ese colegio? Ya voy yo. Viste a Shahab, que me lo llevo.

—¿Adónde vas, *madar*? ¿No fuiste a nuestro colegio a matricularnos a nosotros y ahora por él vas a rogar a unos desconocidos? ¿Y qué pretendes contarles? ¡No puedes decirles ninguna mentira!

—No es de tu incumbencia. ¡No voy a decir una sola palabra que no sea cierta!

Escéptica, mi madre me vistió.

—Yo también voy —dijo.

—No hace falta. Es más, si vienes lo mandarás todo a tomar viento.

La abuela me cogió de la mano y salimos de casa. No tenía muy claro qué

estaba pasando.

—Bibi, ¿qué pasa? —pregunté una vez en la calle, muy preocupado.

—Primero vamos al parque y te lo cuento. Quiero avergonzarlos a todos con un plan concreto, para que no vuelvan a permitirse decir: «Shahab es así o asá.»

—¿A quién vamos a avergonzar?

—A tu padre, a tu madre, a tu abuela, a tus tíos...

A todos.

—¿Y cómo?

—Ven a sentarte aquí y te lo explico.

Nos sentamos en un banco de la placita que había cerca de casa. Bibi recobró fuerzas y dijo:

—Mira, Shahab Jun, eres el niño más listo que he conocido.

—Eh... ¡¿Yo?! No...

—Claro que sí. Eres tan listo que puedes engañarlos a todos.

—Engañarlos... ¿Yo?

—Claro... Durante todos estos años habrías podido hablar, pero no lo has hecho porque estabas enfadado con ellos. Se creían que eras tonto, y así se comportaban contigo. Y tú, bribón, disimulabas, les has tomado el pelo.

—¿Les he tomado el pelo?

—¡Sí! ¡Y has hecho bien! Eres un granujilla. Sólo la gente muy lista puede hacer cosas así.

—Pero si yo no sé hablar.

—¿Ah, no? ¿Y conmigo qué haces? ¿Y cómo pudiste decir esas palabras tan feas delante de toda la familia el año pasado? Sabías y sabes hablar, lo que pasa es que no dices nada por miedo a desvelar tu secreto. ¡Yo tampoco le he contado a nadie que hablas, seguimos engañándolos!

Me puse a pensar. Tenía razón: era capaz de hablar, pero sólo con ella. En el fondo, las palabras de Bibi me habían gustado. ¿De verdad había sido tan listo?

—¿Y cómo les he tomado el pelo? — pregunté, receloso.

—Le han dicho a todo el mundo que no sabes hablar y que por eso en la

escuela no te aceptan. Ahora vamos a dársela con queso: nos presentamos en el colegio, contestamos a todas sus preguntas, te apuntamos y volvemos. ¡Te imaginas la vergüenza que pasarán?! Y no les diremos cómo lo hemos conseguido.

—Pero yo no puedo hablar. Me da miedo que se me trabe a lengua.

—Pero ¡si estás hablando estupendamente!

—Sí, bueno, pero ¡tú eres Bibi! Sólo consigo hablar contigo.

—Pues cuando estemos allí habla también conmigo.

A ellos no hace falta que les digas nada.

—¿Y si se me corta la respiración?

¿Y si no me sale la voz?

—No importa. Si te sale hablas; si no, no. En realidad, casi todos los niños pasan vergüenza delante de los desconocidos y se quedan en blanco. Para el director y los maestros, que ven a tantísimos niños, no es ninguna novedad. No se enfadan y tampoco se sorprenden.

Más que hablar en el colegio, me preocupaba hablar en casa.

—¿Y si se enteran mamá y el padre de Arash? —preguntó Babi—. Nos obligarán a hablar delante de todo el mundo y entonces se nos trabará la lengua y nos quedaremos sin voz y la gente se reirá de nosotros. Volverán a

decir que somos tontos.

Pegué un respingo. Estaba tan nervioso que empecé a jadear.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Vamos...? No te preocupes, contestaré yo. Es probable que a ti te pregunten sólo cómo te llamas. ¿Qué? ¿Estás listo?

—N... n... ¡No! Y... Y... Y si el padre de Arash lo descubre, ¿qué pasará?

Cuando hablaba del padre de Arash, o sencillamente pensaba en él, tartamudeaba más. Bibi se quedó un rato en silencio, pensando.

—¿Por qué le tienes tanto miedo a tu padre? ¿Qué te ha hecho? —preguntó por fin, con calma—. No te regaña, y hasta ahora tampoco he visto que te

pegue, así que si se enfada contigo da igual. Todos los padres, y también las madres, regañan a sus hijos. Nosotros no dejábamos de querer a nuestro padre porque nos pegara y nos regañara, y al día siguiente ya nos habíamos olvidado de todo lo que nos había hecho. Tu abuelo y yo, por nuestra parte, también reñíamos a nuestros hijos y a veces les dábamos algún que otro cachete. Sólo Dios sabe cuántas tortas se llevó tu tío Mohsen, que era un trasto, pero siempre acababa volviendo a mis brazos. ¿Qué te ha hecho él a ti que le guardas tanto rencor?

—Pero tú, aunque le pegaras, seguías queriendo al tío Mohsen...

Sorprendida, me miró fijamente unos instantes. No sé si había comprendido lo que quería decir o si sólo quería respetar mis sentimientos, pero contestó con decisión:

—¡Muy bien! Tienes razón: papá no debe enterarse de que has hablado. Tú tranquilo, no se lo diré. Cuando volvamos a casa nos limitaremos a decir que, al ver que eras un niño muy bueno y muy listo, te han aceptado al instante. Han dicho que no hace ninguna falta que hables, porque en clase lo único que hay que hacer es escuchar. ¡Imagínate la vergüenza que pasarán! ¡Se les cortará la respiración de la sorpresa! Y nosotros nos reiremos de ellos, ¿de acuerdo?

No estaba seguro, pero la idea de abochornarlos fue lo que me convenció. Con un poco de ansiedad en el cuerpo, me dirigí al colegio siguiendo los pasos de Bibi.

El corazón me dio un vuelco cuando los oí entrar en casa. Preocupada y nerviosa, fui a recibirlos.

—¿Dónde habéis estado, con este frío y con el dolor que tienes en la pierna? —pregunté—. Tendrías que hacer reposo, ¿por qué te torturas así?

—¿Torturarme? ¿Qué dices? Sólo hemos ido hasta el colegio porque Shahab quería saber dónde estaba —contestó mi madre, y le guiñó un ojo al

niño con aire de complicidad.

—*Madar!* No hables de esas cosas delante de él. Ya te he dicho que este año no lo han aceptado. Si Dios quiere, lo tratará un logopeda, y el curso que viene, cuando esté curado, iré yo misma a matricularlo.

—¡Mira que sois raros! Id vosotros a curaros. Este niño no tiene que hacer ninguna sesión de logopedia porque ya lo he matriculado yo en el colegio. Esto es lo que tenéis que hacer y lo que tenéis que comprarle —aseguró, y me dio un papel.

Me quedé perpleja un instante.

—*Madar,* ¿qué habéis hecho? ¿Habéis mentido? Piensa que acabarán

descubriendo los problemas que tiene y, cuando lo expulsen, será aún peor.

—¡El único problema de este niño sois vosotros!

—¿Qué quieres decir?

—¡Lo que oyes! Vosotros sois su problema. En el colegio lo han visto, le han hecho un test y, como ha salido que no tenía nada extraño, que está perfectamente, lo han aceptado. ¿Algo más que objetar? Ven, vamos, Shahab, ayúdame a subir, que estoy cansada.

Oí voces en el cuarto. Abrí la puerta sin hacer ruido. El vaso de zumo de limón que llevaba en la mano me temblaba. Shahab brincaba feliz y hablaba.

—¡Voy a escribir, voy a escribir! — gritaba, mientras mi madre reía.

Al verme, enmudecieron. Dejé el vaso en la mesa. Un velo de lágrimas me cubrió los ojos. Me acerqué a Shahab con los brazos abiertos, pero me esquivó y salió corriendo escaleras abajo. Me senté en la cama.

—¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Es que soy una desconocida? ¡Cuánto he deseado, durante todos estos años, que empezara a hablar! —exclamé, sin poder dejar de llorar.

—¿Cómo es posible que no lo entiendas, hija mía? Se lo había prometido. Si lo hubiera traicionado, el niño no habría vuelto a confiar en nadie.

—Pero ¿por qué se comporta así? ¿Por qué es tan importante para él? Todos los niños hablan perfectamente y no tienen problemas.

—Es importante para él porque es importante para vosotros.

—Pues claro que es importante para nosotros: ¡es nuestro hijo! Al principio decían que el niño estaba confundido porque la niñera hablaba turco y que le hacía falta más tiempo para aprender a hablar; luego dijeron que con la llegada de Shadi era normal que se retrasara. Pero, cuando siguió sin decir nada, nos convencimos de que algo no iba bien.

—Pues no le pasa nada. Habéis sacado de quicio el problema: hablabais

tanto de él y hacíais cosas tan raras que el niño se asustó y perdió el valor necesario para hablar.

—¿Le doy miedo?! ¿Yo, que siempre lo he defendido?! Sabe lo mucho que lo quiero. ¿Por qué a mí no me habla?

—No, no sabe lo mucho que lo quieres. ¿Cómo quieres que lo sepa? El amor hay que demostrarlo. ¿Tú crees que llorar y apenarte por él es una demostración de cariño? Te pasas el día quejándote, diciendo: «¡Vas a acabar conmigo, me moriré de dolor por ti!» No aguanto más esta casa tan deprimente. ¡Pobres niños! ¿Qué te pasa, hija? ¿Por qué estás siempre atormentada? Vienes

de una casa en la que nos pasábamos el día cantando y siempre estábamos alegres. En aquella casa se hablaba sin parar, todos a la vez, hasta el punto de que nunca se sabía quién decía qué.

—El problema es justo ése, *madar*, que he entrado a formar parte de una familia en la que todos son serios y de pocas palabras. Si yo no hablara, Naser podría pasarse una semana entera sin abrir la boca. Estoy completamente hundida.

—¿Y eso qué significa? ¿Que eres una cobarde? Yo confiaba en ti. Si el niño no habla, háblale tú, anímalo a darte una respuesta.

—Si es que, por mucho que le hable,

parece que no le interese lo que digo. Ahora ya lo he dado por perdido. ¿Cuánto se puede hablar con una estatua? Yo ya no me humillo más.

—«No me humillo más...» ¿Cómo puedes decir algo así? ¿Una persona que le habla con el corazón en la mano a un familiar tan cercano se humilla?

—*Madar*, no puedo sacarle las palabras de la boca a la fuerza. Si insistiera tanto, se enfadaría, y tampoco me apetece. Es mejor no atosigarlo. Yo siempre cuido de que en casa el ambiente esté sereno para que los niños no se resientan.

—Te lo pido por favor: ¡es preferible que choquéis antes que estar callados!

Lo de ahora es como si os hubierais peleado y no os soportarais. A ver, ¿tú a tu marido lo quieres? Os casasteis por decisión propia, por amor. Te recuerdo que tu padre y yo, a pesar de que no nos gustaba en absoluto tu suegra, tan engreída y tan arisca, y aunque preferíamos que te quedaras con nosotros y no te casaras, dimos el visto bueno para verte feliz. ¿Qué ha pasado luego para que llegarais a este punto?

—No lo sé, *madar...* Tantas complicaciones y tantas preocupaciones no dejan sitio para el amor y cosas por el estilo.

—¡Qué bobada! Cuando alguien tiene tantos problemas, aún le hace más falta

hablar y abrirse.

—*Madar*, tú no lo sabes, a veces es mejor no hablar, porque al hablar nos hacemos daño y nos decimos cosas que no deberíamos decirnos.

—¿Siempre ha sido así o es algo reciente?

—A decir verdad, empezó con el problema de Shahab. Para Naser tener un hijo así es una desgracia, un motivo de vergüenza. De algún modo, me considera responsable. No dice nada, pero lo sé.

—¡Que Dios tenga piedad de nosotros! Soy consciente de que muchos hombres son orgullosos y no quieren aceptar que sus hijos tengan defectos,

pero no creía que alguien instruido también pudiera ser así.

—Pues es así, *madar*, sigue siendo así. Lo que pasa es que ahora no tienen el valor de decirlo abiertamente. ¿Te acuerdas de *Abbas el Calvo*, que cuando se dio cuenta de que su hijo recién nacido tenía seis dedos montó un buen jaleo y se divorció al instante de su pobre mujer, sin siquiera reconocer al niño? Las cosas siguen siendo así.

—Y tú, mientras tanto, ¿qué has hecho? ¿Eres como la mujer de *Abbas el Calvo*? ¿Estás esperando a que se divorcie de ti?

—Ay, *madar*, estoy tan cansada y tan deprimida que he perdido la confianza

en mí misma. Antes plantaba cara a todo el mundo, pero ya no puedo más. Es como si yo misma me hubiera convencido de que es culpa mía. Es cierto que Naser no me acusa de manera explícita. Es demasiado racional para echarme la culpa. Pero está claro que no se enorgullece del niño y no le gusta decir que es hijo suyo.

—Veo que entonces hay un motivo para que Shahab no esté dispuesto a llamarlo «papá» y se refiera a él como «el padre de Arash».

—¿Lo dices en serio? ¿Lo llama «el padre de Arash»?

—El niño es mucho más espabilado que tú y que yo. Lo memoriza todo como

una grabadora o una cámara de televisión y lo almacena en el cerebro. No creo que llegue a perdonar nunca a su padre esa forma de pensar.

—¿Lo dices en serio? ¿Lo llama «el padre de Arash»?

—¡Sí!

—Pero ¿llega a decirlo de verdad? ¿Se confía? ¿Dice esas cosas?

—Lo has oído tu misma. Habla, y además bien.

—¿Y cómo ha conseguido aprender tan deprisa?

—No ha aprendido ahora. Hace años que sabe hablar. Mentalmente, habla todo el rato con sus amigos imaginarios y con la gente de la que puede fiarse.

—¿Y por qué no se fía de nosotros?

—Preguntáoslo. Os tiene miedo. Ahora, si no quieres que deje de hablar de nuevo, debes tener cuidado con tu comportamiento. No hagas como la otra vez, que saliste a la calle a gritarlo a los cuatro vientos. No lo rodees de gente que lo mire con curiosidad morbosa. No lo obligues a exhibirse delante de todo el mundo como si fuera un mono en el cruce de Simetri. Te juro que lo que hiciste en aquella ocasión me habría dado miedo incluso a mí. Hasta yo, que soy una mujer grande y corpulenta, delante de la arrogante familia de tu marido, que me mira sin afecto, me pongo nerviosa y no consigo hablar.

—¿Te lo ha contado él mismo?

—Sí, me ha dicho algunas cosas y lo demás lo he deducido.

Bibi se tumbó encima de la manta, que desde que compartíamos habitación estaba siempre extendida en un rincón del cuarto, y se quitó el chador.

—¿Has visto que se ha quedado de piedra? No se lo creía —me dijo riendo.

—Se ha enfadado...

—No, hijo mío, se ha sorprendido. Ahora, cuando entienda lo que ha pasado, se pondrá contentísima. ¡Tú en el colegio lo has hecho de maravilla

cuando has dicho tu nombre!

—¿De verdad? Pero ¿me han oído los demás?

—¿Y qué más da? ¡A mí me encanta oír tu voz!

—¿Y ahora tendré que hablar con todo el mundo en el colegio? ¿Y si se me seca la lengua? Se reirán de mí.

—No, cariño, no se te secará. Ya has visto que hoy no te ha pasado. Además, son todos niños como tú. ¡Si alguno va y se ríe, da igual, te ríes tú de ellos! Pronto sabrás leer y escribir y entonces también podrás poner tus palabras en papel. Siempre que no te apetezca hablar podrás escribir lo que quieras decir.

—Voy a escribir... ¡Sí! En vez de hablar podré escribir... ¡Claro! ¡Qué buena idea!

De repente se me había presentado una alternativa a hablar, que me era tan difícil. ¡Qué gran descubrimiento! Eso fue lo que me convenció para ir al colegio.

—¡Sí, Bibi, voy a escribir, voy a escribir! —grité.

En ese momento entró mi madre en el cuarto y se dio cuenta, de una vez por todas, de que hablaba de verdad.

Bibi se quedó en Teherán hasta dos semanas después del inicio del curso escolar. Cuando se convenció de que ya

no tenía problemas y podía ir al colegio como los demás, recogió sus cosas y volvió a su casa. En el momento de la despedida no podía despegarme de ella, que había sido la única que me había querido por lo que era y me había comprendido. Cuando volvíamos del aeropuerto fui incapaz de contener los sollozos.

—No me imaginaba en absoluto que este niño impasible pudiera estar unido a alguien hasta ese punto —dijo el padre de Arash en el coche, en voz baja.

—¡Chis! —susurró mi madre, señalándome.

Desde que sabían que hablaba, había cosas que no decían delante de mí.

Ya se habían enterado todos de que podía hablar, pero por orden de Bibi — una orden impartida a mi madre con mucha claridad— hacían como si nada, se comportaban conmigo con mucha discreción. Nadie me preguntaba nada, pero todos esperaban escuchar mi voz con impaciencia. Con Asi y Babi me reía mucho de eso.

—Se creen que no nos damos cuenta. ¡No nos miran y hacen como si no nos prestaran atención, pero son todo oídos! —exclamó Asi.

—Sí, mientras esperan que abramos la boca se han quedado tan callados que se los oye respirar —añadió Babi.

Pero ya no tenía importancia. El

problema del habla perdió gradualmente su aura mágica. Ya no me daba miedo que oyeran mis palabras. Día a día, la tartamudez fue disminuyendo, hasta manifestarse sólo en los momentos más delicados. En casa hablaba con más facilidad con mamá y Shadi, pero al poco tiempo todos acabaron por oír mi voz, de forma que mi problema se cayó de la lista de temas de discusión de la familia. El único que no consiguió superarlo fue el padre de Arash. Tuve mucho cuidado, hasta la obsesión, de no establecer ninguna relación con él. En casa nos cruzábamos como si fuéramos dos desconocidos. Empecé a hablar hasta con mi tío y con mi abuela, pero al

padre de Arash no estaba dispuesto a decirle ni siquiera «sí» o «no». Él no daba el primer paso y yo ni estaba preparado para ceder ni tenía ganas de darle una alegría.

Superados los miedos y las preocupaciones iniciales, el colegio empezó a gustarme. Tenía una gran motivación para ir. Quería aprender a escribir lo antes posible porque así, en caso de perder otra vez la capacidad o las ganas de hablar, podría utilizar ese otro método. Digamos que hablar todavía era una pesadilla para mí. Por otro lado, había prometido a Bibi que le escribiría una carta. Me parecía que

sólo así podía darle las gracias y recompensarla por todo el amor que me había dado.

Para mí las palabras no eran sólo conjuntos de letras, porque cada una encerraba un mundo. En los años en que no había hablado, había luchado con cada una, conocía su valor, sabía qué color tenía y sentía el espacio que ocupaba. ¿Cómo podía expresar, con la escritura, todos los matices de una palabra? Por ese motivo no podía escribir con un solo tono. Para hacer los deberes, necesitaba los lápices de colores. ¡Evidentemente, la palabra «sangre» no podía escribirse de otra forma que no fuera en rojo! El negro iba

bien sólo para la palabra «muerte», mientras que para «amor» estaba el verde, y para «tristeza», el gris. Mis ojos veían «padre» siempre de un feo color café, y «madre» tendía a un amarillo pálido, como el sol cuando su esplendor y su energía quedan tapados por madejas de nubes enredadas entre sí. Durante un tiempo, mi problema fue representar en papel el color blanco de «bondad». Después de pensarlo un poco y hacer varias pruebas, llegó la solución. Comprendí que, si escribía las letras vacías con un perfil negro alrededor, resultaban legibles aunque fueran blancas. Al escribir trataba de reproducir las palabras con las formas

más bonitas y los colores más indicados. La maestra, que era bastante superficial, consideraba que mis deberes coloreados eran un capricho y los llamaba, con sarcasmo, «dibujitos». Al final, después de quejarse a mi madre, me obligó a hacer los dictados sólo con lápiz negro, porque si no me quedaba atrás con respecto a mis compañeros. El color de los números también me parecía evidente y estaba convencido de que era algo que veía todo el mundo. ¿Cómo era posible que alguien no se percatara de aquel verde tan bonito del ocho y no comprendiera que el siete tenía el color de un pistacho? En cambio, el azul del tres siempre me hacía dudar, era un

color con muchos matices. Un día, estando mi madre atareada y yo haciendo los deberes de matemáticas en la mesa de la cocina, le pregunté con inocencia:

—Mamá, ¿el tres es azul cielo o azul marino?

—¿Qué? —dijo, dándose la vuelta.

—Que si el tres es azul cielo o azul marino. Porque a veces es más oscuro, sobre todo cuando está en el trece.

Su mirada se nubló de incredulidad.

—¡Por el amor de Dios, ¿qué estás diciendo?! —exclamó, tras una breve pausa—. ¿Volvemos a las andadas? ¿Justo ahora que la gente se da cuenta de que razones? Ten cuidado, si dices esas

cosas volverán a creerse que estás loco.

—¿Por qué? ¿Qué he dicho?

—Que el tres es azul. ¿Te parece normal? Los números no tienen color. ¡No vuelvas a decir esas tonterías!

Me quedé mirándola, sorprendido, mientras Babi, que parecía haber hecho un gran descubrimiento, dijo:

—Pero ¿es que ella no ve los colores?

—Ni ella ni nadie.

—Entonces, ¿por qué los vemos nosotros?

—Porque estamos locos y somos idiotas.

—¡Pues menos mal! ¡Me compadezco de los que están bien de la cabeza, que

viven en un mundo sin colores!

Sin embargo, a partir de entonces escribí los números sólo con lápiz negro, aunque para mí siguieran siendo de colores.

44

Con el boletín de las notas de Shahab me liberé de todas las frustraciones acumuladas durante años. Se lo enseñé a su abuela, a su tío, a todo el mundo. Cuando estaba especialmente alterada y quería tomarme una buena revancha, decía:

—En mi opinión, tiene más talento que Arash.

Una vez reconocida la victoria, me sentía más fuerte y en casa reinaba una

atmósfera mejor. También el orgullo herido de Naser se benefició de la media de sobresaliente de Shahab, que, sin embargo, seguía sin dirigirle la palabra. No sé si Naser estaba más amargado o más enfadado por la situación, pero en todo caso el orgullo no le permitía dar el primer paso. Era como si aquel niño de siete años fuera capaz de abochornarlo. La única solución que parecía encontrar para conservar la dignidad era hacer como si nada y esperar a que fuera Shahab el que moviera ficha. Como premio, le regaló una bicicleta roja. Nada más verla, el niño se puso contentísimo, pero trató de esconder esa alegría a su padre de todas

las formas posibles.

Aproveché la ocasión para decirle:

—Entonces, señorito Shahab, ¿no da usted las gracias a su padre? ¿Has visto cuánto te quiere, que te ha hecho un regalo tan bonito?

—No la ha comprado por mí, sino por el boletín —contestó con frialdad.

—Pero ¿qué dices? El boletín es mérito tuyo, ¿no? Te ha hecho un regalo porque has sacado buenas notas.

—Ya sé que la ha comprado por las notas.

—No entiendo qué quieres decir. Tienes que darle las gracias. Si no lo haces, no te dejaré montar en ella, ¿entendido?

Estaba convencida de que aquel gesto de Naser había tenido su efecto en Shahab y en parte lo había ablandado. Le costaba renunciar a la bicicleta y enseguida accedió a ir a dar las gracias a su padre, aunque se comportó como si yo lo obligara. Bajó la cabeza y, una vez delante de él, le dijo con un hilo de voz:

—Gracias.

—No, no basta con un «gracias» tan frío —dije, empujándolo hacia Naser—. Tienes que darle un besito. Venga, acércate.

Lo miró de arriba abajo y se aproximó con reticencia. Naser no se movió ni un ápice, se quedó sentado fingiendo que leía el periódico,

impasible, sin mirarnos. Parecía que dar las gracias y un beso fuera un deber del niño y que para el padre no tuviera importancia. Noté que la mano de Shahab temblaba en la mía. Apretó los labios. La sensación positiva que había manifestado al ver la bicicleta se esfumó al encontrarse con su padre, frío y altivo. Me soltó la mano para salir corriendo. Naser ni siquiera se inclinó. Levanté a Shahab y le acerqué la cara a la mejilla de su padre, pero el niño la volvió hacia un lado y se retorció. Con un movimiento brusco se escabulló y salió corriendo precipitadamente escaleras arriba.

—¡Ése es el agradecimiento de la

joya de tu hijo! ¡Ya ves lo testarudo que es! —exclamó Naser con una mirada de condena. Y, con resentimiento, añadió —: Ha salido a ti: testarudo y rencoroso.

45

La maestra de segundo se fijó enseguida en mi caligrafía. La comentaba siempre y a veces me preguntaba, dudosa:

—Pero ¿esto lo has escrito tú?

Yo asentía y, lleno de orgullo y sin decir una palabra, me ponía a escribir delante de sus ojos. La maestra se entusiasmaba y me animaba, y yo trataba de escribir cada vez mejor.

—Shahab Jun, dile a tu padre que venga al colegio, quiero hablar con él

—me dijo un día con dulzura.

La miré resentido. ¿Para qué quería ver a mi padre?

—Es mejor que no.

—¿Cómo que es mejor que no? Tiene que venir. Quiero hablarle de ti, de lo aplicado que eres.

—Vendrá mi madre.

—Pero yo preferiría ver a tu padre. Tengo que pedirle autorización para una cosa.

—Es mejor que no.

La maestra, asombrada e intrigada a partes iguales, me preguntó:

—¿Por qué es mejor que no? ¿No te hace ilusión que venga tu padre y se alegre al ver lo que haces?

—No.

—¿Y eso? Papá es muy bueno: te trae al colegio todos los días.

—No, no quiero.

—Pero, hombre, es tu padre, ¿no?

—No.

—Eh... ¿Cómo que no? Y, entonces, ¿ese señor que me ha saludado hoy de quién es padre?

—De Arash.

—¿De Arash? ¿Tu hermano, el que está en secundaria?

—Sí.

No tenía ganas de dar más explicaciones. Me metí en el bolsillo las galletas de la merienda y salí del aula mientras la maestra seguía mirándome

atónita.

Como siempre, me puse a dar vueltas por el patio del colegio, observando a los demás niños. Me habría gustado mucho jugar con ellos, pero había algo dentro de mí que me lo impedía. Aún me sentía distinto. No podía quitarme de la cabeza que ellos eran listos, y yo, idiota. Estaba comiéndome las galletas cuando mi mirada se posó en la escalera que separaba el patio del gran porche desde el que normalmente nos vigilaban Aga-ye Attai y Janum-e Rasuli, su ayudante. La maestra de tercero, la que había tenido el año anterior y Janum-e Rasuli estaban allí arriba y me señalaban. En la

ventana del despacho había otros profesores que miraban hacia fuera. En mi interior se removió una ligera ansiedad. Traté de esconderme entre los demás niños.

46

Hacía mucho que mi madre había vuelto al trabajo. Por las mañanas, subíamos todos al coche del padre de Arash. Primero íbamos a la guardería de Shadi. Luego mi madre bajaba al inicio de la calle principal para tomar el autobús que la llevaba a la oficina. Entonces dejábamos a Arash y por último me iba yo. Aquel día mi madre no bajó, pero al principio no le di mucha importancia porque pensé que tendría que ir a otro

sitio. El padre de Arash estaba de mal humor, aunque eso no era ninguna novedad. Después de dejar a mi hermano, por fin le dijo algo a mi madre:

—Bueno, a ver qué ha pasado para que nos convoquen con tanta insistencia. Yo tengo mil cosas que hacer. Hoy me toca reunión.

—Tendrán que decirnos algo, ¿no? ¿Por qué te resistes tanto? ¡No se acabará el mundo si llegas media hora tarde!

—¿No podrías ir tú sola?

—Te juro que han preguntado expresamente por ti. He dicho que estabas ocupado y que iría sola, pero el

director me ha contestado que teníamos que ir juntos o, si no, «sólo Aga-ye Mojtari».

Entonces comprendí que iban conmigo al colegio. Me preocupé mucho.

Estábamos de pie en el despacho del director, como cuando un niño se mete en líos. Me pareció que mamá y el padre de Arash estaban tan asustados como yo. El timbre acababa de sonar y los alumnos iban entrando de forma ordenada en clase. En el despacho se encontraban unos cuantos profesores.

—Siéntense, señores Mojtari, hagan el favor —dijo el director con

amabilidad.

Los maestros se quedaron en silencio, mirando a mis padres, que tomaron asiento el uno al lado del otro, incómodos, a la expectativa. Yo me quedé de pie al lado de mamá, pegado a ella. La maestra de quinto saludó al padre de Arash y le preguntó por mi hermano. Al oír su nombre, se relajó. Con brillo en los ojos, contestó:

—Está bien, gracias a Dios... Y, como siempre, es el primero de la clase.

—Llegará lejos, sin duda.

Uno por uno, los profesores se fueron a sus clases y el despacho se quedó casi vacío. En el otro extremo, Janum-e Rasuli trasteaba con unas fichas como si

tuviera algo que hacer, pero estaba completamente pendiente de nosotros. El director, que parecía dispuesto a todo para romper el hielo, dijo con aire amable:

—Aga-ye Mojtari, he oído que hasta hace dos años formaba usted parte de la asociación de padres. Por desgracia, yo aún no trabajaba en este colegio y no tuve el honor de colaborar con usted, pero Aga-ye Attai y Janum-e Sedagati, la maestra de quinto, me han hablado de lo mucho que hizo por el centro y de la atención que prestaba a la educación de su hijo Arash. Si ha sido siempre el primero de la clase no es por casualidad.

Me pareció que veía al padre de Arash más alto.

—Aga-ye Attai y las maestras son muy amables —contestó, orgullosísimo—. Gracias a Dios, Arash es muy inteligente. Me imagino que no tendrán muchos niños como él. Ahora, en la secundaria, sigue siendo siempre el primero. Todo el mundo cree que debería ir a un colegio para jóvenes superdotados. ¿A ustedes qué les parece?

—A decir verdad, no soy muy partidario de ese tipo de colegios... pero es un asunto que podemos tratar en otra ocasión. Hoy quería hablar de Shahab.

La cara del padre de Arash volvió a

ensombrecerse.

—¿En qué lío se ha metido ahora?

—¿Por qué? ¿Se mete en muchos líos? —preguntó el director. Entonces asomé la cabeza por detrás de la silla y, al verme, dijo—: Shahab Jun, ha sonado el timbre. Vete a clase.

Me quedé desilusionado y preocupado, y salí de allí sin apartar la vista de ellos.

—Ojalá nos hubiéramos quedado escondidos detrás de la silla, así no nos habría visto —se lamentó Asi.

Cuando el director dijo que nos había llamado para hablar de Shahab, me dio un vuelco el corazón.

—¿En qué lío se ha metido ahora? — preguntó Naser.

El director aprovechó la oportunidad para preguntar:

—¿Por qué? ¿Se mete en muchos líos?

—Me reúno a menudo con su maestra —interviene yo—. Siempre dice que el

niño se porta bien y que no tiene ningún motivo de queja.

—Sí, Shahab se porta bien, pero es muy esquivo: tiene dificultades para establecer relaciones con los demás.

—Lo sé. Ya era así de pequeño, pero últimamente ha mejorado.

—Me sorprende. Con la situación que vive en casa, tiene buenos motivos para hablar poco y sentirse incómodo.

—¿Qué situación? —replicó Naser, enojado—. En casa no le falta de nada. Hemos dedicado la vida entera a nuestros hijos. ¿Qué más tendríamos que haber hecho? ¿Se hace a la idea de las veces que lo hemos llevado al médico porque no hablaba?

—No me refería a aspectos materiales, sino a relaciones humanas, afectivas.

—¿Quiere decir, tal vez, que no se lo ha tratado con humanidad? ¿O que no le hemos dado el cariño suficiente? Su madre lo ha mimado tanto que en la familia nadie, no sólo yo, se atreve ya a decirle nada —rebatí Naser.

—No se lo tome a mal, señor Mojtari. ¿Por qué se pone a la defensiva? Siento mucho respeto por usted y su magnanimidad, pero debería haber prestado un poco más de atención a sus sentimientos. No me cabe duda de que están ustedes pendientes de él, pero da la impresión de que a veces la situación

se les va de las manos y establecen diferencias entre Shahab y sus otros dos hijos, ¿saben? Los niños son muy sensibles y detectan cosas que nosotros ni nos imaginamos. Me veo en la obligación de recordárselo. Es mi deber.

Mi marido y yo miramos al director completamente desconcertados.

—Perdone, creo que no lo he comprendido —contestó Naser, molesto—. ¿Ha dicho que no trato igual a mis tres hijos? ¿Es eso? ¿Lo he entendido bien?

—Lo siento en el alma, sé que a ningún padre le gusta hablar de esto, pero somos gente de confianza. Tenemos que saberlo todo de los niños para

poder ayudarlos a tiempo.

—¿De qué estamos hablando?

—De Shahab. Está convencido de que no es hijo suyo.

Naser se puso rojo como un tomate y miró al director, boquiabierto. Yo me imaginé lo que había sucedido y pregunté:

—¿Eso lo ha dicho él?

—Sí.

Naser apretó los labios y, dirigiéndose a mí, preguntó:

—Pero ¿qué está diciendo?

—Yo tampoco lo sé. Sólo puedo hacer suposiciones. No creía que para Shahab el asunto fuera tan importante como para llegar a decírselo a alguien

de fuera.

—¿Qué asunto? Explícamelo.

En realidad, no estaba segura. Me volví hacia el director y le pedí:

—Explíquese mejor, por favor. ¿Cómo han llegado a esa conclusión?

—La verdad es que se lo dijo él mismo a la maestra.

A cada segundo que pasaba, Naser se enfurecía más.

—Pero ¡¿qué está diciendo, señor director?! — gritó en un momento dado.

—Señor director, éste es mi marido y el padre de Arash, Shahab y mi hija, Shadi —intervine para hacerlo callar—. No hay nada raro ni anómalo. No está bien que pongan en duda nuestra

honestidad por las palabras de un niño. ¿Por qué no me lo han preguntado a mí?

—Nosotros no dimos mucho crédito a lo que contó su hijo —mintió él, vacilante—, por eso les hemos pedido que vinieran. El niño sostiene que el señor Mojtari es el padre de Arash y no el suyo, y nos ha parecido que nuestro deber era informarlos. Es importante que sepan lo que piensa y lo que siente Shahab por su padre y su madre. Voy a pedir que venga su maestra, para que se lo explique mejor.

Janum-e Rasuli, sentada en el otro extremo del despacho, ya no fingía estar atareada, como al principio. Me pareció que su curiosidad morbosa

desempeñaba un papel clave en aquella lastimosa invitación a que fuéramos al colegio.

—¿El niño dice que no soy su padre?
—preguntó Naser, que se subía por las paredes.

—Sí, por desgracia...

Se abrió la puerta y la maestra entró en el despacho. Sin preámbulos y sin contestar siquiera a su saludo, le dije:

—Janum-e Kamali, le ruego que nos cuente como es debido lo que le refirió Shahab. A ser posible, explíquenos cómo pasó todo desde un principio.

Nerviosa y como si se sintiera culpable, empezó a hablar:

—Yo quería verlos para proponerles,

si están de acuerdo, darle un premio a Shahab. Comprenderán que el colegio no puede encargarse de eso. Por lo general lo compran los padres y nosotros se lo damos a los niños. También quería su permiso para matricularlo en un curso: Shahab tiene una caligrafía extraordinariamente bonita y me gustaría animarlo a que acudiera a clases para perfeccionarla. Le sugerí que avisara a su padre para que viniera, pero me dijo que era mejor que no. Insistí y me contestó que vendría su madre. Me quedé un tanto sorprendida, porque recordaba que usted había seguido con mucho interés el progreso de Arash: venía al colegio con

regularidad y mandaba al niño a clases particulares. Me imaginé que valoraría el hecho de que Shahab se apuntara a un curso. Por eso le pedí que lo hiciera venir. Cuando le pregunté, en broma, si no tenía padre, me respondió que no, que no tenía. Entonces le pregunté quién era aquel señor que lo traía al colegio todas las mañanas y me dijo: «El padre de Arash.» Luego me confirmó que no se trataba de su padre.

Naser se retorció en la silla con cada palabra. Al final, explotó de rabia:

—¡Levántate, Janum, nos vamos! No estoy dispuesto a tolerar todo esto.

Dio media vuelta y se marchó. Me coloqué el bolso debajo del brazo y les

dije al director y a la maestra:

—Vendré a verlos en otro momento para seguir hablando del tema. Con su permiso.

Y salí corriendo detrás de mi marido.

Naser estaba terriblemente alterado y había perdido los nervios. Subió al coche a toda prisa.

—¿Tú lo sabías? —me preguntó—. ¿Te lo había dicho?

—A mí no, pero a Bibi sí. Y, ahora que lo pienso, nunca te ha llamado «papá».

—¿Se puede saber qué habéis hecho para que ese niño haya acabado haciéndose esa idea de mí? ¿Eh?

—¿Nosotras? ¿Qué hemos hecho nosotras? Pregúntatelo tú. ¿Qué has hecho para que ese niño no sea capaz de aceptarte como padre?

—¿Que qué he hecho yo? ¡Qué es lo que no he hecho! Fui un insensato al permitir que me diera pena, al gastarme tanto dinero en él. Me estaba matando para reunir el dinero y mandarlo al extranjero a curarse. ¡Y así me lo agradece! Lo hace adrede. Quiere torturarme. Hasta ahora no hablaba, era mudo. Nosotros nos hemos dejado la piel para que se pusiera bien, con tantos tratamientos y tantos médicos, pero luego se ha visto que el señorito no hablaba con la sola intención de

fastidiarnos. Y ahora que habla dice estupideces como: «Ése no es mi padre.» ¡Que se vaya al infierno, yo nunca he querido un hijo así! «Mi padre es otro», seguro que prefiere a aquel señor que se lo encontró por la calle. ¿Te acuerdas de cómo se le tiró a los brazos para mortificarme? Quería hacerme daño. Y yo seguía esperando que un día me hablara y me llamara «papá»...

Se le quebró la voz y se dio la vuelta para que no lo viera llorar.

—No es más que un niño de ocho años, Naser Jun.

—Sí, y mi mayor enemigo. Nadie puede torturarme como él.

—Intenta comprenderlo, tener paciencia con él. Trata de entender por qué piensa así. A lo mejor no le demuestras suficiente cariño. ¿No crees que con él apenas has estado presente?

—Pero ¿qué dices? ¿Cuándo no he estado presente? Toda nuestra vida ha estado condicionada por este niño. Arash y Shadi no tenían problemas, ha sido él quien nos ha traído quebraderos de cabeza.

—No ha pasado nada grave. No es más que un niño que ha dicho una cosa.

—¿Cómo quieres que no esté furioso? Hay gente que no tiene padre y miente para inventarse uno. Nosotros estamos vivitos y coleando, trabajamos como

burros por ellos, estamos pendientes de no herir su sensibilidad, nos quitamos el pan de la boca para dárselo a ellos ¿y cómo nos lo agradece? El crío va por ahí diciendo que no tiene padre, que yo no soy su padre. ¡No sabes cómo me consume esta historia!

Y volvió a echarse a llorar.

—¿Has visto lo disgustado que está tu padre? —me preguntó mamá aquella tarde mientras merendaba en la cocina. Me encogí de hombros—. ¿Y sabes por qué está así? —Aparté la cara—. Por lo que has dicho. Lo has disgustado mucho.

La miré sorprendido.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Sabía que era por algo relacionado con el colegio, pero me imaginé que se

había enfadado porque había insultado a otro niño.

—Da igual. Total, siempre la tiene tomada conmigo —contesté con aire de suficiencia—. Todos los niños dicen palabrotas.

—No, hijo mío, no me refiero a las palabrotas. Está dolido porque has dicho en el colegio que no es tu padre.

—¿Y eso es todo...?! Bueno, es la verdad.

—Pero ¿cómo se te ocurre decir eso? ¡Siempre se ha desvelado por ti! Te ha criado, se ha gastado dinero en ti, en el colegio, en la ropa, en la comida y en los médicos, en las medicinas y en mil cosas más. Está sufriendo mucho por ti.

¿Y tú qué haces? Vas diciendo por el colegio que no es tu padre y lo humillas.

—Es que quería humillarlo.

—¿Por qué eres su enemigo?

—No, no depende de mí. Él es el padre de Arash porque es buen chico, mientras que yo soy malo y tonto y no puedo ser hijo suyo porque lo humillaría.

—Pero ¿qué dices? Tú no eres nada tonto, eres muy inteligente.

—No es verdad, yo soy sólo hijo tuyo.

—¿Cómo dices eso, Shahab? Tú eres tan hijo mío como suyo.

—Los niños buenos son de su papá, y los malos, de su mamá.

—¿De dónde sacas esos disparates?
¿Quién te ha dicho que eres malo? Eres
buenísimo. A todo el mundo le gustaría
tener un hijo como tú.

—¿Como yo?

—Sí, como tú. Tu padre está muy
molesto porque vas diciendo que no eres
hijo suyo.

—¡No mientas! El padre de Arash
está molesto porque lo he humillado.

—No, cariño, está contento de ser tu
padre. ¿Quién va a ser tu padre, si no él?
No es posible no tener padre. Todos los
niños tienen uno.

—No, todos no. Bahram no tiene.

—¿Quién es Bahram?

—El que vive al principio de la calle.

—Pero su papá falleció. Sí que tenía uno.

—¿Qué quiere decir que falleció?

—Que está muerto.

—Bueno, pues el mío también está muerto.

—¡Dios mío, lo que hay que oír! Tu padre, gracias al cielo, goza de buena salud. Tienes que quererlo. Se desvive por vosotros, trabaja mucho. Si no estuviera papá, ¿de dónde sacaríamos el dinero? ¿Cómo compraríamos comida y ropa? Tendríamos que vivir en la calle y nos moriríamos de hambre. Hay que dar gracias a Dios de todo corazón por tener a papá.

Escuché asombrado lo que decía.

Para mí, no había ninguna relación entre querer a un padre y morir de hambre. Pero ¿qué estaba diciendo? Nos quedamos en silencio un rato, y al final exclamé:

—¡No te preocupes! Bahram no tiene padre, pero tiene casa y no se ha muerto de hambre.

49

Al cabo de unos días volví al colegio para hablar con el director y la maestra. Parecía que los malentendidos habían quedado a un lado y el director se había convencido de que no tenía más que un marido. Janum-e Kamali, la maestra, me pidió disculpas:

—No pretendía en absoluto que las cosas salieran así, pero en cuanto comenté que Arash Mojtari y Shahab eran medio hermanos, entre los

profesores se desató tal curiosidad que todos querían dar su opinión. Algunos aseguraban que usted se había casado dos veces, otros incluso decían que tres, pero el motivo por el que había vuelto con su primer marido era un misterio para todos. Es curioso que ninguno de nosotros pensara que el niño mentía.

—En fin, Janum, dejémoslo. Mi marido está muy afectado por todo este asunto.

—Espero que puedan disculparnos.

—No tiene importancia, hoy he venido para saber exactamente por qué querían hablar con nosotros.

—Como les dije, Shahab demuestra un talento fuera de lo común para la

caligrafía y el dibujo. Hace veinte años que doy clase de segundo de primaria y hasta ahora no había visto a un alumno que escribiera tan bien. Mi marido es calígrafo y cuando le enseñé un trabajo de Shahab me dijo que tenía un trazo «muy maduro». No se creía que fuera obra de un niño de ocho años. Me dijo que, si ustedes quieren, puede empezar a darle clases.

Durante la cena, feliz y orgullosa, les conté a todos lo que me había dicho la maestra aquel día.

—Bueno, yo también escribo bien —intervino Arash—. ¿Os acordáis de que escribía siempre el periódico escolar?

—Sí, y de hecho tu maestra de quinto

aún se acuerda, pero Janum-e Kamali ha dicho que, aunque ya ha visto a otros alumnos que escribían bien, Shahab es un caso aparte. Al parecer tiene un talento extraordinario.

El niño siguió cenando, haciendo un esfuerzo por disimular el orgullo y la alegría que sentía. Miró de reojo a su padre, que estaba tranquilo y no mostraba ninguna reacción en particular.

—Bueno, Naser, ¿qué te parece? Janum-e Kamali me ha comentado que, si das tu permiso, podría tomar clases particulares con su marido dos veces por semana. ¿Qué hacemos? ¿Lo apuntamos o no?

—No sé. Como no soy su padre...

Nos quedamos todos en silencio. Shahab clavó la mirada en el plato durante unos segundos, dejó la cuchara, se levantó de la mesa sin hacer ruido y salió de la cocina.

Por la noche me senté a su lado, en la cama.

—Shahab, ¿qué forma de comportarse es ésa? Si quieres ir a clase de caligrafía, si te gusta, pídele a tu padre que te apunte.

Me dio la espalda y se hizo el dormido.

—Entonces es que no te interesa. Muy bien, mañana le diré a la maestra que tu padre está de acuerdo pero que tú no

quieres.

Me levanté para irme. De debajo de la colcha salió una vocecilla de súplica:

—Apúntame tú.

—¿Yo? ¿Y eso qué cambia?

—Hazlo tú, no quiero que vaya él.

—Pero es tu padre. Si no da el permiso y pone el dinero, yo no puedo apuntarte. Todas las autorizaciones de los niños llevan la firma de sus padres.

—Si estuviera aquí Bibi, me matricularía ella.

Estuve a punto de contestarle que no quería que me considerara inferior a Bibi, pero al mismo tiempo no quería subestimar el papel de Naser.

—Muy bien, le pido la autorización a

tu padre. Si está de acuerdo y pone el dinero para las clases, yo misma iré a inscribirte.

50

Los años de la escuela primaria transcurrieron con normalidad. Era buen alumno, aunque no el primero de la clase. De hecho, no hacía nada para serlo. Además, todos los años había un compañero que, bajo la presión de sus padres, no tenía otra elección que ser el primero, y para alcanzar ese objetivo debía luchar sin piedad consigo mismo y con los demás. Yo no estaba tan loco como para tirar por la borda mis

mejores años por un motivo así. Por suerte, nadie esperaba eso de mí. Esa responsabilidad se la habían encomendado desde un principio al pobre Arash, que hacía mil actividades extraescolares y ni siquiera tenía tiempo de rascarse la cabeza. Yo, en cambio, iba sólo a clase de caligrafía, y ese día estaba contento desde primera hora de la mañana. El rato que estaba allí pasaba volando y me entusiasmaba. Me daba tiempo de leer, de pensar y también de jugar, y me asombraba al ver que el genio de Arash no sabía muchas cosas que yo, en cambio, sí sabía. No conocía los juegos y apenas entendía a sus compañeros, ya que para ser el primero

de la clase tenía que estar con la cabeza metida en los libros y siempre alerta, porque si no, existía el peligro de que otro se le adelantara. Y si eso sucedía, podía morir de envidia, tener pesadillas por la noche o incluso ponerse enfermo, como aquel año en el que perdió el primer puesto. Desde que no era tonto, la situación con mi hermano también había mejorado un poco, porque papá ya no tenía aquella obsesión por poner a prueba su genialidad. Sin embargo, luego fue él mismo quien insistió. Tenía un extraño afán por ser el número uno. Parecía que si no era el primero de la clase no era un hombre. Siempre tenía que demostrar su

brillantez. Se pavoneaba como si siempre supiera más que los demás, aunque en el fondo tenía miedo, porque sabía que no era así. A mí me daba mucha pena. ¡El pobre no tenía derecho a equivocarse! Y el día que empezó el bachillerato se topó con otra pesadilla, el *konkur*, el examen de acceso a la universidad, que lo atacó como una bacteria y le provocó un violento dolor de estómago. Se llevaba la mano al vientre constantemente. Debía cuidar su alimentación y caminaba como los viejos. No tenía amistades de verdad, y si su mejor amigo sacaba mejor nota que él en algo, de forma automática se convertía en su enemigo. Pasaba mucho

tiempo solo y eso lo llevaba a encerrarse aún más en los libros. Yo sabía que en realidad los libros habían dejado de interesarle, pero era como si sin ellos le faltara algo importante, como un brazo o una pierna. Pasó a convertirse en la principal preocupación de mamá; en una ocasión llegó a decirle al padre de Arash:

—Este chico está nervioso, le pasa algo. Me da miedo que un día lo mande todo a paseo.

—Cuando apruebe el *konkur* se pondrá mejor. No te preocupes.

—¿Y si no le va bien? ¿Qué pasará?

—Pues claro que le irá bien. Lo importante es que quede entre los cien

primeros. Tienen que admitirlo en la Facultad de Medicina de Teherán.

—La verdad, Naser, es que a veces, al verlo tan solo, angustiado, enfrascado en una vida sin entretenimientos, me entran ganas de que, aun con todos los riesgos que comportaría, un día se rebele, reniegue de todo y entienda el verdadero sentido de la vida y de la juventud. Créeme, ahora mismo es más frágil y vulnerable que Shahab y que Shadi.

Mi madre tenía razón. Cuando Arash no aprobó el *konkur* de Medicina, se vino abajo. El agotamiento nervioso y una fuerte depresión lo mandaron al hospital

y acabó odiando el estudio y los libros. Estuvo tres años en manos del médico antes de empezar, poco a poco, a ser él otra vez. Sólo entonces se dio cuenta de que nunca le había gustado la medicina y de que su pasión era la literatura.

Yo estaba a salvo de esas desgracias. Y aún más afortunada que yo era Shadi, que parecía no tener ninguna preocupación en el mundo. Sabía que todos la adoraban, hiciera lo que hiciese. Para ella no tenía ninguna importancia ser la mejor, eso no la inquietaba, ni sentía la más mínima envidia de los demás. Como en casa no se esperaba de mi hermana más que ternura y cariño, ella tampoco aspiraba

a más. No se avergonzaba, como yo, delante de la gente. Reía y hablaba con cualquiera y tenía muchos amiguitos. Era una niña como el resto, y además afortunada, con una personalidad firme. Estaba tan segura de sí misma que creía que nada podía cuestionar su perfección.

Mamá también estaba mejor después de haber vuelto a trabajar. Era como si se sintiera más valiosa: ya no era débil ni estaba abrumada como cuando yo era tonto. Aunque vivía más ocupada que antes y apenas podía dedicarse a la casa, se quejaba menos y parecía más satisfecha. No tenía tiempo de pensar en chismorreos ni en disputas familiares,

que ya no la ponían nerviosa ni la deprimían tanto. Había desaparecido aquella susceptibilidad y aquel estar siempre a la defensiva. Con la abuela y con los demás tenía una relación cordial, y olvidaba con facilidad sus palabras y sus sermones.

—Tienen la lengua muy larga, pero en el fondo son buenas personas —decía—. Lo que pasa es que no saben demostrar su cariño.

La familia de Fataneh Janum y Ammu Husein estaba inmersa en sus propios problemas. Por miedo a que volviera a enamorarse de alguien y manchara de vergüenza a la familia deshonorándola otra vez, habían obligado a Fereshteh a

casarse a los diecisiete años con un hombre que le sacaba treinta. En apariencia, el marido era aceptable desde todos los puntos de vista: tenía un título universitario y una posición acomodada, buena presencia, una casa, un coche y todo lo necesario. Recibió una dote considerable, se celebró una boda por todo lo alto, sin precedentes en nuestra familia, y, según dijo Fataneh Janum, la felicidad y el futuro de su hija estaban garantizados. Una vez casada, a Fereshteh no le faltó de nada, aunque por las noches todavía se dormía pensando en Ramin. Nadie volvió a oír sus sonoras y alegres carcajadas. Iba de compras como una posesa. Adquiría

ropa y joyas para ella y cosas para la casa, pero al poco tiempo, disponer de tanto dinero y poder permitirse lo que quisiera dejó de satisfacerla, y empezó a tomar antidepresivos.

A veces charlamos un poco, pero Fereshteh es tan evasiva que nunca comprendo nada de lo que dice. Creo que ella tampoco sabe exactamente qué diablos le ha pasado.

Josrow había repetido y había perdido dos cursos con respecto a Arash. Su principal preocupación era la ropa de marca, y siempre llevaba las mejores deportivas. Le costaban miles de tomanes, pero él no se preguntaba en ningún momento si el pobre Ammu Jan

podía permitirse aquellos derroches. Fataneh Janum siempre lo defendía y, con mil subterfugios, conseguía el dinero para comprarle lo que quería. Sin embargo, Josrow no sólo no le estaba agradecido, sino que tampoco se sentía satisfecho. Se cansaba de todo enseguida. Siempre estaba compitiendo con sus amigos, y para dejar mal a los demás hacía cosas peligrosas. Tenía un valor extraordinario. Estaba dispuesto a probar cualquier cosa nueva. A pesar de que no tenía carnet, cogía el coche de su padre y se metía con sus amigos por las calles llenas de tráfico de la ciudad. Con el teléfono móvil que Fataneh Janum le había comprado pidiendo un

préstamo, hablaba a todas horas con sus amigos y sus amigas. Ammu Jan no podía mirar la cresta engominada que llevaba sin enloquecer de rabia. Un día se desahogó con el padre de Arash:

—Cuando veo a esa especie de hijo que me ha tocado en suerte, es como si alguien me hiriera de muerte. Se pasa el día pidiendo dinero y no quieres saber en qué líos se mete. Me preocupa mucho su futuro, pero creo que ya está perdido. No se puede hacer nada por él.

Aunque en apariencia era la persona más importante de la casa, en realidad el padre de Arash se había convertido en una sombra cuya presencia sólo

percibíamos cuando estaba delante. Se consideraba una máquina de ganar dinero y nosotros tampoco esperábamos otra cosa de él. Siempre estaba cansado, pero se enfadaba menos que antes. Su relación con mi madre había mejorado y ambos se comportaban como si estuvieran casi al mismo nivel. Cuando yo aún iba a primaria, mamá trató de reavivar en mí el interés y el cariño por él hablándome de los sacrificios que hacía y de lo mucho que se esforzaba por nosotros, pero yo, terco de mí, me esforzaba por evitar todo contacto. Le respondía de forma lacónica y evitaba, en la medida de lo posible, preguntarle nada. Hasta la paga me la daba mi

madre. En mi opinión, todavía esperaba que yo me rindiera y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para no perder ni un ápice de orgullo ni de prestigio. Yo, por mi parte, seguía ofendido. No había olvidado la amarga sensación de rechazo de cuando era niño.

51

Todos los años, Shahab conseguía el primer premio en el concurso escolar y se llevaba un trofeo. Sus pinturas eran cada vez más completas y más hermosas. Las palabras seguían teniendo, para él, un valor mágico. Durante años, su incapacidad para expresarse lo había llevado a otorgar tanto peso a las palabras que les había asignado colores, y así lo plasmaba en sus cuadros.

—Este niño reproduce el espíritu de las palabras —decía con entusiasmo su profesor de caligrafía—. Su trabajo ya no es sólo caligráfico, sino que se ha convertido más bien en una especie de pintura de denso significado. Creo que, si lo contemplara una persona no instruida, conseguiría comprender el sentido.

A Shahab le gustaba mucho su profesor de caligrafía. Con él hablaba sin problemas, tranquilamente. Le habría encantado pasarse todo el día con ese hombre, pero a Naser no le hacía ninguna gracia aquella relación. De hecho, trataba de obstaculizarla

continuamente con todo tipo de excusas y Shahab se ponía nervioso y acudía entonces a mí para quejarse. Me daba miedo que volviera a desencadenarse una tormenta como las de antes entre ellos, y yo intentaba justificar a su padre.

—¿Sabes, Shahab Jun? —le decía—. Tu padre está celoso, el pobre. Para él, todo hombre que se te acerque se convierte en un rival. Tengo la impresión de que la relación que mantienes con tu profesor lo hace sufrir.

—¿Qué dices? —replicó, mirándome atónito, y se sumió en sus pensamientos.

Shahab iba a quinto cuando el profesor se encargó de que sus obras se

expusieran en una muestra de maestros calígrafos. A modo de clausura, estaba prevista una fiesta en la que iba a entregarse un premio a los artistas. Me invadió una emoción particular. Envié invitaciones a la familia y acudieron todos: el tío Husein, Fataneh Janum, Josrow, la tía Shahin, Fereshteh y su marido. Cuando le tocó a Shahab, el profesor subrayó la originalidad de sus obras y concluyó diciendo que iban a llevarlas a Hungría para participar en otra exposición. Shadi y yo estábamos exultantes. Y Naser, a pesar de que trataba de mantener cierta circunspección, no conseguía ocultar el orgullo que le brotaba por los poros.

Invitaron a Shahab al escenario a recoger el galardón. Yo sabía el apuro que estaba pasando: subió con paso pesado y la cara completamente colorada. El maestro se inclinó para darle un beso y le entregó el premio. Después de un aplauso que parecía no acabar nunca, el profesor tomó otra vez la palabra:

—Aga-ye Shahab Mojtari, querido y joven artista, ¿quieres decir algo? —El pobre negó con la cabeza, y el profesor continuó—: Llegados a este punto, rogaría a su padre que subiera a hablar un instante de este precoz talento.

Mi marido se retorció en la silla.

—Te ha llamado, Naser. ¡Levanta!

Naser miró a su alrededor y se levantó para dirigirse al escenario. Me dio la impresión de que le temblaban las piernas.

—Aga-ye Mojtari, reciba las felicitaciones de todo el profesorado por su hijo Shahab —dijo el maestro con solemnidad—. Hemos preparado también un reconocimiento para usted, por ser un padre atento que supo descubrir y cultivar el talento extraordinario de este niño. Amable público, ése es un aspecto muy importante. ¿Cuántos talentos se han desaprovechado, asfixiado cuando

apenas despuntaban, debido a la falta de interés por parte de sus progenitores? Espero que otros padres y madres sigan el ejemplo del señor Mojtari y guíen a sus hijos con atención sincera y profunda.

Mis labios se curvaron automáticamente en una sonrisa sarcástica. Bajé la cabeza. El padre de Arash se acercó al micrófono con paso pesado. La voz que salió por el altavoz era más grave de lo habitual, casi irreconocible, y el sonido entrecortado que se percibía no tenía nada que ver con la instalación técnica. Intrigado, levanté la mirada hacia él. El padre de Arash estaba pálido y le temblaban los

labios. Después de una vacilación inicial, se soltó.

—Tener un hijo como Shahab es el sueño de todo padre —afirmó—. Ha alcanzado esta meta él solo, sin que yo hiciera nada. Su valor es con gran diferencia superior al que yo he sabido darle. Espero que pueda perdonarme. —Lo miré boquiabierto—. Lo único que puedo decir es esto: Shahab Jun, te quiero más que a nada en el mundo y estoy orgulloso de ti.

Cuando se acercó a mí con los brazos abiertos, tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no llegué a verlo bien. Me acerqué y me dio un abrazo muy fuerte y me besó en la cabeza. Los fotógrafos nos

inmortalizaron en una imagen que mi madre hizo ampliar enseguida tan exageradamente que con el marco ocupaba media pared de la sala de estar. Para ella era como si la foto reflejara el armisticio de una guerra agotadora. Parecía que quisiera sustituir las tristes experiencias de mi infancia con esa imagen. Poco a poco, aquella foto se convirtió en el símbolo de mi pasado, detrás del cual fueron a esconderse mis recuerdos.

En los días posteriores, se fundió en parte el hielo de nuestro distanciamiento. Los dos intentamos mirarnos con más cariño, a pesar de

nuestra torpeza y de nuestra incapacidad para expresar los sentimientos. Era tarde para aprender el arte de amar, y hacía falta mucho tiempo para recuperar las ocasiones perdidas. Y yo me preguntaba si de verdad eran recuperables.

Para poder querer a mi padre tal como exigía su papel, tendría que haber olvidado muchas cosas. Por eso empecé a borrar recuerdos de la infancia. En el fondo, aún no me fiaba de él, pero ya no sabía por qué. Me entró una especie de sentimiento de culpa del que no conseguía librarme de ninguna forma. Era un mal hijo, un desagradecido que no quería a su padre como debía.

Los años pasaron deprisa y, una vez terminado con éxito el bachillerato, entré en la universidad. Ahora ya estoy en segundo de Bellas Artes, pero sigo sin tener mucha confianza en mí mismo y me cuesta entablar relaciones con los demás. Cuando me decido a hablar en público, a expresar mi opinión, el corazón me late tan fuerte que o cambio de idea al instante o me tiembla tanto la voz que nadie logra entender lo que quiero decir. En el fondo, aún me considero tonto. Nunca estoy seguro de mí mismo ni de lo que hago, y esa inseguridad se refleja en mis obras. Mi madre sigue preocupándose mucho por mí y hace de todo para que pase más

tiempo con gente de mi edad. Hoy, por mi vigésimo cumpleaños, ha montado una fiesta a lo grande.

Estaba muy tenso. Me he puesto de pie y he sacudido la raya del pantalón. Luego he echado un vistazo a la casa del vecino de atrás. Su patio arbolado estaba aún más bonito desde lo alto. Entre las ramas todavía podían distinguirse los restos del nido. He alargado la mano, pero justo en ese momento una voz me ha sobresaltado. El terror se ha apoderado de mí y un intenso dolor me ha bajado por las piernas desde los riñones. Me he dado la vuelta, y me he encontrado a Shadi, guapa y sonriente.

—¡Ah, así que el señorito está aquí!
—ha exclamado con rabia fingida—.
¿Sabes el rato que hace que te
buscamos? ¿Qué te pasa? Mamá hace
dos horas que se ha encerrado en su
cuarto y tú, como un niño, te has
escabullido hasta aquí arriba. Todos los
invitados te esperan. ¿Qué hacías?

—Pasaba revista a estos veinte años.

—¡Vaya, mamá ha dicho lo mismo!

El salón estaba lleno de gente. Me he
mezclado enseguida entre los chicos.
Kurosh, un compañero muy
dicharachero, ha señalado la enorme
foto enmarcada de la pared.

—Mirad esta foto, chicos —ha dicho
—. Mirad cómo era Shahab. Qué bonita,

¿de cuándo es?

—Iba a quinto de primaria.

—¿Y ese señor que te abraza con tanto ímpetu quién es?

Entonces he mirado la foto y, en voz baja, he contestado:

—¿Quién, ése? Es el padre de Arash.

Invierno de 1381 (2002-2003)

Una voz escondida

Parinoush Saniee

ISBN edición en papel: 978-84-9838-738-4

ISBN libro electrónico: 978-84-15631-47-7

Primera edición en libro electrónico (epub): junio 2016

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a

cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Pedar-e aan digari*

Traducción del italiano: Carlos Mayor

Ilustración de la cubierta: Mohamad Itani /Arcangel Images

Copyright © Parinoush Saniee, 2004

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info